Obras poéticas
Clemente Althaus



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Prólogo

Este volumen contiene, con algunos cambios y bastantes supresiones, las «poesías patrióticas y religiosas», publicadas en parís el año de 1862, y las «poesías varias»; tomo este último que, publicado el mismo año que el anterior, puede sin embargo considerarse todavía como inédito, pues ni lo puso el autor en venta, ni repartió sino un escasísimo número de ejemplares del escaso que hizo imprimir.

Contiene también muchas de las composiciones, patrióticas o no, publicadas por él desde entonces en el comercio y otros periódicos, y además un gran número de trabajos inéditos del todo y pertenecientes a diversos géneros, entre los cuales hay dos leyendas, un drama, y algunas sátiras literarias y políticas.

Por último, el autor se ha determinado a dar esta vez cabida entre sus obras a algunas de sus antiguas poesías escritas antes del año 1855 y excluidas de sus anteriores colecciones. Las hubiera podido corregir harto más de lo que Lo ha hecho; pero ha creído que pasar de pocas y ligeras enmiendas era exponerse a quitarles la fisonomía propia de aquel tiempo y, por decirlo así, infantil, que a su juicio debían conservar, y que probablemente constituye su único mérito. Serán las primeras que halle el lector, pues el orden seguido en la colocación de estas poesías es el de sus fechas, las cuales comienzan el año de 1852 y acaban el de 1871.

Presento pues a mis paisanos, reunidas en un volumen, las obras que he compuesto en el espacio de casi veinte años que ha que cultivo la poesía: conviene a saber, la parte de ellas que reputo menos indigna de la luz pública, pues otro tanto, por lo menos, como lo publicado aquí será lo desechado o reservado.

Era mi ánimo escribir un largo prólogo en el que hubiera hablado con la conveniente extensión acerca de lo que entiendo por poesía y del alto ministerio civil y moral que tiene para mí esta reina y señora de las artes de lo bello; contestando asimismo al cargo de no haber sido hasta aquí más que poeta que me hacen muchos de los que juzgan que la poesía es una vana gracia, un frívolo adorno, y a quienes la misma belleza y hechizo de la forma hace desconfiar de la gravedad e importancia del fondo.

Pero no me consienten realizar mi propósito, por una parte, la flaqueza presente de mi salud y el deseo, por otra, de que no se dilate por más tiempo la publicación de esta obra.

Me limito pues a llevar al pie del ara santa de mi patria mi humilde ofrenda, templando el temor reverente del que se dirige a un objeto tan grande con la conciencia de haber cumplido con ella en la corta medida de mis fuerzas.

Mis continuos achaques me obligan a suspender por ahora mis trabajos literarios y poéticos; pero, después del descanso necesario, espero volver con mayor empeño al ejercicio de lo que ha sido a la vez el deleite y tormento de mi vida. Y quizá entonces, restauradas mis fuerzas y refrescada mi mente, al cantar de nuevo a dios, la naturaleza, la libertad, la patria, serán mis acentos menos indignos de la majestad de tan augustos e inspiradores temas.

Lima, 15 de enero de 1872.

Canción de Coralay

Tendió lla noche su manto

sobre el mundo silencioso,
y el desëado reposo
suspende penas y llanto.
  La clara luna se mira
del mar en la linfa pura,
y apenas lla onda murmura
y el aura apenas suspira:
  todo en paz yace sumido,
y del universo dueño,
vierte su bálsamo el sueño
y su benéfico olvido.

  En el monte misterioso,
y en la floresta sombría,
y en la verde pradería,
y en el azulado mar,
todo calla, todo olvida
su fatiga y su quebranto,
y mi sollo triste canto
hace el eco resonar.
  Depone el león su saña,
y en lla quieta selva muda
hasta lla tórtola viuda
al sueño da su dolor:
sollo yo, al placer extraña,
solitaria gimo y vello,
y en vano demando al cielo
tregua un instante a mi amor.
  Luna, del amor testigo
con que al extranjero adoro,
duélate mi amargo lloro
y mitiga mi pasión:
no te pido, casta diosa,
que cese la llama mía:
sin ese amor moriría
mi desierto corazón.
  Tampoco que, más dichosa
que la que reina en su pecho,
consiga yo ver deshecho
el juramento nupcial:
Goce la virgen hermosa
de su amor puro y entero,
que ninguna dicha quiero
que se compre con su mal.
  Solo quiero una sonrisa
ver vagar en su semblante
y solo por un instante
su puro aliento aspirar;
y cuando lleve lla brisa
mi triste queja a su oído,
su corazón condolido
sienta por mí palpitar.
  Más no, que en su altivo pecho
la tímida queja mía

acaso solo hallaría
un injurioso desdén;
y no merece esta humilde
India, en su amor tan osada,
que una piadosa mirada
sus bellos ojos lo den.
Orgulloso castellano,
para las dichas nacido,
no hiera nunca tu oído
de mis pesares el ay:
y mientras consuelo en vano
pido a la luna serena,
ignora siempre la pena
de la triste Coralay.

1852.

Adioses

¡Qué dulces pasan los días
a tu lado, Magdalena!
quién consolará mi pena,
¿cuando tú no estés aquí?
Prométeme no olvidarme
en tierra alguna lejana,
que yo te prometo, hermana,
nunca olvidarme de ti.
Si alguna vez me olvidaras,
el dolor me mataría,
y sin tu amor, alma mía,
No podría vivir, no:
En ta amor está mi vida,
tu olvido será mi muerte;
donde te lleve la suerte,
¿quién te amará como yo?
Cuando pienso que mañana,
al asomar en oriente
la aurora su blanca frente,
en vario te he de buscar,
y que, si alguien me pregunta
por mi dulce compañera,
le diré: la suerte fiera
hoy la arrastra por el mar;
a tan triste perspectiva,
a tan crudo pensamiento,
desmayar la vida siento,
cual si fuera, ya a morir;
y en contraste con los días
que pasé a tu dulce lado,
se me ofrece el enlutado
solitario porvenir.
Adiós pues: cuando la tarde

comience a esparcir sus sombras,
mis pies las verdes alfombras
de la playa pisarán;
y anegados en el llanto,
del sol a la luz viajera
por mi dulce compañera
mis ojos preguntarán.
Y recorrerá las ondas
después mi vista anhelante,
por si una vela distante
consiguen mis ojos ver,
que de la nave en que vengas
anuncie la cercanía;
porque ¿no es verdad que un día,
Magdalena, has de volver?

1853.

Las cautivas de Israel

I

Junto a los ríos de Babel sentadas,
fijos los tristes ojos en el cielo,
al acordarse de, su patrio suelo,
lloraban las cautivas de Israel;
y al ver volar en el azul espacio
las aves de la tarde plañideras,
«id, les decían, dulces mensajeras,
»y llevad nuestros votos a Salen:
»saludad por nosotras esos campos
»donde natura prodigó sus galas,
»¡ah! quién tuviera vuestras libres alas,
»para partir de vuestro vuelo en pos
»felices las que van, como vosotras,
»a ver de nuestra infancia los hogares!
»nunca se calmarán nuestros pesares
»hasta pisar la tierra del Señor.»
Y así diciendo, las cautivas míseras
las seguían con lánguida, mirada,
y mil recuerdos de la patria amada
agitaban sus mentes en tropel;
y cuando las veían alejarse
del moribundo sol a los reflejos,
y entre las negras nubes, a lo lejos,
las miraban al fin desparecer,
bajaban silenciosas la cabeza,
se cubrían el rostro con las manos,
y después exclamaban: «Señor, danos
»volver a nuestra patria alguna vez.»
Y como si el dolor más las uniera,
se abrazaban llorando con ternura;
¡Quién librará la turba prisionera!

¡Cuando a sus campos volverá Israel!
Y se quedaron luego anonadadas
en el silencio triste del recuerdo,
fijas las melancólicas miradas
del sordo río en el raudal veloz:
pero se levantaron de repente,
de vértigo divino poseídas,
e irguiendo al cielo la inspirada frente,
alzaron este canto de dolor:

II

«Nos sentamos orillas de estos ríos,
»y lloramos pensando en nuestro suelo
»y en ese verde campo, en ese cielo
»llenos del esplendor de Jehová:
»y hemos colgado nuestras dulces harpas
»de los sauces que cubren la ribera,
»que la mano cautiva no pudiera
»sino sones dolientes arrancar.
»Cuando los que cautivas nos trajeron
»quisieron recrearse con sus sones,
»diciéndonos: cantadnos las canciones
»que en un tiempo solíais entonar,
»respondimos: los cantos de la patria
»¿cómo cantar en extranjera orilla?
»y donde el sol de libertad no brilla,
»¿cómo cantar la dulce libertad?
»¿Cómo entonar cantares de ventura
»en medio del dolor que nos abisma?
»Olvídese mi diestra de sí misma,
»si me olvido de ti, Jerusalén:
»péguese al paladar mi lengua muda,
»si no hablo siempre de la patria amada,
»y si a su santa maternal morada
»no anhelo siempre en mi dolor volver.
»Desde que vine de Sïón cautiva,
»su memoria es mi solo pensamiento,
»y a cada hora, en todas partes siento
»de los recuerdos el crüel pesar:
»cuando cierra mis parpados el sueño,
»volver creo a los campos de mi infancia,
»y estar venciendo la postrer distancia
»que me separa de mi dulce hogar;
»y llegar creo y reposar al cabo
»cubierta por las ramas de una palma,
»a cuya sombra en otro tiempo el alma
»soñaba en un sereno porvenir:
»¡Cuan venturosa soy! pero mi sueño
»pasa, y con él se aleja mi ventura;
»de nuevo me hallo en servidumbre dura
»y soy, al despertar, más infeliz.
»Señor, Señor, que en extranjera tierra
»no abra el destino mi sepulcro helado;
»que repose mi cuerpo ya cansado

»en el bello país donde nací:
»allá donde los huesos de mis padres
»reposan ya, donde mi madre un día
»con canciones de amor me adormecía,
»allá, gran Dios, allá quiero morir.»

III

Y aquí cesó la voz de las cautivas
y el eco triste repitió su canto,
y sus mejillas el amargo llanto
de los recuerdos a regar volvió;
mas un presentimiento misterioso
se hizo oír en sus almas desoladas,
y se vio relucir en sus miradas
de la esperanza el dulce resplandor.

1854.

A un viajero

Tu existir agitado y vagabundo
recuerda nuestro frágil existir:
todos somos viajeros en el mundo,
todos andamos por llegar al fin.
Pero a veces retorna el marinero
al duce puerto que le vio pasar;
mas ¡ay! el hombre, mísero viajero,
a las playas que amó no volverá.
Nadie puede pararse en el camino,
porque es preciso eternamente andar:
nos obliga a seguir nuestro destino
el ciego impulso de la ley fatal.
Si algo encontramos que la vista encante
y que halague y deleite el corazón,
al querer detenernos -«¡Adelante!»-
nos grita fiera irresistible voz.
También en mi alma soñadora existe
una sed misteriosa de viajar,
y al mirarte partir, quédome triste:
yo también te quisiera acompañar.
Quisiera visitar esas regiones
donde las ruinas que ama el trovador
se levantan pobladas de visiones
que nos hablan del tiempo que pasó.
¡Ah! ¡quién contigo visitar pudiera
aquella Roma que tan grande fue,
y esa Grecia tan bella y hechicera,
maestra de las artes y el saber!
¡Quién pudiera en tu nave voladora
pasear de sus deseos la inquietud,
del Occidente a la brillante Aurora
y del helado Septentrión al Sur!

Mas ya movidas del propicio viento,
se ven las blancas velas desplegar:
éste es, amigo, el último momento:
¡adiós! es fuerza separarnos ya.
Cuando interponga la distancia un velo
que las costas te vede distinguir,
y cuando solo mires mar y cielo,
entonces ¡ay! acuérdate de mí:
de mí que quedo en este triste mundo,
negro e inquieto y borrascoso mar,
mar más embravecido y más profundo
que el que tú te preparas a surcar.

1854.

Las aves de la tarde

¿A dónde partís tan lejos,
tristes aves de la tarde,
que a los cansados reflejos
del día que va a expirar,
atravesáis en bandadas
el firmamento sombrío,
y atrayendo mis miradas,
me hacéis de pena llorar?
¿Por qué en contemplaros hallo
una dulzura secreta
y agitan mi mente inquieta
mil recuerdos en tropel?
¿Por qué de deseos vagos
el corazón siento lleno,
y estremecido, mi seno,
gimo sin saber por qué?
Cuando se pierde en las nubes
vuestro plañidero canto,
siento un misterioso encanto
de placer y de dolor:
¿Por qué así vuestro gemido
me entristece y me consuela?
¿Quién hace que así se duela
y se alegre el corazón?
Decid, ¿qué secreto instinto
os mantuvo siempre errantes,
siempre inquietas y anhelantes
de otro mas bello lugar?
¿Nada amáis tal vez vosotras
que detenga vuestro vuelo?
¿En el anchuroso suelo
no tenéis patria ni hogar?
En mi alma también existe
un instinto misterioso
que me tiene siempre ansioso

de otro mundo, otra región:
cual huracán prisionero,
dentro del pecho se agita
esta ansiedad infinita
que me llena el corazón.
  Cuando en occidente muere,
el sol en su lecho de ondas,
y nuestros oídos hiere
de la campana el clamor;
cuando la noche se acerca
con sus sombras silenciosas,
y mil voces misteriosas
forman un vago rumor;
  entonces yo me entristezco
y gimo profundamente,
y empiezan mi triste mente
mil recuerdos a agitar,
y mi alma intenta lanzarse
hacia un bien desconocido
cuyo instinto habrá nacido
en otro mundo quizá.
  ¡Ah! yo soy tan desgraciado
como el triste prisionero
que, a su alta torre asomado,
ve el suspirado país
donde nació, dibujarse
en la vasta lejanía,
y mira el distante día
en sus montañas morir.
  Sin cesar, do quiera pienso
en ese lugar dichoso
donde el ansiado reposo
encontrar al fin podré.
Este mundo no es mi patria;
de esas nubes tras el velo
está; mi patria es el cielo:
¡cuándo allá podré volver!
  Peregrinas del espacio,
deteneos un momento:
¿no me oís? el raudo viento
muy lejos os arrastró.
Si escuchasteis mis gemidos,
tristes aves plañideras,
sed vosotras mensajeras
de mis votos al Señor.

1851.

Recuerdos

(Fragmento)

Me acuerdo siempre: era una tarde triste
el sol se hundía entre las olas ya:
y tú ya no te acuerdas? me dijiste
que nunca te podrías olvidar.
La brisa suspiraba tristemente
sobre las aguas del dormido mar,
y las sombras confusas de la tarde
sobre ellas se apiñaban más y más.
¡Cuánto amor se leía en tu semblante!
¡Cuánta tristeza en tu pupila azul!
¡Y no te acuerdas ya de aquella tarde!
Nunca creí que la olvidaras tú.
Dime, tu pecho, tan ardiente un día,
tanto la vida con su soplo heló,
¿que no escuchas jamás en tus ensueños
de lo pasado la doliente voz?
Al expirar el sol en occidente,
mientras las nubes siguen en tropel
su lúgubre carera por el cielo,
¿no te entristeces, como yo, mujer?
¿No piensas ver en la expirante hoguera
la imagen moribunda de tu amor?
¿No recuerdas que así también moría
entre las nubes esa tarde el sol?
¿No piensas ver las sombras de otros tiempos
riendo tristes acercarse a ti?
¿No escuchas sordas y dolientes músicas
vagar por los espacios y morir?
¿Se agotaron tus lágrimas acaso,
de nada te entristeces, y jamás
en lo pasado? ¡Ah! ¡quién pudiera!
¡Ah! ¡quién pudiera, como tú, olvidar!
No te amo ya; mas la profunda herida
que me hizo tu amor siempre está aquí;
y aunque quiero olvidarte, noche y día
miro do quier tu aparición gentil.
¡Ah! ¡cuando pienso que de aquellas horas
ni una tan solo volverá jamás,
que ya no habré de verte enamorada
mirarme largamente y suspirar;
entonces siento inmensas amarguras
y mi alma se estremece de dolor,
y en el desierto porvenir no encuentra
ni un consuelo mi triste corazón!
Te amo como eras en aquellos días,
dulce, tierna, purísima, idëal,
¡ángel hermoso que bajó del cielo
para venir mi vida a consolar!
Es tu imagen en mi bello retrato
que, aunque el modelo envejecer se ve,
siempre lozano y juvenil se muestra,
que eterna juventud le dio el pincel.
Y ahora te aborrezco: con sus brazos
ciñeron tu beldad amantes mil;

aun es bello tu rostro, mas el alma.....
y el alma fue lo que yo amaba en ti.....
.....
No, ya no más acuerdate del cielo
y a é1 levanta tus alas, corazón:
sólo allá, sólo allá podrá apagarse
la sed que sientes de infinito amor.

1854.

La cautiva

«En vano a mis plantas veo
desparramado un tesoro,
en vano de piedras y oro
resplandece mi prisión:
el recuerdo de otros tiempos
entristece el alma mía,
y tenaz melancolía
Me consume el corazón.
Aves que cruzáis el cielo
al oscurecerse el día,
y que en anheloso vuelo
a otras regiones partís,
descended a la ribera
desde las etéreas salas,
y llevadme en vuestras alas
al lugar donde nací.
Y vosotras, oh viajeras
rápidas olas sonantes,
que a ignotas playas distantes
miro partir sin cesar,
reventad en la ribera
de los lugares amados
donde mi madre me espera,
presa de inmenso pesar.
Decidle que siempre lloro
tan larga prolija ausencia,
y que al cielo siempre imploro
que me devuelva a su amor;
contadle que con vosotras
se mezcló mi triste llanto,
y decidle mi quebranto
y mi infinito dolor.
Cuando salí de mi patria,
sólo diez años tenía:
¡Oh triste y amargo día
de eterna recordación!
Los piratas me arrancaron
de los brazos de mi madre,
y mataron a mi padre
que me defendió cual león.

Recuerdo que cuando el buque
de la orilla se alejaba,
a mi madre oí que enviaba
su despedida postrer:
corí a la popa, y entonces
la vi ondear su pañuelo,
y luego mirar el cielo,
y desmayarse, y caer.
¡Cuán en vano pedí entonces
que hicieran parar la nave,
y por los aires, cual ave,
hasta mi madre volar!
Mirando estuve la costa
con ojos húmedos, hasta
que no vi sino la vasta
circunferencia del mar.
A un príncipe de estas tierras
por los piratas vendida,
doliente paso mi vida
llorando el tiempo que fue:
¡Ah! ¡quién pudiera gozarte
otra vez, tiempo dichoso!
¡Quién tus montes, pueblo hermoso,
trepar con ligero pie!
¡Quién pudiera allá en la tarde,
de la solitaria estrella
reflejada la luz bella
en tu puro lago ver!
Y cruzando la pradera,
cuando la noche llegara,
madre mía, ¡quién pudiera
a tu regazo volver!
En lágrimas me deshacen
mis dulces memorias tristes:
tiempo feliz, ya no existes
y no volverás jamás:
al menos, aunque pasado,
nunca pierdas tus encantos,
nunca tus recuerdos santos,
me permitas olvidar.
Un dulce presentimiento
que nunca en el alma muere
me dice que espere, espere
volver a mi patria al fin:
pise yo la tierra amada,
bese el rostro de mi madre
y el sepulcro de mi padre,
y podré después morir.
Como un ángel, acompáñame
oh esperanza, mientras viva:»
y de la triste cautiva
aquí el acento expiró;
a una roca su cabeza
apoyó en su mano fría,

y la inmensa mar sombría
contemplando se quedó.

1854.

A mi padre

Si justo elogio sincero
escucho en ajeno labio,
que alaba en ti al caballero,
al padre, al esposo, al sabio,
al amigo y al guerrero;
  Con justa causa me aflijo,
viendo que a extraños la suerte
dio la dicha y regocijo
de tratarte y conocerte,
y no a mí que soy tu hijo.
  No, no hay desdicha ninguna
como que la Parca aleve
del tierno padre desuna
a niño que aun duerme en cuna
y humano alimento bebe.
  Dígalo yo, pues aun no
hube el mes cuarto cumplido,
cuando mi padre murió:
todos le habéis conocido,
¡Oh hermanos, excepto yo!
  Al dolor que el pecho siente
creces el recuerdo da
de que, al nacer tu Clemente,
estabas en viaje ausente
de que no volviste ya.
  Y así jamás tierno beso
en mi faz, oh padre, fue
por tu amante labio impreso,
ni en ser nunca me alegré
de tus brazos dulce peso.
  Y agonizaste, lejano
de tus hijos y tu esposa;
ni cerrarte amiga mano
los ojos, pudo amorosa,
que nos buscaban en vano.
  Moriste entre extraña gente,
a tu muerte indiferente:
¡Ah! ¡cuánto mas te valiera
lidiando en batalla fiera,
sucumbir gloriosamente!
  Si para consuelo nuestro
existieras todavía,
fuérasme en la vida diestro,
amoroso, experto guía,
y dulcísimo maestro.

¿Qué reprensión blanda y pía
no me sonara en tu labio?
Justo exceso, demasía
del mismo amor, que no agravio,
tu castigo me sería.
¡Con qué atención y placer
las inmortales hazañas
con que el antiguo poder
y yugo de las Españas
pudo América romper,
Fuérame dado escucharte!
Hazañas de que testigo
mereciste ser y parte
(con noble orgullo lo digo)
por el denuedo, y el arte.
Mas ¡ay de mí! que, en lugar
de tan feliz y süave
vida que pude gozar,
odiada orfandad me cabe:
¡Desdicha inmensa y sin par!
Que hizo más extraña y fuerte
el que entonces no pudiera
llorar, oh padre, tu muerte,
que ni ese alivio siquiera
quiso dejarme la suerte.
Pues tan tierno simple infante
preciar ni entender podía
desventura semejante;
y ¡acaso entonces reía
mi ledo infantil semblante!
¡Ah! por qué la muerte en mí
no se cebó, y el desierto
de la vida huyendo así,
¡ah! por qué no te seguí,
¡apenas nacido, muerto!
Por desgracia tan impía,
sirve solo de consuelo
pensar, oh padre, que un día
te conoceré en el cielo.

1855.

La oración

Ya de suena de la santa Ave María
la solemne campana, que el ocaso
llorar parece del lejano día:
Como de encanto súbito por caso,
Sucede hondo silencio de repente,
al urbano bullicio; el presto paso
detiene al son la pasajera gente,
que con rápida mano la cabeza

a 1os cielos descubre reverente;
y la salutación gloriosa reza
con que el arcángel anunció a María
que, sin perder su virginal pureza,
en sus entrañas Dios encarnaría;
y Lima toda, de silencio llena,
en su santo pensamiento se une pía.
Mas rápida cambiar se ve la escena,
cuando cesan las santas campanadas;
y ya de nuevo donde quiera suena
el rumor de coloquios y pisadas.

1855.

A España

Un día, España, en tu anchuroso imperio,
moviendo el sol el refulgente paso,
jamás hallaba tenebroso ocaso
al ir de un hemisferio a otro hemisferio;
cual ya al romano, así al valor iberio,
el ámbito del orbe vino escaso:
mas a tu antigua majestad, acaso
iguala tu presente vituperio.
De tal altura a sima tan profunda
te hizo caer del hado la inconstancia,
que Roma el mundo te llamó segunda:
Dad escarmientos a Inglaterra y Francia,
y teman que en abismo igual las hunda
su proterva ambición y su arrogancia.

1855.

Deseo

Pláceme contemplar desde la playa
el infinito mar que me convida
a que del patrio suelo me despida
y a otras riberas venturosas vaya.
Del lejano horizonte tras la raya,
al umbral de otro mundo parecida,
tal vez mas dulce placentera vida
y mas felices moradores haya.
Oh naves que a la aurora, al occidente,
al sur partís y al septentrión, ¡quién fuera
con vosotras! Mas ¡ay! que solamente
me es dado vuestra rápida carrera
seguir con la mirada y con la mente:
¡Y la dicha tal vez allá me espera!

1855.

A un niño

En el puro azul de cielo
de esos ojos que en mí fijas,
en las doradas sortijas
de tu finísimo pelo,
y de tu corpóreo velo
en las otras ricas galas,
hermoso niño, te igualas
con los ángeles de modo,
que para serlo del todo
solo te faltan las alas.
¡Cuan dulce descanso son;
de mis pensamientos graves
tus palabras que aun no sabes
decir con entero son;
tu infantil conversación,
tu preguntar inocente,
tu labio que nunca miente,
y la consonante fe
que a cuanto dicho te fue
concede fácil tu mente!
¡Goza, goza, rubio infante,
de tu ventura presente:
ríe, core, juega, aumente
tus contentos cada instante;
nunca de noche te espante
medroso duende, y tus sueños
de ángeles cual tú pequeños
te ofrezcan la grata imagen,
que a jugar contigo bajen
Cariñosos y risueños!
Pero ¿por qué de repente,
y cuando más me recrea
tu vista, importuna idea
viene a entristecer mi mente?
como tú, feliz, rïente,
era yo en aquellos años
al mal y al dolor extraños;
mas sueño los juzga ahora
mi alma que sin cuento llora
dolores y desengaños.
¿Con que (1) te habrán de afligir
los que a mí me afligen hoy?
Temblando, al pensarlo, estoy,
niño, por tu porvenir.
Y ¿habrá de ser tu vivir
como mi vivir? ¡Ah! ¡no!
Y, si ya Dios decretó
días negarte serenos,

¡nunca te veas al menos
tan infeliz como yo!

1855.

A la quina

Febrífuga corteza, de la humana
enferma gente celestial tesoro,
por el que más que por su plata y oro
el mundo debe a la región peruana:
¡Cuántas gracias te rinde el alma ufana!
Por ti se enjuga mi encendido lloro;
tú vuelves la salud a la que adoro,
y a su semblante la nativa grana.
Por ti de nuevo blancos velos viste,
y sus divinas perfecciones muestra
a Lima, con sil ausencia sola y triste;
por ti en el baile alegre con su diestra
mi diestra junto, y venturoso enlazo
su talle estrecho con mi amante brazo.

1855.

Al Perú

No tanto el rico abono te insolente
que hoy tan famosa te hace cual ya el oro,
que no es eterno, oh patria, tal tesoro
y su fin aceleras imprudente.
De haberlo poseído vanamente
te ha de quedar entonces el desdoro,
y la miseria y el inútil lloro
del que en hora tardía se arrepiente.
Que, aunque mil fuentes de riqueza tienes,
todas por ésta tu confianza olvida,
con que justo será que luego penes:
Teme que cuenta el Creador te pida
de tantos raros malogrados bienes
de que indigna la tierra te apellida.

A Rossini

Después de haber oído por primera vez la plegaria del «Moisés»

Aún me parece que en el Cielo santo
con desusada gloria
en medio de los ángeles estuve

a donde de tu canto
la constante memoria
de nuevo el alma estremecida sube:
mas di Rossini, dime
si propicio querube,
celeste amigo que tu canto inspira,
en noche solitaria
te enseñó el más ardiente y más sublime
himno que sabe su divina lira,
en esa pura celestial plegaria;
o si tú mismo al cielo suspendido,
al angélico coro
¿la escuchaste cantar en harpas de oro,
con ella absorto el soberano oído?
Por esa hora dichosa,
por el celeste olvido
del mundo, de mí mismo, de mis males;
por el alto placer que mi alma endiosa,
a tu valor divino desiguales,
estos versos te envío agradecido,
¡oh delicia y amor de los mortales!

1855.

Rossini y Mozart

A uno que me preguntó cual de estos dos músicos me parecía mayor

Entre Rossini y Mozar
Sentencie otro la porfía
por el primero lugar,
no quien, cual yo, se extasía,
en lino y otro a la par.
Cada cual es el primero;
y, sin sentenciar jamás,
siempre el que escucho postrero
es el que me gusta más,
y aquel que entones prefiero.
Si dignos entrambos son
de que la dulce Cecilia
cante su música en Sión,
con la angélica familia,
de aquellas harpas al son;
si el uno escribió «Don Juan»
y «Moisés» el otro, ¿vano
no es inquirir con afán,
si merece el italiano
la palma, o el alemán?
¿Quién entre una y otra estrella
de Géminis luminoso

dirá cual es más bella,
si en claro fulgor hermoso
gemela es ésta de aquélla?
  Y así, sin dar el laurel
a ninguno de los dos,
baste decir que con fiel
igualdad no creó Dios
mas rival de éste aquel.

1855.

Mis sueños

Cuando abrumado me siento
con los males de la vida,
y mi dolor la medida
excede del sufrimiento;
  tú, dulce sueño profundo,
ser mi único alivio sueles,
pues traspaso los dinteles
contigo de aqueste mundo.
  ¡Cuán dichoso soy, si duermo!
¡Cuán diverso el paraíso
que mis dulces sueños piso
de este tristísimo yermo!
  Y sus altos moradores,
¡Cuánto más bellos y buenos
y afables que los terrenos,
y en mente y saber mayores!
  Luz que vista y alma alegra
brilla, allí tan pura y clara,
que con ella semejara
triste nuestra luz y negra.
  Donde quiera sin cesar
blanda música se siente,
que envuelve, cual nuevo ambiente,
aquel sagrado lugar!
  Flores mil veces más bellas
que las de nuestros jardines,
lirios de luz y jazmines
que vencen a las estrellas
  cría ese eterno pensil,
y libres corren por él
de dulce fragante miel
y néctar arroyos mil.
  Si os sucede vez alguna
hallarme al sueño rendido,
no me despertéis, os pido,
porque el vivir me importuna.
  Y me acomete un pesar
tan hondo, cuando despierto,
que quisiera haberme muerto

para nunca despertar;
y por templar mi aflicción,
en convencerme me empeño
de que es la verdad el sueño
y la vida la ilusión.

1855.

A Flérida

¿Qué has hecho, ingrata Flérida, que has hecho?
¡Así a tu amante dejas, y a un anciano
por un vil interés vendes tu mano
a que solo el amor tiene derecho!
¡Ay! ¡qué vida te aguarda! en mesa, en lecho,
do quier al lado de ese espectro humano,
tu dulce amante extrañarás en vano,
que no se vende con la mano el pecho.
No marmóreo palacio, áurea carroza,
claros diamantes, ni real boato
la pena aliviarán que te destroza:
mas que tal vida y el continuo trato
de tu odiado consorte, en pobre choza
con tu amante vivir te fuera grato.

A Colón

Descubridor de un mundo y adivino,
¡quién añade a mi lira cuerdas nuevas!
¡quién da a mis manos el laúd divino
del lírico de Tebas,
o de aquel por quien osa
la palma a Tebas disputar Venosa!
¡Lograra entonces con ingenio y arte
dignos de tu grandeza celebrarte!
Que igualarla tan solo alcanzaría
de aquellos dos el portentoso metro
a quien corona y cetro
dio del lírico canto Poesía.
Mas, aunque remontarse no presumen
de tu grandeza hasta el remoto cielo
las cortas alas de mi infante numen,
en entusiasmo tanto
tu rara celsitud mi pecho inflama,
que me fuerza a juntar mi humilde canto
con el sonoro aplauso de tu fama.
Yo, que hijo soy del mundo descubierto
por tu divino acierto,
que sin ti de los mares de la nada
jamás saliera de la vida al puerto,

mi agradecida voz es bien que añada
a tan glorioso universal concierto:
y aunque con verso inculto
indignamente tu alabanza trate,
es cantarte, oh Colón, forzoso culto,
saro deber de americano vate.
  Mi amor mi audacia excusa,
no la ofrenda desdeñes de mi musa;
que acaso fuerzas y vigor un día
y en el difícil arte la destreza
ayuntando a su ingénita osadía,
podrá, mi numen, que a volar empieza,
menos indigno canto dedicarte;
y dilatar así por toda parte,
tu nombre no, que el universo llena,
sino el de tu cantor, hoy en olvido
y odiosa y vil oscuridad sumido.
  Pero nunca será el ingenio mío
el que, igualando tan sublime tema,
entre los hijos de Caliope y Clio
logre la palma merecer suprema,
a más dichoso vate reservada
que a ti consagre el épico poema
que ha de vencer a la divina Iliada.

-

  ¿Cuál, entre los varones inmortales
que, de virtud y de grandeza ejemplo,
celebran de la tierra los anales;
cuál hay que en sí reúna
tantas glorias y tales
cuantas en ti resplandecer contemplo,
oh sólo a quien no falta gloria alguna?
que en ti, de su obra el Creador contento,
juntó adivinador entendimiento,
constancia vencedora de fortuna,
valor de que se espanta el Valor mismo
y que halla en el peligro su elemento;
irresistible mágica elocuencia,
fe de santo y piedad, de rey clemencia...
Mas ¿dónde así me abismo?
ni ¿quién sintió jamas vanos antojos
de contarle a la mar toda su arena,
o sus hermosos rutilantes ojos
a la noche de estío más serena?
  Tantos semblantes tu grandeza muestra,
lograr pudiste tan diversas palmas,
cual si te diera la divina diestra
en muchas vidas diferentes almas:
y si en mil y mil héroes te divides,
cada cual de ellos basta
A ser de los mayores
que cantan de la fama los loores.
¿Qué Teseo ante ti? ¿Qué ante ti Alaídes?

¿O el que, en busca del áureo vellocino,
por peligrosos campos de Neptuno,
nunca surcados antes de otro alguno,
más avaro que audaz se abrió camino?
¿Que en fin cuantos endiosa
remota antigüedad y mentirosa
en pródigas ficciones lisonjeras?
Exceden sus fantásticas hazañas
las tuyas verdaderas:
que en héroe ideal o semidiós fingido
la fábula ingeniosa en vano aspira
a ofrecer tu trasunto y tu figura
y a igualar tu verdad con su mentira.
Entre las grandes famas de la historia
resplandece tu gloria,
bien así cual descuella,
entro las cinco en que se parte el mundo,
la región portentosa
que arrancaste al océano profundo.

-

a la capacidad venía estrecho
de tu gigante pecho
el mundo conocido hasta tus días;
otro mundo mayor necesitabas,
y así tal vez en tu anhelar decías:
«será que del planeta,
de los humanos natural morada,
la contraria mitad entera invada
el horrendo océano inhabitable?
No: mi ambicioso corazón desdeña
en tierra aprisionarse tan pequeña:
inmenso solitario continente
guarda la mar de Atlante prisionero;
y al que los ojos miran de mi mente
de cerca osado contemplar espero:
de la suerte la envidia no lo estorbe,
y seré yo el primero
que dé la vuelta, como el sol, al orbe:
Yo salvaré las lindes y señales
que de océano incógnito el misterio
y horror de los mortales
hoy ponen a la tierra apequeñada,
y antípoda hemisferio
sumido dejan en segunda nada.»
Tu patria preferida,
Venecia rica y en el mar potente,
y el lusitano y el francés monarcas
desdeñaron tu espléndido presente
y el valioso laurel de cien comarcas:
cual suele, el mundo te llamó demente;
y los que el mundo sabios denomina
con su ciencia mezquina
medir quisieron tu gigante numen

y mente creadora
que, sola, sabe lo que el mundo ignora.
¡Y a punto estuvo la envidiosa huesa
de hundir contigo tu divina empresa!
Y por siglos sin cuento
se dilatará el gran descubrimiento
que concebir y ejecutar podía
tu ingenio solo y sola tu osadía!
Mas no cedes, y al cabo a la dichosa
presencia de magnánima princesa,
que levantarse a comprenderte pudo,
te guió la amistad; fe generosa
concede a tu promesa;
y uniendo en fuerte nudo
su gloria con la tuya,
nunca será que el tiempo la destruya.

-

Y a romper de los mares las cadenas
y descubrir su pavoroso arcano
de playas españolas al fin sales:
¡Cuán heroicas escenas
Mirar pudo el atónito océano,
que no tuvieron en la tierra iguales!
La chusma, en vano del terror esclava,
con tempestuosos gritos te intimaba
que la sonante quilla
rauda volvieras a la patria orilla:
¿Rayos brotaba tu semblante augusto?
¿Hablaba un dios por tu inspirada boca,
que así la saña y el valiente susto
domar pudiste de esa turba loca?
¿Dejaba acaso los felices cielos
alado mensajero de Dios pío,
para traerte fuerzas y consuelos?
Al mirar siempre en torno cielo y onda,
y eterno centro tu veloz navío
ser de la mar redonda,
¿temor no te asaltaba
que nuca, nunca, de acabar hubiera,
o allá tan solo donde el orbe acaba,
aquel trémulo llano y tu carrera?
¡Y sólo a ti no consiguió vencerte
el ciego horror que a tantas
almas amedrentaba, aunque españolas,
y por do apenas, de pavor confusa,
osa seguirte la valiente musa!
Viendo que tan seguro te adelantas
por medio de aquellas misteriosas olas,
¿quien no dirá pasmado
que privilegio celestial consiente
a tus miradas solas
América remota estar patente?
¿O que no es ya para tus plantas nueva,

y que a su rica playa
no es hoy cuando te lleva
por vez primera tu impaciente nave
que la ancha senda que surcó ya sabe
y va segura adonde el sol desmaya?
¿Mas no temes (2) que sea
hija de engaño tu atrevida idea?
¿Ni un instante la duda
la fe combate que tu pecho escuda?
Piensa en el justo escarnio que te espera
en la hispana ribera,
si no es tu extraño pensamiento cierto;
dado que al fin a puerto
de la distante tierra
tu nave frágil a llegar acierte,
y huyas la horrenda misteriosa muerte
que en los abismos de la mar se encierra...
Mas mis voces desoyes, y adelante
tu leve carabela,
que a tu impaciencia perezosa vuela,
diriges impertérrito y constante.
Sí, firme sigue, sin reposo avanza,
no llorarás perdida tu esperanza:
Constancia tan tenaz, fe tan ardiente
dignas se ostentan de que Dios por ellas
mundos al mundo, liberal, aumente
y al firmamento estrellas;
y si el mundo que llevas en la mente
no existiese en la tierra todavía,
la diestra omnipotente
tan solo para ti lo crearía.

-

Y llega, y llega la anhelada llora,
y a tu absorta mirada
se presenta la tierra adivinada,
al rico albor de tropical aurora;
verde, feraz, magnífica, opulenta,
no ajada su beldad por los humanos,
a tus ojos ostenta
el virginal semblante
con que salió de las divinas manos.
Como Dios en el día del reposo,
al contemplar el universo infante,
se recreaba en el secreto seno
de su inmensa grandeza creadora:
tal de un placer que el pensamiento ignora
el pecho sientes rebosarte lleno,
al contemplar el mundo
del cual tú fuiste creador, segundo.
Gózate, sí, descubridor sublime,
que has acabado la mayor hazaña
que vio la edad pasada o ver espera
la edad advenidera:

El mundo que hoy arranca al océano
tu osado numen, tu constancia extraña
es de todos los mundos soberano:
sus montañas, del cielo cual pilares,
de oro se encumbran y de plata llenas,
y de sus ríos, que semejan mares,
son oro las arenas;
son edenes sus vastas praderías
y son sus noches días:
cuan bello rico y cuanto rico vasto,
tres mundos a la par contrapesando,
del orbe la mitad ocupa sólo;
su talle en derredor la zona ardiente
ciñe, cual ancho cinturón de fuego,
y es un polo corona de su frente
y estrado de su planta el otro polo.

-

Vuele a henchir de profunda maravilla
la vieja Europa tu triunfal regreso;
hinche de orgullo la feliz Castilla
que tu promesa, para el vulgo insana,
cumplida palpe con inmenso exceso,
y se engría, de un mundo soberana:
y arrebatada entonces,
en celebrar tan único suceso
canse la Fama sus sonantes bronces:
La Fama que por ti dilatar pudo
En ámbito mayor tu excelso nombre,
sin que a tu nombre baste
digno de más, el mundo que doblaste.
y cual de hado enemigo, los rigores
probaron tu invencible sufrimiento,
en medio de la dicha y los honores
muestra darás de tu templanza heroica;
que de la suerte al inconstante, viento
las grandes almas, de la tuya hermanas,
no obedecen livianas,
de escollo empinadísimo al estilo
que el piélago, ya manso, ya furente,
encuentra siempre inmóvil y tranquilo
y a sus mudanzas mil indiferente.
Y te está bien esa igualdad del alma,
que tardan poco los veloces años
en darte sus usados desengaños,
y en olvidar los hombres tus inmensas
portentosas hazañas
que jamas igualarán recompensas:
malvados, viles, envidiosos pechos,
hombres no, pero monstruos infernales,
atán con férreos lazos
tu débil planta y tus ancianos brazos!
¡Y no ya en triunfo, cual la vez primera,
que eterno para ti durar debiera,

mas aherrojado como vil pirata
o malhechor insano,
llegar te mira la nación ingrata
a quien un mundo regaló tu mano!
¡Cual tu vivir entonces lastimero!
¡Cuán cruda y largamente la Amargura
apurar te hace su colmada copa
hasta que el mudo acero
corta de Atropos tu vital estambre!
Y ¡oh vergüenza de Europa!
¡Oh del siglo baldón no encarecido!
¡A las congojas de miseria y hambre
gimió tu santa ancianidad sujeta!
¡Y el más rico varón que el tiempo vido,
de quien era el caudal medio planeta,
murió como el postrero desvalido!

-

Si, que en el mundo que habitar nos cabe
es la desdicha fiera
calidad de grandeza verdadera.
Nada turbe tu paz, oh Dios humano;
que, si tu mortal vida
fue por tantas desgracias afligida,
no habrá edad que la gloria no acreciente
de aquel que pudo completar la tierra,
hallando el misterioso continente
que el porvenir del universo encierra.

1856.

A Lima

¡Cuánto tus días serenos,
dulce Lima, echo de menos!
¡Cuánto extraño
de tu clima la blandura,
tu primavera que dura
todo el año!
En esta región do eterno
durar anuncia el invierno,
donde va
uno de otro día en pos,
ni asoma el astro que dios
te fue ya;
y envuelto en oscuro manto,
derrama el cielo su llanto
sin cesar,
y del frío el rigor ciego
me encadena junto al fuego,
del hogar;
y en el silencio y la calma

de mi estancia siento el alma
siempre triste,
que de la naturaleza
la contagiosa tristeza
me la viste.
  Jamás la lluvia iracunda
en sus piélagos te inunda
resonantes;
solo la Noche o la Aurora
líquidas perlas te llora
y diamantes.
  Nunca brilló a tu mirada
del relámpago la espada,
ni a tu oído,
de blandas músicas lleno,
sonó del hórrido trueno
el rugido.
  Muy mas claras que los días
de estas regiones sombrías
son tus tardes:
tiempo en que vuelva de Lima
al templado elíseo clima,
ven, no tardes.

1856.

A mi hermana Grimanesa,

Con motivo de la muerte de su hija Eufemia, niña de tres años

  No desesperada, llores,
así de tu hija la muerte,
ni maldigas de la suerte
los aparentes rigores;
  que, siempre que deja un niño
la dura región del suelo,
es porque le lleva al cielo
de Dios piadoso el cariño.
  Y en vez de la veste negra,
indicio del alma triste,
de blancas galas te viste,
y en santas fiestas te alegra.
  Pues, por merced especial,
ha sido admitida Eufemia
a la gloria en que Dios premia
a los que evitan el mal:
  a cuantos. aquí en la tierra,
con heroicos corazones,
vencieron de las pasiones
la dura constante guerra.
  El hondo dolor pues calma,
y no pongas en olvido

que, sin haber combatido,
tu hija ha logrado la palma.
  Vela en Sïón soberana
lograr feliz acogida,
por ángeles recibida
como una esperada hermana.
  Allí suplica al Señor,
pues ni el cielo te olvida,
que de la madre afligida
temple el agudo dolor.
  ¡Ah! ¡quién tu felicidad
gozando, Eufemia, estuviera!
¡Por qué no morí, cuando era
niño de tu misma edad!
  Que no aguardan la enemiga
tristeza y los desengaños
al número de los años:
mi triste pecho lo diga.
  Pues desde mi hora primera
diez giros y diez tan solo
en torno al dorado Apolo
cumplió la terrestre esfera,
  y tan breve vida ya
es a mis desdichas larga;
como a quien pesada carga
en hombros llevando va;
  que, como llegar ansía,
por verse libre del peso,
larga y penosa en exceso
se le hace la corta vía.

1856.

A la tarde

¡Yo te saludo, dulce encantadora
indefinible hora,
donde se unen y mezclan noche y día!
¡Hora de suave calma
y de vaga inefable poesía!
  ¡Oh romántica virgen sonadora!
a tu triste beldad ceda la palma
la rozagante Aurora:
que su faz leda y su mirada viva
menos al tierno corazón agrada
que tu faz pensativa
y dulce melancólica mirada.
  ¡Qué bella eres, qué bella,
ostentando en la frente
como un diamante, la amorosa estrella,
mientras el sol que brilla
con moribunda luz en occidente

arrebola tu pálida mejilla!
¡Qué bella, cuando a veces sol y luna
en ti el sereno firmamento aduna,
cual de un palacio la mansión gloriosa
junta a un monarca y a su excelsa esposa!
¡Cuánto me plugo siempre en tu reposo,
de la ciudad huyendo
la confusión y estruendo,
irme poetizando silencioso
a los campos mas tristes y desiertos,
do sólo llega el son de la lejana
plañidera campana
que habla de es ausentes y los muertos!
Y lejos de los hombres y del vano
conversar ciudadano,
las más altas verdades,
moradoras de augustas soledades,
allí, vate filósofo, medito,
y el destino del hombre y lo infinito,
y en silencio converso
con el alma que llena el universo!

1856.

El desgraciado

«Solo me miro en la tierra;
cual con tenaz enemigo,
están las cosas en guerra,
desde que nací, conmigo;
y un espíritu a mí adverso
reside en el universo.
»No consiente el mar turbado
que a surcarle yo me atreva,
y la tierra mal su grado
en sus espaldas me lleva,
y me tienen odio ciego
aire, tierra, mar y fuego.
»Mujer ninguna me ama,
ni me es ningún hombre amigo,
y es; emblema de la llama
a que da mi pecho abrigo,
volcán que arde triste solo
entre las nieves del polo.
»Cual vasta ciudad desierta
o en el sueño sumergida,
donde el paso no despierta
señal ninguna de vida,
se me ofrece el mundo, donde
nadie a mi clamor responde.
»Y en vano me agito y ando
peregrino por la tierra,
los portentos visitando
que la vieja Europa encierra,

y que allí en la patria mía
por mirar me desvivía.
»Cuando me mezclo en la calle
con la multitud festiva,
será me digo, que no halle
tal vez uno, mientras viva,
uno entre tantos millares,
que comprenda mis pesares?»
«No pude en ninguna parte
del ancho poblado mundo,
oh mitad de mi alma, hallarte,
hallarte, oh mi yo segundo;
y de hallarte ¡oh dolor fiero!
en la tierra desespero.
»Cual si me hubiera hecho reo
de algún tremendo delito
antes de nacer, me veo
por cielo y hado maldito,
y de herirme no se sacia
con sus flechas la Desgracia.
»¡Si en este colmado abismo
de desventuras, siquiera
en paz yo conmigo mismo
interiormente estuviera!
Pero de mí propio siento
un profundo descontento.
»¡No, no pose el infierno
más espantoso suplicio
que este descontento eterno!
Quisiera perder el juicio
y beber de mi amargura
el olvido en la locura.
»Cuando esta máquina enferma
en polvo se haya deshecho,
y mi último sueño duerma
en hondo y oscuro lecho,
nadie a llorar irá junto
a la losa del difunto.
»Ni plantará pía mano
ciprés que mi tumba asombre,
ni pasajero en humano
labio sonará mi nombre,
ni se hará jamás presente
mi recuerdo a humana mente.
»Y en su ancho seno profundo
me esconderá tanto olvido,
como si yo en este mundo
no hubiera nunca existido;
y no resarcirá nada
vida tan desventurada.»
Así una noche sin luna,
en mudo ancho despoblado,
del rigor de su fortuna
se quejaba un desdichado,

haciendo a sus quejas dúo
e1 triste canto del búho.

1856.

Querellas

Aun estoy en la aurora de mi día
y de mi año en la dulce primavera;
mas la luz no veré del mediodía
ni a mi verano llegaré siquiera.
¡Un siglo viven otros, y yo muero,
cual flor nacida apenas y marchita!
¡Y a otras vidas añade el hado fiero
tal vez los años que mi vida quita!
Flor que se, abre a la risa de la aurora
prolongar a lo menos debería
su frágil existencia voladora
la corta edad de un fugitivo día.
Más ¡ay! tal vez la cortador reja
O mordedura de reptil aleve
cumplir siquiera a la infeliz no deja
ni el curso entero de vivir tan breve.
Pedí a Europa el alivio para el grave
oculto mal que lento me devora:
¡Ay! que remedio para mí no sabe
su ciencia, para tantos salvadora.
¡Oh amores y placeres de la vida!
otro os goce y apure largamente,
que la borde yo de vuestra copa henchida
apenas puse el de mi labio ardiente.
¡Mágicos sueños de mi infancia leda!
¡Cuánto me habéis, cuánto me habéis mentido!
Solo al desierto corazón le queda
dolor y llanto, soledad y olvido,
dichas, amores, lauros inmortales,
¡Ay! me pintó vuestra falaz promesa:
¡y en vez de glorias y venturas tales
me aguarda el seno de temprana huesa!
Y es mi dolencia cada vez más fuerte,
y me siento fallecer de modo,
que poco esfuerzo costará a la Muerte
para acabarme de vencer del todo.
No te pido vivir, tan sólo espera
que al seno torne de mi madre amada,
y descarga después, oh Muerte fiera,
el golpe postrimero de tu espada.

1856.

A Lope de Vega

¡Salve, gran Lope, de la tierra espanto,
de España eterno honor, oh el más fecundo
de cuantos vates vio jamás el mundo
y la Gloria endiosó en su templo santo!
Si a tu tan fácil vena, a caudal tanto,
arte correspondiera más profundo,
sin par te declarara, y sin segundo
el dios augusto que preside al canto.
¡Cuántas veces tu rica fantasía
las tres jornadas animó de un drama
en el pasmoso término de un día! (3)
Y aunque imperfectos la Razón los llama,
bástele de tu patria a la ufanía
que de ti sólo lo contó la Fama.

Despedida de un indio

al partir a la guerra civil

Adiós, madre, adiós, esposa,
hijos de mi vida, adiós;
¿Os volveré a ver? Lo sabe
tan solamente el Señor.
El corazón se me arranca,
y sin vida y alma estoy,
no por mí, más por vosotros,
prendas de mi corazón.
Mal haya la odiosa leva
que, al blanco ilustre color
respetando, prende solo
a la triste sucesión
de la gran gente que un día
estas tierras señoreó,
o al que arrancado a las playas
que abrasa africano sol,
con nosotros a ser vino
compañero de opresión!
¡A mis hogares me arranca
ella con violencia atroz,
y por homicidas armas
que jamás mi mano usó,
me hace trocar el arado
y la pacífica hoz!
Oh vos, Señor, que mirando
estáis, mi inmenso dolor,
vos que de los desvalidos
tierno común padre sois,
vele de lo alto del cielo
vuestra dulce compasión
sobre las prendas amadas
cuyo único amparo soy,

y a quienes pan y sustento
faltará, Señor, sin vos.
Si de la patria en defensa,
contra extranjera Nación,
a combatir nos llevaran,
¡cuán gozoso fuera yo!
nada me arredrara entonces
morir; celeste favor
antes juzgara mil vidas
perder de la patria en pro,
y con más vivo deseo,
con regocijo mayor
fuera entonces a la guerra
que a esperada fiesta voy.
¡Ah! ¡feliz, feliz mil veces
el soldado que peleó,
bajo el mando de Bolívar,
contra ejército español!
Entonces sí que se daba
empleo digno al valor;
pero sólo contra hermanos
a pelear vamos hoy,
y Peruanos con Peruanos,
sin sospechar la ocasión,
que nos matemos es fuerza
en bárbara lid feroz.
Mas ¿cómo sentir podré
ciego bélico furor,
si sé que en cada contrario
la muerte a un hermano doy?
¡No da, no, en contiendas tales
el triunfo satisfacción,
y tanto como al vencido
llorar cumple al vencedor,
porque fue a común patria
quien siempre las lamentó!
Y entretanto al extranjero,
a quien la fama veloz
va a contar nuestras discordias,
de regocijo le son,
si piensa que nuestras fuerzas
tesoros, gente, valor
estarán exhaustos, cuando
le dé la suerte ocasión
de invadir la moribunda
antigua tierra del Sol.

1857.

Noticias de la patria

Es dulce a quien habita tierra ajena

nuevas sabe su país nativo,
que engaña de la ausencia la gran pena;
  mas yo, que ausente de mi patria vivo,
consuelo ni alegría sentir suelo
con lo que a todos es grato y festivo.
  Antes me oprime grave desconsuelo;
llanto vierten los ojos, hechos fuente,
y me lamento al poderoso cielo.
  Pero ¿cómo alegrarme? ¿cómo ardiente
no derramar inconsolable lloro?
Si es fuerza siempre que la fama cuente
  que el dulce patrio suelo a quien adoro,
y de quien sus miradas Dios aparta,
hijos pierde, virtud, honra y tesoro;
  sin que jamás un punto de él se parta
la atroz Discordia, como siempre ayuna,
nunca de presas y de estragos harta.
  Tal vez, por excusar tan importuna
pena, estar anhelé do no pudiera
de mi patria saber nueva ninguna.
  ¡Dichoso el hombre que la luz primera
ver alcanzó de la bondad divina
en tierra que en sosiego y paz prospera,
  ni a sí propia se labra la rüina!

1857.

Yaraví

Cuando doblen las campanas,
no preguntes quien, murió:
quien, de tus brazos distante,
¿quién puede ser sino yo?

Harto tiempo, bellísima ingrata,
sin deberte ni en sombra favores,
padecí tus crüeles rigores
y lloré como débil mujer;
ya me rinde el dolor y me mata,
acabárseme siento la vida;
ya te doy mi final despedida,
y ya escuchas mi queja postrer.
  ¡Cuántas veces riendo me has dicho
que en el mundo de amor nadie ha muerto!
¡Ya verás, ya verás si no es cierto
que hay quien muere de pena y amor!
Ya verás que tu duro capricho
¡Oh tirana! la vida me cuesta,
y bien pronto la queja molesta
cesará de tu odiado amador.
  Cuando el doble de lenta campana

vibrar oigas en son plañidero,
no preguntes qué humano viajero
de la vida las playas dejó:
quién, esclavo de suerte tirana,
blanco triste de tu odio y tu tedio,
¿quién, enfermo de mal sin remedio,
quién ser puede, mi bien, sino yo?
Mas si el largo rigor de tu fiera
esquivez llega un día a dolerte,
si al pensar en mi trágica muerte
y en mi amor y mi inútil afán,
compasivos derraman siquiera
una gota de llanto tus ojos,
en la tumba mis yertos despojos
de placer y de amor temblarán.

1857.

A la Virgen

I

¿Qué loor hay que te cuadre,
reina de la empírea corte,
hija del eterno Padre,
del Paráclito consorte,
y del Verbo virgen madre?
Tú a quien, aunque hija de Adán,
de emperatriz nombre te dan
los nobles hijos del cielo,
y atentos en santo celo
a tus preceptos están;
Tú que eres ¡en tal manera
de Dios la gracia en ti abunda!
la criatura primera
de la creación entera,
y a Dios tan sólo segunda;
sublime María, nueva
mayor mejorada Eva,
segunda madre del hombre,
¿Qué honores hay que a tu nombre
agradecido no deba?
Rompiendo antiguo contraste,
tú con Dios emparentaste
al hombre abatido y siervo,
hermano por ti del Verbo
a que fue tu seno engaste.
Por especial gracia y acto
de la paloma celeste,
entra el Verbo a tomar veste
humana en tu vientre intacto,
sin que tu candor te cueste;
como, dejándola entera,

y sin teñirla siquiera,
el puro rayo solar
entra a cerrado lugar
por trasparente vidriera.
De la tartárea serpiente
la dura soberbia frente
en triunfo glorioso fue
quebrantada eternamente
por tu delicado pie;
pagando así el fiero mal
que irreparable en Edén
hacernos quiso, y del cual
supo sacar mayor bien
la clemencia celestial.
de ti la mujer se alaba
que del hombre vil esclava
y de sus antojos era,
y por ti de compañera
derechos recuperaba.
Con Dios piadosa nos vales,
si justamente se aíra:
por tantas gracias y tales,
toda boca, toda lira
te celebren perennales!

II

De los hombres abogada,
clementísima Señora,
hasta nuestra postrer hora,
a la Trinidad sagrada
por todos nosotros ora.
Nunca a ti se alzan en vano
nuestras afligidas voces,
que los más duros y atroces
modos del dolor humano
por larga prueba conoces.
Tu ruego, madre, socorra
a los que, lejos del grato
humano consorcio y trato,
en negra húmeda mazmorra,
del hondo Averno retrato,
viven años prisioneros;
a los nocturnos viajeros
que no dan con su camino,
y del ladrón o asesino
temen los asaltos fieros;
a los huéspedes del mar
que, a punto de naufragar,
al cielo trémulas manos
y agudos clamores vanos
alzan todos a la par;
al que desde playa ajena
mira llorando la nave
que zarpa a la patria arena,
a donde destierro grave

a no volver le condena;
  a los pacientes soldados
que, alegres y denodados,
en defensa de su tierra,
van a morir a la guerra
a millares y olvidados;
  Al que en su instante final
teme del Juez inmortal
la pavorosa presencia,
y escucha ya la sentencia
del último tribunal;
  al alma que, acrisolada
del purificante fuego,
espera allí que la entrada
a la celestial morada
le abrevie el humano ruego.
  No te olvides de la viuda,
de crecida prole ayuda,
que, en medio a pobreza acerba,
casto su lecho conserva
y el antiguo amor no muda;
  ni del padre a quien están,
con voz y ansioso ademán,
la consorte y el enjambre
de hijuelos, pálidos de hambre,
pidiendo un trozo de pan.
  Ruega por el ternezuelo
infante que aún por el suelo
con manos y pies se arrastra,
y por rigor de madrastra
trueca materno desvelo;
  Por la simple niña hermosa,
burlada de amante aleve,
y que madre, más no esposa,
ante el mundo no se atreve
a mostrarse vergonzosa;
  Por el triste a quien condena
un delito, tal vez falso,
a la irreparable pena,
y que ya sube al cadalso
en plaza de gente llena;
  por el pueblo donde impera
la voluntad altanera
de coronado verdugo,
y por el que oprime el yugo
de una nación extranjera.
  Débante preces constantes
las repúblicas infantes,
de que mi patria ¡ay! es una,
víctimas desde la cuna
de discordias incesantes.
  Pues todos tus hijos son,
ruega por los de nación,
color y culto diversos,

por los justos y perversos,
por todos sin excepción.
Todos en igual empleo
merecen tu ruego pío:
el inocente y el reo
el cristiano y el judío,
el apóstol y el ateo.

III

Puerta de los cielos ancha,
de toda virtud dechado,
a quien el Terno increado
sola exentó de la mancha
del original pecado;
Pura fuente cristalina
de nuestra vida en los yermos,
santa alegría divina
de los tristes, medicina
y salud de los enfermos:
mi viciosa juventud
enmienda, y haz que me inflame
el amor de la virtud;
contento y paciencia dame,
y vuélveme la salud.
Mas tu piadosa oración,
si muero en edad tan tierna,
me dé el divino perdón,
y dulce morada eterna
en los palacios de Sión.

1857.

En Nápoles

Entre cien luces y ciento,
tan clara del firmamento
resplandece en la mitad
la blanca hermana de Febo,
que es la noche día nuevo,
de más suave claridad.
Tiempo ha que la hermosa fiesta
no vi de noches como ésta:
Las noches de mi país,
rivales del día ufanas,
Oh noches napolitanas,
a mi recuerdo mentís.
De las brisas al halago,
¿No semeja el mar un lago,
de tormentas incapaz,
en cuyas aguas serenas
moran hermosas sirenas,
amigas de calma y paz?
Se está dormida quedando

Parténope bella, al blando
vago arrullo de la mar:
¡Qué quietud! vosotras solas
murmuráis, continuas olas,
apenas, al expirar.
No; que la brisa sonora
la canción me trae ahora
de fino amador que al píe
del usado balcón vela,
y al son de blanda vihuela
canta su amorosa fe,
El fresco nocturno ambiente
todo empapado ¡se siente
en el aroma sutil,
que hurta a vecinos jardines,
de azahar, mirto, jazmines,
y olorosas flores mil.
Cuanto siento, escucho y veo
es deleites; el deseo
anhelar no puede más;
¿Por qué pues, dime, alma mía,
llena de melancolía
aquí y en tal noche estás?
¡Ah! porque ningún amigo
o amada goza conmigo
de tal noche la beldad,
y aun en sitios tan amenos
mi corazón echa menos
su otra no hallada mitad.

1857.

Castigo

«¿No oyes? la aguda cántiga temprana
del ave conocida en la ventana,
oh amado, nos avisa
que torna la mañana
con importuna desusada prisa.
»¡Ay! ya de tu partir llegó la hora:
¡Cuán presurosa fue de la traidora
breve noche la fuga!
La diligente aurora
Hoy ¡qué temprano en nuestro mal madruga!
»Mas deja el lecho, y tus disfraces viste;
y, aunque me miras congojada y triste,
parte ya, dulce amigo,
secreto cual viniste:
nadie de tu salir sea testigo.
»Mas ni hablas, ni respiras» ¡ay! que nada,
nada responde el joven; espantada,
ella le toca y mueve,

e inmoble inanimada
masa siente, más fría que la nieve.
¡Ay! ¡qué gritos arroja de hondo espanto!
¡Qué alaridos! ¡qué voces! ¡y qué llanto!
La familia despierta
y acude a rumor tanto,
y es de todos su infamia descubierta.
Y la culpada que a sus padres mira
llenos de asombro y de vergüenza y de ira,
y al que amaba difunto,
solo a morir aspira,
que honra, dicha y amor perdió en un punto.

1857.

A Londres

En vano, altiva Londres, a porfía
te enriqueces, te ensanchas y te pueblas,
si en una nueva atmósfera sombría
te envuelve el humo y tus eternas nieblas;
si no difiere lo que llamas día
de las nocturnas lóbregas tinieblas,
o, como triste pasajera tarde,
entre dos noches dilatadas arde.
¿Qué vale tu grandeza y poderío
y la corona azul del océano,
Si tiembla en ti junto al hogar el Frío
tendiendo al fuego la aterida mano,
si en tus vastos palacios el Hastío,
roído el pecho de tenaz gusano,
gime y suspira y sin cesar bosteza,
sin que el sueño le rinda la cabeza.
Tú no conoces esa indefinida
dulce tristeza, soñadora y vaga,
encanto y poesía de la vida
que en otro clima el corazón halaga;
sólo conoces el Esplín suicida
que todo bien con su veneno estraga
y que o corta la vida o la convierte
en una lenta prolongada muerte.

1857.

A Elena

Labios tienes cual púrpura rojos,
tez de rosa y de fresco azahar,
y rasgados dulcísimos ojos
del color de los cielos y el mar.

Oro es fino la riza madeja
que hollar puede el brevísimo pie,
y flor tierna tu talle semeja
que temblar al favonio se ve.
La hija bella del Cisne y de Leda,
te pudiera envidiar cuerpo tal;
pero en él más bella alma se hospeda,
Que no empaña ni sombra de mal.
Prole augusta tal vez me pareces
de himeneo entre dios y mujer:
¡ah! ¡dichoso, dichoso mil veces
quien amado de ti logre ser!
No yo, indigno de tanta ventura,
a cuya alma pesó, cada vez
que te viera, no ser ya tan pura
cual lo fue en su primera niñez.

1857.

El temblor

«Temblor» sonó; con subterráneo ruido
velocísimo llega de repente;
moverse el suelo, cual bajel, se siente,
y crujir techo y muro sacudido.
Con voladora planta sin sentido
la calle ocupa la espantada gente,
que se humilla confusa y se arrepiente
y a Dios clama en altísimo alarido.
Pasa el peligro y rápido se olvida;
al saludable espanto reemplaza
la viciosa costumbre de la vida.
Mas teme, oh Lima, teme a tu enemigo
que, si hoy sólo pasó cual amenaza,
vendrá tal vez mañana cual castigo.

1857.

El juicio final

Ya en el postrero universal jüicio
del Juez supremo a la presencia me hallo,
y aguardo el justo inapelable fallo
que eterno espera a la virtud y al vicio.
Mas ¡ay! ¿adverso me será o propicio?
¿de Cristo o de Satán seré vasallo?
En duda tan crüel, temblando callo,
mas digno que de premio de suplicio.
Ya las turbas el Juez ha separado,
y el rostro favorable o enemigo

al diestro vuelve y al siniestro lado:
pero yo, justo Dios ¿a quienes sigo,
cuando a la Virtud abras y al Pecado
los palacios del premio y del castigo?

1857.

El picaflor y la florecilla

De un pintado picaflor,
de los campos maravilla,
una incauta florecilla
se prendó con loco amor.
Mas, como es aquél al par
de mariposa inconstante,
no tardó la flor amante
su esquivez en lamentar.
Y al verle pasar a veces,
en tristes voces así
se le quejaba: «¡Ay de mí!»
¿Por qué, mi bien, me aborreces?
¿Qué te hice? ¿Estos desdenes
te ha merecido mi fe?
¿Por qué en mis hojas, por qué
a columpiarte no vienes?
¿Has olvidado que apenas
abrí mi tierno capullo
de las auras al arrullo
que me halagaban serenas,
viniste a posar en él,
y a besarme, de amor lleno,
hasta apurar de mi seno
la sustentadora miel?
¡Ay! no supe qué inconstante
eras y mudable y leve
como el aura que me mueve
y que cambia en cada instante.
No supe que tus amores
multiplicabas sin cuento,
y que, más falso que el viento,
engañabas a las flores.
Hoy de tu odio en el exceso,
a todas besando vas,
y a mí triste, a mí no más
me exceptúas de tu beso.
Deja ya tanto desdén,
no me des pena tan fuerte,
y aunque hubieres de volverte
luego al punto, al menos ven.
Pero desoyes crüel
mis quejas y vivo anhelo,
siguiendo tu raudo vuelo

por el florido vergel.
¡Ah! ¡quién, de hojas en lugar
alas como tú tuviera
para seguirte doquiera
que te pluguiera volar!
¡Mas ay! que tengo infeliz
inmóvil clavado el pie,
y aprisionada se ve
del suelo mi honda raíz.
Cuando me maten congojas,
¡lleve el viento noche y día
haciéndote compañía
mis enamoradas hojas!»
Así la flor se querella
con modo tierno y sencillo,
más el crüel pajarillo
no tornó a acordarse de ella.
Doncella incauta en amor,
bella y simple cual las flores,
cuenta, con que te enamores
de algún galán picaflor,
que, volando sin cesar
de flor en flor con fortuna,
sin detenerse en ninguna,
burla de todas al par.

1857.

Adela a Carlos

Apenas el billete
recibas, Carlos, de tu amante Adela,
incansable jinete,
clava la aguda espuela
a tu caballo y a mis brazos vuela.
Siglos me son las horas,
de tu lado distante; considera
que, si venir demoras,
de congoja tan fiera
es fuerza, es fuerza que tu Adela muera.
Que enferma estoy de muerte,
y mi remedio el físico no sabe;
mi remedio es el verte,
y tu beso süave
será el elixir que mi mal acabe.
Ni un punto a tu violento
curso descanso des, brutos desboca;
sus alas roba al viento;
a mi impaciencia loca
mira que toda rapidez es poca.

1857.

L... a E...

No siempre triste al contemplarme y serio
en los verdores de mi edad florida,
intentes, bella joven, de mi vida
penetrar el tristísimo misterio.
De horrendos males cuyo antiguo imperio
padece un alma que jamás olvida
sólo me ha de librar la apetecida
profunda eterna paz del cementerio.
Sí, soy bien desgraciado; más no quieras
tan extraños pesares roedores
y desventuras conocer tan fieras:
es bien que para siempre las ignores,
ni de ellas consolarme tú pudieras,
que consuelo no admiten mis dolores.

1857.

Visión

I

Iba la más oscura taciturna
y triste Hora nocturna
moviendo el tardo soñoliento vuelo
por el dormido cielo,
cuando, dejando mi alma
en brazos del hermano de la Muerte
a su cansado compañero inerte,
libre de su cadena,
voló a su patria desde el turbio Sena.
Y toda en breve punto recorriola,
desde el postrero linde Ecuatoriano
hasta la gran laguna,
de los hijos del sol sagrada cuna,
y desde el océano
hasta el inmenso río
que entre todos merece el señorío:
así en el breve Mapa retratada,
la recorre la rápida mirada.
Mas ¡ay! que por do quiera
que el vuelo dirigiera,
de pasadas contiendas las señales
y aprestos encontraba
de futuras contiendas fraternales,
y de discordia que jamás acaba.
Al fin rendido me senté y doliente
en un profundo valle que, a la falda
de los Andes tendido, en noche doble

se envolvía a la sombra de su espalda:
de aquel salvaje natural retiró
era el silencio dueño,
y sólo de mi pecho algún suspiro
tal vez interrumpía con son blando
de la naturaleza el hondo sueño.
En tal estado ignoro
cuanto tiempo pasé, mi faz regando
con encendido lloro,
cuando llegó a mi oído
desde el confín del cielo
como el rumor que alzara de distante
ejército de cóndores el vuelo:
los ojos alzo, y miro tan radiante
blanca figura descender ligera,
cual si astro rutilante
despeñado bajase a nuestra esfera;
las débiles pupilas, deslumbrado,
fuerza cerrar me fue, y cuando las hube
de nuevo abierto, ya encontré a mi lado
a celestial querube.
Tan alta remontaba su estatura,
que ni cerca del Ande
se olvidaban los ojos de su altura;
no de la Tierra la soberbia prole
que al magno Jove pudo dar asombros
alzaba al cielo tan gigante mole;
aún tremolaban en sus altos hombros
sonantes alas, en grandeza tales,
que con alas rivales
nunca los ojos míos
volar miraron sobre el mar navíos (4).
Era su cuerpo deslumbrante nieve,
Y de su rostro la beldad tan rara,
Que mi estro no se atreve
de su pintura a acometer ensayos;
y cual del Sol la rutilante cara
en la mitad del día,
derramaba ancho círculo de rayos,
sol portentoso de la noche umbría.
A vista tal, lleno de asombro y miedo,
con las manos cubriéndome los ojos,
caí sin voz, helado, fiel remedo
de mortales despejos;
entonces a mi oído aquestas voces
llegan, cual si del cielo descendieran:
«Yo soy el genio del Perú, el arcángel
a quien el sumo rey del Universo
encargó de esta tierra la custodia;
yo, a pesar del perverso
ángel que la verdad y la luz odia,
ciego rey de las indias muchedumbres,
a los míseros Incas
de la fe verdadera di vislumbres:

yo vi, como falange del Averno,
inundar las riberas perüanas
negra nube de iberos asesinos,
y mis ojos divinos
verter pudieron lágrimas humanas;
yo acompañaba al mísero Atahualpa,
al último suplicio,
donde, a la luz que le mostré propicio,
la vanidad de sus creencias palpa;
yo, desatando de su error la venda,
el agua santa que las culpas lava
y del glorioso cielo abre la senda,
hice que recibiera, y consolaba
del imperio perdido la amargura
con la promesa del que nunca acaba;
yo en las heroicas vengadoras lides
de Junin y Ayacucho
estuve con los libres, y delante
de los dos inmortales adalides,
iba sus nobles pechos resguardando
con el escudo de tenaz diamante
que en los combates embrazaba, cuando
en los campos celestes
desbaratamos de Luzbel las huestes.
Mas tú ¿por qué a estas horas
en tan desiertas soledades lloras?
Desata el labio, y sin tardanza dime
qué congoja te oprime.»
  Alcé a estas voces la abatida frente,
y, mirando al arcángel cara a cara,
que el fulgor igualó que despedía
con la flaqueza de la vista mía,
respondí de esta suerte,
que, al solo nombre de la patria cara,
se despejó mi corazón de miedo:
  «Celeste ciudadano», ¿cómo puedo
no penar y gemir constantemente,
cuando el hado consiente
tantos desastres a la patria mía,
de la Discordia y Ambición teatro?
Como el inquieto imperio en que a los cuatro
elementos indómitos gobierna
la Discordia bëoda,
mírala en honda confusión eterna,
segundo caos, agitarse toda.
Cual se disputan en porfiada riña,
con pico agudo y garra carnicera,
hambrienta turba de aves de rapiña
el gran cadáver de enemiga fiera,
así un puñado de ávidos caudillos
por los despejos de la patria triste
esgrimen los sacrílegos cuchillos.
  «Mas ¿qué digo un puñado?
Si ya no hay ruin soldado,

ni vil cabeza de más vil pandilla,
que a la suprema silla
no ambicione subir, y al más indigno
tal vez da el triunfo nuestro adverso signo;
y en vano de la insignia blanca y roja
el uno al otro sin cesar despoja;
que nunca, por cambiar eternamente,
fue mejor nuestro estado;
antes siempre nos hizo lo presento
extrañar, cual dichoso, lo pasado;
ni porvenir aguardo diferente;
que entre cuantos la atenta
mirada en torno a divisar alcanza,
ni uno, ni uno tan sólo se presenta
en quien ponga la patria su esperanza.
«¿Cuándo el Señor nos enviará piadoso
el heroico varón, digno del Tibre,
amador de la patria verdadero,
que por solo su amor el noble acero
do quier triunfante vibre,
y cuando de famélicos millares
de pretendientes nuestro suelo libre,
volver anhele a sus modestos lares?
Mas, ¿qué profiero insano?
¡Hechos espero de valor romano
adonde sombra no hay de patriotismo,
sino abyecto interés, duro egoísmo!
Bailes, palacios, coches, pingüe mesa,
esa, de cada cual la patria es ésa;
la patria, el bien primero,
el dios universal es el dinero,
que aún por infames modos
alcanzan muchos y codician todos.
La Justicia comprada
deja dormir la vengadora espada,
sin que supla siquiera
su venganza, con oro adormecida,
el castigo del público desprecio;
antes a aquel que el robo no enriquece,
y a quien en vano la ocasión convida
con risa infame lo apellidan necio:
y lo que escapa a tan rapaces manos
de mar y tierra la milicia sorbe,
y hambriento enjambre de empleados vanos.
Y en tanto ¡cuánta aldea,
sumergida en tinieblas de ignorancia,
la luz primera del saber anhela,
sin que a su tierna infancia
abra sus puertas solitaria escuela!
Y en tanto, ¡entre las penas del camino,
por montañas y selvas y el desierto,
para el viajero, de su senda incierto,
o del bruto a merced vaga sin tino!
Y echando menos el seguro puente,

¡tienta el difícil peligroso vado,
do perece tal vez, arrebatado
del ímpetu veloz de la corriente!
Y en tanto ancho arenal, cuya encendida
sed no alivia ni el llanto del rocío,
¡espera en vano que distante río
venga a llenarle de verdor y vida!
«De los jueces la hidrópica codicia
convierte en compra y venta la justicia;
no Jesucristo, Satanás modela
el vivir del indigno sacerdote;
y es la milicia de traición escuela
y de la patria el más crüel azote;
el tierno joven en la mente abriga
torpes sofismas, y en el pecho bajo
el ardiente deseo,
(Pues el paterno ejemplo es bien que siga,)
no de honroso trabajo,
sino del sueldo y del ocioso empleo;
y ansiando todos del Estado oficios,
la industria nacional yace desierta,
y a objetos que fomentan lujo y vicios
abre solo el Comercio fácil puerta;
las ciencias y las nobles liberales
artes que el mundo acata, aquí de franco
menosprecio son blanco;
y a los hijos de Apolo,
que la presencia de tamaños males
a sacrosanta indignación provoca,
torpe escarnio y baldón les cabe solo.
«Por eso ¡ay Dios! con arrogante boca,
bien como a gente bárbara o inculta,
nos befa el extranjero y nos insulta;
y los Peruanos defender no pueden
en ajenas orillas
a su patria afrentada, y sus mejillas,
(Pues fuerza es siempre que verdad tan clara
sus amorosos argumentos venza,)
se tiñen del color de la vergüenza;
y así de nuestras armas la divisa
que a mísera, discorde, débil gente
Feliz y firme por la unión declara
es un sarcasmo que provoca a risa...
Pero de nuestros males ¿quién contarte
podrá jamás más que una breve parte?
en turba tan crecida,
por uno que relata cien olvida
el labio, y aún mil bocas
con que hablarte pudiese fueran pocas.
«Y a tal estado, celestial mancebo,
dime, ¿hasta cuándo nos condena el hado?
¿O es maldito de Dios nuestro linaje,
que en él castiga sin piedad, cual nuevo
original pecado,

la inaudita traición que cometieron
esos que un día al crédulo hospedaje
del Inca generoso respondieron
con robo, estupro, llamas y matanza
y cuanto daño a imaginar se alcanza?
¿Y nosotros, remotos descendientes
de tan bárbaras gentes,
de sus delitos fieros
y del castigo somos herederos?
«¡Con que (5) no hay de esperanza luz alguna!
Y, sin vivir, perecerá mi patria,
niña a quien sirve de ataúd la cuna!
Naciones mil la Fama nos recuerda
que sepultó en su ocaso la Fortuna;
mas murieron decrépitas ancianas,
de más lauros cubiertas que de canas:
mas ¿cuál hubo jamás como la nuestra
que, ayer no más nacida,
dando está clara muestra
que se le acaba la doliente vida?
Y, como muchos de sus propios hijos,
niños de edad y en corrupción ancianos,
ningunos vicios ya le son extraños
de cuantos manchan en crecida tropa
de Asia las sociedades y de Europa,
ya mayores en siglos que ella en años.
«¿Y a quién pues que esto mira
del hondo corazón lágrimas rojas
no exprimen sus fierísimas congojas,
su generosa cuanto inútil ira?
Dadme, dadme la lira
con que el triste profeta Jeremías
de Sión cantaba los postreros días,
y vierta en cantos de tristeza suma
el duelo inmenso que mi pecho abruma,
viendo a fatal inevitable ruina
mi infortunada patria ya vecina!»

II

Así dije, y el llanto y los sollozos
mi discurso acabaron, mas el hijo
del cielo esto me dijo:
«Hombre de poca fe, bien sé que es cierto
cuanto con voces de dolor me dices;
mas no por eso es bien que llores muerto
el último consuelo de infelices;
que, aunque el mal, en tan hondo desconcierto,
echara profundísimas raíces,
para la fuerte voluntad sagrada
es el mayor impedimento nada.
«Dios del abismo de la negra pena
sacar la dicha y el contento sabe,
y el mal más fiero, si morir le ordena,
antes fenece que su voz acabe;
corta de su ira y su furor la vena,

y ya en la palma de un infante cabe
el mar que, derramado y furibundo,
bajo sus ondas sepultaba el mundo,
«Aquel en cuyo pecho halla cabida
la desesperación cobarde y ciega,
mientras aún dura la mudable vida,
no merece la dicha, que al fin llega:
la merece tan sólo quien anida
la fe en el suyo, y siempre espejea y ruega;
que todo, todo del Señor se alcanza
con oración, con fe, con esperanza.
«Abrigad firme fe; ved que sin ella
todo falta, con ella todo sobra;
y quien la abriga, mientras más le huella
el hado, más aliento y fuerzas cobra;
vence el influjo de contraria estrella
y maravillas o imposibles obra;
manda al sol que al ocaso no descienda,
y abre en el océano enjuta senda.
«De esperanzas, oh jóvenes, colmaos,
que como al huracán cuya pujanza
hunde o estrella las endebles naos
sucede placidísima bonanza,
como al confuso alborotado caos
siguió la creación, tened confianza
que, madre de mil bienes, la paz leda
a la discordia bárbara suceda.
«Concordia tal, de la del cielo emblema,
ha de enlazar a todos los Peruanos,
que de sus armas ya no mienta el lema,
y sean todos con verdad hermanos
firme estado fundando que no tema
extranjeros audaces ni tiranos,
cuya amistad y alianza Europa pida,
hoy con él tan injusta y engreída.
«Del negro Averno a los profundos senos
volverá de los vicios la cohorte
que a cada estado, y a ninguno menos,
visiblemente hoy amancilla el porte;
de esa feliz república de buenos
será la santa ley único norte,
y la Justicia romperá su espada,
en sola su balanza confïada.
«Las que hoy son espantosas soledades,
océano de plantas o de arenas,
serán grandes magníficas ciudades
de población y de bullicio llenas;
y el que desierto fue tantas edades
podrá en sus senos abrigar apenas
la gente innumerable pobladora
que abunde entonces cual arenas hora.
«Los monstruos, del espacio vencedores,
que del vapor el alma inquieta mueve,
escalarán del Ande las mayores

cumbres que ciñe sempiterna nieve;
recorrida de carros voladores,
tan inmensa región ya será breve,
y rival el vapor del pensamiento,
difundirá sus luces al momento.
«El mar, hoy de bajeles tan escaso,
de tantas naves se verá cubierto
que manden Norte, Sur, Este y Ocaso,
que ostente dos ciudades cada puerto;
y abriéndose en las ondas libre paso
vuestros bajeles hasta el polo yerto,
sin que su hielo, perennal lo estorbe,
descubrirán los límites del orbe.
«De Europa abandonando las orillas,
donde siglos su luz resplandeciera,
las Artes nobles sus doradas sillas
trasladarán a esta feliz ribera:
y pródigas, aquí de maravillas,
audaces moles hasta en alta esfera
verán erguirse los nocturnos soles
que venzan griegas o italianas moles.
«Las ornará la pródiga Escultura
de estatuas que parezcan animadas,
y de frescos y telas la Pintura
que persuadan vivir a las miradas;
y se verán do quier con tal hartura
estatuas y pinturas derramadas,
que parezcan artísticos museos
palacios, templos, plazas y paseos.
«De tan sublimes vuelos Poesía,
digno amor tuyo, entonces hará muestra,
que igualar mi logre su osadía
el alto numen de la estirpe nuestra;
no se disputen ya la primacía
Roma, Florencia y quien les fue, maestra,
y a la Atenas mayor del Mundo Nuevo
concordes rindan el laurel de Febo.
«Y con artistas sumos y poetas
florecerán filósofos y sabios,
que ahonden las verdades más secretas
y eternos hagan al error agravios;
y en espaciosas academias quietas
verás colgada de sus doctos labios
inmensa juventud, cuya impaciente
sed de saber con el saber aumente.
«Ni en extranjero labio ya el idioma
molestará, Peruanos, vuestro oído,
por el que ardiente a vuestro rostro asoma
de la amarga vergüenza e1colorido;
y, como el hijo de la antigua Roma
con patria tan magnánima engreído,
así vosotros donde quier ufanos
ya podréis exclamar: somos Peruanos.
«Y, como hoy vais, llevados del deseo,

de Europa a visitar las capitales,
os vendrá a visitar el Europeo
a quien la sed hoy trae de caudales.
vencer en fin por todas partes veo
futuros bienes a pasados males,
y ser tu patria, en hado tan diverso,
modelo, asombro, luz del Universo.»

Así decía el celestial gigante,
y de extraña alegría
que renueva el recuerdo a cada instante,
me colmaba la dulce profecía
de tiempo tan glorioso y tan risueño;
y mientras nuevamente hablarle fío,
en menos que lo dice el labio mío,
se van juntos el ángel y mi sueño.

1857.

A una espada

Un tiempo, oh insigne espada,
en defensa del honor
y la libertad sagrada,
te esgrimió el mismo Valor
con mano jamás domada.
Desde tu primer ensayo,
fuiste por siniestra lumbre
relámpago que desmayo
dio a la opuesta muchedumbre,
y al herir certero rayo.
Desde el ocaso a la aurora
celebrada por do quiera,
Iberia tus danos llora,
y la Fama pregonera
te llamó la Vencedora.
Diga su eterno clarín
cuánta portentosa hazaña
ejecutaste en Junin,
y allí do el poder de España
tuvo ara siempre fin.
Cual degüella inermes reses
de ayuno león la saña,
como en los ardientes meses
del segador la guadaña
corta las espesas mieses;
regida por mano fuerte,
asimismo tú veloz
cuellos segabas de suerte,
que la misma fatal hoz
pareciste de la Muerte:
Y de tu sedienta hoja

era la sangre enemiga
una nueva vaina roja,
sin que sintiera fatiga
la diestra que así te moja.
¿Ni esto, espada, ni el ser hija
de las fraguas de Toledo
bastar pudo a que te aflija,
dando ya pena y no miedo,
fortuna menos prolija?
De tu heroico dueño el fin
te condena a olvido oscuro,
y en ocio torpe y rüin,
pendiente de servil muro,
te envuelven polvo y orín.
Y la ingrata incuria deja
que en tus embotados filos
y dorado pomo teja
t extienda Aracne sus hilos;
mas quien tan poco semeja
a su padre esclarecido
y más que al virtuoso Marte
sigue a Baco y a Cupido,
es bien que de sí te aparte
y te condene al olvido;
Y que de verte se ofenda
quien solo de fácil juego
lidia en infame contienda,
en donde, demente y ciego,
pierde la heredada hacienda.

1857.

Reto al destino

No más supliques, corazón, ni llores:
¿de qué tu llanto te valdrá? de nada;
de nada humildes ruegos: tus dolores
sufre de hoy más con altivez callada:
¿No sabes, di, que el Hado sus rigores
nunca remite ni jamás se apiada,
y cuán en vano su nobleza humilla
quien dobla ante sus aras la rodilla?
De la dura paciencia los diamantes
te abroquelen el pecho, que no pudo
quebrantar en sus golpes incesantes
la clava del destino tal escudo:
su saña y su tesón se rindan antes
que tu orgulloso sufrimiento mudo,
que halle más firme sin cesar y grande
cada mayor desdicha que te mande.
Del añoso, arraigado, excelso roble
que crece de una sierra en la alta cumbre

emblema fiel de la Constancia noble,
imita la magnánima costumbre;
al cual nunca hace que la frente doble
de los vientos la airada muchedumbre
que nunca aplaca su tremenda guerra
contra el monarca altivo de la sierra.
Sé como firme escollo cuya planta
azota el océano eternamente,
mientras el huracán, si se levanta
hiere tronando su desnuda frente
con saetas de fuego; y él aguanta,
sin parecer siquiera que la siente,
del mar y el cielo la batalla doble,
eternamente tácito e inmoble.
Sí, que de hoy mas sin las cobardes preces
y llantos de la humana criatura,
que tú siempre o desoyes o escarneces,
ah Destino crüel, de la amargura
apuraré la copa hasta las heces:
tu saña pues en mi constancia apura,
y contra mí asestándolas, acaba
de agotar las saetas de tu aljaba.
Dispuesto a todo estoy; desde este día
entra en combate singular conmigo:
haz tan extrema la miseria mía,
que envidia sienta del más vil mendigo;
me devore en larguísima agonía,
sin que me dé la caridad abrigo,
horrible mal, espanto de la gente,
que aún a la misma Compasión ahuyente.
De mí se aleje la Amistad esquiva
y me nieguen sus labios desleales;
como a extraño, mi patria me reciba,
y ciérreme sus brazos maternales;
de mí afrentada, mi familia altiva
me arroje con baldón de sus umbrales,
y en pos corriendo de mi huella, impía
la plebe vil de mi infortunio ría.
De la Calumnia pérfida me acierte
cada tiro traidor; todos estimen
que por maldad, no por adversa suerte,
desgracias tantas mi existencia oprimen;
pena parezcan corta, aunque, tan fuerte,
a tanto horrendo nunca oído crimen,
merecedor de justiciera llama,
con que mancille mi virtud la fama.
Haz por fin que me ponga la Fortuna
en la parte más baja de su rueda;
sobre mi frente miserable aduna
cuanta desdicha imaginar se pueda;
de ellas no falte a mi aflicción ninguna;
aún del bien de esperar me deshereda:
y males para mi tu saña invente
cuales no puede adivinar la mente.

Ya verás, oh Destino, que mi alma,
más sufrida que el justo de Idumea,
de su constancia te opondrá la calma,
que nunca esperes que domada sea;
y, aunque no pueda merecer la palma
en tan tremenda desigual pelea,
me quedará el consuelo todavía
de la invencible resistencia mía.

1857.

La transfiguración

Ya la gloriosa cumbre del Tabor
atrás dejaron los divinos pies;
nieve la veste, un astro la faz es
que del sol avergüenza el resplandor.
Así, del alto cielo oh morador,
a la diestra del Padre arder lo ves;
y en los aires Elías y Moisés
ciñen un lado y otro del Señor;
Mientras yacen por tierra, en ademán
de asombro, de pavor y adoración,
Pedro, Santiago y el amado Juan:
¡Cuándo, oh Señor, en la celeste Sión
sin velo así mis ojos te verán,
si de verte mis ojos dignos son!

1857.

A Jesucristo

¿A quién acudiré, cuando estoy triste,
en busca de remedio y de consuelo,
si no a ti, que comprendes nuestro duelo,
del que experiencia tan crüel hiciste,
Cuando la mortal carne que nos viste,
te vio vestir el asombrado cielo,
y las miserias del mezquino suelo
todas por larga prueba conociste?
Me espanta de tu Padre soberano
la majestad tremenda; más contigo,
que te muestras tan dulce y tan humano,
me es dado hablar cual con estrecho amigo,
o cual pudiera hermano con hermano,
y mis dolores íntimos te digo.

1857.

A Dios

Tal vez a celebrarte
me arrastra ardiente irresistible afecto:
mas, vanos numen y arte,
remeda mi imperfecto,
canto el zumbido de volante insecto.
En corto labio humano
mal el loor de tus grandezas cabe;
en Sión y a ti cercano,
el serafín te alabe;
mas ni él loarte dignamente sabe.
Loores y armonías
dignas de ti no tiene lo creado;
solo de ti podrías
en suficiente grado,
pues en él te conoces, ser loado.
Mas de tu crïatura,
que en destierro que alivia la esperanza,
de tu santa luz pura
tenue vislumbre alcanza,
sea humilde silencio la alabanza.

1857.

A Elena

Dulcísima virgen, eres
bella entre cuantas mujeres
de rara belleza vi;
ni en el bajo suelo hay cosas
dignas, por puras y hermosas,
de que las compare a ti.
Jamás estrellas rivales
de tus ojos celestiales
en la tierra contemplé,
ni les hallo semejantes
entre los ojos distantes
con que la Noche nos ve.
Más blanca eres que la luna,
y no es dado en flor ninguna
tan fresca púrpura ver,
que de tu lozana cara,
que la Salud envidiara,
no la venza el rosicler.
Si sonríe tu bermeja
boca, que engañada abeja
por flor pudiera picar,
enseñas entre corales
perlas más blancas e iguales
que las de rico collar.

Tu dorada cabellera
que te cubre toda entera,
suelta al céfiro feliz,
ya es diadema de tu frente,
ya te viste un manto ardiente
de gloriosa emperatriz.
De frente en igual decoro,
no parte y destrenza el oro
marfil dentado o carey;
ni tal ser pudo el cabello
del tan (6) vano cuanto bello
hijo del profeta rey.
No a Venus formas envidias,
ni las ideó tales Fidias;
ni tanto el gran Rafael
voló con su ingenio y arte,
que presuman igualarte
las hijas de su pincel.
La tierra toca tan blando
tu breve pie, cual si hollando
frágil piso de cristal
con timidez estuvieras,
o como si a volar fueras
a tu patria celestial.
Tal, antes de darse al vuelo,
por sobre el herboso suelo
andando un pájaro va
con tan airosa manera,
que a cada instante se espera
Verle que se encumbre ya.
Si de beldad tan subida
es tu cuerpo, en él se anida
hermosura superior:
una alma tan noble y pura,
que recrearse en su hechura
debió el divino Hacedor.
Luce en ti tan manifiesto
tu virtuoso ánimo honesto,
que el mismo impío Don Juan
hubiera dicho a tu vista:
«Es imposible conquista
al más obstinado afán.»
Si a loarte alguien comienza,
tu faz modesta vergüenza
tiñe en más vivo carmín;
y, bajando la mirada,
muda ruegas y turbada
de tus loores el fin.
Cuando bordas, sobrepuja
a diestro pincel tu aguja,
y en su tarea menor
representas a Minerva,
cuando de la gente sierva
presides a la labor.

Tus músicas y canciones
aquietan de las pasiones
el tumulto y fiera lid,
como de Saúl la ira
apaciguaban la lira
y los cantos de David.
Nada dices, no haces cosa
que no te muestre graciosa,
y tenga secreto imán;
la Gracia misma te enseña
hasta la acción más pequeña
y descuidado ademán.
No hay matrona que no quiera
y solicite tal nuera,
ni tierno noble garzón
que su esperanza y empeño
no ponga todo en ser dueño
de tu mano y corazón.
Por ti el extranjero olvida
su dulce patria querida,
y alarga su estancia aquí;
y en vano de allá le llama
o madre, o amante dama
que echó en olvido por ti.
¡Ah! ¡feliz tu noble padre!
Y tu envanecida madre
¡Feliz cien veces y cien!
Y ¡felices tus hermanos,
y cuantos te están cercanos
y siempre te oyen y ven!
¡Y tus amigos y amigas,
y aquellos a quienes digas,
adiós, al pasar, siquier!
Y ¡más que todos dichoso
quien ser el amado esposo
alcance de tal mujer!

1857.

A París

Nada presta tu ruido a mi contento,
París, de gente y de placeres lleno:
¡Vasta y altiva capital! no cuento
ni un solo amigo en tu gigante seno.
Gozan en ti os ojos y la mente
con lo grandioso y opulento y vario:
mas siempre gime el corazón doliente,
en ti sin alimento y solitario.
Con tus fiestas y pompas y placeres
y vasta agitación que nunca calma,
Babel segunda a mis sentidos eres,

pero eres un desierto para mi alma.

La virgen María

¿Qué digna lengua la alabanza entona
de la que, siendo madre, fue doncella?
La adora el ángel, y se mira en ella
cada divina liberal Persona.
Es diamante sin par de su corona
cada más pura rutilante estrella;
luna y sol su triunfante planta huella,
y es el arco Iris su listada zona.
Alégrate y espera, estirpe humana
que Ésta, del cielo reina poderosa,
de los nobles querubes soberana;
Esta, madre de Dios, de Dios esposa,
no ángel, nació mujer y nuestra hermana,
y en rogar por nosotros no reposa.

1857.

A la virgen

Virgen, ¿por qué, cuando el divino infante
a la tuya su faz junta risueño,
o goza entre tus brazos blando sueño,
cubre grave tristeza tu semblante?
¡Ay! que ya de tu mente está delante
de sus verdugos el airado ceño,
y ya pendiente del infame leño
le ve morir tu corazón amante.
Que es de tu claridad nube sombría
y a tus placeres todos mezcla duelo
de Simeón la triste profecía;
mas mirarle te dé justo consuelo
resucitar en el tercero día,
y en gloria excelsa remontarse al cielo.

1857.

La tarde a orillas del mar

A ***

¡Oh melancólica virgen!
Cuando el sol se hunde en las olas,

ve con paso lento a solas
a la playa a meditar:
que siempre al incierto rayo
del agonizante día,
está la Melancolía
sentada orillas del mar.
Hela allí -el ebúrneo codo
apoyado en la rodilla,
y en la palma la mejilla,
en pensativa actitud;
suelto el dorado cabello,
grave el rostro, la mirada
en el vasto mar clavada,
y toda en muda quietud.
Allí soledad, oh virgen,
allí el sosiego y la calma
que son tan gratos al alma,
allí silencio hallarás:
silencio que sólo turba
de la onda el lento murmullo,
y al alma aduerme su arrullo
y monótono compás.
Cruza las ondas tranquilas,
que parecen otro cielo,
el rápido barquichuelo
del nocturno pescador;
y al son del pausado remo,
por aliviar su faena,
alza en la tarde serena
un canto consolador.
Más allí donde se juntan
el cielo y el océano,
ya busca la vista en vano
del sol el rayo postrer;
un crepúsculo dudoso
de luz y sombra formado,
como un velo delicado,
se difunde por doquier.
Goza esta hora indefinible,
en que con vago lamento
la tierra y el mar y el viento
parecen de amor gemir;
y en que en abrazo amoroso,
que tan presto ¡ay! se deshace,
se dan la Noche que nace
y el Día que va a morir.
Y muere al fin, y se apaga
su indecisa luz postrera,
y sola en el orbe impera
la callada Noche ya;
y como reina africana,
en la vasta negra frente
su corona refulgente
de estrellas llevando va.

1857.

Lamento de David

Por la muerte de Saúl y Jonatás

¡Oh montes de Gelboe, nunca caiga
sobre vosotros celestial rocío,
mas vuestros campos un eterno estío
esterilice con sediento ardor!
que en ellos ¡ay dolor! el rey guerrero
al par cayo del último soldado,
como si no le hubiera consagrado
el óleo del Señor.
¡Cuántas hijas y esposas de Filiste
huérfanas y en viudez dejo su espada,
que nunca se envainó sino empapada
en sangre de los hijos de Belial!
¿Cuándo exterminador tan formidable
tendrá la gente de Jehová maldita?
¿Y a tener volverá el Israelita
otro caudillo tal?
Y tú, mi amigo fiel, tierno hermano,
que en la mañana de tu vida mueres,
más dulce que el amor de las mujeres
érame tu amistad, oh Jonatás;
yo, cual ama una madre a su hijo único
que alivia, amante, su viudez llorosa,
o ama un esposo a su novel esposa,
así te amé, ¡y aun más!
Eras amable en la paterna corte
cual noble virgen que agradar desea;
mas fuiste como tigre en la pelea,
y te daba la Muerte su furor:
jamás partió tu flecha silvadora
del arco resonante, que certera
en pecho hostil a terminar no fuera
el vuelo matador.
¡Saúl y Jonatás! ¡como lëones
fuertes, raudos cual águilas! -Tan triste
muerte callad a la crüel Filiste
y a las plazas de Geth y de Ascalon:
Por que las hijas y consortes fieras
de la culpada gente incircuncisa
no cambien luego en orgullosa risa
su llanto y aflicción.
¡Saúl y Jonatás! en esta vida
los enlazaba tan estrecho nudo,
de mutuo amor, que ni la Muerte pudo
unión partir tan amorosa y fiel:
tus vestes rasga, con ayuno y llanto

tan acerba desgracia solemniza,
y cubra tu cabeza vil ceniza,
¡Oh mísero Israel!

1857.

Rosaura

Luce del alba el resplandor primero,
y ya ante el claro tocador se aliña
Rosaura, hermosa, presumida niña
que el día en ataviarse gasta entero;
y, como enamorada de sí propia,
en su beldad se ufana y se recrea,
y en el cristal luciente que la copia
atenta ve el peinado y la presea
que más el blanco rostro le hermosea:
De frente ora contempla su hermosura,
ora entre dos espejos
su espalda o su perfil mirar procura,
de cerca ya se mira, ya de lejos;
y cuanta (7) airosa artística postura
y ademán elegante
la Trinidad enseña de las Gracias
su vanidad ensaya y los apura
ante el amigo espejo
adulación pidiéndole y consejo.
Al verla así, creyeras
lector, que enamorada está de veras
de la hermosa que dentro
habita del espejo y al encuentro
le sale alegre y presta
siempre que a verse llega, y la saluda,
y con amor y con lisonja muda
sus miradas y risas le contesta.
La Elegante voz pública la llama,
pues no hay en Lima dama,
o casada o soltera,
que le usurpe la fama
de ser en el vestirse la primera.
y como entre aves de pintada pluma
el pavón altanero
despliega de su falda la ancha rueda
de piedras salpicada, que remeda
deslumbrante vidriera de joyero;
como entre flores mil que del verano
pinto la rica mano
se mece al soplo de la plácida aura,
la presumida rosa, o entre estrellas
su luz ostenta la serena luna;
tal descuella Rosaura
entre mil y mil bellas

que iluminado ancho salón aduna.
¡Oh doncella feliz, cuyo cariño
único son las cintas, los encajes,
las joyas y los trajes
y los demás ministros de su aliño;
su afán estar al cabo de las modas
que nuevas cada día
al sexo encantador París envía,
y en Lima ser quien las estrene todas;
y que, cuando se case, su desvelo
mayor será el vestido y blanco velo
que ha de ponerse el día de sus bodas!
Nunca mayor desgracia la molesta
que dejar de asistir al baile ansiado,
por no haber acabado el prometido
esperado vestido
la modista traidora;
pero lo que más lágrimas le cuesta
es que esa noche su rival Aurora
haya de ser la reina de la fiesta.

1857.

El hablador

I

Llega, y con tono magistral y grave
de la palabra al punto se apodera,
y empieza a disertar sobre cualquiera
materia, porque todas se las sabe.
No habla más largo ni seguido el ave
que nuestro idioma imita vocinglera;
y aunque su voz apague la ronquera,
ni remota esperanza hay de que acabe.
Crece en tanto el fastidio, el tiempo pasa,
a despedirse empieza ya la gente,
y a tanta reunión la antes escasa
sala se desocupa, y solamente
con la infeliz señora de la casa
se queda el hablador impertinente.

II

¡Ay del que con Don Juan entra en disputa!
de aquel a quien siquiera se le escapa
la réplica menor, pues se reputa
más infalible que el romano Papa.
Cuanto dice verdad es absoluta
que a la misma Verdad la boca tapa,
aunque diga que en Francia está Calenta
y a París ponga en África su mapa.
Materia en todo para eterna plática
halla, a pesar de su apariencia tísica
y de su cruel respiración asmática;
y desde rudimentos de gramática

hasta la más sublime metafísica
en todo su sentencia da, dogmática.

1857.

A Fray Luis de León

Cuando mundano anhelo
o triste vanidad mi pecho inquieta,
alivio pedir suelo
en estancia secreta
a tu divina musa, oh mi poeta.
Siéntese el alma luego,
cual si saliera presurosa de éste,
en mundo de sosiego;
ni hay ya qué la moleste,
y va cobrando un no sé qué celeste.
Su alta nobleza entiendo
y «en suerte y pensamientos me mejoro;»
de la fama el estruendo
desprecio, y el vil oro,
y de mis vicios y defectos lloro.
Y de la «descansada
vida del que huye el mundanal rüido»
y mueve la pisada
por sendero escondido,
me enamora tu cántico sentido.
Y « ¡oh feliz el viajero
humano, luego suspirando digo,
que sigue aquel sendero
al que Dios es amigo,
y desdichado yo que no le sigo!»
Mas del mundo la ira
tú sentiste también, y un lustro entero
la envidia y la mentira
en calabozo fiero
te tuvieron sin culpa prisionero.
Tu ingenio y vasta ciencia
tus solas culpas fueron, y tu pía
portentosa elocuencia,
y, mayor cada día,
el popular aplauso y nombradía.
De ti el vïudo tracio,
tu canto al escuchar, se maravilla,
con Píndaro y Horacio:
tuya es la regia silla
entre líricos vates de Castilla.
Fugaz tiempo y escaso,
antes de que tu luz resplandeciera,
la ocupó el dulce Laso,
y destronarte espera
Rïoja en vano y el divino Herrera.

En tus cantos se hermana,
con tan estrecho nudo e igual parte,
la fuerza soberana
del numen: con el arte,
que no será jamás que de ellos me harte.
Ni tan solo el divino
verso hispano por ti competir osa
con el griego y latino,
más fulgente y gloriosa
se alza por ti la castellana prosa.
Tu frecuente lectura
es plática que tengo yo contigo,
y me es tanta dulzura
cual con estrecho amigo
estar hablando a solas sin testigo.
Pues de los vates uno
eres, que por amigos he elegido,
y en mis lares aduno,
a quienes voy y pido
consuelo y de mis males el olvido;
Por quienes a la lumbre
de vigilante, lámpara desdeño,
por antigua costumbre,
el tentador beleño
el reposo blandísimo del sueño.
¡Cuántas veces y cuántas
me sorprendió contigo el claro día!
¡Qué inspiraciones santas
a tu alta poesía
agradecida debe el alma mía!
El cielo echabas menos,
como si antes en él morado hubieras,
y países ajenos
te eran estos, ni eras
amigo de las cosas pasajeras,
y por eso, de llanto
despidiendo tus ojos larga vena,
desatabas el canto
de la «Noche serena»
para engañar así tu santa pena;
o aquel donde interpretas
el ansia ardiente a tu Rüiz amado
de saber las secretas
leyes de lo creado;
o el que declara tu éxtasis sagrado,
cuando, de tu Salinas
por la inspirada diestra gobernadas,
sonaban las divinas
músicas extremadas,
cual las que oyen las célicas moradas.
Suspiros son continos
de quien del mundo en la prisión no cabe,
son lastimeros trinos
de dulce canora ave

que encierra en breve cárcel dura llave.
  También yo mis pesares
aliviar suelo si, pensando cuerdo,
hallo que son mis lares
otros cuyo recuerdo,
aunque antiguo, jamás del todo pierdo.
  Y, aunque afectos mundanos
me rigen, y son paro devaneo
mis pensamientos vanos,
también en mí el deseo
arde de contemplar lo que no veo.
  Y a las veces del cielo
me poseen vivísimos antojos,
y nada aquí en el suelo
ven entonces mis ojos,
que no me sea lágrimas y enojos.

1858.

A mi patria

  De adverso signo mi existencia es hija:
o de naturaleza, o de fortuna,
¿qué fiero mal habrá que no me aflija?
Yo a mi padre perdí desde la cuna.
  Mi esquiva fiera condición, que en vano
quise vencer con imposible hazaña,
me destierra del dulce trato humano,
y del amor y la amistad me extraña.
  En nada logran encontrar remedio
y más y más se aumentan cada día
este mi universal profundo tedio
y entrañable genial melancolía.
  Jamás siquiera de placer asomos
a mi triste vivir dieron los cielos;
yo y la Tristeza inseparables somos,
y de la misma madre hijos gemelos.
  Misteriosa dolencia antigua y lenta,
que combatió la ciencia vanamente,
sin cesar me consume y atormenta,
y ni me mata ni vivir consiente.
  Ausente me ha tenido el crüel hado
la mitad casi de mi triste vida
del patrio suelo y del materno lado,
que ni un instante mi cariño olvida.
  La negra Envidia con traición me acecha;
y bañadas del Orco en el veneno,
la Calumnia feroz flecha tras flecha
lanzando está contra mi inerme seno.
  Y aunque me veis en juveniles años,
anticipada la experiencia amarga,
padecí más crüeles desengaños

que contar puede la vejez más larga.
Y aún me falta tal vez el solo escudo
que me abroquela el combatido pecho,
pues humillado de mi ingenio dudo,
y del orgullo la ilusión sospecho.
Y otra desgracia el corazón me abruma,
mas que todas fatal, extraña y grave,
que no puede al papel confiar la pluma
ni al viento el labio, y que ninguno sabe.
Y mi ardiente aprensiva fantasía,
cual si de males muchedumbre tanta
no bastase, los dobla todavía,
y los prolonga todos y adelanta.
Mas tantas penas que me afligen, nada
son comparadas al dolor de verte
tan infeliz, oh patria, y humillada,
y al punto no poder cambiar tu suerte.
Sí, son los tuyos mis mayores males;
y si fuerte y dichosa y grande fueras,
los que a mí solo tocan, aunque tales,
sonrïendo mirara cual quimeras.
Por ti a quien para ti sin fruto adoro,
mi sangre toda en hiel trueca la ira,
y me deshace la piedad en lloro,
y hasta turbada mi razón delira.
Tú el pensamiento eterno de mis días,
y tú el desvelo de mis noches eres,
tú el más dulce placer me amargarías,
si posibles me fueran los placeres.
Y héroe quisiera ser por ti romano,
y dejando el laúd que en vano agrada,
en tu defensa armar la fuerte mano
con la triunfante salvadora espada.
Y en mi extremo amoroso desatino
de un dios a veces el poder anhelo
para cambiar la faz de tu destino
y hacerte reina del inmenso suelo.
¡Ah! ¡con mi sangre toda merecerte
pudiera al menos la piedad divina,
y como Curcio a Roma, con mi muerte
salvarte, oh patria, de inminente ruina!

1858.

A la música

Noble arte a quien la palma
otro arte en vano disputar procura,
por ti se engolfa mi alma
en un piélago inmenso de dulzura,
de donde no volviera
jamás a la tristísima ribera;

mas antes, continuando
su viaje venturoso en presto vuelo
por piélago tan blando,
al fin llegara del distante cielo
a tranquila ensenada,
y en ella hiciera su inmortal morada.
Tú manejas las llaves,
tú los senos más íntimos conoces
del corazón; tú sabes
templar mis penas y exaltar mis goces;
y si con vez frecuente
abres del lloro la profunda fuente,
las gotas de mi llanto
mi faz refrescan, de dulzura llenas,
como rocío santo;
y si tal vez al corazón das penas,
no hay placer ni alegría
que más me halague que la pena mía.
Apenas tu primera
nota me hiere, me transformo y mudo
todo yo en tal manera,
que soy otro hombre que espantarse pudo
con tu sin par hechizo,
maga divina, de lo que antes hizo.
Como después me espanto
de lo que sentir me hizo tu inflüencia,
tu inflüencia que tanto
a mí mismo de mí me diferencia,
y aspecto tan diverso
a la vida le da y al universo.
Desdén cobra al pecado
mi alma, y de los suyos se arrepiente
por ti, y menospreciado
es de ella el metal vil que ansía la gente;
los deleites le apocas
y las mundanas diversiones locas.
Tú su excelso divino
origen le recuerdas, la celeste
patria de donde vino
y a do, dejada la terrena veste,
volver aspira ahora
desde el triste destierro donde mora.
Por ti desprecio noble
los insultos o halagos de la suerte,
y vida siento doble;
miro el martirio impávido y la muerte;
ni ya me son extrañas
de los mayores héroes las hazañas.
A mi presente estado
presta me roba tu virtud amiga;
torna a ser lo pasado,
que con lazo tan fuerte a ti se liga,
que tan viva y fielmente
nada hay que como tú lo represente.

De mis primeros años
las altas ilusiones infinitas
y sublimes engaños
en mi alma desolada resucitas;
mis ambiciones haces
y mis proyectos renacer audaces.
Por ti confiado creo
en la engañosa voz de la Esperanza,
y presume el deseo
que alcanza ya lo que ninguno alcanza,
y aún lo imposible quiero,
que fácil me parece y hacedero.
Clara sublime prueba
de la inmortalidad del alma humana,
que presiente su nueva
vida cuando te escucha, y de la arcana
celestïal delicia
mágica le anticipas la primicia.
Del vivir sobrehumano
sensaciones me das, que gozar fío:
mas declarar en vano
procura con afán el labio mío
cuánto en mí puede y cuanto
la fuerza misteriosa de tu encanto.
Mas ¿qué mucho que hieras
nuestras almas así tan hondamente,
si hasta las torpes fieras
sienten todas y entienden tu elocuente,
universal idioma,
que su crueldad nativa amansa y doma?
No es ciego devaneo
ni de griega invención bella mentira,
que de Cadmo, y Orfeo
con el divino canto y con la lira,
fuiste a la estirpe nuestra
de la vida civil primer maestra.
Ni es fábula que el canto
y laúd gemidor abrirle pudo
del sempiterno espanto
la 1óbrega mansión al tracio viudo,
haciendo a los precitos
olvidar sus tormentos infinitos;
Ni que Plutón avaro
volvió al esposo fiel la dulce esposa,
que el aire no vio claro,
por inquieta mirada y amorosa,
del Oreo a la salida,
de nuevo y para siempre ya perdida.
Las selvas y montañas
tuvieron para ti planta y oído;
criaturas extrañas
no hay al poder de músico sonido:
el fiero mar serenas
y al raudo río la corriente enfrenas.

Manjar del alma mía,
néctar del corazón, como el beodo
más el licor ansía
mientras le bebe más, del propio modo
mi deleitado pecho
nunca de ti se siente satisfecho.
Mas, aunque la dulzura
cese de tus acentos, no te pierdo,
pues en mi pecho dura
el celeste placer de tu recuerdo,
y sigue tu eco blando
en el fondo del alma susurrando.
Cual santo monje, absorto
en éxtasis divino, a quien el día
es un instante corto,
tal yo la larga sucesión tardía
de las horas no siento,
y huyen (8) mis días cual fugaz momento.
Y «si así en este globo
la música suspende y da consuelo,
clamo luego en mi arrobo,
¡Ah! ¿cuál sera la música del cielo;
y la angélica orquesta
que alegra del Señor la eterna fiesta?
»Y si tanto un concento
de Mozart o Rossini me extasía,
dime, oh mi pensamiento,
¿cuál te finges aquella melodía
que, como mar sonora,
hinche el alcázar que el Eterno mora?»
Tú, Música, el ambiente
eres que allí respira el labio santo,
y de esa noble gente
es el idioma natural el canto;
pues sólo tus acentos
expresarán tan altos pensamientos.
No allí cada voz rota
suena, cual en mortal idioma muerto,
mas es viviente nota
de melodioso universal concierto
que en consonancia plena
por la feliz eternidad resuena.
¡Ah! cuando llegue el fijo
plazo fatal que a mi vivir espera,
y el santo crucifijo
levanten a mi triste cabecera
sacras piadosas manos,
y lloren junto a mí madre y hermanos;
en tan terrible trance,
cumplido logre este postrer anhelo!
Tu acento oír yo alcance
cual dulce voz con que me llame el cielo,
para que de la vida
con menos sentimiento me despida.

1858.

A mi madre

Como en la dura guerra
del océano y huracán tonante,
recuerda el navegante
el quieto asilo de la dulce tierra;
tal yo, madre querida,
sola dulzura de mi triste vida,
en este mar tempestüoso, inmenso
de tedio y amargura,
me vuelvo a ti y en tu cariño pienso,
como en puerto de amor y de ventura.

Y cuando más la pena me castiga,
t al peso del tormento
parece que se rinde el sufrimiento:
¡Ay! ¿dónde, dónde estás, mi única amiga,
exclamo gemebundo,
que a tu Clemente a consolar no vienes,
tú que eres para mí todo en el mundo
y cifras para mí todos sus bienes?
Tú que eres de mi suerte en los rigores
padre, amigos y amores,
pues de todo me tiene despojado
la fiereza del hado.
¿Adónde, adónde estás, para contarte
mis desventuras mil parte por parte?
Que mal podré, si a ti no lo confío,
confiar a nadie el sentimiento mío;
y años ha que me dijo la experiencia
que no hay quien del que sufre, con espanto
y presurosa planta no se aleje,
cual católica turba del hereje
a quien persigue el anatema santo.

Mas tú que eres mi madre,
que con ojos serenos
nunca pudiste oír malos ajenos,
que de dolor larga experiencia has hecho,
y a quien no hay alabanza que no cuadre
por tu sensible generoso pecho,
leerás sin hastío
los tristísimos versos que te envío
desde el lejano suelo donde moro;
antes los regará tu ardiente lloro,
y mirarme quisieras a tu lado
para darme el consuelo demandado,
y a mi lloroso rostro dulce abrigo
dar en tu seno amigo;
como allá en mis niñeces
cuando, en tu ausencia maltratado a veces,

a tu encuentro llorando veloz iba
a decirte mi agravio;
y tú me consolabas compasiva,
y mi oído halagabas con aquesos
dulces acentos de sin par terneza,
que sólo al dulce labio
de una madre enseñó naturaleza,
y mil me dabas regalados besos.
Nací, y aún me arrullaban en la cuna,
cuando a mi padre me robó la fiera
enemiga Fortuna,
cual si darme a entender así quisiera
que a tan triste partida
correspondiera el viaje de mi vida.
¡Ay! madre, y el deceno
año apenas cumplí, cuando el malvado
destino me arrancó a tu dulce lado,
levándome a distante suelo ajeno!
Hoy es, y aún a recordar me aflijo
que, sin decir adiós a tu pobre hijo
ni estrecharle a tu seno,
del bajel con secreto te partiste,
temiendo el trance de un adiós tan triste.
¡Cuánto con voces, cuánto
no te llamé con alarido y llanto,
al verte de repente en la barquilla
que tornaba a la orilla,
el lloroso semblante
cubriendo, oh madre, con tu blanco lienzo!
Y en tanto la ligera resonante
nave iba ya rozando; San Lorenzo
pronto pasó, doblando su carrera;
y yo que contemplaba con ansiosa
vista la costa, al fin no vi do quiera
sino el cielo y la mar espacïosa.
¡Cuál entonces quedé, al pensar que a un tiempo
de mi madre y mi patria me alejaba!
¡Cuánto apuró de aquella doble ausencia
el profundo pesar! a mi presencia
la extraña gente, con mi llanto pía,
con blanda mano hiriéndome la frente,
«¡pobre niño, decía,
que de su dulce madre vive ausente!»
De pueril turba juguetona y leda
la bulliciosa rueda
abandonar usaba de repente;
y a llorar me apartaba,
a llorar sin consuelo,
que tu recuerdo y el del patrio suelo
súbito me asaltaba;
y recordaba los felices días
cuando en la tarde ociosa,
en el abierto corredor sentada,
jugar con mis hermanos me veías.

Y un lustro que duró tal pesadumbre
el estar triste y solo hizo costumbre
de sociedad esquivo
y taciturno siempre y pensativo;
pasó ya la tristeza
a ser naturaleza,
y la melancolía más profunda
de entonces fue mi condición segunda.
Di al fin la vuelta a mi país nativo,
y de mi vida el júbilo más vivo,
que, en descuento de tantas aflicciones,
darme quiso la suerte,
fue el de volver, tras de la ausencia, a verte:
¿Quién dirá la dulzura de ese instante,
del largo abrazo estrecho
en que a tu pecho confundí mi pecho
y junté mi semblante a tu semblante;
y uno y otro deshecho
en dulcísimo llanto de alegría,
nada más murmuraron nuestros labios
que «hijo de mis entrañas», «madre mïa»?
Y cuando de la patria la dulzura
y el amor de la familia y tu cuidado
a templar empezaban mi tristura,
de la vida en la más secreta fuente
me hirió con cruda saña
enfermedad extraña
que a la tumba me arrastra lentamente;
pues a tornarme la salud primera
vana la ciencia fue, como fue vano
de Lima la perenne primavera
abandonar por climas donde eterno
extrema sus rigores el invierno.
Mas con el dulce engaño
siempre me ha lisonjeado la Esperanza
de que, al nacer cada año,
le saludara mi feliz mudanza:
¡Ay! que los años huyen, y ya el quinto
empezó no distinto
para mí de sus tristes compañeros;
y otros tras él sucederán ligeros,
sin que ninguno en su fatal hüida,
me deje o traiga la salud perdida.
Pero tales congojas, y mayores,
paciente tolerase, si pudiera
pábulo dar a mi afición innata
al arte que con voces por colores
creación retrata;
pero mi mal lo veda inexorable,
y, si sus leyes obstinado quiebro,
agudísima espada
atravesar parece mi cerebro,
envuelta en parda nube la mirada,
llenos de sordo estruendo los oídos,

y turbadas potencias sentidos:
tanto que pueden, dulce madre, apenas,
poetizando mis extrañas penas
y destino tirano,
idear la mente y escribir la mano
estos que a ti dedico versos rudos,
de primor y elegancia tan desnudos.
Para mayor tormento, se imagina
donde quiera consuelos y divina
felicidad mi arrebatada mente,
que fácil se afervora y alucina,
y es en todo por ella divisada
la dicha que jamás encuentra en nada.
Como goloso infante, viendo henchido
de licor rubio el cristalino vaso
que de su audaz inquieta mano acaso
al alcance dejó servil olvido;
si engañado le coge y bebe ansioso,
en lugar de la miel apetecida
que imaginó gustar, gusta rabioso
el sabor de amarguísima bebida,
destinada al provecho
de enfermo preso en congojoso lecho;
tal engañada el alma, halla tan sólo
un sinsabor donde creyó un contento;
y aunque padece sin cesar el dolo
de suerte mofadora,
dolores no le excusa el escarmiento,
y en cada día un desengaño llora.
Y ¡siempre así será! ¿de la ventura
nunca veré el semblante?
Y desde que del sol la lumbre pura
mis ojos alumbró hasta que en oscura
eterna sombra se hundan y alto sueño,
¿no habré de ser feliz ni un sólo instante?
¿Perenne desamor es mi destino?
¿Eterna soledad es mi camino?
¡Ay! tú mi adiós postrero
sola recibirás, si ya no muero,
para mi mayor daño,
de ti distante y en país extraño;
y solitario partiré del mundo,
cual de grande ciudad triste extranjero
parte, sin que de nadie se despida,
ni brazos le den fieles
el abrazo postrer de la partida
de su breve morada en los dinteles,
ni el usado lenguaje
de labio alguno amigo
oiga, que del vïaje
como augurio feliz lleve consigo.
¡Cuántas veces, como él, solo me alejo
de alguna gran metrópoli europea,
y en largo lloro mis mejillas baño,

al ver que a otras ciudades me encamino
donde nadie me espera ni desea,
donde será, como en aquélla, extraño
el triste peregrino!
Y este viaje que ignora
dulce saludo y tierna despedida
es una imagen fiel y dolorosa
del viaje solitario de mi vida.
Mas no me niegue el hado
siquiera este consuelo
de morir en mi patria y a tu lado,
y en el regazo amado
donde durmió mil veces pequeñuelo,
incline tu hijo y hunda
su pálida cabeza moribunda.
Cuando, en muerte próxima y temprana,
en la vecina iglesia triste doble
de los agonizantes la campana; inmoble
cuando sin alma esté mi cuerpo
y cual cera amarillo;
cuando, al sonoro impulso del martillo
el postrer clavo mi ataúd taladre;
cuando por fin con indolente priesa
escondan mi cadáver en la huesa;
me llorarás tú solamente, madre.

1858.

Tristeza de Lauro

«Es tal mi tristeza
y melancolía,
la afición al llanto
en mí es tan nacida,
que, aunque he padecido
mil penas prolijas,
padecer quisiera
aún mas todavía:
trabajos de aquellos
que al mundo lastiman,
extrañas miserias,
grandes, inauditas,
por que se emplease
la tristeza mía,
que objeto hoy no tiene
bastante, en sentirlas,
y estarlas llorando
de noche y de día:
a Orestes, a Edipo,
a Job tengo envidia,
al famoso Hebreo
que siempre camina,

y a cuantos pasaron
tremendas desdichas:
y, así como algunos
al laurel aspiran
entre los guerreros
que el clarín publica
de la Fama, y otros
entre los artistas,
o entre los que pulsan
melodiosa lira;
así yo deseo
con ansia encendida,
merecer la gloria
y alta nombradía
del más desgraciado
varón cuyas cuitas
relatan historias
modernas y antiguas
«Bien sé que es locura
esta conocida,
ni dudo que a muchos
parezca mentira;
mas no está en mi mano,
y es vana porfía
querer que se cambie
mi condición misma:
porque siempre extraña
me fue la alegría,
ni a mi alma se amolda
como su enemiga;
triste por esencia,
cual nuestra raza india,
soy; todo lo alegre
me cansa y hastía,
y solo en lo triste
hallo mis delicias.»
Esto muchas veces
Lauro me decía,
el hombre más triste
que traté en mi vida,
en quien la tristeza
pasaba a manía,
y aun era corpórea
dolencia prolija,
que en su abril lozano
sepultó sus días.

1858.

Al sueño

¿Por qué, citando con voz mas dolorosa

en llamarte me empeño,
mientras la inmensa creación reposa,
de mis cansados ojos más te alejas,
hijo de la tranquila Noche umbrosa,
blando, plácido Sueño?
¿Por qué tan sólo a mis dolientes quejas
negando oído, a los vivientes todos
en profunda quietud sumidos dejas,
de tu licor dulcísimo beodos?
¿Por qué, por qué no vienes
con ala lisonjera
a cobijar mi ardiente cabecera
y a refrescar mis abrasadas sienes?
Harto estoy de la vida, cuyo peso
mis fuerzas vence con inmenso exceso;
ven, pasajera muerte,
y en tu hondo seno dándome acogida,
el alma torna vigorosa y fuerte
para volver o recibir la vida.
A todos nos igualas
bajo la sombra de tus negras alas,
y espíritus extraños
a la ventura no hay de tus engaños;
el triste amante sueña
que, grata y halagüeña,
paga su ardiente llama
la hermosa que despierto le desama;
libre se sueña el que suspira preso
en calabozo lóbrego y profundo;
poseer imagina el vil mendigo
de Midas los tesoros y de Creso,
y dueño ser y emperador del mundo;
en su patria se sueña el desterrado,
de su consorte al lado
y entre los brazos de su fiel familia:
mas, mientras, gracias a tu error piadoso,
es cada desgraciado
el curso de una noche, venturoso,
yo tan solo, en durísima vigilia,
siento crecer en las nocturnas horas
mis ansias y congojas veladoras.
Ve y lleva mi desvelo al centinela
que, sin salir del puesto,
al crudo hielo de la noche vela,
llevando al hombro su fusil molesto;
o al que en el mar oscuro, de la nave
donde cien vidas en tus brazos yacen,
el timón rige a solas,
y ya a tu halago resistir no sabe,
pues hasta el ronco arrullo de las olas
a saborear le brinda
el licor de tus blandas amapolas;
o a la humilde doncella, que, aunque linda,
guarda la flor de su pureza, y gana

el pan escaso de su madre anciana,
moviendo diligente hasta la aurora
la aguja voladora;
o a la viuda casta,
que, como a su, trabajo el sol no basta,
es bien que tu ley viole
para sustento, de su tierna prole,
y en su santa tarea
también las horas de la noche emplea.
De estos y de otros tales,
a quienes el deber o la enemiga
pobreza suma a desvelarse obliga,
dame el reposo y mi desvelo dales.
Apiádate de mí, que a moribundo
en la congoja que me aflige copio,
y dejándome henchido de tu opio
largo reposo envíame y profundo;
que si favor tan alto me concedes
y repites constante tus mercedes,
coronas de tus flores
mi agradecida mano a tus altares
suspenderá a millares,
y extenderá mi lira tus loores.
¿Cuándo será que, cual beldad ingrata,
no huyas de aquel que te convida y ruega,
ni a cuantos te rechazan diligentes
sities, halagues, tientes,
hasta quedar de sus sentidos dueño?
¿por qué te muestras tan crüel y esquivo
a mí que tanto te codicio, sueño,
y tan dulce placer de ti recibo?
Mas ¿cómo desëoso
no viviré de tu feliz reposo,
si, como cuando vivo,
de alma y cuerpo a la vez no gimo enfermo
cuando en tus brazos amorosos duermo?
Siempre anhelado llegas: ora seas,
sin visiones ni ideas,
hondo desmayo, como
el sueño eterno de pesado plomo
que en el sepulcro dormiremos; ora
te acompañe de ensueños voladores
la turba, encantadora,
tejiendo danzas y regando flores.
Tu a las riberas de mi patrio río,
por sobre montes e interpuestos mares,
me llevas blando y pío;
por ti penetro mis remotos lares,
y a mi madre querida
mis dulces hermanos reunido,
La doméstica vida
ufano vivo en mi dichoso nido.
Por ti tal vez visito
una región tan bella como el cielo,

en la cual hallar suelo
con júbilo infinito
dulces seres amados
por muerte o por distancia separados,
y en hermanable sociedad con ellos
hallo otros puros nunca vistos seres,
tan divinos y bellos,
que dejan de ser bellas a su lado
las terrenas mujeres.
Goce pues ya de nuevo dicha tanta,
y de este triste valle
a mi dichoso cielo me levanta
do mis ausentes y difuntos halle.
Mas, cuanto más te llama mi gemido,
más apartas de mí tu raudo vuelo,
y el encendido anhelo
con que a venir en vano te convido
más exacerba mi tenaz desvelo.
Depón al cabo tu crueldad avara,
dolido de mis cuitas,
excelso dios, que con potente vara
al cansado mortal tornas difunto,
y cual mago después le resucitas:
vénzate al fin mi ruego: ven al punto,
que del reloj vecino el suspendido
y dilatado golpe sonoroso
cuatro veces hirió mi atento oído;
y si más tu reposo
en venir se demora
a mi rendido pecho,
habré de abandonar el triste lecho,
duro potro sin ti, cuando el brillante
tálamo deje la rosada Aurora,
sin merecer siquiera
tan sólo breve instante
disfrutar de tu blanda adormidera.

A Elena

¡Cuán vivamente anhelo
contigo hallarme a solas, sin testigo!
Mas apenas ¡ay cielo!
un instante consigo
quedarme solo faz a faz contigo;
Súbitamente olvido
¡cuanto decirte mi pasión quería;
en lánguido gemido
fenece la voz mía;
y tú me ves indiferente y fría!
Empaña negra nube
mis ojos, con tu luz deslumbradora;
ora a mi rostro sube

roja vergüenza, y ora
amarillez de muerte lo colora;
  Me ahoga la congoja;
tiemblo como del cierzo a los furores
tiembla la débil hoja,
o cual las leves flores
se doblan en los tallos tembladores.
  A compasión mi estado
te ha de mover o a risa: ¡trance impío!
y maldiciendo airado
el poco valor mío,
confuso de tu lado me desvío.
  De mi amoroso fuego
por señales clarísimas testigo,
si con la voz lo niego,
búrlase algún amigo
porque nunca cobarde te lo digo.
  Cual suele, lo murmura
hasta la extraña maliciosa gente:
  mi amorosa locura
a todos es patente:
Tú, su causa, la ignoras solamente.
  o si la sabes, muestra
tu indiferente rostro que la ignoras:
¿No sintió ayer tu diestra
mis manos tembladoras?
¿No habla de amor mi faz a todas horas?
  ¿Harto no te declara
mi palidez y súbitos sonrojos?
Aunque la voz callara,
¿no dije mis enojos
con el idioma mudo de los ojos?
  Hermoso ramillete,
matizado de vívidos colores,
fue tal vez el billete
donde escribí con flores
la vana confesión de mis amores.
  ¡Y en sus alas ligeras
usurpándome glorias y alegrías,
sin que entenderme quieras,
huyendo van los días
que tú encantarme con tu amor podrías!

1858.

A una viuda

  En su gruta la fiera, y en su nido
reposa el ave; yace el mar sin olas;
vierte el Sueño do quier sus amapolas
y de los males el sabroso olvido.
  Pero, por más que asalte tu sentido,

cerrar no logra tus pupilas solas;
tú solamente su precepto violas,
dando al trabajo lo que suyo ha sido.
  Mas de ti vanamente se querella;
con tan crecida prole, sin esposo,
es bien que veles sin cesar por ella;
  y el insomnio prefieras al reposo
con que, viéndote aún joven y bella,
te convida opulento voluptuoso.

A Dios

I

  Despierta, y apercibe
la llama toda que en tu pecho vive;
tu esfuerzo dobla y tu valor, oh Musa,
por que con canto más sublime y grave
Hoy a cantar a tu Señor te atrevas:
¡Quién a mi labio enseña voces nuevas
dignas de su poder, con que le alabe,
y cantos no escuchados todavía!
¡Quién en su vuelo audaz venciendo al ave
que mas lejos se encumbra
del cielo azul por la infinita vía,
y, atrás dejando la inflamada esfera
del alto luminar que nos alumbra,
en Sión parara la veloz carrera,
y, oyendo allí a los célicos cantores,
del Eterno aprendiera los loores!
  O ¡quién hay que la cítara me preste
con que el real profeta
las obras del Señor magnificaba
en número celeste,
que de igualar soberbio no se alaba
osado acento de mortal poeta,
por que también mi verso
magnificar pudiera tu universo!
  Pero ¿cuál, entre tantas que mis ojos
miran, competidoras maravillas,
hijas, Señor, de tu creadora mano,
celebrará mi labio la primera?
¿Retrataré el vastísimo Océano,
que ya lame tranquilo sus orillas,
ya se hincha y se revuelve y ruge insano,
amagando cubrir la tierra entera?
¡Inútil amenaza! ¡vano miedo!
que, como de diamante alta barrera,
bien le aprisiona la invencible raya
que tu potente dedo
a sus furores señaló en la playa.
  Y ¿qué inmenso guarismo
abarcar jamás pudo

el escamoso mudo
vulgo que habita su insondable abismo?
desde el pintado pececillo leve
hasta el tremendo Leviatán gigante,
a viviente navío semejante
o a isla que se mueve:
arde, a su paso, el piélago, y se altera
como hirviente caldera,
y en riza espuma se dilata cano
como la cabellera de un anciano.
¡Cuán sublime la mar! ¡Cuál, a su abierta
ancha llanura, en términos incierta,
de tu inefable inmensidad, Dios mío
el sin igual concepto se despierta!
Y siempre que del puerto me arrebata
el vuelo del alígero navío,
cuando derrama su creciente velo
la vasta lejanía, y por doquiera
me circunda la doble
azul inmensidad de mar y cielo;
el interior reposo
¿Quién describir pudiera
y el hondo sentimiento misterioso
de que me siento todo poseído?
Pues entonces, Señor, en tu recuerdo
cual pez en ancho piélago, me pierdo,
y del mundo y de mí me ocupa olvido.
¡Quién como tú, Señor! pues, aunque sea
grande y ancha la mar a maravilla,
entre sus playas cabe;
y toda entorno mídela y pasea
el hombre osado con la aguda quilla
de leve frágil nave,
que a su ribera aborda más remota;
mas en tu inmensa idea,
Océano sin fondo y sin orilla,
con quien es breve gota
el anchuroso reino de Neptuno,
naufraga del pensar la navecilla.
Mas ¿de qué material tu mano labra,
Señor, tales portentos? De ninguno
has menester: fecunda tu palabra
el seno oscuro de la Nada inerte,
que de su seno vierte
mundos tras mundos, hasta
que sonar oiga tu imperioso basta.
Como, al soplo del viento,
saltan sin cuento mínimas centellas
de las ardientes brasas,
así a tu soplo el vasto firmamento
se tachonó de estrellas
y fulgentes luceros que no tasas.
Con ellos en el sol creó tu diestra
tu más sublime espléndido traslado,

que a nuestros ojos hechizados muestra
de tus divinas obras la armonía;
alma, vida, placer de lo criado.
Y la luna creó, del sol hermana,
quieta callada lámpara nocturna,
que en alumbrar la humana
mansión terrena con su hermano turna:
al caminante grata
y a triste solitario peregrino,
que, en nocturno camino,
su hermosa faz de plata
sin cesar considera,
y la juzga celeste compañera.
¡De arrobo cuántas horas y consuelo
mi corazón la debe!
¡Cuánto mirarla pláceme sin velo,
de la mitad del cielo enseñoreada,
vistiendo el llano con su luz de nieve,
y derramando luminoso hielo
que penetra hasta lo íntimo del alma
y del día el ardor serena y calma!

II

Y así como crear no fue tarea
para tu omnipotencia descansada
y bastar pudo de tu labio un sea
para que el mundo fuese,
así fuerza será que de la nada
al hondo seno maternal regrese,
cuando falte decir fuere tu agrado;
pues sólo tu querer omnipotente
lo creado sustenta eternamente,
y dél el universo esta colgado.
Como mirar entretenido suelo
vano aéreo palacio
que tal vez el acaso caprichoso
edifica de nubes en el cielo,
y repentino viento en breve espacio
lo deshace veloz y desordena;
o cual frágil arena
con que levanta torres un infante
que derriba su mano en el instante,
así tú el día del final jüicio
del orbe destruirás el edificio.
Pestes y hambres serán, y universales
asoladoras guerras,
de tan tremendo día las señales;
y, cubriéndose sol y estrellas puras,
se quedará la Creación a oscuras;
sus olas empinando como sierras,
tan horrendos bramidos
levantará la mar embravecida,
que de pueblos distantes
con espanto mortal serán oídos,
y al fin los lindes le darán salida

que no salvaron sus furores antes;
y, en continuo vaivén, de polo a polo
el globo temblará como un navío
en mar airada que alborota Eolo;
y todo habrá de ser horror y asombros,
hasta que aquel que aquí profetizolo
baje en toda su gloria y poderío
del incendiado mundo a los escombros,
a juzgar a los vivos y a los muertos,
con la trompeta del querub despiertos.
¿Quién entonces podrá del juez augusto
sin mortales desmayos
el rostro contemplar? de sus giradas
iracundas miradas
¿Quién resistir los deslumbrantes rayos?
A su presencia temblara hasta el justo
cuya vida jamás manchó pecado,
y el mártir temblará, de espanto lleno;
y, si aun él temblará, ¿cuál del malvado
habrá de ser la confusión y susto,
cuando a é1 se vuelva tu furor y le hable
de aquella voz el espantoso trueno,
y le lance tu fallo inapelable
al vengador abismo, cuyas puertas
jamás serán por tu perdón abiertas?
Mas, mientras llega el postrimero día,
de tus justicias el rigor tremendo
tal vez recuerdos suyos nos envía:
como cuando al ruinoso terremoto
mandas, que desalado de repente
llega con sordo subterráneo estruendo,
cubriendo el alma de pavor ignoto:
el suelo como el mar se hunde y levanta;
el polvo entenebrece el aire todo;
de la cima a la planta,
cual gigante beodo,
tiembla y vacila la encumbrada torre;
huye del muro y suspendido techo
y a las plazas y campos rauda corre,
en confuso tropel, la triste gente,
que, de espanto amarilla,
y con rápida mano hiriendo el pecho,
dobla en tierra la trémula rodilla:
O como cuando sueles
recorrer los espacios celestiales
en tu ligero reluciente coche
que arrebatan sonantes vendavales,
tus alados prestísimos corceles.
En repentina noche
cambiar se mira el refulgente día;
sordo retumba cual cañón el trueno,
los relámpagos brillan cual espadas;
rasga el cielo y vacía
sus hondas cataratas; guarda el seno

de la tierra a las fieras espantadas;
mira el villano, de defensa ajeno,
anegadas, deshechas
las futuras cosechas,
que cual presentes la esperanza goza,
mientras el techo frágil y pajizo
de su desnuda choza
apedrean las nubes con granizo.
Mas, deponiendo tu irritado ceño,
con la luz nos devuelves la esperanza,
y en los aires descoges el risueño
arco listado de colores siete,
que, recordando la feliz alianza
que con Noé ya hiciste, nos promete
que nunca otro segundo
diluvio de agua ha de inundar el mundo.

III

Tuya es, Señor, la tarde,
cuando, al tocar la cotidiana meta,
entre las olas arde
el rojo disco del mayor planeta:
entonces de la sacra Ave María
la lenta melancólica campana
llorar parece el moribundo día;
cesa el duro trabajo, y al reposo
se da y al suello la familia humana,
y queda el orbe oscuro y silencioso:
tuya es también la aurora,
cuando del sueño el mundo resucita
y el santo bronce con su voz sonora
el hombre llama a tu mansión bendita,
a darte humildes gracias en tal hora,
pues en la dulce vida
aún conservarnos bondadoso quieres.
y con nuevo vigor a la faena,
por la pasada noche interrumpida,
ya torna cada cual; y do quier suena
el rumor de oficinas y talleres.
Tú en altos montes nuestro globo elevas,
cual gigante sostén del firmamento,
y ya en valles le bajas y quebradas,
por que así con escenas siempre nuevas
y bellezas sin cuento
se deleiten del hombre las miradas;
tú, en las alpestres rocas,
capaces grutas y profundas cuevas
abres, cual negras bostezantes bocas:
tú con puro inexhausto licor frío
las hondas fuentes cebas;
por ti nunca de andar se cansa el río
que viaja sin cesar al océano,
y nuestra vida rápida retrata;
por ti, cual sierpe de brillante plata,
por el herboso suelo

va jugueteando músico arroyuelo:
Tú das a las montañas
marmóreas y metálicas entrañas,
y alta cimera de perenne hielo:
tú cubres de la tierra la ancha espalda
con rico manto de verdor y flores;
tú el rubí leonado y la esmeralda
escondes en su seno, y el diamante
que al sol hurta sus claros resplandores,
rey de las otras piedras arrogante;
y cuantas piedras bellas,
uniendo el resplandor a los colores,
son rivales en luz de las estrellas
y en los ricos matices de las flores.
¿A quién, Señor, sino a tu diestra sola
debe el ave la armónica garganta,
con que hinche de dulzura la arboleda,
cuando el alba los cielos arrebola?
Mas al bello pavón, porque no canta,
vistes con fina matizada seda,
y pintas de su cola,
sembrada de ojos mil, la vasta rueda,
que se abre cual magnífico abanico
de pedrería salpicado y rico.
Mas, aunque tan hermoso, no presuma
la palma merecer de beldad suma:
al picaflor la ceda,
al picaflor que abeja o mariposa
imita por lo breve y, al par de ellas
del néctar se sustenta de las flores,
y en esmaltada pluma
es, como la menor, la más hermosa
entre las aves do la tierra bellas.
Por ti, Señor los euros voladores
el águila soberbia desafía,
que tan veloz hasta los cielos sube,
cual baja el rayo de la negra nube;
y a sus felices ojos solamente
su faz deslumbradora
el sol radioso contemplar consiente:
mas ya cedió el imperio de los vientos
al cóndor peruviano;
que a la misma región donde tu mano
la menor ave cría,
dar así también sabes
el gigante monarca de las aves.
Tú armas de agudas astas
la frente dura del valiente toro,
a quien provoca el hombre y amenaza
y vence y mata, de la llena plaza
entre el tumulto y aplaudir sonoro;
y entre torcidos cándidos colmillos
dobla por ti su dilatada trompa
el enorme elefante,

que, sustentando torres y castillos,
de las bélicas marchas en la pompa,
semeja viva fábrica ambulante.
Das a la hiena temerosos ojos,
en viva sangre rojos;
al viajero camello,
nave de los desiertos, largo cuello,
y breve monte en prominente giba;
del tigre y la pantera tus pinceles
pintan a manchas las hermosas pieles;
y a ti debe el león su frente altiva,
y su roja melena,
de su cabeza natural corona
que por rey de las fieras le pregona,
y que, airado, sacude y desordena;
y a los roncos rugidos
con que la selva atruena
tiemblan los animales pavoridos.
Ligera diste voladora planta
y de ramosa cornamenta el alto
adorno al vividor medroso ciervo,
que de su propia sombra huye y se espanta;
paciencia de que nunca se vio falto
en su eterna tarea,
al torpe asno, del hombre humilde siervo,
y valor al caballo y hermosura,
en cuya espalda aquél viaja y pasea,
y le acompaña en la marcial pelea,
al freno dócil y a la espuela dura.
¿Mas qué diré del can, entre animales,
de tu bondad clarísimo testigo,
espejo de leales,
del hombre fiel inseparable amigo,
y valiente guardián de sus umbrales;
última compañía
del solitario mísero mendigo
y de la noche de sus ojos guía?
Tu poder y sin par sabiduría
resplandecen do quiera; y a porfía,
desde el humilde lirio
que en el valle se oculta hasta el fulgente
astro remoto, y desde el vil insecto
al alado cantor del cielo empíreo,
narrándolas están en elocuente
sempiterno pregón todos los seres,
contentos igualmente de tus dones:
mas tales perfecciones
la demás perfecciones de que lleno
estás no eclipsa; y, pues no menos eres
que poderoso y sabio, dulce y bueno,
débate mi dolor que escuches pío
la ferviente oración del labio mío.

IV

Los ojos vuelve a mi adorada tierra,

mansión antigua de fraterna guerra:
desventurada madre cuyo seno,
como de sierva ruin, hiere y maltrata
la torpe mano de su prole ingrata:
de la Discordia insana pronto freno
pon a las iras; el Orgullo loco
e hidrópica Ambición nunca contenta,
a quien la sed el refrigerio aumenta,
en este suelo humilla,
donde la igual República igualmente
a todos todo ambicionar consiente;
tu diestra ensalce a la suprema silla
modesto ciudadano
que ame la patria con amor romano.
Con tu ciencia y doctrina
nuestros legisladores ilumina,
y santifica con vigor su pecho,
por que del mando injusto
al despótico gusto
no los rinda temor o vil provecho;
de parecer se afrente compra y venta
la Justicia avarienta;
no de las mismas manos desleales
en que es mengua mayor tanto delito,
con descaro inaudito
presa sean los públicos caudales;
no, como en pueril juego,
cambie de enseña y parte
una vez y otra el seguidor de Marte;
ni, de tu, santa Religión en mengua,
destruya tu ministro con su ejemplo
cuanto en el sacro templo
al pueblo predicó su indigna lengua.
Y, pues fue la familia
el fundamento siempre del Estado,
de las mujeres la flaqueza auxilia,
en que de aquélla el peso esta fundado:
no, el lecho conyugal amancillando,
incierta el adulterio haga la prole;
de la virgen sencilla
el pudor arrebole
la modesta mejilla
a una sola mirada menos casta;
huya del peligroso galanteo
y vano juego de vulgar Cupido,
que la virginidad, del alma gasta
que celoso reclama el Himeneo;
y pueda, esposa, recordar un día
que a un acento amoroso
jamás abrió el oído
sino del labio de su dulce esposo.
No al hijo la materna idolatría
con el regalo engría
que postra el cuerpo y afemina el alma,

ni el exceso enemigo
de su ternura impune deje ahora
la falta, de otras mil engendradora
sin el justo benéfico castigo.
Y, si en el labio maternal aduna
la dulce persuasión todo su encanto,
inspírele con él desde la cuna
el amor de la patria sacrosanto;
y con las madres de la antigua Esparta
la alabanza comparta,
y aun les gane de fuertes la corona,
cada peruana varonil matrona.
Tú quisiste que grande entre Naciones
la hermosa tierra de los Incas fuera:
¿Mas, di, no la colmaste de tus dones
que otra cualquier región del Nuevo Mundo,
y aún de la tierra entera?
¿Claro ingenio no diste a sus varones?
¿El suelo no blasona más fecundo
que el sol en ambos mundos considera?
¿do quier antigua fama no relata
que inundó su opulencia el universo
con ríos de oro y piélagos de plata?
¿No la privilegiaste con tesoro
que le tributan de la mar las aves
y cuyo humilde nombre al grave verso
veda decir poético decoro?
Mas de tales presentes
y otros mil, A que el labio viene escaso
que contarlos procura, ¿te arrepientes?
¿Cambiarse pudo tu designio acaso?
De nuestro llanto y aflicción te apiada,
y compasivo mira
cuán larga edad el peso de tu ira
la dejara a sí sola abandonada:
alárgale, Señor, la diestra fuerte,
y del profundo abismo
do la infeliz perece, la levanta;
deja que cumpla la gloriosa suerte,
que le quisiste señalar tú mismo,
al darla dones con largueza tanta.

V

Y, si después de haber alzado el ruego
por la patria infeliz, sin desacato
me es dado por mí propio alzarlo luego,
de la muerte, Señor, vivo retrato
mírame, cuando apenas
de la mitad primera me despido
del lustro quinto de mi vida; grato
tiempo para otros, al amor debido,
mas, como la vejez, lleno de penas
para el que lento mal mina y devora:
de Hipócrates al arte
demandé en vano mi remedio; en vano

Lisonjera esperanza engañadora
me hizo surcar el húmedo océano;
ni así consigo que de mí se aparte
mi extraño mal; para tornarme sano,
dame tu voluntad, sola bebida
que me pudiera devolver la vida.
Baje a mis preces tu piedad su oído,
y la salud infúndame tu aliento;
mas que para mí propio y mi contento,
para mi cara patria te la pido.
No me dejes morir tierno mancebo
que nada hacer en su provecho pudo,
y en mí, robusto pon un hombre nuevo,
que en juventud activa
para el servicio de la patria viva.
Bien sé que estás, Señor, de mí ofendido,
y son tan numerosos mis pecados,
vuelta en naturaleza la costumbre,
que es fuerza que en el seno del olvido
los sepulte su misma muchedumbre;
mas ¿qué gran pecador que, arrepentido,
a ti volviera, halló jamás cerrados
los brazos que en el áspero madero
abriste a recibir al mundo entero?

1858.

Noche serena en el mar

A que admires extático conmigo
de estiva noche la beldad extraña,
con presta planta sube
al techo de la nave, dulce amigo:
en la mitad del cielo, que no empaña
la más delgada transparente nube,
brilla la blanca luna,
y en la mar que parece ancha laguna,
por sosegada y lisa,
mayor su rostro copia; fresca brisa
roza apenas la faz, pura y suave,
como el húmedo aliento de la noche;
ondas divide la sonante nave
con ruedas que alzan espumosa nieve,
como marino gigantesco coche
que sin caballos por el mar se mueve.
Al ver tan s o mar y firmamento
que limitan a vista por do quiera,
¿no sientes dilatarse tu alma, dime,
y henchirse del profundo sentimiento
que engendran lo infinito y lo sublime?
¿De tu pocho no huyó la pena fiera
con que tu corazón en tierra gime?

de nuestra móvil casa de madera,
apenas el vaivén la planta siente:
¡Tan rauda a un tiempo y blanda
sobre las olas adormidas anda!
Aquí pues, platicando suavemente,
nos halle el nuevo día
en dulce compañía,
que a desdeñar del sueño
el reposo halagüeño
la noche nos convida,
por mirar su hermosura esclarecida;
y aún ser puede que en noche tan serena,
según relatan los parleros viejos
marineros, oigamos a lo lejos
el canto dilatado en el espacio
de la dulce Sirena,
que del divino son con la cadena
llevar nos quiera a su húmedo palacio.

1858.

A Clorinda

Siempre que miro, Clorinda,
tu hermosura, te cotejo
con el indio tominejo,
por lo pequeña y lo linda:
por su pequeñez graciosa,
entre las flores semeja,
aún más que pájaro, abeja
o brillante mariposa.
Es su pico fina aguja,
dos puntos sus ojos son;
mas con tanta perfección
el Creador la dibuja,
que en hermosura rival
no conoce esta avecilla,
y a su plumaje se humilla
el soberbio pavo real.
Hermosura tan extrema
adorna al pájaro mosca,
que fuera sin lustre y tosca
joya de imperial diadema,
que innumerable caudal
a su noble dueño cuesta,
comparada con aquesta
viva joya natural,
do las plumas verdes, gualdas,
azules y carmesíes,
topacios son y rubíes
y zafiros y esmeraldas.
Se esmeró Natura en ella,

y juzgar así se debe
que sólo la hizo tan breve
para formarla, más bella.
  Pues, si en el ave menor
ostentó su mejor obra,
a la que en belleza sobra
lo que le falta en grandor,
  no te pese no ser alta,
oh graciosa criatura,
si te sobra en hermosura
lo que en tamaño te falta.

1858.

Retrato de Elena

¿Dónde, Elena, en qué parte
del tan vario universo,
hallar podrá mi verso
bellezas a que pueda asemejarte?
¿Con qué esfuerzo del numen o del arte
acertaré a formar tu fiel traslado?
Entre imágenes tantas que, de aquellos
y estos objetos bellos
que ofrece a los sentidos lo creado,
en sus inmensos senos cada día
la memoria riquísima atesora,
¿Cuál tan sublime imagen y tan pura
elegirá la amante fantasía,
para pintar ahora
tu milagrosa y única hermosura?
  Cedan de hoy más la palma y alabanza
los pardos, negros y celestes ojos
a los divinos tuyos, que colora
con su verdor alegre la Esperanza:
la mejilla lozana
de la rosada Aurora
iguala apenas la lustrosa grana
que en tu fresca mejilla
aun de la rosa el rosicler humilla;
humilde tributario
es de tu blanca tez el mármol pario;
y al oro envidia diera
tu riza y abundosa cabellera;
merecedora de adornar un día,
coronada de estrellas,
la vasta frente de la Noche umbría.
  De la Ciprina Diosa
la más bella afamada estatua griega,
de que hace alarde el orgulloso Louvre,
a la vista dichosa
del que anhelante a contemplarla llega,

más puras bellas formas no descubre
que las que sufre tu pudor sin velo;
sirviéranle tus brazos de modelo,
a escultor que quisiera
devolver, completando su hermosura,
a esta de Venus copia verdadera
los que hoy llora perdidos la Escultura;
y afrenta son de los rosados dedos
con que el Alba rïente
abre las puertas del dorado Oriente
al sol que vuelve a los mortales ledos,
los que rematan tu pequeña mano,
tu linda mano de rosada nieve
bajo la cual apenas
el néctar puro a azulëar se atreve
de las delgadas transparentes venas.
Mas ¿quién dirá la gracia soberana
que aumenta tus hechizos
y que en tu acto menor luce patente? (9)
Cuando, al volver tu majestuosa frente,
mueves los blondos rizos,
o las miradas giras suavemente,
o tu boca risueña
perlas entre corales nos ensena,
abierto el mismo cielo se divisa.
No con tan dulce celestial sonrisa,
donde aún templar parece Amor su dardo,
se esta riendo la divina Lisa
en el lienzo inmortal de Leonardo (10).
Tu voz tan blanda suena,
que semeja tu hablar un dulce canto;
Mas, si cantas, vencida la Sirena
envidiosa te escucha con espanto;
y arroja, ardiendo en ira,
la menos dulce lira,
cuando, animado por tu diestra mano,
brota sublimes mágicos acentos,
y es el rey el piano
de músicos sonoros instrumentos.
Es tu andar tan airoso y elegante,
que parece que fueras, escuchando
de música incesante
el süave son blando,
con el que vas acompasando cada
movimiento y pisada:
irresistible gracia en todo muestras:
de cuanto dices o haces las divinas
gracias te son maestras,
a ti siempre vecinas;
la perfección en fin nos pasma y ciega
que tu persona bienhadada enjoya,
y la beldad recuerda de la Griega,
cantada ruina de la excelsa Troya;
te adora reverente

quien de mirarte alcanza la ventura,
como imagen de Dios, que al bajo suelo
tu beldad estupenda
conceder quiso, en generosa prenda
de las que encierra el prometido cielo.

1858.

Sueño de un malvado

Durmiose; y al profundo abismo luego
le parece que baja despeñado,
donde castiga inextinguible fuego
a cuantos mueren en mortal pecado,
y donde son las penas tan atroces,
que las mayores penas terrenales
son ilusiones y parecen goces
junto a aquellos tormentos inmortales.
Él, a quien enseñó Filosofía
que mueren alma y cuerpo juntamente,
él, que del fuego eterno se reía,
ya, ya se mira en la ciudad doliente.
¡Ay! ¡qué voces extrañas! ¡ay! ¡qué lloro
desesperado hiere sus oídos!
¡Ay! ¡qué confuso ensordeciente coro
de gritos, de blasfemias y gemidos!
De hirsuta cola y retorcido cuerno,
ya lo circunda enjambre numeroso
de los feos señores del Infierno,
más feroces que toros en el coso.
Prueba de ellos a huir; y a cualquier lado
un furioso demonio ve delante;
crudos hieren su cuerpo desdichado
con saetas de fuego penetrante,
cuyo incendio con tal viveza siente,
que súbito del sueño se recuerda,
dando por el terror diente con diente,
temblando todo cual vibrada cuerda.

1858.

A la luna

Duerme el anchuroso suelo;
mas con tristeza importuna
yo solo gimiendo velo;
y tú, solitaria luna,
velas también en el cielo.
Y me parece que, en tanto
que los ojos fijo en ti,

tú me miras desde allí,
y al ver mi copioso llanto,
te compadeces de mí.

1858.

A Elena

I

Contemplando callaba embelesado,
feliz visitador, a dos doncellas,
tan puras y graciosas como bellas,
y bellas ambas en el mismo grado:
mas, apenas llegaste, y el estrado
alto asiento te diera en medio de ellas,
como ante el sol se apagan las estrellas,
así se oscurecieron a tu lado.
que, como el mismo sol humanas teas,
así tú, Elena, a las demás mujeres
cubres con tu luz fúlgida y afeas.
Cesan contigo varios pareceres,
y aunque la sola en ignorarlo seas,
tú la beldad de las beldades eres!

II

Cuando contemplo el delicado velo
que a tu alma bella da digna morada,
y pienso que beldad tan extremada,
de ideal perfección tipo y modelo,
ha de sentir de la vejez el hielo,
y que la Muerte con su mano airada
ha de sumirla en espantosa nada,
de ley tan dura con horror me duelo.
Mas ¿qué diciendo está mi Musa impía?
¿Alta revelación no me asegura
que, gloriosa y mas bella todavía,
la de mí tan amada vestidura
ha de resucitar el postrer día
para unirse de nuevo a tu alma pura?

1858.

Delante del cuadro de Rafael Sancio

Conocido con el nombre de «Pasmo de Sicilia»

¡Al fin te miro, oh del divino Sancio
cuadro sublime, ni al Tabor segundo (11),
Pasmo, no de Sicilia, mas del mundo;
donde rendido al humanal cansancio,
se ve doblar en tierra la rodilla
al Dios de quien espántase el profundo

y a quien la suya el querubín humilla!
¡Ved al peso doblarse del madero
al que sustenta el universo entero:
asida o dura piedra la sagrada
y creadora diestra omnipotente
que sacó las estrellas de la nada:
de espina punzadora
ved coronada la divina frente
que a los cielos suspensos enamora!
Allí la amante madre congojada,
Por Juan y Magdalena sostenida,
Con sus brazos abiertos le convida
Y le envía ternísima mirada:
¿Qué corazón tan duro no se apiada
y se derrite en llanto
al ver, oh madre, tan atroz quebranto?
Esta es aquella dolorosa espada
que a tu materno pecho
el inspirado Simëón predijo:
este el tormento insano
que acibaró a tu amor desde temprano
la gloria de ser madre de tal hijo.
Mas no miro, oh Jesús, dolor terreno
en tu rostro sereno;
y claro muestra tu mirar divino
que si las agrias postrimeras heces
del hondo cáliz del dolor apuras,
voluntario padeces,
y que eres aquel Dios que al mundo vino
a salvar a sus tristes criaturas.
Mas tú, ¿cómo pudiste, ángel de Urbino,
copiar así el semblante, fiel traslado,
vivo espejo del Padre enamorado?
solo tu alma podría
de un Dios interpretarnos la agonía;
y como si, doliente
pío testigo entre la cruda gente,
el sublime holocausto hubieras visto,
nos representas el dolor de Cristo.
Do quier se mira respirar la escena,
de tanta vida y movimiento llena,
que hasta parece a quien, al ver tan rara
verdad, se indigna y se estremece y llora,
que la memoria fiel la retratara
y no la fantasía creadora.
Ni grito o voces a los labios pido,
que en cada rostro da tu viva tabla
más la expresión a las miradas habla
que hablaran las palabras al oído.

1859.

En Cádiz

Cuando el sol, al ocaso ya vecino,
alumbra el mundo con fulgor incierto,
mis pasos solitarios encamino
al vasto muro del hercúleo puerto;
que, triste e ignorado peregrino,
en Cádiz vivo como en un desierto,
y de la ausencia la aflicción no engaña
ciudad tan bella de la bella España,
Y el codo en la muralla y en la palma
la faz, mirando el océano inmenso,
que ya sus ondas y murmullos calma,
en patria y madre enternecido pienso;
y traspasando arrebatada el alma
del postrer horizonte el velo denso,
vuela al suelo natal, y con la mente
a mi dulce familia estoy presente.
Al contemplarte, Atlántico océano,
mas el amante corazón extraña
las dulces playas del Perú lejano;
que, aunque el mar tú no seas que las baña,
eres al menos mar americano,
y senda me será tu azul campaña
para tornar a su adorado seno
por el que lloro y sin descanso peno.
Y no miro jamás rápida vela
Tus ondas navegar hacia occidente,
Que no imagine que a los puertos vuela
del dulce suelo que suspiro ausente:
copioso llanto mis miradas vela,
y envidia tengo a la dichosa gente
que a tus orillas anheladas parte
y en breve, oh patria, logrará mirarte.
Y tú que te despides, a la fría
luna dando lugar, y al hemisferio
opuesto occidental llevas el día,
fulgente rey del celestial imperio,
saluda, oh sol, por mí a la patria mía,
y dí que un hijo desde suelo iberio
tierna memoria le envïó contigo
y te hizo de sus lágrimas testigo.

1859.

A la srta. D.ª Juana Y***

Adiós, dulce amiga mía,
mas que mi amiga mi hermana,
que, aunque hace aún breve tiempo
que logré la dicha rara
de conocerte, me debes

tal cariño, amistad tanta,
como si te conociera
desde mi primer infancia;
si bien el cielo sus dones
te concedió tan sin tasa
y en tan alto extremo tel hizo
afable, modesta, casta,
de tan süave prudencia
y agudo ingenio adornada,
que para adorarte siempre
verte una vez sola basta:
omitiendo el verso mío
tu beldad, aunque extremada,
pues le sobra el ser hermosa
a la que prendas y gracias
en sí atesora, que en vano,
por ser tales y ser tantas,
quiere sumar el guarismo
ni ponderar la alabanza.
Adiós, Juana; acaso nunca
torne yo a tu bella España;
tal vez nunca en esta vida,
la crüel fortuna avara
me dará que a verte torne
triste suerte del que viaja.
Mas cierta está que tu imagen,
entre las más gratas grata,
vivirá en mí, vencedora
del tiempo y de la distancia;
y cuando mi planta errante
halle reposo en mi patria,
con mi idolatrada madre
y mis hermanos y hermana,
de ti hablaré muchas veces,
de ti, y de tu madre cara,
que el postrer eterno sueño
duerme ya en la tumba helada.
Y les diré que mil veces
con vosotras largas pláticas
tuve de ellas, y que siempre
por ellas me preguntabais;
que largamente la historia
de mi familia os contaba,
y que tal vez de mi madre
me oísteis las tiernas cartas,
en bello piadoso llanto
las pupilas arrasadas.
¡Cuánto tengo de acordarme
de vosotras! ¡Cuantas, cuántas
veces, al sentir los tiros
de la fortuna contraria,
los desengaños del mundo
y de la envidia la saña,
a lo pasado volviendo

las anhelosas miradas
en busca de algún consuelo
a mi presente desgracia,
habré de acordarme que hubo
dos nobles piadosas damas
que con el triste extranjero
fueron benéficas hadas;
que, indulgentes con mi extraño
genio y condición extraña,
cual madre y hermana pueden,
disimulaban mis faltas;
a quienes mis tristes quejas
debieron preciosa lástima,
y que, si entonces me vieran,
de mis penas apiadadas,
como en un tiempo solían,
afables me consolaran:
una digo, que la otra
es presa ya de la Parca.
Mas perdona, dulce amiga,
si renuevan mis palabras
en tu tierno filial pecho
la triste memoria amarga
de tu antigua compañera
de tu madre idolatrada,
que te dejó con su ausencia
en el mundo solitaria.
si yo que la traté apenas
como un hijo llegué a amarla,
¡Cuánto has de llorar sensible
a madre tan buena y santa,
tú que desde que naciste
nunca de ella te apartaras;
que nunca con dulce esposo
quisiste, aunque codiciada,
partir el inmenso afecto
que en ella sola cifrabas;
que, lejos del mundo vano
y de sus fiestas y galas,
otra fiesta no tenías
que estar con tu madre cara,
para quien ella era todo
y sin ella todo nada!
¡Cuál me quedé, cuando supe
de su muerte inesperada
la noticia que me dieron
cuando con ligera planta,
de abrazaros impaciente,
me acercaba a vuestra estancia!
¡Qué ajeno mi pensamiento
del fatal suceso estaba!
¡Qué alegre día y dichoso
en la sociedad de entrambas
a mi amistad prometía

la lisonjera esperanza!
Pero le pasé ¡cuan triste!
contigo y sin ella, Juana.
Avivose a mi presencia
de tu dolor la honda llaga,
y fueron nuestros saludos
ayes, gemidos y lágrimas,
¡Cuánto te hallaron mis ojos
en breve tiempo cambiada!
¡Cómo tus dolientes quejas
me traspasaban el alma
¡Qué suspiros te salían
de lo hondo de las entrañas!
De consuelo y sufrimiento
voces mi labio no hallaba,
que no pareciesen todas
en tan grande duelo vanas.
Y cuando, variar queriendo
nuestra tristísima plática,
a hablarte empezé del viaje
que he de hacer presto a mi patria,
y te encarecí lo recio
que el paso de la mar vasta
el pensamiento le pinta
a mi enferma salud flaca,
aunque término dichoso
sean del Perú las playas,
y dulce madre me espere
y prendas que adora el alma,
llorosa me respondiste
con voz así entrecortada:
«¡Ojala yo hacer pudiera
»otro largo viaje, para
»volver a ver en la tierra
»viva a mi madre adorada!
»¡Pluguiera a Dios, aunque fuese
»doble, triple la distancia:
»aunque fuese al fin del mundo;
»aunque sola, a pie, descalza,
»enferma y mendiga, hubiera
»de hacer la larga jornada,
»y cuantos fieros trabajos
»puede sufrir la constancia
»fuerza padecer me fuese,
»con tal que a ver la tornara!»
Y cuantos asuntos iba
cambiando piadosa maña
en tu querida difunta
todos así remataban;
como en sabia sinfonía,
una juntamente y varia,
donde en el tema que reina
se convierten y rematan
todos los nuevos concentos

con insensible mudanza;
o como en aquellas tristes
canciones en donde cada
estrofa es fuerza que acabe
con unas mismas palabras.
Ni fue menos triste día
el que contigo pasara,
cuando me brindó tu mesa
tu suave cortés instancia:
¡Ah! ¡qué fiesta tan alegre
la amistad y la confianza
hubieran tenido entonces,
si ella nos acompañara!
Como allá en Madrid un día
en nuestra común morada,
do para su dulce Cádiz
me convidó veces hartas.
¡Ah! ¡qué placenteras tardes!
¡Ah! ¡qué agradables mañanas!
Ah! ¡qué pláticas sabrosas
sin término prolongadas!
Tú de tu madre quisiste
cumplirme el convite, Juana;
pero más valido hubiera
que tal convite excusaras.
Pues ¿cómo, dime, pudimos
tener de manjares gana,
cuando crüeles recuerdos
el pecho nos lastimaban,
viendo el asiento vacío
de nuestra cara Doña Ana?
Pudo nuestro labio apenas
balbucir voces escasas,
pues el dolor nos ponía
un dogal en la garganta;
y, vanos nuestros esfuerzos
para gustarlas, intactas
quitó la afligida sierva
cuantas exquisitas viandas
fueron por tus manos mismas
con esmero preparadas;
y nos levantamos hartos
sólo de tristeza y lágrimas.
¡Ah! si consuelo en el mundo
hay para pena tamaña,
¡Dilatártele no quiera
la clemencia soberana!
Yo se lo pido; o al menos
suave y lentamente vaya
el tiempo desenconando
tan viva profunda llaga;
torne a florecer un día
el abril de tu esperanza;
dete el Señor el esposo

que tú mereces; y en larga
vida apacible y tranquila,
de venturas rodëada,
tan querida esposa y madre
sé, como fuiste hija cara.
Mi dulce esperanza es ésta;
éstas mis más vivas ansias;
y que de mí algunas veces
te acuerdes, y tus plegarias
al cielo devota eleves
para que de mi desgracia
el fiero rigor se temple,
y halle al fin salud y calma.
Mas, si te llegó la nueva
de que fallecí en temprana
edad, a manos de antigua
honda enfermedad extraña,
que mi juventud florida
en odiosa vejez cambia,
de Clemente a la memoria
piadoso llanto derrama,
y de tu difunto amigo,
allá en la noche callada,
cuando por tu madre reces,
reza, Juana, por el alma.

1859.

A mi alma

Alma que en cadenas graves
vives triste o infeliz,
y ya en tu prisión no cabes,
como el ave, de las aves
coronada emperatriz,
que, aprisionada, no deja
su altivo instinto rëal,
y aletëando forceja
por romper la dura reja
de su cárcel de metal:
de tu triste hermano, a quien
casi moribundo han puesto
tu inquietud y tu desdén,
piedad generosa ten,
ni quieras romper tan presto
la misteriosa lazada
con que la mano de Dios,
al enviarte desterrada
a esta doliente morada,
un ser formó de los dos.
Calma ese encendido anhelo,
sufre esa angustia mortal;

de Dios aguarda el consuelo
de desplegar libre vuelo
a la patria celestial.

1859.

Santa Teresa

Con voladora pluma que no cesa,
y ardiente estilo que las almas doma,
la divina Teresa
los conceptos altísimos expresa
que le dicta la célica Paloma.
Y sobre los sublimes inflamados
renglones, suspendidos tras la silla,
dos ángeles callados
inclínanse curiosos a ambos lados,
leyendo con placer y maravilla.
Y, cual de aplauso y de contento en muestra,
se miran sonriendo entre sí a veces,
con la inclinada diestra
mostrando de la mística maestra
cada alto rasgo, los divinos jueces.

1859.

A eco

«Infeliz enamorado,
de la ciudad el estruendo
vengo solitario huyendo
a este triste despoblado,
donde tú solo a mi acento
y alto gemido doliente,
respondes con balbuciente
lengua sonora de viento;
repitiendo la postrera
sílaba de cuanto digo,
como invisible testigo,
que remedándome fuera.
Y como en su soledad
compañía necesita
mi alma a quien decir su cuita,
cual histórica verdad
a admitir mi fantasía
la hermosa fábula llega
que de ti fingió la griega
risueña Mitología.
Ni te reputo ya un vano
compuesto de aire y sonido,

sino un errante afligido
viviente espíritu humano.
Sí, tú fuiste ninfa bella
de locuaz habla ingeniosa,
a quien de Jove la esposa
privó para siempre de ella,
cuando, yendo de su infiel
esposo en busca, su curso
detuvo tu hábil discurso,
mientras se escapaba él.
Mas tu desdicha mayor
no fue tan dura mudez;
que el que en eterna niñez
vive, crudísimo Amor,
tu pecho acertó a prender
en la beldad de Narciso,
del que a sí mismo se quiso,
como un hombre a una mujer,
cuando por la vez primera,
de una fuente en el cristal,
terso espejo natural,
vio su figura hechicera.
En mirarse embebecido,
con clavado inmóvil pie,
al cabo trocado fue
en la flor de su apellido:
Del Olimpo vengador
justo con digno castigo
al rigor que usó contigo
y con el vulgo amador.
¡A cuántas ninfas y cuántas
robado la paz había,
que iban en pos noche y día
de sus adoradas plantas!
Mas lo que en ti su desaire
en ninfa ninguna pudo,
que te adelgazó el agudo
dolor trocote en aire.
Desde entonces moradora
eres de las soledades,
de Narciso las crueldades
lamentando a cada hora.
Por la voz tan solo viva,
con rubor eternamente
huyendo vas de la gente,
de todo consorcio esquiva.
Y, si alguien con pie veloz
por alcanzarte se afana,
siempre igualmente lejana
oye tu imperfecta voz.
Pero tus pasos detén
a mi ruego; sólo intento
contigo hablar un momento,
quizá por tu propio bien.

Que, si mis penas crüeles,
ninfa infeliz, escuchares,
de tus antiguos pesares
podrá ser que te consueles.
«Como tú, yo amo también,
y a una bella el alma di,
como Narciso a ti,
me paga a mí con desdén.
Como tu ingrato doncel,
de sí misma enamorada,
de la turba no se apiada
en idolatrarla fiel.
Y a su constante rigor
no es escarmiento y aviso
el ejemplo de Narciso
trocado, por vano, en flor.
Ni, ya que esquive la dura
pena del que amó su imagen,
teme que los años ajen
y marchiten su hermosura;
que cual si toda la vida
debiera ser bella y moza,
simple no aprovecha y goza
su risueña edad florida.»
Así lamenta sus males
un desdichado mancebo,
a quien paga hermosa dama
con desvíos sus obsequios;
y a sus lastimeros ayes
con humano triste acento,
como de oírle apiadada,
sólo tú respondes, Eco.

1859.

A España

¡Con cuán fiel semejanza, dulce España,
tú sobretodo, bella Andalucía
me representas a la patria mía,
cuyo recuerdo siempre me acompaña!
Tanto tu idioma al peregrino engaña,
de tus hijas la gracia y gallardía
y de tu puro cielo la alegría,
que tal vez no se juzga en tierra extraña.
Mas presto el llanto a su pupila asoma,
y se aflige de nuevo el pecho amante,
cuando, advirtiendo en breve su error vano,
ve que, aunque en claro cielo, dulce idioma
y bellas hijas ¡ay! tan semejante,
no es este suelo al fin el peruano.

1859.

A una señorita bellísima

Que conocí en un baile la noche antes de partir de...

Hermosísima reina del sarao,
con quien apareciera menos bella
la esposa desleal de Menelao,
como al rayo del sol la última estrella;
¡Ay! que mañana voladora nao,
mientras imprima aún su leve huella
en la blanda almohada tu mejilla,
me apartará por siempre de esta orilla.
¡Dichosa danza que tu talle estrecho
enlazar con na brazo me consiente,
y que lata de amor mi ardiente pecho
junto a tu pecho cándido y turgente,
y que tu aliento beba en quien sospecho
que Amor respira su vital ambiente!
¡Ah! de felicidad tan soberana
solo el recuerdo quedará mañana.
Apenas te conozco, ya te pierdo,
cuando en mi corazón y en mi memoria
ha de durar eterno tu recuerdo:
así tal vez ensueños, transitoria
visión endiosa el alma que, en su acuerdo
volviendo al despertar, llora su gloria;
y yo así lloraré cuando despierte
sin esperanza de volver a verte.
¡Injustas quejas! vale más que, apenas
vista, te oculte a mí la suerte avara;
que por siempre cautivo en tus cadenas,
si más tiempo te viera, me quedara;
y, habitando por ti playas ajenas,
familia, patria, todo lo olvidara,
y aún la ambición perdiera y sed de fama
que a grandes cosas mi destino, llama.

1859.

A la muerte de D. Pío de Tristán

Padre segundo de mi madre y mío,
que la cumbre ocupaste del Estado,
luego a lo eterno y santo consagrado,
viviste de la tierra en el desvío:
tu fin, temprano al mundo, a ti tardío,
lamenta el pobre a quien contigo el hado
quitó amparo y sustento y padre amado,

¡Oh en la virtud, como en el nombre, Pío!
Tu familia a quien fuiste muro fuerte,
y que eterna anhelara tu existencia,
su gozo en llanto perennal convierte;
y a mayor duelo el hado me sentencia,
pues dos años y dos tu acerba muerte
para mí solo adelantó la ausencia.

1859.

Ansia del cielo

Tal vez el cielo, que por noble patria
confiesa el alma, y sin cesar la llora,
doloroso contemplo y pensativo,
desde este triste valle de miseria
do prisionero vivo;
cual desde orilla mora,
en encendidas lágrimas deshecho,
mirar solía el Español cautivo
os verdes campos de su dulce Iberia,
al otro lado del hercúleo estrecho;
y, cual sus lazos destrozar ansiaba
para volver nadando a sus hogares,
las cadenas romper de la materia
así entonces anhela el alma esclava,
desnudándose fuerte
del natural espanto de la muerte.

A un recuerdo

¿Por qué do quiera sin cesar me veo
de ti, triste recuerdo, perseguido,
en vano renovándome el deseo
de volver a gozar el bien perdido?
¡Quién las aguas me diera del Leteo
donde la paz se bebe del olvido!
¿De qué horrendo delito me hice reo
para dolor tan largo y desmedido?
Dulce felicidad desvanecida,
de mi memoria perenal castigo,
pues me diste tu eterna despedida,
y lejana esperanza ya no abrigo
de que te goce aún mi triste vida,
tu recuerdo perder debí contigo.

1859.

A la naturaleza

Que fiel logre mi verso retratarte
consiénteme, inmortal Naturaleza,
tú que de la verdad y la belleza
eres madre en la ciencia y en el arte.
Por poco que el mortal de ti se aparte,
en su profunda ceguedad tropieza;
mas, nunca escarmentada su flaqueza,
no cesa en todo tiempo de dejarte.
¡Cuántos vanos errores a porfía
reinar ves en tus locas criaturas,
muertos y renacientes cada día!
Pasan ellos: tú sola eterna duras,
siempre brindando al Arte y a Sofía
de belleza y verdad las fuentes puras.

1859.

Al amor

(Habla una joven)

Oh de la triste humanidad verdugo,
de todo mal origen, Amor ciego,
¿Por qué, di, al que me abrasa en vivo fuego
no amarraste conmigo al mismo yugo?
¡Ingrato! un tiempo mi beldad le plugo;
mas por otra mujer me olvidó luego
y hoy desdeña crüel mi humilde ruego,
mi ardiente llanto que jamás enjugo.
Y en vano esfuerzos y promesas hago
de olvidar a tan bárbaro enemigo
por otro que a mi amor de digno pago.
¡Ay! que adorarle menos no consigo:
antes le ruego más y más le halago
mientras más desdeñoso está conmigo.

1859.

Pigmalión

Duélese Pigmalión, la vista fija
sin cesar en su amada efigie hermosa,
de que espíritu humano no la rija,
y a Venus que la anime pedir osa.
De una pasión tan nueva y tan prolija
dolida al fin, le concedió la Diosa
que muerta estatua, de sus manos hija,
a sus brazos descienda, viva esposa.

Así la imagen que mi mente crea,
única a quien adora el alma altiva
y que no hay perfección que no posea,
Divinidad permita compasiva
que, el ser dejando de impalpable idea,
en humana mujer se encarne y viva.

1859.

A ***

Si de cristal transparente
Fuera el hombre, y si se viera
por esa viva vidriera
cuanto quiere, piensa y siente;
¡Cuán crecida turba impía
de males varios, ahora
del mundo reina y señora,
entonces ser no podría!
No hubiera boca embustera,
ni hubiera hipócrita cara,
siendo fuerza que igualara
lo de adentro a lo de afuera.
No fuera un nombre el deber,
ni fuera el amor un nombre,
ni fuera juguete el hombre
de la pérfida mujer.
Ni de su amante cohorte
se burlara la coqueta,
ni diera entrada secreta
al vil galán la consorte.
Ni, como suyo, a su seno,
erradamente amoroso,
el triste crédulo esposo
estrechara al hijo ajeno.
Ni tantos amigos Judas
prendieran de paz con beso:
acabáranse con eso
las sospechas y las dudas.
Fama y vulgar opinión
no fueran, para ensalzar
y deprimir a la par,
tan injustas como son.
De libertad no engañara
con el nombre y el abuso
al mísero pueblo iluso
quien cadenas le prepara.
Ni del culpado la pena
padeciera el inocente
que por delito aparente
el juez a muerte condena.
Y en fin, preciando el mortal

tanto el parecer ajeno,
fuerza le fuera ser bueno
sólo por parecer tal.
Y ¡cuántos también que son
hoy de nuestra envidia objeto,
al ver su dolor secreto,
nos causaran compasión!
Entonces, mortal, supieras
quién te odia y envidia, quién
finge que te quiere bien,
y quién te quiere de veras.
Entonces tu alma desnuda
mirara yo, prenda mía;
entonces se apuraría
esta amarga mortal duda
Con que tal vez deslëal
y engañosa te sospecho;
pues, mirando de tu pecho
por el diáfano cristal,
al punto supiera yo,
con cuanta certeza sé
que te adoro y guardo fe,
si tú me quieres o no.

1859.

La estatua de Niobe

(Imitación)

De un dios el rigor tremendo
cambió en piedra a una mujer;
pero del arte el poder,
carne la piedra volviendo,
la restituye a su ser.

A mi madre

Cuando empieza el mundo
a gozar quietud:
en aquellas horas
en que incierta luz
viste mar y tierra
aire y cielo azul,
y no es ya de día
ni de noche aún:
yo, triste viajero
que de Norte a Sur
y de Oriente a Ocaso
lleva su inquietud,

como el que a andar siempre
condenó Jesús,
que sólo me veo,
solo con mi cruz,
sin ningún consuelo
ni amigo ningún:
entonces recuerdo
mi patrio Perú,
hermanos, parientes,
leda juventud
amiga, y aquellos
que ya la segur
hirió de la fiera
contraria común.
ero mi más tierna
memoria eres tú,
madre idolatrada,
de mis ojos luz;
y soy de tu vida
venturoso augur,
y cantos te envía
mi amante laúd:
¡llevarte éste quiera
afable querub
al limeño suelo
desde el andaluz!

1860.

Anhelo

Cual de su sombra con locura rara
va huyendo un niño en rápida carrera,
mas nunca de la sombra se separa,
que tras él va, como su pie ligera,
hasta que al fin, de su tesón cansado,
se para el niño con la sombra al lado:
tal con vana porfía
y malogrado empeño
huyo de la Tristeza, sombra mía;
y nunca, nunca de burlar acabo
a quien me sigue como avaro dueño
tenaz persigue a fugitivo esclavo.
¡Ay! en vano me trajo mi deseo
de mi nativo suelo al europeo;
mi enemiga crüel el océano
pasó conmigo: en vano
de ciudad en ciudad voy peregrino,
y sus nombradas maravillas veo:
a mí entre absorta multitud curiosa,
en su hermoso palacio cristalino,
me vio la grande Londres populosa:

y en su seno me dio larga morada
la ciudad celebrada
que baña el Sena y parte,
la que en laceres sin cesar rebosa:
ya visité el divino
bellísimo país, templo del Arte,
que el mar circunda y parte el Apenino,
y que a mi enamorada fantasía
más que el resto del orbe sonreía:
Nápoles habité, cuyas amenas
playas, y de su golfo aguas serenas,
la antigua Poesía
morada imaginó de las Sirenas;
y la ceniza santa
de la ciudad, del mundo ya señora,
¡Ay! ¡tan mudada ahora!
con sagrado pavor holló mi planta;
y Pisa vi, y artística Florencia;
y hoy el hispano paraíso moro,
suspiro eterno del vencido Moro:
¡Ay! no se diferencia,
en cuanto ciñe el mar y alumbra el día,
¡por feliz tierra alguna de la mía!
O ¿será que es acaso la ventura
fruto de un clima solo?
¿Ni avara ha consentido la Natura
del uno al otro polo
mas que un pueblo dichoso, de manera
que es buscarla locura
de esa región privilegiada fuera?
Mas dónde habita aquella
afortunada gente?
¿Qué viajador de tan benigna estrella,
errante de la Aurora al Occidente,
en su suelo feliz posó la huella?
O ¿qué bajel, en mar desconocido
por su dicha perdido,
de ella nos trajo la gloriosa nueva?
¡Ah! quién habrá que otra región me muestre
como el bello jardín, cielo terrestre,
que habitaron mis padres Adán y Eva?
Oh Sol, ojo del cielo,
que con tu alta mirada
todo lo abarcas en el ancho suelo;
¿Región alguna ignota y apartada,
isla alguna desierta
miras, aún negada
a la humana codicia y encubierta;
Ángulo ves de nuestro globo donde
la ventura se esconde
con el dulce Contento y el Reposo?
Dímelo, si lo sabes,
por que vuele en su busca presuroso.
Y vosotras, viajeras

del espacio infinito, vagas aves,
que voláis a riberas
donde nunca llegaron nuestras naves,
decidme si sabéis dónde la ansiada
felicidad ha puesto su morada;
y por el aire leve,
sobre montañas que corona el hielo
y mar y selvas, vuestro raudo vuelo
a sus reinos incógnitos me lleve.

Granada, 1860.

A Magdalena

Mi nodriza

No, porque la noche fría
tu africana faz vistiera
con el color que la blanca
altiva estirpe desprecia,
fue menor nunca el afecto
con que te amé, Magdalena,
(que cual la tez no escondías
el alma por dentro negra,)
ni es menor mi pena ahora,
o el llanto es menos que riega
mi mejilla, y que me arranca
de tu fin la triste nueva:
tu fin que un lustro a tu amante
hijo adelantó la ausencia,
sin que pudiera volverte
así en tus horas postremas
los amorosos cuidados
que te debí en mis primeras;
sin que tus amados restos
a la mansión sempiterna
acompañara, o en llanto
bañara tu humilde huesa.
Tú también eres mi madre,
tú que mi niñez enferma
sustentaste un año entero
con la sangre de tus venas;
tú que, partiendo conmigo
el amor de tu hija mesma,
a ella y a mí nos amabas
con igualdad tan perfecta,
que tan sólo declaraba
del color la diferencia
ser ella hija de tu sangre,
yo sólo de tu terneza;
tú, que de la noble y santa
caridad imagen eras,

cuando su blanco sustento
a un pecho yo, mientras ella
al otro pecho, exprimía
con boca asida y sedienta,
o cuando del diestro brazo,
dándote amor fortaleza,
era yo peso querido,
y del otro tu hija lo era.
¡Cuántas veces con mi llanto
te despertaste inquïeta!
¡Cuántas de mi cuna al lado
pasaste la noche entera,
sin dar al sueño un instante
tu fatigada cabeza;
o tal vez entre tus brazos,
cuna más blanda que aquélla,
me arrullabas y mecías,
y antiguas canciones tiernas
con baja voz me cantabas,
hasta que yo me adurmiera;
sin que jamás se agotase
el caudal de tu paciencia!
Tan solícitos cuidados,
tal ternura, tantas penas,
¿Con qué premio jamás pude
en parte corresponderlas?
ni ¿qué valió el que la dulce
libertad luego te diera,
(que aún afrentaba o mi patria
de la esclavitud la mengua)
Si, siendo libre cual todos,
por ley de naturaleza,
te volví lo que era tuyo,
dejando intacta mi deuda?
estimar tan sólo pudo
excesiva recompensa
lo que solo era justicia
tu gratitud lisonjera.
Ni, porque quisiste un tiempo
dejar a casa materna,
de mí te olvidaste nunca,
ni me faltaron las muestras
de tu amor: aún me parece
que con raudos pasos entras,
y que yo a tu encuentro vuelo,
y que a tu seno me estrechas
y me das mil dulces nombres
que aún hoy en mi oído suenan;
y luego a mi ansiosa vista
aún me parece que enseñas,
ya gracioso juguetillo
que mis miradas alegra,
ya sabrosa golosina,
de menos dulzura llena

que las caricias y extremos
con que la das y presentas.
¡Oh corazón generoso!
Vez ninguna se me acuerda
en que, de dones desnuda,
a tu Clemente a ver fueras,
que del óbolo postrero
se privara tu pobreza,
antes que el presente usado
faltara a tu larga diestra.
Perdona, oh madre, perdona,
si mi condición soberbia,
por tu ternura engreída,
pudo en su cólera ciega
olvidar favores tantos
con la ofensa más pequeña;
perdona, si tal vez pudo
la injuriosa fácil lengua
ser ocasión de tu llanto
y de tus humildes quejas.
Sabe el cielo, sabe el cielo
con cuánto dolor me pesa;
él es testigo del hondo
desconsuelo que me aqueja,
al ver que negarme quiso
de mis hados la crudeza
el que, postrado de hinojos
a tu humilde cabecera,
te pidiera arrepentido
el perdón de mis ofensas;
y de tus amantes labios
escucharle mereciera,
de esos labios que no espero
que jamás a hablarme vuelvan.
Mas, ya que consuelo tanto
me negó la suerte adversa,
blandos reciban tus manes
de aqueste canto la ofrenda:
él por mi perdón te pida,
él por mi perdón merezca;
la antigua deuda del hijo
pague siquiera el poeta;
y, si han de pasar mis cantos
a las gentes venideras,
en ellos, oh mi nodriza,
tu humilde nombre se lea.

1860.

Safo a Faón

¡En amor convirtieras el desvío,

si acertara a pintarte
del inmenso amor mío,
bellísimo Faón, pequeña parte!
¡Enseñárame Febo
modo de canto nuevo,
muy más eficaz arte,
para expresar pasión tan nueva y rara
que con pasión ninguna se compara;
y las penas tan bárbaras y atroces
que sin descanso siento,
al ver que con desdén la desconoces!
Para amor tanto y tan feroz tormento
fáltanme las imágenes y voces,
y es helado y escaso
aún el celeste idioma del Parnaso.
¡Por qué no sale el fuego
del furibundo, ciego,
desesperado amor con que te adoro
envuelto en mis palabras,
por que tu alma al amor o piedad abras!
¡No en licor negro, en encendido lloro,
o de mi corazón en tinta roja,
menester fuera humedecer la pluma,
para decirte la sin par congoja,
el duelo inmenso que por ti me abruma:
violento usurpador de mi albedrío
que, apenas te miré, ya no fue mío,
quedando de improviso en tanto grado
la voluntad de tu belleza sierva,
cual si me hubieras pérfido hechizado,
con el veneno de amorosa yerba!
Y ¡si con la voz viva yo siquiera
significarte tal pasión pudiera,
y tan prolijas penas!
Mas llego apenas a tu dulce lado,
los ojos alzo por mirarte apenas,
(bien los tuyos lo saben, despiadado)
cuando la voz me falta y el aliento,
al paladar mi lengua se encadena,
y se entorpece tardo el pensamiento:
cunde llama sutil de vena en vena;
desampara la sangre mi mejilla
y al corazón agolpase que el pecho
rasgar ya quiere, a su latir estrecho;
negra nube a mis ojos amancilla
el puro sol; mi oído
llena sordo zumbido
un helado sudor toda me inunda;
me da apenas sostén mi débil planta,
y difunta semejo o moribunda:
y es fuerza así que tanta
furia de amor remita,
aunque tan muerta, a la palabra escrita.
Y ¡ojalá que tu mano no se afrente

de abrir, oh mi Faón, el triste pliego
de la que siempre te causara enojos,
ni de leerlo afréntense tus ojos,
si leer a tus ojos lo consiente
el piélago de llanto en que lo aniego!
¡Ah! como al viento el humo,
como al sol nieve, como al fuego cera,
del amor a las llamas me consumo,
sin que de cuerpo ni alma se preserve
mínima parte de la horrible hoguera
que más y más desesperada hierve.
No es amor, es la misma Citerea,
que ya de toda mí se enseñorea,
y Gnido deja y Amatunta y Pafo
por el ardiente corazón de Safo.
No en fuego tan funesto
ardió la triste furibunda Mirra
que al burlado Ciniro, en torpe incesto
gozó, agitada de mortal espanto,
y aún hoy, trocada en árbol, atestigua
su desventura antigua
e infausto amor con oloroso llanto;
no amaba tanto Fedra al desdeñoso
casto hijo de su esposo,
ni la maga de Colcos al perjuro
robador del dorado vellocino;
ni Eco al garzón divino,
de su propio traslado,
que vio del agua en el espejo puro,
por celestial castigo enamorado:
ni con mi ciego loco desatino
parangonar es dado
exceso alguno de amorosa llama
de que se acuerda con horror la Fama...
Y esa que a mí prefieres ninfa bella,
¿Piensas que amarte sabe? el amor de ella
junto al amor de Safo es sombra vana,
apariencia, ilusión, juego, mentira...
Mas, si a pintarte aspira
en vano el labio mi pasión insana,
¿cómo pintar podré mis celos e ira,
al mirarte en los brazos de otro dueño?
Cuando de noche en solo lecho y frío,
de donde vivo desterrado el sueño
y que humedece de mi llanto el río,
revolviéndome inquieta a todos lados
en los ásperos linos; las almohadas
teniendo entre mis brazos enlazadas,
cual no puedo tus miembros adorados,
espantosa memoria de repente
viene a asaltar mi mente
de que en el punto mismo en que me abraso
con solitario amor no satisfecho,
y los suplicios del infierno paso,

os guarda blando lecho
unificados en abrazo estrecho,
y que otra goza lo que yo no gozo;
las negras furias todas del Cocito
apoderarse siento de mi pecho
y dél hacer fierísimo destrozo:
contra las duras gélidas paredes
que en el rigor excedes,
alzando ronco dilatado grito,
mi frente miserable precipito;
meso mi cabellera; con frecuente
diestra mi pecho despedazo, muerdo
entrambas manos con rabioso diente,
y con blasfemias ásperas irrito
a los Dioses, perdido todo acuerdo.
No hay en el Orco mísero precito
cuyo tormento compararse pueda
con el que apuro en tan tenaz recuerdo:
no aquel a quien dentada aguda rueda
rompe y asierra el cuerpo palpitante;
ni el que jamás a humedecer alcanza
su labio en la bullente
agua que mira sin cesar delante
y apeteciendo está sin esperanza;
ni el condenado al perennal trabajo
de subir a alto monte grave roca
que, siempre que la cumbre casi toca,
rueda de nuevo rápida hacia abajo;
ni el otro de cuyo hígado sangriento,
inmortal alimento
que sin cesar renace,
hambriento buitre sin cesar se pace:
ninguna de estas penas mi alma arredra,
mayor que todas ellas es la mía;
y, si trocarlas diéranos la suerte,
tu sed, Tántalo, alegre admitiría;
Yxión, tu rueda; Sísifo, tu piedra;
y el buitre que no se harta de roerte
las entrañas, oh Ticio, noche y día!
Todos juntos tomara vuestros duelos
como pena ligera,
y entre vosotros todos repartiera
el sin igual tormento de mis celos.
¿Cuál encarecimiento habrá expresivo
de la vida misérrima que vivo?
Siento en la más secreta
parte del corazón como escondida
honda aguda saeta,
o que mano de bronce, dél asida,
con sus tenaces garras me le aprieta;
duéleme el alma, duéleme la vida:
reposo no me da lugar alguno;
el manjar aborrece el labio ayuno;
y, si a gustarle a veces me violento,

cansada de sufrir ruego importuno,
me es acíbar y tósigo el sustento;
en perenne vigilia
consumo de la noche el giro lento;
los cuidados y amor de mi familia,
de mis amigas el sincero trato
donde las almas liga la confianza,
la placentera danza,
las femeniles galas y el ornato,
la variada belleza
de la naturaleza,
y cuanto me halagaba y complacía,
hoy en el dolor fiero
de no corresponderme a quien yo quiero,
todo en rostro me da, tolo me hastía.
Ni a consolarme parte
es del divino Homero
la excelsa poesía,
ni las bellezas mágicas del arte:
mi ingenio mismo entorpecido duerme;
mas, aunque a su primera
lozanía volviera,
¡ni aún él pudiera en mi dolor valerme!
¡Ay! en vano es insigne el nombre mío
entre los claros nombres
que celebra y pregona
en áurea trompa por do quier la Fama;
en vano con la délfica corona
que circunda mis sienes, a los hombres,
de mi sexo honra y luz, envidia causo:
¡Ah! ¿qué me importa la apolínea rama,
ni qué me importa el lisonjero aplauso
que ufana rinde la concorde Grecia
a su gran poetisa,
si Faón me desprecia
y los laureles que le ofrezco pisa?
¡Más me valiera ser hermosa y necia,
que hospedar alma grande y numen alto
en cuerpo humilde, de belleza falto!
¡Oh dichosa rival! por tu hermosura
que en adorada red tiene cautivo
a mi Faón esquivo,
Safo su dulce lira te daría
y su creciente gloria perdurable:
sí, que no aplaca la congoja mía
imaginar que en tanto
que haya en el mundo amor y poesía,
siglos sin fin después que ya no se hable
la melodiosa lengua en que los canto,
en idiomas diversos
resonarán mis amorosos versos.
De la gloria el fulgor no me compensa,
y no pudiera compensarme nada
la desventura inmensa

de no haber sido por Faón amada.
¡Ah! si penar debía como peno,
¡Por qué, por qué piadosa la Fortuna
no me dio muerte en el materno seno,
o mi tumba también no fue mi cuna!
¿Cuándo tu encono contra mí se aplaca,
Citerea crüel? ¿Qué desacato
a tu deidad soberbia jamás hice?
¿Con qué tremendo crimen esta flaca
mortal de tu rigor merecer pudo
amor tan insensato
por un esquivo corazón ingrato?
¿Por qué, cuando mi pecho
Cupido traspasó con dardo agudo,
no hirió con igual dardo
el pecho del mancebo por quien ardo?
Nunca mi labio las debidas preces
ni las ofrendas olvidó mi mano
que a tus aras consagra sacro rito...
Mas, ya que mis plegarias escarneces,
y el castigo me das sin el delito,
y en mi mal te recreas,
¡maléfica deidad, maldita seas!
Bien se declara en mi tormento grave
que tu bárbaro pecho amar no sabe;
que, si no, mi dolor te condoliera:
a ti, insensible Diosa,
a ti, que madre le eres,
jamás cautivó Amor a la manera
que cautiva y acosa
a nosotras las débiles mujeres,
atenta solo, oh celestial ramera,
a tus carnales gustos y placeres.
no de tus negros cíclopes, Vulcano,
a la rápida mano
y golpear redoblado aumentes prisa:
deja ya, deja el ígneo Mongibelo;
tiempo es que mofa y risa
te avergüences de ser a tierra y cielo;
y, pues miras que Jove,
en premio de forjarle el rayo ardiente,
débil sufre y consiente
que su hija infame así el honor te robe,
tiempo es que sin tardanza
ejecutes tú mismo tu venganza;
tiempo es que, airado justiciero esposo,
el universo asombres,
escarmentando con terrible pena
el torpe adulterar escandaloso
de la vil que al oprobio te condena,
y ayuntada con dioses y con hombres,
cielos y tierra de bastardos llena.
Y tú, Cupido, de tan mala madre
hijo peor aún, fiero verdugo,

antigua peste del linaje humano
que airado el cielo sujetó a tu yugo,
de sus miserias todas primer fuente;
tú a quien tu mismo padre, horrendo Marte
de quien tiembla la tierra,
en lo sangriento y bárbaro y furente,
no pudo aventajar, ni aún igualarte,
siendo sombra la suya de tu guerra,
sé maldito también: siempre a tu oído
la música más dulce y dulce canto
fue de odiados amantes el gemido
y el sollozo y el llanto;
y el más grato espectáculo a tus ojos,
y a tus feroces aras
las víctimas más caras,
los helados despojos
son de cuantos con fuerte
mano, armada de hierro o de veneno,
puerta abren a su espíritu indignado,
o hallan temprana voluntaria muerte
del ancho mar en el profundo seno.
A trance tal tu crüeldad me lleva;
pronto, víctima nueva,
aumentaré tus triunfos, oh Cupido,
que el sufrimiento a resistir no alcanza
dolor tan desmedido,
y es ya la muerte mi única esperanza.
A mi desesperada furia loca
ya la pena fatal tienta y provoca,
de amantes desamados visitada:
pronto, pronto será que, de su altura
con intrépido pie precipitada,
halle en el océano sepultura.
Y tú, Faón, cuando te diga alguno:
«Duerme en los negros senos de Neptuno
la triste Safo, por tu amor suicida»
Merézcate siquiera a la partida
cortés piadoso llanto
la desgraciada que te quiso tanto.
No te lo vedará tu amante esposa,
que, si hora me odia viva,
con Safo que en la tumba ya reposa
ha de ser generosa y compasiva.

1860.

Último canto de Safo

La excelsa roca pisa,
de amantes desamados visitada,
con planta no indecisa,
la lesbiana divina poetisa

del ingrato Faón enamorada.
  Escucha en lo hondo y mira,
impávida, agitarse en son horrendo
del mar la indócil ira;
y por última vez pulsa la lira,
al aire estos lamentos esparciendo:
  «Adiós por siempre, oh vida;
adiós, oh mundo; sin dolor ni llanto
os doy mi despedida,
que bien sé que en vosotros no se anida
para Safo infeliz sino quebranto.
»Muerte anhelo y cualquiera
la pena sea que al mayor pecado
en el Averno espera,
jamás las ansias igualar pudiera
de un furibundo amor menospreciado.
  »A los males sin cuento
con que os abruma el que su eterna fiesta
halla en vuestro tormento,
es, oh mortales, único descuento,
sola ventura que gozáis es ésta:
  »que, si del hado impío
fue decreto fatal el nacimiento,
es rey vuestro albedrío
de acelerar, como acelero el mío,
de vuestras vidas el final momento;
  »y que, si fue la entrada
a la prisión oscura de la vida
forzosa e ignorada,
dogal, y salto, y tósigo, y espada
siempre libre encontraron la salida.
  »Tú que las crudas penas
que lloro lloras, yo a romper te enseño
tus odiosas cadenas;
a padecer tú mismo te condenas,
sabiendo que eres de tu muerte dueño.
  »Usa tu alto derecho;
y o da veneno a la callada boca,
o el cuello a lazo estrecho,
o con agudo acero abre tu pecho,
o ven conmigo a la Leucadia roca.
  »No más tu pena aguarde:
Mas, si escoges vivir, lloro no viertas,
cesa queja cobarde:
culpa tuya será que se abran tarde,
cautivo vil, de tu prisión las puertas.
  »Vive, vive, tolera
tus fieros males, cada vez mayores,
y la vejez postrera
haga que apures tu desgracia entera,
que mal ninguno de la vida ignores.
  »Morir, morir escojo,
y rebelde al tirano omnipotente,
me burlo de su enojo,

y de la vida con desdén le arrojo
El falso funestísimo presente.
»Y tú, mancebo ingrato,
a quien desesperadamente adoro,
tú a quien con insensato
furor mil veces convidé a mi trato,
pospuesto el casto femenil decoro:
»Vive feliz, si pudo
Consentirlo a mortal el negro encono
del destino sañudo:
tu eterno desamor, tu desdén mudo,
y mis tormentos todos te perdono.
»No fue amarme en tu mano:
tuya no fue la culpa; el rigor lo hizo
de Júpiter tirano
que, con avara diestra, velo humano
me dio, desnudo de beldad y hechizo.
»El alma que era bella
no pudiste mirar; si la miraras,
te enamoraras de ella,
menospreciando la beldad de aquella
por quien a Safo triste desamparas.
«Oh ponto, cuyo asalto
la excelsa roca azota, hirviente espuma
arrojando a lo alto,
no del mortal irrevocable salto
arredrarme tu cólera presuma.
»Tu amenaza o insulto
mirando estoy impávida, que calma
es el ciego tumulto
de tus olas, al lado del que oculto
amoroso huracán dentro del alma.»
Dice la triste amante,
y se arroja veloz: la mar hinchada
se abre y cierra sonante,
y, de las ondas a merced errante,
aquí y allí la leve lira nada.

1860.

A Consuelo

Que se quejaba de que nadie la retrataba bien

Razón, consuelo, has tenido
al decir que tu traslado
ningún artista ha logrado
que te salga parecido.
Pero no es justo que estés
demostrando airado pecho
con ellos, por no haber hecho
lo que posible no es:

ya que cincel y pinceles
en tu rostro soberano
probado hubieran en vano
el claro Fidias y Apeles.
Y si ves de las demás
los parecidos retratos,
que a sus modelos son gratos,
por mejorados quizás,
Es que de la tuya dista
mucho su beldad, y así
quéjate sólo de ti,
pues de que ningún artista
que tu retrato hacer osa
le pinte bien o le esculpa,
no tiene el arte la culpa
sino el ser tú tan hermosa.

1860.

Juventud eterna

A ***

Para tu belleza rara
vana es del tiempo la fuga:
que aún no con sus sulcos ara
la fea enojosa ruga
tu hermosa frente y tu cara;
De tu purpúrea mejilla
aún el nativo carmín
vence al mentido y humilla,
y la reina del jardín
de verle se maravilla;
aún no hay blancura tan rara,
cuajada trémula leche,
puro mármol, nieve clara,
que la vista no deseche,
si con tu albor los compara;
aun en estos años tardos,
tus hermosos ojos pardos
despiden por rayos flechas
que al corazón van derechas,
como del Amor los dardos.
Aún no al oscuro cabello
por quien ya no se celebra
el de Berenice bello,
se le argenta una sola hebra,
ni ningún odioso sello
que imprime el tiempo crüel
tu altiva beldad desdora:
tu retrato aún copias fiel
que no ha envejecido una hora

desde que lo hizo el pincel.
  Dice la Envidia que diez
lustros cuentas si no más;
y verdad será tal vez;
mas, si tan joven estás,
y al mundo pongo por juez;
  ¿qué vale, di en casos tales
nacer antes o después?
Inciertos son tus natales:
lo cierto tu beldad es
y tus gracias sin rivales.
  Calle pues, y de ofender
te cese la Envidia osada,
que es la edad de la mujer
la que dice a la mirada
su faz y su parecer.

1860.

Vanitas vanitatum

En un tiempo envidié la suerte ajena,
juzgándome yo solo desdichado;
mas sé que a todos a gemir condena
la inexorable voluntad del hado:
arrastra cada cual de la cadena
que envuelve y aprisiona lo creado
un eslabón, y por diversos modos,
todos padecen y suspiran todos.
  ¿Quién conoció jamás un venturoso?
Es máscara la dicha solamente;
el rostro más sereno y más radioso,
tristeza esconde, regocijo miente;
como tal vez entre el rosal frondoso
se anida venenosa la serpiente,
o al lindo fruto de color lozano
le roe el corazón negro gusano.
  ¡Cuántos felices reputé primero,
por gloria, por riquezas y boato,
cuyo tedio profundo y dolor fiero
me descubrió después estrecho trato!
Oye, oh mortal, mi verso verdadero,
ni ajena suerte envidies insensato,
que por diverso modo desgraciado
fueras quizá, más en el mismo grado.
  Es el Dolor un rey, cuyo tirano
maldecido poder menos no abarca
que cuanto rige con sangrienta mano
la universal inevitable Parca:
a entrambos cuanto el mísero aldeano
tributo paga el vencedor monarca,
y hasta hoy las duras inflexibles leyes

nadie burló de tan tremendos reyes.
Si no mintiera el rostro, o fuera el hombre
de trasparente cuerpo cristalino,
se viera que es la dicha un vano nombre,
y buscarla en la tierra es desatino:
ya no habrá desventura que me asombre;
a la coyunda del común destino
mi frente doblo, y de anhelar sin seso
terrenas dichas para siempre ceso.
Los bienes a que da tan halagüeña
bella faz la distancia engañadora,
¡Cuán distintos de cerca los enseña
la verdad que su lustre descolora!
Siempre la hastiada Posesión desdeña
lo que el Deseo y la Esperanza adora;
y cuanto más ansió mi desvarío,
lo envidio, ajeno, lo desprecio, mío.
Oh Salomón, Jehová con larga mano
te dio infusa sin par sabiduría,
riqueza, amor, poder, cuanto el humano
deseo en fin imaginar podría;
mas de que tanto don a dar es vano
la ventura, la paz y la alegría,
con esa triste voz me persüades:
Es todo vanidad de vanidades.
Y si feliz tú, Salomón, no fuiste,
y si, cercado de grandeza suma,
eternamente suspirabas triste,
¿quién hay que serlo tras de ti presuma?
Ser vanidad cuanto en la tierra existe
fue la verdad que tu doliente pluma
legó a los siglos, cual final sentencia
de tantas glorias, de tan vasta ciencia.
Tú viste que el saber sólo era viento,
carga el poder, la majestad vestido,
El amor la quimera de un momento,
las riquezas temor, la fama ruido,
llanto la risa y el placer tormento;
y que cuanto, con ansia apetecido,
de lejos nos deslumbra y nos agrada,
era de cerca dolorosa nada.

Si oro me dan, y gloria, y poderío,
si dueño me hacen de la tierra vasta,
se quedará mi corazón vacío,
que cuanto alcanza, sin llenarse, gasta;
a lo infinito del anhelo mío
Dios infinito es quien tan solo basta:
y hasta que logre su divino objeto,
suspirará mi corazón inquieto.
Gota sin él en ancho mar vertida
fueran bienes celestes y terrenos:
y a Dios es fuerza que sedienta pida
el alma que le copia, y que con menos

que con Aquel que la hizo a su medida
henchir no puede sus inmensos senos;
y a esa capacidad tan vasta y honda
es bien que un Dios entero corresponda.
¿Cuándo será, mi Dios, que, al contemplarte,
en tus inmensos piélagos, sin tasa
la sed eterna de mis ansias harte
y el amor infinito que me abrasa?
¿Cuándo será que tu rigor no aparte
del santo umbral de tu divina casa
al que, nacido para estar en ella,
el ancho mundo desdeñoso huella?

1860.

A Faetón

Pudo quitarte el nuevo atrevimiento,
hijo bello del sol, la dulce vida,
la memoria no pudo que extendida
dejó la fama de tan alto intento.

ARGUIJO.

Atrevimiento tan nuevo
con espantosa caída
pudo quitarte la vida,
hijo glorioso de Febo.
Mas la pregonera Diosa
en edad ninguna cesa
de encarecer tal empresa,
cuanto infeliz generosa.
que, pues la envidia altanera
negó tu origen divino,
acreditarlo convino
por tan singular manera.
Y por las abiertas sendas
de los celestiales llanos
fueron rigiendo tus manos
del sol las doradas riendas.
Y aunque, por la omnipotente
diestra fulminado, el Po
helado sepulcro dio
a tu cadáver ardiente,
probó al mundo tu carrera
que hijo eras del mismo Apolo,
pues de él un hijo tan solo
tanto favor mereciera.
No con tus tiernas hermanas
tu amante madre Climene
siempre sin consuelo pene,

quejas despidiendo vanas:
Fin a su lamento triste
pongan, y a aliviarlas baste
ver que el lauro que ganaste
excede al bien que perdiste.

1860.

Risa y lágrimas

Como, al rayar primaveral aurora
derramando levísimo rocío,
el cielo juntamente ríe y llora;
así la que gobierna mi albedrío
que, triste por mi ausencia,
perlas desperdiciaba cristalinas,
que rodaban copiosas
por sus tersas mejillas purpurinas,
émulas de las rosas;
al mirarme de súbito a su lado
volver enamorado,
si de placer reía,
lágrimas derramaba todavía,
de que mi amante corazón se engríe:
así en niño también se ve la risa
al llanto sucederse tan aprisa,
que llorando se ríe,
cuando su tierna madre y amorosa,
cuyo piadoso pecho no resiste
ver a la lumbre de sus ojos triste,
por que su llanto aquiete,
le acaricia extremosa,
y al fin le da el bellísimo juguete,
ocasión de su llanto,
que tanto ansiara y le pidiera tanto.

1860.

A una cabellera

¿Qué castaña madeja, negra, o de oro,
loor merece de tan rica y luenga,
que justa envidia a tu beldad no tenga,
cabellera feliz de la que adoro?
Ya desatada caigas, y el pequeño
pie besando a tu dueño,
toda la cubras como regio manto,
y tu dorada seda que envilece
la que el gusano artífice nos hila
el aura desordene juguetona;

ora su frente cándida y tranquila,
en primorosas trenzas,
circundes a manera de corona,
y de las reinas las coronas venzas;
ya en parte oculta quedes
en áurea red, juntas así dos redes,
ya, sembrada de perlas
y de las ricas piedras del Oriente,
logres con tu fulgor oscurecerlas;
ora campestre flor en ti se vea
por única presea;
ora te adorne tu hermosura sola
y el brillo natural con que la aureola
de un querubín semejas,
eres la reina tú de las madejas.
No más la fama tu cabello cante,
aunque del oro del Ofir afrenta,
Absalón arrogante,
que en él tuviste inagotable renta,
y a las damas judías
sus anuales despojos les vendías;
mas ¡ay! que, caballero fugitivo,
perseguido del cielo vengativo,
árbol copado te retuvo preso
por las doradas hebras voladoras
enmarañadas con las altas ramas;
do, hallándote las huestes vencedoras,
aquel mismo bellísimo decoro
que te envidiaban las hebreas damas,
¡Oh no prevista suerte!
¡Fue la ocasión de tu temprana muerte
y del paterno inconsolable lloro!

El desahuciado

¡Ay! que ya el alma conoce,
por manifiestos indicios,
que pronto el último sueño
dormiré en el mármol frío;
que, aunque del sabio piadoso,
cual tierno padre solícito,
aún no me lo dijo el labio,
el rostro ya me lo dijo.
En vano tal vez procura
hacer con engaño pío
que dé a la dulce esperanza
en el corazón abrigo:
que sus palabras desmiente
el semblante dolorido,
ahuyentador de esperanza
que muestra al mirar el mío.
Y aquella expresión le vende

que mal su grado le espío,
cuando avecina a mi pecho
el atento hábil oído,
mi pecho para el que fiera
lanzada es cada respiro
y por donde huye mi vida
de sangre en copiosos ríos.-
¡Oh Dios mío! ¿qué te hice,
para que así en lo florido
de mis verdes años quieras
cortar de mi vida el hilo?
Si del hado inexorable
era ya decreto antiguo
que años tan cortos viviera
este desdichado niño,
Mas valido a fe me hubiera
el no haber jamás salido
de los senos de la Nada
donde dormía tranquilo,
hasta que tu omnipotencia
sacarme a la vida quiso,
sin que yo te lo pidiera
¡ni pudiese consentirlo!
¿Por qué cumplir no me dejas,
oh rey del cielo, el destino
que, al ponerme en este mundo,
me señalaste tú mismo?
¿Para qué, di, me creaste,
si para vivir no ha sido?
Aún no he vivido: consienta
que viva tu poderío.
No parezca que, insensible
a mis dolientes gemidos,
sólo para darme muerte
me animaron tus caprichos...
Mas de querellarse cese
mi vano labio atrevido:
tus juicios, Señor, acato;
pues lo quisiste, convino;
en mí tu querer se cumpla,
cual tuyo, siempre benigno,
aunque de crudo rigor
tal vez con disfraz vestido.-
¡Cuánto con la soledad
y hondo silencio continuo
de mis estancias, contrasta
de la ciudad el bullicio!
Desde mis altos balcones
pasar a mis plantas miro,
barajándose confusos,
mares de alegre gentío:
galas ostentan de fiesta,
pues con ocio y regocijo
de seis días el trabajo

hoy paga el día festivo:
De mis ventanas en frente
se encuentran ya dos amigos,
y palma a palma juntando
con pronto mutuo cariño,
traban con risueños labios
rápido coloquio vivo,
de que sólo rotas frases
y sueltas voces distingo.
Mas, si el idioma no alcanzan
de sus labios mis oídos,
ven mis ojos el idioma
de sus rostros expresivos.
Ya numerosa familia
pasa: de la mano asidos,
van delanteros dos bellos
graciosos rientes niños;
uno de pecho en el hombro,
durmiendo sueño tranquilo,
lleva la fuerte nodriza,
pendiendo a un lado el bracito;
y al fin, del brazo enlazados,
pasan esposa y marido,
en su idolatrada prole
los atentos ojos fijos:
y ese gallardo mancebo,
lleno de lozanos bríos,
cuyo aspecto bien declara
que cuenta mis años mismos;
¡Cuanto me alegro al mirarle!
¡Y cómo después me aflijo,
cuando con él me comparo,
y su lozanía envidio!
Con un báculo en la mano,
pasa ya corvo mendigo,
que, aunque debió precederme
en el eterno camino,
verá mis yertos despojos
llevar al postrer asilo,
y Dios le dará que sumen
sus lentos años un siglo.-
Pero ¿qué miran mis ojos?
¡Valor, oh cielos, os pido!
Luciendo gracia, belleza
y virginal atavío,
una hechicera doncella
alza acaso el rostro lindo,
de la salud en la viva
alegre púrpura tinto,
y me mira; mas, al verme
retrato de aparecido,
y al ver mis hundidos ojos
y enjuto rostro amarillo,
los ojos aparta al punto

en pronto ademán esquivo,
donde al espanto se mezclan
de la compasión los visos.
  La crüeldad inocente
de tu horror irreflexivo
te perdono, bella joven,
y mi bendición te envío:
  Sé feliz, y digno esposo,
amante amado, contigo
la excelsa ventura goce
¡que yo gozar no he podido!
  En lloro ardiente deshecho,
del balcón el pie retiro,
y mi solitario lecho
de nuevo angustiado oprimo;
  que cuantos miro de pena
y envidia me son motivo,
y exacerba mi desgracia
el ajeno regocijo.-
  Nunca como ya que al trance
de la muerte me avecino,
pareció tan halagüeña
la vida a los ojos míos;
  nunca la lumbre del sol
tan dulce de ver se me hizo,
ni tan hermosa la luna
cruzó el celeste zafiro;
  nunca tuvieron las flores
tan ledos colores vivos,
tan bellas graciosas formas,
aromas tan exquisitos;
ni en la humana compañía
hallé jamás tanto hechizo,
ni tanto mundanas fiestas
sedujeron mi albedrío.
  ¡Ah! sí, la tierra es ameno
encantado paraíso,
de amores, fiestas, placeres
y felicidades rico:
  ¡Felices cuanto; se quedan
en tan deleitoso sitio,
y triste de mí que, apenas
al llegar, adiós le digo!
  Mas ¿qué profiero insensato?
¡Así la alta suerte olvido
que la Religión promete
a sus bautizados hijos!
  En tan profunda aflicción,
en tan horrendo martirio,
tú sola, Religión santa,
ser puedes mi dulce alivio.
  ¡Ay de mí! si verdad fuera
el insensato delirio
de los que matan el alma

con el cuerpo fugitivo,
¡que niegan que torne el alma
a su celestial principio,
y no consienten más mundo
que el mundo de los sentidos!
¿Qué fuera de mí en tal trance,
si a tan triste error impío
entrada en la ciega mente
hubiera yo concedido?
¡Desesperado, demente,
y de mí propio enemigo,
dando furiosos bocados
en mis miembros doloridos,
con altos gritos muriera,
ya desde el mundo precito,
cual del venenoso diente
de rabioso can mordido!-
Mas es felizmente un sueño,
tan mentido como inicuo,
y tú la verdad eterna,
sublime dogma de Cristo:
ven pues, y al doliente lecho,
donde le aguardo contrito,
del perdón divino envía
al consolador ministro;
la dulce imagen celeste,
de moribundos alivio,
del que, tomando en sus hombros
nuestras culpas y delitos,
enclavado en un madero,
lanza el postrero suspiro,
de su fin con el recuerdo,
temple y dulcifique el mío.
Consuélame, si del mundo
tan temprano me despido,
con la infalible promesa
de aquel alto globo empíreo;
con ese mundo tan bello
que, aunque lo es tanto el que piso,
es, si con él se compara,
estéril yermo sombrío:
Háblame de la celeste
Sión, y del gozo infinito
que será mirar a tantos
dichosos justos espíritus
irradiar como soles
con resplandor inextinto,
siendo de un sol más fulgente
amantes planetas vivos;
y contemplar rostro a rostro
al Padre Eterno, y al Hijo,
del Padre animada imagen
y fiel espejo purísimo;
y a la celestial Paloma

que en alas de albor divino
el único dosel abre
de tan altas frentes digno;
  Y a la Esposa y Madre Virgen,
a diestra del Uno, y Trino,
en trono que ornan estrellas,
no diamantes ni zafiros;
sonriendo a los loores
y ferventísimos himnos
que los angélicos coros,
en su hermosura encendidos,
  rendidamente le cantan,
mariposas de su brillo,
dando de su silla en torno
perennes rápidos giros.

1860.

A un ateo

En vano esperas que la oscura nada,
que invocas como madre compasiva,
entero en el sepulcro te reciba,
cuando termines la mortal jornada.
  Te alienta alma inmortal que, de la helada
carne donde reside fugitiva,
maravillada de sentirse viva,
de ignoto mundo arrostrará la entrada.
  Ya su asombro y espantos imagino,
cuando, el fallo aguardando que la hiera,
se encuentre al pie del tribunal divino,
y mirando del Dios la faz severa
a quien negó su ciego desatino,
exclame estremecida: Verdad era!

Platonismo

Tus hechizos, mujer, la eterna Suerte
para blanco creó de mis sentidos:
los ojos me los hizo para verte,
y para oír tu acento mis oídos;
me dio alma para amarte hasta la muerte;
y aún después que estuvieren desunidos
mi alma y mi cuerpo para siempre, espero
que te tengo de amar como primero.
  Pienso que te he querido en otro mundo,
y sentí, al encontrarte en esta esfera,
que ese placer tan vivo y tan profundo
yo no sentía por la vez primera:

sentí que en este mi vivir segundo
un recordarte el conocerte era,
y que, tras siglos de una ausencia impía,
a reunir el cielo nos volvía.
Y cuantas veces por vivir yo muera
y para morir luego cobre vida,
volando de una esfera en otra esfera,
tantas habrás de ser por mi querida;
yo pasaré la eternidad entera
en adorarte, sin que Dios divida,
en su viaje infinito por los cielos,
tan amantes espíritus gemelos.

1860.

Escrito en nombre de una joven

Con quien, por haber quedado afeada por las viruelas, rehusaba casarse su novio

¿La misma ya no soy? Y porque ardiente
negra viruela mancilló la rosa
de mi mejilla y la nevada frente,
¿Ya me huyes y desdeñas por esposa?
De tu injusta mudanza te arrepiente,
no humillada me dejes y celosa;
ven; y, aunque la beldad perdí aparente,
ve que me queda aún un alma hermosa.
Mas que vivir, si fuerza era perderte,
de tu desdén objeto y de tu espanto,
¡Por qué mi horrible mal no me dio muerte!
Rogarás por mi paz al cielo santo,
y te dolieras de mi triste suerte,
y mi tumba regarás con tu llanto.

A un peruano

Honra mis lares, cariñoso amigo,
y pues la lluvia tan tenaz se muestra,
ven, de la lumbre al amoroso abrigo,
a hablar conmigo de la patria nuestra.
Ven, y recuerde nuestro labio amante
su siempre puro transparente cielo
a quien no cubren el azul semblante
jamás las nubes con opaco velo.
Y mientras nuestra vida prisionera
hiela y hastía el europeo invierno,
soñemos la constante primavera
y la dulzura de su Abril eterno;
sus campiñas, magníficos jardines
que flores cuentan cual su cielo estrellas;

sus mujeres, humanos serafines,
tan puras y sensibles como bellas.
Hablemos de la espléndida riqueza
que darle plugo a la bondad divina
para que ornara su sin par belleza
y no discordias le trajera y ruina.
Hablemos del amor del océano
que arrulla y acaricia su ribera,
y en nombre y olas le presenta en vano
de la paz una imagen placentera.
¡Ay! que al hablar de nuestro suelo amado,
tardar no puede la filial tristeza,
y al recordar su doloroso estado,
en llanto acaba lo que en risa empieza.
Mas, esquivando tan prolijo duelo
que el tierno pecho a resistir no alcanza
hoy remontemos nuestro libre vuelo
en alas de la mágica esperanza.
Y huyendo sus presentes amarguras
y sus discordias bárbaras e impías,
soñémosle grandezas y venturas
en los futuros suspirados días!

A mi patria

Cuando me disponía a volver a ella a fines de 1860

Ya se acerca el instante bienhadado
de volver, dulce Patria, a tu ribera,
que, ha un lustro, a mi profunda
constante pena siglo dilatado,
mi planta abandonó por vez segunda:
¡piadoso el cielo quiera
que sea de mi vida la postrera!
Que, aunque de ti destierro no me aparte,
sin cesar empleado en recordarte,
de la ausencia el tormento
al par de triste desterrado siento.
Y es el cielo testigo
que sólo aplaca la tristeza mía
el platicar de ti con dulce amigo,
hijo tuyo también, y de la propia
congoja enfermo de que peno y lloro,
y verte al menos en la breve copia
del mundo retratada,
y desde el suelo donde triste moro
viajar con la prestísima mirada
a tu playa feliz que tanto dista
¡Y ojalá que tan vasta lejanía
vencer pudiera en el veloz momento
en que anda el mapa la ligera vista
o la tierra y el mar el pensamiento!

Y todo es ocasión de que a mi mente
en todos los instantes,
oh patria, tu memoria se presente:
si tranquilo y feliz un pueblo miro,
pensando en tus discordias incesantes,
exhala el corazón hondo suspiro;
si artísticas nombradas maravillas
admirado contemplo,
trasladarlas quisiera a tus orillas;
si de virtud y patriotismo ejemplo
leo o escucho celebrar preclaro,
le envidio para ti; y heroica hazaña,
hecho sublime y raro,
cuanto grande por fin, noble y hermoso
admira en gente extraña,
lo anhela para ti tu hijo amoroso.
Mas no por lo que en ti de menos echo,
y que darte querría,
tan solamente me enternece el pecho
tu memoria dulcísima; que al día,
mil también y mil veces,
por los dones que encierras te me ofreces.
¡Cuánto, oh mi Lima, anhelo
ver de nuevo tu puro alegre cielo!
¡Cuánto echa el alma menos tus iguales
serenos días, y tus noches bellas,
de tus días rivales,
donde todo su ejército de estrellas
en campo azul el firmamento aduna,
y la luz de la luna,
no en lo claro, en lo suave solamente,
es de la luz dïurna diferente!
¡Cuánto extraño tu blanda primavera,
que alegre persevera
y el año cambia en sempiterno Mayo;
tu ambiente puro, sin cesar ajeno
a la lluvia y al trueno,
y al siniestro relámpago al rayo;
tus celestiales hijas, que la fama,
en elegante aliño,
Y en gracia y en beldad, únicas llama;
de tu tan hospital gente y humana
el genïal agrado y el cariño,
que el extranjero al natural hermana;
tus familiares frases expresivas,
donde nueva mayor dulzura toma
de Iberia el dulce idioma,
y su gracia y viveza más avivas;
tus casas, templos, calles y paseos
que niño hollé con indecisa planta;
tus cantos populares
que la memoria sin cesar me canta,
y hasta tus dulces frutas y manjares!
Ni hay en ti, patria amada, cosa alguna

de las que sólo precia quien te pierde,
con que mi ausencia no hagas importuna,
y de que con deseo no me acuerde.
Nunca amarte juzgué con tanto exceso
como hora que de ti distante vivo;
cual la preciosa libertad más ama
el mísero cautivo,
así hora crece de mi amor la llama.
¡Cómo, cuando a tu seno dé la vuelta,
ha de preciar el alma su ventura,
de la familia la sin par dulzura
saborëando, y goces mil que encierra
en sí la propia tierra!
¡Cómo, feliz viajero,
visitaré una a una
tus hermosas ciudades! la ingeniosa
ciudad valiente, de mi madre cuna,
que del ardiente Misti al pie reposa;
Cuzco, que del primer glorioso brillo
despojó el hado aleve,
y la noble Trujillo,
de la opulenta Lima copia breve;
la triste Cajamarca,
que de Pizarro la traición aún llora
y la prisión del infeliz monarca;
y la heroica Ayacucho,
de Cajamarca ilustre vengadora,
cuyo glorioso nombre nunca escucho,
ni escuchar puede libre Americano,
sin que palpite el corazón ufano,
y al cielo gracias rinda el labio ardiente
de haber nacido en suelo independiente.
Mas ¿qué digo? no habrá mezquina aldea
que con ojos no vea
del que nacido fue en su dulce seno,
ni habrá pedazo en fin de tu terreno
que hermoso y santo para mí no sea.
¡Qué gozos tan sublimes me destinas,
cuando del inca imperio
huelle las tristes majestuosas ruinas;
y esas cuyo remoto origen vela,
en confuso misterio
que en vano se desvela
por penetrar el sabio encanecido,
la antiquísima noche del olvido!
O al recorrer, clavando aguda espuela
de generoso bruto en los hijares,
tus inmensas llanuras y praderas;
al penetrar tus selvas seculares,
donde no entra jamás el sol sereno;
al trepar tus Andinas Cordilleras,
de los cielos altísimos pilares;
al ver el breve mar que en tu ancho seno
encierras y aprisionas,

y al detener mi planta en las riberas
de tu caudalosísimo Amazonas
de los ríos del orbe soberano,
y orgulloso rival del océano!
Y ¡cuánto escenas tales,
a la ambición de mi deseo iguales,
inflamarán mi osada fantasía,
que, de lo grande y de lo nuevo ansiosa,
en tu sin par naturaleza, virgen
al canto todavía,
nuevo mundo de rica poesía
conquistará, y laureles que a tu planta
pondrán mis manos en ofrenda santa!
Y una vana ilusión tal vez me engaña:
mas espero que el sano
ambiente, henchido de pureza y vida,
de perüano valle o de montaña
al fin me torne la salud perdida,
aquí buscada con afán tan vano;
y mayor esperanza aún me halaga:
que la antigua ilusión de inmensa y vaga
ventura que persigo
de ti, encarnada, viva,
en divina mujer tu hijo reciba,
y en ella encuentre la anhelada calma
y contra males de la suerte abrigo;
mereciéndote, oh patria, juntamente
el cuerpo su salud, su dicha el alma.
Mas ya me la concedas generosa,
ya de ella seas con mi anhelo avara,
eternamente habrás de serme cara,
sin atreverse nunca la querella
a ti de mi dolor; feliz el hado
me des o desgraciado,
de espinas me corones o de flores,
Tú serás el mayor de mis amores;
y, hasta el postrer suspiro de la muerte,
corazón, alma, vida y pensamiento,
y de mi lira el ardoroso acento,
no he de cesar un punto de ofrecerte;
y, si mi alma amorosa
correspondencia no halla a su deseo,
y sus goces me niega el himeneo,
tú mi dama serás y tú mi esposa.
Ni, por verte tan triste y desgraciada,
de la discordia y ambición teatro,
menos, oh dulce patria, te idolatro,
antes crece mi amor piedad sagrada;
ni, aunque ahora tanto en esplendor te venza,
pienses que la europea
tierra, que te desdeña en su ufanía,
de ser tu hijo me cansó vergüenza;
que ni a la hermosa celestial idea
correspondió del alta fantasía,

que pedazo del cielo la fingía;
mas, aún cuando excediera
las esperanzas mías,
y Edén segundo y mejorado fuera,
nunca tu hijo de ti se avergonzara,
ni jamás dejarías
de ser en sus afectos la primera;
y, si a nacer tornara yo y del cielo
la soberana ley a mi albedrío
elegir consintiera patrio suelo,
mas suelo no eligiera que el ya mío.
Mas ¿quién nos dice, oh patria, que mañana
rayos no des de gloria soberana?
Si es de la vana Europa lo presente,
es tuyo lo futuro;
que nada persevera eternamente,
ni a cambios del destino está seguro;
y con nación alguna
hizo pactos eternos la Fortuna,
que, ministra del cielo, nos gobierna,
y a cada gente el principado alterna.
Tal vez no dista el venturoso día
que, a Europa, demostrando rostro adverso,
al vasto mundo de Colón sonría.
Y el imperio le dé del universo,
y su vez gloriosa le conceda
a mi dulce Perú su instable rueda,
que de tanto reyes en desagravio
con que le aflige y afligió le debe,
citando yazga quizás inútil plebe
quien hoy nos befa con soberbio labio,
Mas para idolatrarte
no ha menester el alma imaginarte
de excelsa gloria y resplandor cubierta:
bástame que en tu cielo mis miradas
alegres saludaron al sol nuevo;
que en ti mi planta incierta
dio sus primeras trémulas pisadas;
que a ti familia y dulce madre debo,
y de la pura infancia los placeres;
a ti el primer amor y las sinceras
amistades primeras:
bástame en fin que tú mi patria eres,
que para el tierno corazón del hombre
todo se cifra en este dulce nombre.
Sí, que en el pecho humano,
de todos sus afectos soberano,
de la patria el amor Naturaleza,
inmortal esculpió, profundo, inmenso,
del tiempo vencedor y la distancia;
y de nuevas regiones la grandeza,
poder, tesoro, amor, nada le entibia;
y, aunque el más triste páramo de Libia
te engendrara, y estancia

te dé en su vasto seno,
de eternas fiestas y delicias lleno,
la encantada metrópoli de Francia,
siempre suspirarás en suelo ajeno.
Aunque terrenos paraísos pises,
nada el anhelo de la patria aplaca:
dígalo el sabio pacïente Ulises,
que, con morar en un Edén pequeño,
de bella diosa idolatrado dueño,
sólo anhelaba regresar a Itaca,
y, como favor sumo,
a Jove suplicaba queje diera
vivir donde siquiera
se divisase de su hogar el humo;
y, huyendo de la tierna amante diosa,
sentado tristemente en la ribera
del inmenso océano,
pasaba entero el día
en su patria pensando, hijo y esposa,
y en Laertes, su anciano
padre, que acaso ya no viviría.
Y a su lado llegando, se quejaba
tal vez así la huéspeda divina:
«¿Por qué me huyes, ingrato?
¿La soledad prefieres de esta playa
de una diosa al amor y estrecho trato?
¿Por qué yaces sentado en la marina,
desde que el alba sonrosada raya
hasta que el sol declina,
en silencio y a solas
contemplando con lágrimas las olas?
¿Qué mortal, sino tú, pagar pudiera
mi amor en tal manera?
¿Quién en este terrestre paraíso,
del alma primavera eterna corte,
quién por mí no olvidara hijos, consorte,
familia, patria, y cuanto un tiempo quiso?
en jardín que deleita las miradas
del que deja las célicas moradas,
o a visitarme baje,
o me traiga de Júpiter mensaje,
¿Quién, dime, el mundo todo no olvidara?
Mas tú, la dicha rara
de ser el caro dueño de Calipso
mal preciando insensato, solo anhelas
a Itaca desplegar las raudas velas,
y volver de Penélope a los brazos:
mas, dime, ¿en hermosura no la eclipso
y en amor y en ingenio? pues mal puede
débil humana, que a los años cede,
a eterna diosa disputar la palma
en corporales prendas y del alma.
«Deja pues ese anhelo y largo llanto,
y mi amor goza en tanto;

de la inmortalidad con que te brindo
acepta el alto don, y sé mi esposo;
tiempo es que de tus viajes el reposo
quieras aquí gozar; de nuevas penas
en demanda no vayas,
libre de tantas por mi amparo apenas.
¡Ah! si supieses los trabajos grandes
que te esperan al irte de mis playas,
cuando por mares y por tierras andes
errante peregrino,
sin que un punto reposes,
juguete del destino,
y blanco de las iras de los dioses,
por siempre renunciarás al deseo
de salir de este plácido Eliseo;
y tu Itaca pusieras en olvido
y tu esposa, gozando satisfecho
de ilustre diosa el venturoso lecho,
que más de un morador esclarecido
del bienhadado Olimpo envidiaría.»
Entre airada y amante,
se querellaba así la hija de Atlante;
y el Itacense así le respondía:
«Cierto es, augusta, Diosa,
cuanto decís, y mal comparar puedo
mi Itaca pedregosa
a esta florida, amena, feliz isla,
de los cielos bellísimo remedo
(y en el mismo de Jove alcázar alto
vos con vuestra presencia convertisla;)
ni soy tan ciego y de sentido falto,
que no alcance a entender con cuanto exceso
vence a la de mi esposa y anonada
vuestra inmensa beldad, que nunca el peso
del tiempo sentirá, ni de la helada
enfadosa vejez los graves daños,
habiendo de volar sin fin los años
sin que el menor hechizo nunca os roben,
mas siempre os hallen bella y siempre joven;
mientras la frágil suya,
cual flor que vive sólo una mañana
a marchitarse y fenecer condena
forzosa ley de nuestra estirpe humana:
mas Itaca es mi patria, y negra pena,
que resistir es vano,
me roe el corazón, de ella lejano;
a ella de noche viajo, y a su puerto,
do no puedo despierto,
abordar en mis sueños me imagino;
y paso, como veis, del sol el curso,
mirando el mar inmenso, que el camino
es de la patria mía,
y que al alma tristísima consuela
con la dulce esperanza de que un día,

si no me abandonó favor divino,
me ha de llevar por él rápida vela.
«No hay hora, no hay instante en que no piense
cuando será que al fin suelo itacense
huelle, y bese con llanto y reverencia;
y sienta el indecible regocijo
de ver de nuevo, tras tan larga ausencia,
a mi tan fiel Penélope querida,
y a nuestro dulce hijo,
que tan niño quedara a mi partida;
y a mis amantes padres, cuyo largo
vivir prolongue hasta mi vuelta el cielo,
y a la fiel turba esclava,
y hasta a mi pobre perro, mi leal Argo,
¡que por seguirme, a mi partir, lloraba!
«Mi pensamiento sin cesar desvela
de esposa e hijo la ignorada suerte,
y tan tenaz recuerdo
ni en vuestros brazos amorosos pierdo;
acaso, mientras yazgo en ocio inerte,
audaces pretendientes codiciosos
a mi pobre Telémaco dan muerte,
y a Penélope cercan, ambiciosos
de su himeneo, con tenaz asedio,
que a reducir no basta
el firme pecho de mi esposa casta;
tal vez, tal vez la dolorida exclama:
«¿Dónde mi esposo está, que no me auxilia?
Si en la tumba no duerme,
¿por qué así deja solitaria, inerme
tan largos años a su fiel familia?»
Sí, mi dulce Penélope, tus voces
escucho, y, pronto dando las veloces
lonas al viento, volaré en tu ayuda;
pronto a Plutón mi vengador encono
la turba loca lanzará, que solo
falsa esperanza de mi muerte alienta
a pretender del Laerciada el trono,
y la mano y el lecho de su viuda.
«Sin que el anhelo del retorno templen,
que tan ardiente os muestro,
los males que me anuncia el labio vuestro:
no son para mí nuevas
de la suerte las pruebas,
con las que mi valor más acrisolo;
diez años en crudísimas batallas
me miraron de Troya las murallas;
las iras sé de Eolo,
y los peligros de Caribdi y Seila;
y del Cíclope hambriento,
a quien privé de su única pupila,
cercano a ser me vi triste sustento:
del hado a los insultos estoy hecho,
y así, cuantos añada

su cólera jamás apaciguada,
todos resistiré con fuerte pecho.
«Mas no os enojen, Diosa, mis sinceras
palabras, ni temáis que en tiempo alguno
olvide ingrato cuán piadosa y noble,
en vuestras playas dándome acogida,
me salvasteis de la ira de Neptuno;
hasta la hora postrera de mi vida,
en cualesquiera mares o países
a do el hado me llevó,
siempre en el alma vivirá de Ulises
la memoria dulcísima de tantas
altas mercedes que a Calipso debe,
y que agradece humilde a vuestras plantas (12).»
Si pues Ulises, de una diosa amado,
gozando de su lecho y de su lado,
en valles siempre amenos,
en jardín sin cesar florido y verde,
que bello se mostraba a las miradas
a contemplar al cielo acostumbradas,
su patria echaba menos;
¿cuánto será razón que te recuerde,
dulce suelo peruano,
siendo tanto más bello
de Calipso el imperio sobrehumano
que la tierra que huello,
cuanto a ti cede Itaca, la postrera
hija del Océano,
de quien ni el nombre recordará el mundo,
si por aquel no fuera
a quien tornar a verla costó tanto
de deseos, de afanes y de llanto?

1860.

A un ruiseñor

Con gemido tan doliente
rompes la nocturna calina,
cual si tuvieras un alma
que al par de la nuestra siente;
el griego mito no en vano
te fingió infeliz doncella (13),
pues en verdad tu querella
lamento parece humano.
Y, aunque tu idioma no entiendo,
harto conocer se deja
que es sentidísima queja
esa que estás repitiendo.
En estas tranquilas horas,
en las que yace la vida
en alto sueño sumida,

¿por qué solitario (14) lloras?
¿De qué congoja importuna
tan sin cesar te querellas?
¿Qué desdicha a las estrellas
cuentas, y a la blanca luna?
¿De tu consorte fïel
te privó plomo encendido?
O ¿no hallaste, vuelto (15) al nido,
tus dulces hijos en él?
¡Con tu queja lastimera
cuánto, cuánto me apiadas!
¡Quién tus prendas adoradas
volver g tu amor pudiera!
Mas, como yo de tu pena,
piedad de mi pena ten,
que la ausencia de mi bien
lloro, cual tú, Filomena.
Y, como a mi negro duelo
piedad no hallo entre los hombres,
de que venga no te asombres
a buscar en ti consuelo.
Dolorosa simpatía
une nuestras almas hoy,
y, aunque superior te soy,
quiero hacerte compañía.
Y, pues a ambos nos da (16) Dios
los mismos males extremos,
acompañados lloremos,
oh Filomena, los dos.

1861.

Super flumina babylonis

Junto a tus ríos, Babilonia altiva,
nos sentamos, mezclando a su corriente,
a su libre corriente fugitiva,
un largo mar de nuestro lloro ardiente:
y en vuestras ramas, sauces lloradores
que pobláis las riberas,
las resonantes cítaras colgamos
con que en días mejores,
a las orillas de los patrios ríos,
nuestras dichas y triunfos celebramos.
Y cuando los impíos
que cautivos allí nos arrastraban
nos dijeron con bárbara ironía:
«cantadnos algún canto
de los que alzabais en la patria un día»
con voz interrumpida por el llanto,
nuestro mísero labio respondía:
«¿Cómo cantar en servidumbre fiera

los himnos de la patria vencedora?
¿Cómo cautivos levantar ahora
los cánticos que al viento
un día daba nuestro libre acento?»
¡Yerta quede mi mano,
oh dulce patria, si en comarca ajena
jamás del harpa los bordones toca!
¡Muda quede mi lengua, si en mi boca
tu santo nombre sin cesar no suena!
De mí se olvide la memoria mía,
si siempre no alimento
con tu dulce recuerdo el pensamiento,
y el triste corazón con la esperanza
de que a tu seno he de tornar un día,
cuando aplaquen los cielos su venganza.
¡Ah! ¡quién fuera, quién fuera
el aura voladora,
la nube pasajera,
para volar a tu mansión querida!
¡Envidio, envidio ahora
del ágil ave el presuroso vuelo,
cual envidiaba en mi crüel partida
la raíz de los árboles felices
que se quedaban en el patrio suelo!
¡O patria bella que al Edén te igualas,
tuvieran ¡ay! tus hijos infelices,
para volver a ti veloces alas,
para quedarse en ti, firmes raíces!
¡Hermosos campos del Jordán bañados!
¡Frescos viciosos prados!
¿Cuándo os verán mis impacientes ojos?
¿Cuándo, campiñas santas
os hollarán mis anhelosas plantas?
Tierra de la esperanza y del recuerdo,
que guardas de mis padres los despojos,
¿Será que nunca he de volver a verte,
y que en campos ajenos
mis tristes ojos cerrará la muerte?
¡Ah! no, jamás, y en mi vejez postrera,
en mis instantes últimos al menos,
me dé el Señor que a saludarte torne,
aunque, al llegar a tus confines, muera.

La desgracia

(Del diario de un viajero americano)

Con esa sombra que jamás evito,
¿en mí castiga el soberano Juez
legadas culpas, o fatal delito
que en otra vida me manchó tal vez?
En las partes más solas y calladas

sus pasos oigo resonar detrás,
y guardan sin cesar con mis pisadas
un siniestro monótono compás.
Si tal vez apresuro mi carrera,
pensando que su alcance burlaré,
también ella sus pasos acelera,
e igualmente cercano oigo su pie.
Y cuando más por escaparme peno,
su acento escucha mi mortal terror,
su horrible acento que, rival del trueno,
«sigue, grita, tu curso volador.
»Que sin darte jamás treguas ningunas,
tras tus pisadas mis pisadas van:
de Venecia lo saben las lagunas,
los palacios lo saben de Milán.
»Y los templos lo saben y las ruinas
de la que fue del mundo emperatriz,
y las músicas ondas cristalinas
y jardines de Nápoles feliz.
»Y lo sabe la artística Florencia,
y Génova, la espléndida ciudad,
siendo lóbrego velo mi presencia
que te empañó de Italia la beldad.
»Tajo lo sabe de dorada arena,
Betis ilustre y diáfano Genil,
Támesis frío, y cenagoso Sena,
y mil ríos lo saben y otros mil.
»Busca, busca, insensato, nuevas playas,
más tristes siempre cuanto ansiadas más:
a donde quiera que en tu fuga vayas,
nunca, nunca de mí te librarás.
»Te recibí al nacer: mecí tu cuna,
y fue mía tu lágrima primer;
en vano mi presencia te importuna:
acrece tu fastidio mi placer.
»Para estar en eterna compañía
el supremo destino nos creó;
y para hüirme, menester sería
que de ti huyeras, que otro tú soy yo.»
Y así es seguirme su constante empleo
de un confín de la tierra a otro confín,
como tenaz remordimiento al reo,
cual los divinos ojos a Caín.
¡Ah! por no ver a la que así me aterra
y acosa y atormenta sin cesar,
me escondiera en los senos de la tierra
y en los abismos húmedos del mar.
Si a veces busco compañía humana,
vanos amigos cariñosos son
y hasta beldad enamorada es vana
para ahuyentar tan cruel persecución.
Si en danza busco bulliciosa y leda
breve instante de tregua y de solaz,
de blancos rostros entre alegre rueda

súbito asoma su amarilla faz.
Y cual armada sombra vengadora
visible sólo al matador, así
su atroz presencia que el sarao ignora
solo descubre la feroz a mí.
Y tal vez de improviso entre el rüido
de la festiva música veloz,
palabras de terror me habla al oído
y yo sólo oigo su siniestra voz.
Roba paz a la noche, luz al día,
blando aroma a las flores del jardín,
de los frutos aceda la ambrosía
y emponzoña el magnífico festín.
Yo la siento ceñir mi cabecera
al dar al sueño mi abrasada sien,
y al abrirse mis ojos, ¡vista fiera!
en mí clavadas sus miradas ven.
Ella será quien en la huesa me hunda,
y su semblante el último será
que divise mi vista moribunda
entre las sombras sempiternas ya.

Así se queja; y a su espalda en tanto
la le tenaz perseguidora
recorre atenta el doloroso canto,
y cruda ríe, citando el triste llora.

1861.

A la salud

Virgen celeste, ¿cuándo
será que, mitigando
tan severos enojos,
vuelvas a mí los compasivos ojos?
Ya siete veces el Abril rïente
de verdes hojas coronó las plantas
y de pintadas flores, y otras tantas
cubrió de nieve el suelo tristemente
el frío primogénito del año,
y aún gimo y lucho con el mal extraño
que mi cuitada juventud devora;
cual mísero doliente,
a quien lento veneno
dio en su tierna niñez mano traidora,
por largos años fallecer se siente,
tal agonizó y sin descanso peno,
y en vano, oh Diosa, tu favor invoco;
cual dura, apenas viva,
luz a quien va faltando poco a poco
el licor de la oliva,
y cada instante la mirada espera

que ya del todo muera,
yo así, en mal tan extremo,
en cada día el de mi muerte temo.
De él me liberta, Diosa,
y tu loor divino
eternamente cantará mi lira,
dulce ya y melodiosa,
si la sagrada gratitud la inspira.
Mas ¿quién con dignos labios ensalzarte
iluso esperar osa?
De tu inmensa beldad ¿quién dirá parte?
Tiñe nativa grana tu mejilla,
que remedar no pudo nunca el arte
de afeitada beldad artificiosa;
mármol de Paros, nieve sin mancilla
es el turgente seno;
y tu mirada cual lucero brilla
en el éter sereno:
siguiendo donde quiera tus pisadas
van las turbas aladas
de las felices Risas y Placeres,
que con extraño error en compañía
pinta la Poesía
de la Diosa de Pafo y de Citeres;
tan bella por fin eres,
que de la envidia el áspid importuno,
pudo sentir por tu hermosura sola
la vencedora de Minerva y Juno,
y el carmín eclipsó con tu presencia
que sus blandas mejillas arrebola.
¿Qué sin ti vale el oro,
que no aprovecha más que al ruin avaro
su enterrado tesoro?
¿Qué la suerte más próspera y válida,
gloriosos lauros y linaje claro?
Las más alegres animadas fiestas
tristes son funestas
para quien llora con tu ausencia impía:
el sonoro compás de las orquestas,
las mil luces y mil que en nuevo día
la oscura noche tornan, la algazara,
y las sonantes olas del gentío
fueron siempre sin ti pena y hastío,
que todo tu enemiga lo acibara.
¡Cuánto te anhelo sin cesar! Contigo,
oh tú sin quien la vida es larga muerte,
por la de vil mendigo
trocará al punto con placer mi suerte;
Sin ti diademas reales
despreciaran mis sienes,
y mis manos del Inca los caudales;
que fáciles contigo son los males,
y sin ti males son los mismos bienes.
Ven, y te apiade mi tormento duro,

desarme tu rigor mi humilde ruego,
que, si de nuevo a disfrutarte llego,
eternamente respetarte juro;
y como virgen pía
velaba asidua el sacrosanto fuego
con que la llama de su vida ardía,
así te he de velar yo sin sosiego:
no tantos de ti gocen
que, porque nunca los dejaste esquiva,
tu valor desconocen,
y, como ya este triste arrepentido,
te ofenden o te tratan con descuido;
y de mí que conozco cuánto vales,
y el amor te tendré que tú mereces,
no desoigas las preces,
y da piadoso fin a tantos males.

A un cóndor enjaulado

Un tiempo, allá en el suelo americano,
rey te aclamó la voladora plebe,
y de los Andes la más alta nieve
atrás dejabas en tu vuelo ufano:
el espacio sin fin del aire vano
era tu imperio; mas en cárcel breve
hoy en vano tus alas alza y mueve
tu no perdido instinto soberano.
¡Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apïadas
preso, y en suelo, como yo, extranjero!
Mas yo pronto a las playas adoradas
de mi dulce Perú tornar espero,
y tú, blanco curioso a las miradas,
ausente morirás y prisionero.

1861.

Dido a Eneas

Y ¡partes y me dejas, enemigo!
Y, por más que a tus plantas en un lago
de lágrimas ardientes me deshago,
¡ablandar tus entrañas no consigo!
¡Oh de tanta merced inicuo pago!
Aquí náufrago y prófugo y mendigo
llegaste, ingrato, y yo partí contigo
mi lecho y el imperio de Cartago.
¡Ah! pues no basta a detenerte nada,
permitan las deidades justicieras
que, al presentarse al fin a tu mirada
de esa tu ansiada Italia las riberas,

súbita tempestad hunda tu armada,
y, como yo, desesperado mueras.

1861.

Descripción de un palacio

(Fragmento de un poema)

Del encantado celestial palacio
miro brillar cada anchurosa sala,
de esmeralda, zafir, rubí y topacio
con color vario y lumbre, que no iguala
la luz cambiada en cada breve espacio
de los mágicos fuegos de Bengala;
y de una sola fina piedra es hecho
cada diáfano muro y alto techo.
Y paredes penetra y techos una
extraña claridad, de otro sol hija,
que, mas que el nuestro claro, no importuna
la mirada jamás que en él se fija,
mas suave siendo aún que nuestra luna;
que los ojos y el alma regocija,
y que con rayos siempre iguales arde,
sin conocer jamás noche ni tarde.
Por natural virtud, tan dulcemente,
por donde quiera que el pie lleves, suena
el armonioso musical ambiente,
que la más dura, antigua, tenaz pena
aduerme y desvanece de repente,
y quieta torna el ánima y serena;
ni vivo, como el agua del Leteo,
le deja algún recuerdo ni deseo.
Una escondida no visible lira
en cada blando soplo se dijera
que amorosa y dulcísima suspira,
y que vuela una orquesta por do quiera:
así en la altura etérea donde gira
en resonante danza cada esfera
el antiguo Pitágoras creía
que música es el aire y armonía.
Y un canto aquella música acompaña,
que de dónde desciende no conoces,
en que, hermanadas en concordia extraña,
son una sola voz mil y mil voces:
voz dulce que de modo el tiempo engaña,
y hace huir los instantes tan veloces,
que, oyendo su dulzura arrobadora,
iguales son un siglo y una hora.
Los que tanto preciáis y os gozáis tanto
en el canto y la música terrena,
si esa música oyerais y ese canto,

lo que hoy tanto os suspende y enajena
fuera de vuestro oído horror y espanto,
cual son de nube que, rasgada, truena,
o estampido de bronce cuyo seno
al aire lanza el imitado trueno.
Allí Flora y Pomona sus imperios
tienen, do cuenta el Año doce abriles,
y que eclipsan y apocan los aerios
famosos Babilónicos pensiles;
y aun los huertos fantásticos Hesperios
fueran con ellos reputados viles:
dorados frutos su recinto cría
y flores de variada pedrería.
Embriagadora celestial fragancia
desprendiéndose va de aquellas flores,
que no apaga o minora la distancia,
cual de flores terrestres los olores;
y en toda aquella venturosa estancia
música, así, y aromas y fulgores
compiten, sin que alcances qué sentido
es de más gloria y más dulzura henchido.
Más suave que la miel y la ambrosía,
más que el maná de los desiertos suave,
mil sabores y mil como él varía,
sin que jamás de deleitar acabe,
ya lo que el gusto caprichoso ansía
de cada cual en cada instante, sabe
el fruto de los árboles de vida
con que el divino huerto me convida.
Azules y tranquilos cual los cielos,
lagos miré de transparencia rara,
y en lecho de oro y perlas arroyuelos
de pura linfa como el aire clara;
el agua que al cristal da aquí más celos,
si a aquélla la memoria la compara,
con desdén la memoria la desecha,
cual por arte imperfecto contrahecha.
Mas de lo que me ofrece este universo
es lo que aquel palacio soberano
en su seno atesora tan diverso,
que por pintarlo me fatigo en vano:
faltan colores al humano verso,
fáltale vuelo al pensamiento humano,
y así, desesperando del intento,
calla el verso, desmaya el pensamiento.

1861.

La mujer

Pródiga con el león, Naturaleza
de soberbia melena le corona,

y deja sin diadema la cabeza
de la olvidada leona.
No concede a la frente de la cierva
de las astas el árbol ostentoso,
que a la frente magnífica reserva
del engreído esposo.
Al pavón orgulloso dio la cola
que de mil ojos deslumbrantes siembra,
y sin tasa matiza y tornasola,
y la negó a la hembra.
Mas ¡cuán distinta con la especie nuestra
plugo a la madre de las cosas ser!
¡Cuánta, más gracia y hermosura muestra
que el hombre la mujer!
De sauce babilonio cual ramaje,
le da rica sedosa cabellera
que por el hombro tornëado baje
hasta el ancha cadera.
Apretadas alzó y alabastrinas
en el turgente dilatado pecho
dos redondas purísimas colinas
que parte valle estrecho.
Quiso que al labio colorado y breve
la grana envidie, y en la faz hermosa
dulcemente mezcló púrpura y nieve
y el jazmín a la rosa.
La luz de las estrellas apartadas
en sus ojos clarísimos encierra,
que son, en sus espléndidas miradas,
los soles de la tierra:
añadiendo a beldad tan portentosa
un dulce hechizo, una inefable gracia,
que de ella en todo sin cesar rebosa
y que jamás nos sacia.
Y tú, hombre, al verla tan graciosa y bella,
al cielo gracias y loores das
de ser vencido en la beldad por ella
para adorarla más.

1861.

A mi sobrina Manuelita C.

Cuando en los días primeros
de tu existencia te vi,
lunar no hallaban en ti
ni los ojos más severos.
Y si no me alucinó
el casi paterno afecto,
criatura sin defecto
te jurara entonces yo.
Mas pronto Naturaleza,

arrepentida de haber
creado un humano ser
con tan divina belleza,
  dijo: «no es bien que te dé,
»predilecta criatura,
«la perfección de hermosura
»que siempre a todas negué.
  »Si signes creciendo así
»y humillando a las demás,
»soberbia te engreirás
»de la beldad que te di.
  »Un defecto has menester
»que sea en ti la señal
»de tu condición mortal,
»y te confirme mujer.
  »que, si no, supersticiosa,
»la tierra tributaria
»criminal idolatría
»a tu belleza de diosa,
  »por quitarte lo soberbio,
»fiebre tenaz te enviaré,
»que de tu pequeño pie
»tuerza el delicado nervio;
  »por que, cuando te engrïeres
»viendo en ti belleza tanta,
»al sentir tu enferma planta,
»recuerdes que mortal eres;
  »y para que, cuando quieras
»dejar la tierra afligida,
»tu planta grave te impida
»alzar tus alas ligeras.»

1861.

A la tierra

I

  Sé entre todos los astros tú maldito,
triste planeta, por mi airado verso:
de un linaje infeliz cuanto perverso
¡patria fatal que por desdicha habito!
  Entre el número de astros infinito
que pueblan el vastísimo universo,
eres, por culpa propia y hado adverso,
el astro del dolor y del delito.
  Antes que suene del querub la trompa,
el ciego choque de cometa airado
tu frágil mole estremeciendo rompa:
  ¡Y siga, sin tu globo, lo creado
en concertada majestad y pompa
su eterno movimiento arrebatado!

II

Perdona, madre Tierra, si mi inquieta
alma soberbia, en su ambición osada
menospreciando un tiempo tu morada,
quiso por mejor planeta!
Ya la divina voluntad respeta
que a ti la destinó, viendo humillada
que no hay mansión ninguna que a su nada
mas que la que hoy habita le competa.
Y no arde acaso en la celeste altura
astro ninguno que de ti diverso
sea en estar negado a la ventura:
acaso en el vastísimo universo,
donde quiera que esté la criatura,
la ley la oprime del destino adverso!

A mi tío el varón don Augusto Althaus

No expresa mi placer lenguaje humano:
al fin antiguo anhelo he satisfecho,
y entre mis brazos vuestro cuello estrecho,
¡oh de mi padre idolatrado hermano!
Pero de tanto júbilo a un insano
dolor pasa de súbito mi pecho;
y, en encendidas lágrimas deshecho,
pienso en mi padre, y le apellido en vano.
Pienso que, como a vos en este instante,
nunca abrazarle a su hijo dio la suerte
ni conocer su voz y su semblante;
pienso que, como vos, anciano fuerte,
aún hoy, consuelo de su prole amante,
¡burlar pudiera la terrible muerte!

1861.

Al concepto íntimo

En el rico vastísimo universo
jamás tu objeto se ofreció al sentido,
concepto por mí solo producido,
cuando conmigo en soledad converso.
¡Cuántas veces probó a expresarte el verso,
por que no yazgas en eterno olvido!
Mas, apenas te doy forma y vestido,
eres en todo ya de ti diverso.
Si tal cual te concibo te expresara,
nada hay que tanto al universo asombre,
cual lo asombrase tu belleza rara:
vive en lo hondo del alma, sin que el hombre
te penetre jamás, pues no declara
tu misterioso ser cifra ni nombre.

Al arco iris

A ti mi canto ahora,
arco inmenso de paz, ansioso grita
el ala voladora:
del palacio de Dios, la fantasía
te finge la magnífica portada,
de perlas fabricada
y de varia chispeante pedrería:
por ella a socorrer del afligido
el humilde gemido
al suelo baja celestial querube;
y abre a los cielos venturosa entrada
al alma justa que, de Dios llamada,
a la perenne bienandanza sube.
¿O eres arco triunfal, resplandeciente
de vivas joyas y celestes flores,
por donde pasan coronada frente
los altivos etéreos vencedores?
¿O vastísimo puente
que sobre el mar del éter te levantas,
y paso das a gigantescas plantas?
En ti vio la feliz animadora
griega Mitología
listada zona, cual ninguna bella,
que, enviada al suelo por su real señora,
en los húmedos aires descogía
de Juno la lindísima doncella (17).
Mas ya murieron los argivos mitos,
y sus bellos errores,
de genios infinitos
en mar, tierra, aire y cielo creadores:
ya la esposa de Júpiter no manda
a la hija de Taumante,
ni ya eres, Iris, la lujosa banda
que señala su vuelo rutilante.
Y la Musa suspira
mirando para siempre disipada
tan hermosa mentira.
Mas de la fe cristiana la esperanza
en ti contempla la señal gloriosa
de la inmortal alianza
en que Dios a los hombres prometía
que jamás el furor de su venganza
a confiar a las ondas tornaría.
Por castigar a las inicuas gentes,
al Creador ingratas,
rompió el abismo sus profundas fuentes
y el cielo desató sus cataratas:
y quedarse amagaron
de sus tesoros líquidos vacías,

lanzando sin reposo sus torrentes
cuarenta noches y cuarenta días:
y cubrieron las aguas resonantes
valles, bosques, praderas,
y los que nunca las bebieron antes,
abrasados desiertos:
a las fuertes ciudades altaneras
de la mar más distantes,
la suerte cupo de tragados puertos:
en vano a sus altivos moradores
por siempre preservarlos prometía
de las iras del húmedo elemento
la vasta lejanía,
pues portentoso súbito océano
vieron que del oscuro firmamento
sobre sus frentes pálidas caía.
Y en vano hasta las cumbres, nunca holladas
por mortales pisadas,
de los montes al cielo más cercanos,
se subieron los últimos humanos:
como islas eminentes,
ya sumergida toda humilde playa,
los Andes y el altísimo Himalaya,
aun asomaban las enhiestas frentes;
mas poco resistieron
al mar que sin descanso los devora,
y al fin del todo sepultados fueron
por el agua creciente vencedora:
y la tierra mar era,
mar inmenso sin islas ni ribera;
mar que, azotado de tormenta brava,
y no contento de invadir el suelo,
se avecinaba al tenebroso cielo,
nuevo mar que en el mar se derramaba.
El sol, oscuro en la mitad del día,
náufrago parecía:
y el vengador enojo soberano
sólo miraba aquí por toda parte
densa noche en vastísimo océano
donde alzaba la Muerte su estandarte.
Y salvo la inocente
familia del Patriarca,
y cuantos animales escondía
en su recinto salvador el Arca,
murió de Adán, el infeliz linaje
y las especies animadas todas,
y cuanto, en la ancha tierra sumergida
y en el leve elemento que la ciñe
tuvo soplo de vida:
y en ese nuevo tenebroso caos
iba moviendo la segura prora
esa gigante reina de la naos,
de las aguas impávida señora:
sola, en tanta rüina,

que perdonó la cólera divina.
¡Cuán plácido y alegre reirías
a aquellas almas pías,
cuando por vez primera,
tras los largos horrores
de inundación tan fiera,
encendiste en el cielo tus colores!
¡Cuál te enviarían bendición ufana,
en su primer reposo,
aquellos solitarios moradores
del húmedo universo silencioso!
¡Cuánto, por sus postreros descendientes,
su corazón colmaba de alegría
tu vista, ofrecedora de que nunca
ya con furor tan ciego
el agua inundadora vencería
la grave tierra y el ardiente fuego!
Mas hoy, al verte desde playa ajena,
no asoma al labio placentera risa,
mas rompe en llanto mi profunda pena
tú su patria recuerdas al ausente;
que blasón y divisa,
cual del astro divino procedente,
tú de los Incas fuiste,
antiguos reyes de mi patria triste.
¡Cuán larga edad, en su feliz carrera,
los peruanos ejércitos, triunfante
te pasearon del Sol en la bandera,
por la mitad de América gigante!
Y en civilizadora
noble conquista y generosa guerra,
(¡cuán otras ¡ay! de aquellas que la Aurora
mandó después a su remoto suelo!)
grande fuiste por ellos en la tierra,
como grande te ostentas en el cielo.
Tú en la sagrada Cuzco, en la radiante
casa del Sol divina, mereciste,
con singular decoro,
sacros honores y aposento de oro (18);
y allí, de muro a muro dilatada,
tu imagen fiel resplandeció gloriosa,
con el propio matiz y la luz misma
con que hoy a mi mirada
brillas, del claro Sol inmenso prisma.
¡Ay! Pronto la insaciable
codicia de los hijos de Castilla
por tierra echó tan rara maravilla;
y cuantas plagas vomitó el Averno
el suelo de los Incas devastaron:
piedad demuestra y corazón humano
con inerme rebaño tigre hambriento,
al lado puesto del león hispano
que hijos de Manco devoró sin cuento:
palacios, templos, todo lo derriba,

la humilde choza y la ciudad altiva,
con prestas manos el furor hesperio;
y en sólo un punto el peruano imperio
se cubre todo de confusas ruinas,
cual si de furibundo
terremoto las iras repentinas,
estremeciendo la mitad de un mundo,
la tornaran vastísimo desierto,
de escombros sólo y de pavor cubierto.
La Cruz, ¡oh cielos! instrumento un día
del más infame bárbaro suplicio:
la Cruz a quien de un Dios el sacrificio
en instrumento convirtió de vida
y en Iris salvador del universo,
fue por bando tan crudo y tan perverso
a su primer empleo restituida:
y el sagrado madero,
la gloriosa señal de los Cristianos,
en tan inicuas manos
fue la sangrienta cruz de un pueblo entero.
Mas ¡oh justicia celestial! no sola
corrió sangre peruana; pronto a mares
por do quiera corrió sangre española,
y españoles cayeron a millares;
no por la mano de la gente nuestra,
mas por su propia furibunda diestra:
cual codiciosos, en infame lucha,
se acuchillan feroces bandoleros
por el rico tesoro
de opulentos inermes pasajeros,
a quienes su traidora acometida
con el tesoro arrebató la vida;
así con viles fratricidas manos
los ciegos castellanos
contra sí convirtieron las espadas
en sangre de los Incas empapadas.
Y el arma fue la hidrópica codicia
con que el cielo enemigo,
vengador de los Incas, los forzaba
a darse por sí propios el castigo.
Y desde entonces de gemir no cesa
mi triste patria, de discordias presa:
que en vano, oh Iris, en combates ciento
admiró el universo vencedores
del pendón castellano
los unidos pendones vengadores
que ostentaban tus vívidos colores
y la imagen del astro soberano (19):
¡Ah! no siguió la paz a la victoria,
de la preciosa libertad estraga
el sumo bien nuestra feroz locura,
y la tremenda pena expïatoria
aún en nosotros, con el crimen, dura.
Pero dé ya lugar a la clemencia,

y nos excuse la última rüina
la venganza divina,
con tan largo castigo satisfecha:
y cual tú sueles, arco lisonjero,
tras tenebrosa tempestad deshecha,
asomar, de bonanza mensajero;
y como ahora sonreír te miro,
de oro húmedo listado y tierna gualda,
de puro añil, de viola y de zafiro,
y de púrpura ardiente y de esmeralda,
así la Paz alegre y venturosa
asome al cielo de la patria mía,
y largos siglos nos consuele y ría,
madre del Arte y del Progreso esposa.

1861.

A Dios

Mi triste rostro riego
de ardiente lloro en incesable río:
perdona a un flaco y ciego;
pequé: pecar es mío,
y es tuyo perdonar, Dios blando y pío.
Que siempre te has preciado
más que de ser inmenso, omnipotente
autor de lo creado,
de perdonar clemente
al que a tu seno torna y se arrepiente.
No hay madre que así al niño
único y débil que a sus pechos cría
con tan tierno cariño
mime, regale, engría,
a é1 sólo consagrada noche y día:
Y llena de desvelo,
en el nido cubriendo con süave
ala al dulce polluelo,
tan solícita el ave,
tan tierna y amorosa ser no sabe;
como tú al hombre, cuando
deja sus vicios y sus obras malas,
dulce, amoroso, blando,
le acoges, le regalas,
y cubres con la sombra de tus alas.
Ve, Señor, cuánto peno,
y que es el vicio mi mayor desgracia:
sácame de este cieno;
sienta yo de tu gracia
la poderosa súbita eficacia.
A salvarse no basta
el débil, flaco, miserable humano,
a sí dejado; y hasta

que tú me des la mano,
siento todo mi esfuerzo salir vano.
  Tan fácil a la muerte
corro, y de tu ley santa me desvío,
que, para no ofenderte,
a mi libre albedrío
quisiera renunciar, Salvador mío.
  ¡Cuántas veces propuso
mi arrepentido corazón la enmienda!
Mas la fuerza del uso,
más que de error la venda,
presto me obliga a que otra vez te ofenda.
  Tú, refulgente faro,
la sombra ahuyenta de mi noche densa,
y haz que la que hoy declaro
sea la última ofensa
que haga, Señor, a tu bondad inmensa.

Recorriendo las campiñas de Baden

Volar parece nuestro leve coche,
y huir veloces al opuesto lado
montes, árboles, quintas; y el plateado
luminar de la noche
  presuroso nos sigue por el cielo:
¡oh! ¡qué placer! mi descubierta frente
azota el aura fresca blandamente
en su contrario vuelo.
  ¿Dónde vamos? no sé, mas imagino
que a una encantada celestial morada
a donde nos espera cortés hada
va a dar nuestro camino.
  En vuestra tan querida compañía,
con vuestra dulce plática sabrosa,
y en noche recorriendo tan hermosa,
clara rival del día,
  esta amena región, Edén segundo,
quisiera que este viaje eterno fuera,
y nos llevara tan veloz carrera
al término del mundo.

A Ligurino

Garzón de tan linda faz,
que, vestido de mujer,
nadie pudiera creer
que fuera el traje disfraz:
  al presumido Narciso
en gracia y beldad excedes,
y al troyano Ganimedes

a quien Jove mismo quiso.
No hay en nuestros campos flores,
ni en el firmamento estrellas,
como en Lima damas bellas
que codician tus amores.
Mas las disuade y, arredra
de decirte su ardor vivo
ser tú mas fiero y esquivo
que el casto alnado de Fedra.

Lucinda

Aunque tanto Lucinda se arrebola,
muy bien sabe su espejo que es mulata;
y así presume, tan jetona y ñata,
ser de estirpe purísima española.
Cualquiera es a su lado zamba o chola,
a quien ensalza posición o plata;
a todas con desdén su orgullo, trata:
la noble, la señora es ella sola.
A todos sin cesar les cacarea
que, no sé si de un Tello, o de un Fadrique,
procede su clarísima ralea:
y aunque tanto su orgullo lo repique,
unos dicen que vino de Guinea,
y otros de la lanuda Mozambique.

Sátiras

I

A SEMPRONIO

Con tus insulsas y continuas quejas,
oh llorón insufrible y sempiterno,
ya no más nos taladres las orejas:
Al páramo me fuera, o al Infierno,
aunque la pena más atroz y fiera
allí de Ceres me impusiese el yerno:
no hay donde por no oírte no me fuera,
y hasta en quedarme consintiera sordo,
para librarme así de tu, cansera.
Mas, al verte tan fresco y carigordo,
gozando siempre de salud más rara
que gozar puede un marinero a bordo;
¿Quién hay, dime, quién hay que sospechara
los ocultos dolores de tu pecho,
que nunca se te pintan en la cara?
Tú no eres desdichado: antes sospecho
que, como a todo necio, a ti la suerte
insensible y feliz también te ha hecho:
Tú tienes la manía de dolerte

de males que no sientes, de quimeras
en que tu tonta Musa se divierte.
Nunca tuviste penas verdaderas:
son de risa tu llanto y tus dolores,
que no eres digno de llorar de verás.
Mas aún te puedo consentir que llores,
dando de tu torpeza testimonio,
y fiero asesinato a tus lectores:
Pero, dime, ¿por qué, necio Sempronio,
juntas con tan ridícula manía
la de insultar a Dios como un demonio?
¿Con moda tan risible como impía,
a merecer aspira tu conato
de Byron del Perú la nombradía?
Calla, calla, ni juzgues, insensato,
que ser gran vate piensas, que consista
en estar blasfemando a cada rato:
bástete que eres pésimo coplista,
bástete que eres tonto en todo extremo,
mas tu torpeza criminal no insista
en ser a un tiempo tonto y ser blasfemo.

II

A SIMPLICIO

Ya te llegó, ridículo Simplicio,
la vez en que mi Musa furibunda
en ti ejecute su sangriento oficio,
y que una fiera soberana tunda
descargue al fin en tus enormes lomos,
y de vergüenza y rabia te confunda:
de tus pesados indigestos tomos,
que no hay cuenta y paciencia que los sumen,
víctimas tristes los peruanos somos.
No pasa un mes sin que tu fértil numen,
manchando de papel resma tras resma,
no para por lo menos un volumen:
y aunque son todos de la laya mesma,
de tus admiradores el rebaño
clama, abriendo una boca de una sesma:
«Rara facilidad! ¡ingenio extraño!
¡feliz fecundidad!» pero yo digo:
¡fatal fecundidad! ¡notorio daño!,
¡No envidiable favor del cielo amigo!
¡Vana, inútil, estéril abundancia,
de los lectores y el autor castigo!
Hija de la audacísima ignorancia,
¿Quién habrá que, si quiere y si desea
tu apariencia sin forma y sin sustancia,
No te logre al instante y te posea,
y escriba tomos ciento, que maldito,
el prójimo cuitado que los lea?
Pero más vale nunca haber escrito
que ser autor, si no son ellos buenos,
de un número de libros infinito.

Y pues tan malos son los tuyos, denos
pocos siquiera por piedad tu Musa:
serán mejores cuanto sean menos.
El tiempo que empleaste no es excusa;
el arte de los versos no es de risa:
y más tu misma, rapidez te acusa.
Son enemigas perfección y prisa:
sin tiempo y madurez no hay bueno nada:
el verdadero vate no improvisa.
Años costó la sin igual Iliada
de los vates al príncipe y maestro,
ni fue la clara Eneida improvisada.
No hasta la invención, no basta el estro,
si afán constante, en tan difícil arte,
y un estudio tenaz no te hacen diestro.
Mas, ¿para qué me canso en predicarte,
pues, aunque tú estudiaras, no podrías
corregirte jamás ni mejorarte?
Sí, vanas fueran todas tus porfías;
que adelantar no puede el que es tan bolo,
aunque estudie las noches y los días.
Con el divino ingenio, don de Apolo,
confundes lo que es hipo y es manía
y comezón de ser autor tan sólo.
Cual hoja que a los vientos se confía,
o como aquí y allí vuelan las aves,
sin seguir en su vuelo cierta vía;
así, Simplicio, ni tú mismo sabes,
al sentarte a escribir, sobre qué escribas,
por dónde empiece, ni por donde acabes.
¿Será posible acaso que concibas
que, condolida de tu ruego ardiente
y atenta y dóci1a tus ansias vives,
del encumbrado Pindo refulgente
bajo la Musa presurosa luego
a dictarte de versos un torrente,
¿como rápidos dicta un vate ciego
los versos que uno a uno antes compuso
de su callada estancia en el sosiego?
Pero de ver me pongo ya confuso
que en tal bicho mis iras satisfago,
y de seguir haciéndolo me excuso,
que está Sergio aguardando mi zurriago.

III

A SERGIO

Y tú que, por haber, sudando el quilo,
con el empeño más tenaz y fiero,
escrito en duro trabajoso estilo
allí uno que otro verso pasadero,
tienes tu miserable personilla
acaso por igual a la de Homero!
Pero ¡qué digo igual! no, tu pandilla
sin igual te reputa y sin segundo,

y al mismo Homero ante tu altar humilla.
Son los vates que más acata el mundo
poetastros ridículos, respecto
de vate tan sublime y tan profundo.
¿Quién en é1 pudo hallar nunca un defecto?
¿Quién tan bien los afectos interpreta?
Él sólo realiza lo perfecto.
Febo mismo es con é1 niño de teta,
y bien pudiera el coro de las nueve
tomar lecciones de tan gran poeta.
Pues, ¿cómo así mi Musa se le atreve?
¿Cómo tan temeraria así blasfema?
Si el respeto a callarse no la mueve,
el castigo del dios al menos tema.

A Lima

El que perdidos para siempre gima
el contento del alma y el reposo,
vuele a tu seno, deleitosa Lima,
y s ser en breve tornará dichoso.
Tú, cual palacio de potente maga,
virtud encierras de sin par dulzura,
que cicatriza la más honda llaga
y la dolencia más antigua cura.
Tú a memorias acerbas y tenaces
la paz concedes del sabroso olvido,
y entre divinas ilusiones haces
mecerse el corazón adormecido.
De su patria al recuerdo lastimero,
como yo al tuyo, con dolor no inunda
en lágrimas su rostro el extranjero,
que tú eres a su amor patria segunda.
Y si te deja al fin, jamás olvida
tus blandos usos, tu vivir ameno,
y la noble dulcísima acogida
que le brindó tu hospitalario seno.
No hay hora en que tu mágica hermosura
a mi amante memoria no sonría,
que en la luz viva que tu sol fulgura
resplandecer parece la Alegría.
Y tu aire puro, tu apacible viento
parece, en vuelo perezoso y leve,
ser del Placer el deleitoso aliento
donde el anhelo del placer se bebe.
Jamás viste al relámpago temido
tu cielo iluminar, siempre sereno;
ni nunca, oh Lima, resonó en tu oído
la ronca voz del pavoroso trueno.
Ni te hirió con flamígera saeta
del cielo vengador la justa saña;
la tempestad tu atmósfera no inquieta

ni en sus sonantes piélagos te haría.
Tan sólo el Alba nacarada y fría,
sacudiendo sus húmedos cabellos,
en líquidos diamantes te rocía
y blando aljófar que destilan ellos.
No amortaja jamás escarcha o nieve
tus verdes campos, ni el Invierno frío
a penetrar tus términos se atreve,
también cerrados al ardiente Estío.
Y cual del hombre en la mansión primera,
hoy a tal patria por su culpa extraño,
para ti la florida Primavera
es la perpetua juventud del Año.
Sin tempestad que al navegante asombre,
el Pacífico mar a ti vecino,
conforme siempre con su dulce nombre,
semeja inmenso lago cristalino.
Nunca más tarde en ti raya la Aurora,
ni más temprano se despide el Día,
ni a su claro enemigo breve hora
logra nunca usurpar la Noche umbría,
si es bien que llames Noche la que aduna
toda de estrellas la infinita hueste,
a quien preside incomparable luna,
nuevo sol de la bóveda celeste.
Para ornarte el cabello, tus jardines
bellas flores tributan a millares,
y adornan tus espléndidos festines
los frutos más sabrosos y manjares.
Y si la Peste, que te envía ajena
playa, tu sano cristalino ambiente
con su aliento mortífero envenena,
el cielo rara vez se lo consiente;
y en ti la fuerza y el furor declina
que ciudades despuebla en tiempo breve,
que el ver tu gracia y tu beldad divina
a piedad casi y a perdón la mueve.
Fecunda madre de beldades eres,
que la Fama doquier canta y pregona,
y rinden a tus mágicas mujeres
las bellas Gëorgianas la corona.
¿Qué pecho habrá tan recatado y duro
que la preciosa libertad redima
de sus ojos que al Sol dejan oscuro,
de la gracia sin par que las anima?
¿Y quién habrá que se resista esquivo,
y quién habrá que se rehúse ingrato
al inefable agrado y atractivo
de su halagüeño cariñoso trato?
Ni helada nieve, ni insensible peña
son del que abrasan al gemir doliente;
cuanto hermosa es sensible la Limeña,
y si amores inspira, amores siente.
Y así en tu clima voluptuoso y blando

que a siempre amar el corazón convida,
ya entre amores eternos resbalando
el sueño deleitoso de la vida.
Y para ti las Horas indolentes
se encadenan en danzas amorosas,
enguirnaldando sus risueñas frentes
blancos jazmines y purpúreas rosas.
Al ocio, cual las árabes novelas,
son tus antiguas tradiciones gratas,
y al viajero suspendes y consuelas
con las dulces leyendas que relatas.
La flor de España, la feliz Sevilla
por secular proverbio decantada,
a ti la frente coronada humilla,
con sus hermanas Cádiz y Granada.
Al largo cielo en fin eres deudora
de tal beldad y gracias hechiceras,
que de toda ciudad reina y señora
y verdadero Paraíso fueras,
si el odiado sonante Terremoto
tal vez no fuese a visitar tu suelo:
tu sola plaga, y humillante coto
que poner quiso a tu soberbia el Cielo.
Pasa a veces veloz cual amenaza,
como del cielo saludable aviso,
soltar haciendo del placer la taza
a tu trémula mano de improviso;
Con pecho helado, a tu indecisa planta
sonar escuchas su rumor profundo,
que al mundo de los vivos se levanta
como la voz del subterráneo mundo.
Y en el rugido de tu horrendo azote
breves instantes tu pavor respeta
acentos de inspirado sacerdote,
terribles amenazas de profeta.
Y una vez y otra tu perenne fiesta
vuelve a turbar, y aunque tu enmienda tarda,
otra vez y otras ciento te amonesta,
y largamente tu mudanza aguarda.
Ministro en fin de la implacable Muerte,
y de las iras férvidas divinas,
con vuelo menos raudo te convierte
en vasto campo de hacinadas ruinas.
¡Bella hermana de Nápoles que, siendo
rico jardín del suelo Italïano,
yace a las plantas del volean tremendo
que sepultó a Pompeya y Herculano;
con igual riesgo y el olvido mismo,
al arrullo de cantos seductores,
duermes al borde de un profundo abismo
cubierto, todo de verdor y flores!

1862.

A América

En ti se exceden las divinas manos,
mundo feliz que adivinó Colon:
tus mares dos inmensos océanos,
y tus lagos y ríos mares son.
Altísimas se yerguen tus montañas,
que el cielo tocan con su blanca sien,
y es oro lo que esconden sus entrañas
que arena de tus ríos es también.
Te rinden sus tributos cinco zonas,
provincias de tu imperio asombrador;
de ambos polos te calzas y coronas,
y te ciñes al talle el Ecuador.
Es en ti cada inmensa selva oscura
un verde laberinto vegetal,
y el llano es mar de flores y verdura
que habita primavera perennal.
A ti sola sus cuatro lumbres bellas
muestra del Sur la refulgente cruz,
y de los cielos todas las estrellas
regocijan tus noches con su luz.
Ostente Europa a la extasiada vista
los milagros que el Arte ejecutó,
que los milagros del divino Artista
en tu suelo mirar prefiero yo.
Tú henchiste de oro el universo pobre,
y no hay en suma codiciado bien
que a tu opulencia virginal no sobre,
imagen bella del perdido Edén.
Pero el bien de que más te regocijas,
y que tu justo orgullo hace mayor,
es que tantas Repúblicas tus hijas
ardan de libertad en el amor.
Juntos están los otros Continentes,
y un hemisferio son; pero tú estás,
por dos grandes océanos potentes
separado de todos los demás.
Y en opuesto hemisferio, isla gigante,
entre uno y otro dilatado mar,
del resto de la tierra estas distante,
formando como un mundo singular.
El providente Creador aislarte
quiso tal vez, para evitar así
que el contagio que reina en cada parte
del mundo antiguo, penetrará en ti.
Por eso tantos siglos, en profundo
misterio, a aquéllas te ocultó tal vez,
y hoy tú sola eres joven en el mundo,
del decrépito mundo en la vejez.
Y mientras, por monarcas humillada,
allá gime del mundo la mitad,

quiso que tú el asilo y la morada
fueras de la proscrita Libertad.
Brille Europa un instante todavía,
que bien pronto su luz verá extinguir:
si es de ella lo pasado, ¡o patria mía!
Tuyo, tuyo será lo porvenir.
La Civilización, hija de Oriente,
que el giro sigue de la luz solar,
en ti, cual nuevo sol más refulgente,
vendrá su largo curso a terminar.
Ni tendrá ocaso tu esplendor divino:
antes, resplandeciendo más y más,
el progreso del hombre y su destino
en la asombrada tierra cerrarás.

1862.

A un reloj

Que me regalaron mi tío y mis primos de Alemania

¡Oh dulce y triste presente!
¡Oh más preciado reloj,
que si fúlgidos diamantes
te ornaran en derredor!
Dulce eres por las queridas
manos de que fuiste don,
y el sincero y puro afecto
que a las mías (20) te ofreció!
Y eres triste porque mides
a mi pena y mi dolor
las pausadísimas horas
que lejos pasando voy
de los que a mí te ofrecieron,
y a quienes el mutuo amor
y la pronta simpatía
aún más que el deudo me unió!
¡Ah! ¡cuán tardo al ansía mía
es tu acero medidor!
Las horas son días, y horas
los breves minutos son.
En tu círculo callado
huya el tiempo más veloz;
y adelántame esos días
en que sueña mi dolor,
Cuando, unido a aquellos seres
que adora mi corazón,
tan raudo las horas midas
cuan lento las mides hoy.

1862.

Al sábado

Questo è de sette el più gradito giorno
pien di speme e di gioia:
diman tristezza e noia
recheran l'ore, ed al travaglio usato
ciascuno in suo pensier farà ritorno.

LEOPARDI.

Víspera dulce del festivo día,
aún más que él dulce para el alma humana,
oh hijo, el más feliz de la Semana,
lleno estás de esperanza y alegría!
Tú al hombre, a quien abruma de la larga
semana el vario afán y los negocios,
en los festivos, anhelados ocios
la tregua ofreces de su grave carga.
¡Cuán dulce y lisonjera tu promesa
sonaba un tiempo a mi infantil oído,
a la hora en que el estudio maldecido
entre mil gritos de algazara cesa!
¡Qué placeres tan vivos me pintaba!
¡Cuán ledo me mostraba y halagüeño
el solo día de que yo era dueño,
único libre en mi semana esclava!
Mas ¡ay! apenas el mortal alcanza
el bien que más ansió, de él no se cuida,
y el único placer de nuestra vida
es el vano placer de la esperanza.

Al domingo

Tú el día más dichoso de los siete
fueras, festivo suspirado día,
si nos dieras la paz y la alegría
que tu víspera dulce nos promete.
Mas la esperanza que nos das, cercano,
la desvaneces, al lucir presente;
y tedio el hombre, en tu reposo, siente,
en vez de goces con que sueña en vano.
Que a tan fatal alternativa impía
condena al hombre su hado rigoroso:
el trabajo le abruma, y el reposo,
por el que tanto suspiró, le hastía.
Y de sombra y temor también te viste,
la vecindad del afanoso lunes,
haciendo que las mentes importunes
con el recuerdo del trabajo triste.

Sigue, sigue llamándote mañana,
hoy no quieras llamarte todavía:
larga mire tu dulce cercanía.
el que tan solo en esperar se ufana.
Detén, detén las alas voladoras,
aún no asomes tu rostro, ni tan presto
quieras hacer al mundo manifiesto
que sólo tedio traerán tus horas.
Mas ya tu luz al horizonte vino,
y el desengaño a la ilusión sucede:
en ti el hombre infeliz encontrar puede
la semejanza fiel de su destino.
Es nuestra vida igual a la semana:
dulce sábado tiene; mas funesta
nos es la misma suspirada fiesta,
triste domingo de la vida humana.

1862.

A un joven

Tú, cuyo pecho sin cesar se afana
con desvelo tan puro y tan ardiente
por el progreso y la ventura humana,
no el lauro esperes a tu noble frente.
El premio considera que tributa
a la virtud de Arístides Atenas;
de Sócrates recuerda la cicuta
y de Colón divino las cadenas.
Mira a Dante proscrito como reo,
preso al Taso entre insanos; ve el tormento
los miembros lacerar de Galileo,
atrevido Colón del firmamento.
Entre hórridas congojas dar la vida
mira del mundo al Redentor, y dime
qué pueblo no es igual al deicida,
que crucifica a aquel que le redime.
Cual culpa sin perdón, el mundo falso
castiga el beneficio recibido;
a éste da la prisión, a otro el cadalso;
su castigo menor es el olvido.
Mas, aunque sepas que a la tierra vino
a solamente padecer el bueno,
cumple, oh joven, la ley de tu destino,
de vil temor y abatimiento ajeno.
No pienses en humana recompensa,
cuya esperanza el mérito minora;
en los deleites que te brinda piensa
la virtud, de sí misma premiadora.

1862.

A Dios

Con motivo de las frecuentes muertes de peruanos acaecidas en París, a principios de 1862

Templa, Señor, tu rigorosa saña,
y a nosotros los ojos ya convierte
de tu dulce piedad; mira a la Muerte
embotar en nosotros su guadaña.
Nuevo sepulcro cada aurora baña
el llanto nuestro, y sin cesar se vierte;
ve a la peruana esposa (21), al joven fuerte (22)
morir, y a la vïuda (23) en tierra extraña.
Morir en apartado suelo ajeno,
desventura mayor que otra ninguna,
excusa a los que viven: oh Dios bueno,
tu piedad a los nuestros nos reúna,
y nos dé tumba en su materno seno
1a dulce tierra que nos dio la cuna.

1862.

A Méjico

Desgraciada Nación, tan sólo rea
de ser menor en armas y pujanza,
en cuya reconquista hoy hace alianza
la codicia famélica europea:
no el universo sucumbir te vea,
cual res cobarde, sin blandir la lanza;
y, aunque del triunfo falte la esperanza,
entra en la cruda desigual pelea.
Cae a lo menos con honor y gloria,
y en el mayor conflicto nunca olvides
que es la lucha el deber, no la victoria;
mas, si defensa al patriotismo pides,
tal vez en ti renovará la Historia
de Salamina y Maratón las lides.

1862.

A Colón

Sigue, sigue, atrevido navegante,
por los mares remotos de occidente:
ni la onda insana, ni la ciega gente
rinda tu fe, ni tu valor espante:
que, si aún no existe la región gigante
que tu adivino corazón presiente,

por ti solo el favor omnipotente
hará que de las ondas se levante.
Y se presenta al fin; mírala: es ella,
madre del porvenir, Edén segundo,
reina del mar y de la tierra estrella;
la que aislaba el océano profundo,
para que virgen se guardara y bella,
y joven fuera en la vejez del mundo.

Al mismo

Gloria suprema del linaje humano,
que al griego excedes y al valor latino,
Oh tú en quien plugo al Hacedor divino
juntar sus dones con profusa mano:
¡Oh grande vencedor del océano,
y vencedor más grande del destino,
descubridor de un mundo y adivino,
tipo ideal del héroe y del cristiano!
Sin duda el mundo ante grandezas tantas
absorto, y grato a tan heroicas penas,
del orbe el cetro colocó a tus plantas...
Mas ¡ay! de asombro y de dolor me llenas,
cuando indignadas tus cenizas santas
agitan en la tumba tus cadenas (24)!

Al sol

(Del diario de un viajero americano)

Y así con voz doliente
interrogaba al ojo de los cielos
el mísero viajero de Occidente:
dime si miras desventura extrema
en tantos astros, como aquí, reinar,
si envuelve el Infortunio tu sistema
y erige en todos su sangriento altar.
Di, eterno viajador del firmamento,
del universo fúlgido reló,
si siglos solo de inmortal tormento
a tantos mundos tu fulgor midió;
si de sus moradores unos gimen,
y otros hacen gemir, gimiendo al par,
y si planetas de dolor y crimen
son, como aquel que nos tocó habitar.
Si padecen sus pueblos férreo yugo,
y si coronas y tiranos hay,
y se mezcla la risa del verdugo
de víctima inocente con el ay.
Si, cual la tierra, helada en doble zona,

y abrasada en el tórrido Ecuador,
así el hielo los calza y los corona,
y los faja candente ceñidor;
si juntan mar y cielo tempestades,
y si el suelo en sonante retemblar
veloz traga magníficas ciudades,
cual flotas sorbe el borrascoso mar:
¿De las Dolencias la infinita hueste
allí se ensaña en el mortal también?
¿Súbita se alza ponzoñosa Peste,
víctimas devorando cien a cien?
¿Allá también engendra la Amargura
de las Dolencias todas la mayor,
la eterna bëodez de la Locura,
de espectros llena y de perpetuo horror?
Dime si, cual la mísera terrena,
a vil trabajo y a constante afán
cada estirpe infeliz allí condena
el crimen de otra Eva y de otro Adán;
Si, del paterno crimen inocente,
proscripta vive de otro dulce Edén,
y, para más gemir su mal presente,
guarda el recuerdo del perdido bien;
si al mortal, en la culpa concebido,
le da a luz con dolores la mujer,
y su primera voz es un gemido,
y apenas nace empieza a padecer;
si el aliento voraz de las pasiones
la vida agosta y la consume en flor,
y si roe también los corazones
tedio no menos grave que el dolor;
si allá la mente, de verdad desnuda,
en todo sombras y misterios ve,
y en cada aurora sus creencias muda,
llorando en vano su extinguida fe.
Si, en vez de unirse allí los moradores
contra el destino bárbaro común,
con sus odios, y guerras, y rencores
hacen más fiera su desdicha aún:
dime si allá el vivir yace sujeto
a la oprobiosa edad de la vejez,
donde al hombre infeliz, vivo esqueleto
abruman tantos males a la vez.
Dime si allá también quiso la Suerte
que, tras vida tan mísera y rüin,
de las desgracias la mayor, la muerte,
fuera de tantas desventuras fin.
Quizá los astros todos de la fiera,
ley del dolor y mal esclavos son,
ni más tirana y necesaria impera
la ley universal de la atracción.
Mas, si tan sólo lágrimas y afanes
alumbra en todos tu divina luz,
y ves la altiva planta de Arimanes

hollar el cuello del vencido Ormuz;
  si en rostro y forma y lo demás diverso
de todos, y del nuestro terrenal,
cada linaje, oh Sol, de tu universo
es en gemir y en padecer igual:
  ¿Por qué de alegre luz haces alarde?
¡Ah! no insultes del mundo la aflicción,
y alumbre triste amarillenta tarde
a la desventurada creación.
  O, extinguidos tus rayos, de profunda
noche eterna en el seno encubridor
el universo silencioso se hunda,
y estén juntos tinieblas y dolor.

1862.

El Fénix

A un poeta

«¿De qué me sirve el fulgoroso manto
que oriental pedrería descolora,
y el canto que supera todo canto?
  ¿Qué vale que la turba voladora
rey me pregone, cuando el pecho mío
la sed en vano del amor devora?
  De mi grandeza en el fatal vacío,
si amor demanda el corazón sediento,
le dan loores y respeto frío.
  Bien mi beldad, y mi divino acento,
y del éter inmenso el principado,
con mi perpetua soledad descuento:
  ¡Por qué a mi solo me ha cabido el hado
de no tener igual ni semejante!
único de mi especie fui creado.
  Nunca veré a mi lado esposa amante
que el cetro alegre que llorando rijo,
y mi desierta majestad encante:
hijo o padre jamás nadie me dijo;
ningún afecto mi vivir suaviza,
que yo soy de mí mismo padre e hijo.
  Y el don de renacer de mi ceniza,
cuando entre llamas aromosas ardo,
mi soledad y penas eterniza.
  Mi ser renueva de la Muerte el dardo:
los siglas pasarán en lenta huida,
mas yo mi fin ni en el postrero aguardo:
  se matan otros, y acabó su vida;
yo, aunque la vida sin cesar me quito,
renazco siempre, perennal suicida.
  ¡Por qué a vulgares aves ¡ay! no imito
en amar a la amante compañera,

y en propagarse en número infinito!
Mas ya que solo me creó, siquiera
el crudo cielo que feroz me agravia
morir, cual las demás, me concediera!
En los desiertos de la ardiente Arabia
así el Ave inmortal en quejas vierte
su antigua pena y dolorosa rabia:
¡Oh vate! la del Fénix es tu suerte:
nadie te ayuda a consumir la taza
de un dolor más amargo que la muerte.
Con ninguno amistad o amor te enlaza;
tú vives solitario eternamente,
cual si el único fueras de tu raza.
Y en vano te devora el ansia ardiente
de amar y ser amado, a pecho humano
tan sólo inspiras miedo reverente.
Y tu celeste voz alzas en vano:
tu dulce canto, de tristeza lleno,
nadie comprende, cual idioma arcano.
Todos te ven como a la tierra ajeno;
ningún mortal a tu nivel levantas;
tú ofreces el amante seno,
y humildes ellos caen a tus plantas.

1862.

El paso del mar Rojo

Alza el caudillo de Israel la mano,
tendiendo al mar la portentosa vara,
y obediente a Moisés, el océano
en dos mitades su caudal separa;
y cual paredes de cristal, levanta
a un lado y otro un gigantesco muro,
y por el centro con enjuta planta,
el pueblo de Israel pasa seguro.
El fiero egipcio, que escaparse mira
la presa que ya toca su venganza,
al prodigio cegándole la ira,
en seguimiento de Israel se lanza.
Y cuando el postrimer Israelita
huella con salvo pié la otra ribera,
y ya la hueste de Jehová maldita
el camino del mar ocupa entera,
dócil de nuevo de Moisés al mando,
torna la mar a su nivel primero,
en su profundo seno sepultando
«el carro y el caballo y caballero».

1862.

A Martín de Porres

En vano, gran Martín, la Noche fría
vistió tu rostro con su sombra oscura;
mas que la nieve era tu alma pura,
y más clara que sol de mediodía.
Y hoy en la gloria perennal te alegras,
mientras gimen sin tregua en el profundo
mil y mil que tuvieron en el mundo
los rostros blancos y las almas negras.
Si, como vil, el orgulloso suelo
y como infame, tu color rechaza,
igual es en honores cada raza
en la feliz república del cielo.
Y hasta permiten las divinas leyes
que aquellos cuya vida más se humilla
allá reciban más augusta silla,
del mundo esclavos y del cielo reyes.
¿Qué corona de sol resplandeciente
hay que perder su resplandor no tema,
ante la luz de la inmortal diadema
que hoy enguirnalda tu gloriosa frente?
Y son nuestras mas fúlgidas estrellas
bosquejo apenas y confusa sombra
de esas que tú, como brillante alfombra,
o cual dorado pavimento, huellas.

Idea de Dios

Cual del náufrago el ánimo desmaya,
que en vano mueve la mirada y mano
en medio del vastísimo océano,
lejos del puerto y de la dulce playa;
Como el que imprime el pie del Himalaya
en la más alta cima, o Ande cano,
que sólo mira en torno el aire vano,
por más que lejos con la vista vaya;
o como aquel que al cielo remontado
navega el aire en volador navío,
que mira por do quier espacio inmenso;
así todo me abismo y anonado,
sin que te alcance a comprender, Dios mío,
cuando en tus altas perfecciones pienso.

1862.

Marta y María

De Jesús en servicio, todo el día

pena la activa diligente Marta;
mas, absorta escuchándole, María
de sus divinos pies nunca se aparta.
Dice Marta al Señor: «¿Bien no sería
que entre ambas el trabajo se reparta?»
Jesús responde: «En complacencia mía
mucho es tu afán, tu diligencia es harta:
tu respetuosa actividad me agrada;
pero cesa importuna de quejarte
de la que yace ante mis pies postrada:
Magdalena eligió la mejor parte,
la cual por nadie le será quitada,
y nada habrá que de su bien la aparte».

A Luzbel

¡Cuánto de lo que fuiste eres diverso!
Ya del celeste Emperador privado,
a las dulzuras de tu ardiente verso
el sumo oído suspender fue dado:
hoy te oprime el destino mas adverso
y el más abyecto miserable estado:
que, en la balanza del Señor medida,
iguala a tu grandeza tu caída.
Tú fuiste la más bella criatura
que animó la largueza creadora;
no igualaba la luz de tu hermosura
ni la estrella, del alba precursora:
mas hoy es copia de la noche oscura
tu blanco rostro que afrentó a la aurora,
y hórridas sierpes son los rizos bellos
que del sol eclipsaron los cabellos.
A tu cambiado espíritu conforme
hoy se muestra tu faz: no hay aterrante
nocturno sueño que el semblante forme,
que se iguale al horror de tu semblante:
el hondo sello de tu culpa enorme
hace, maldito, que aún a ti te espante,
cuando en los lagos del Infierno rojos
le ven tal vez a su pesar tus ojos.
Que con ingrato corazón perverso
y orgullo insano, pretendiste osado
la corona ceñir del universo
y disputar a Dios el principado;
pero tu bando, en confusión disperso
y al abismo infernal precipitado
por la diestra de Dios fulminadora,
castigo alguno ni tormento ignora.
Mas no es el fuego que, cual rojo, ardiente,
eterno manto tus espaldas viste,
lo que con más crudeza, eternamente
hace tu suerte tan amarga y triste;

no a tu memoria sin cesar presente,
el recuerdo inmortal de lo que fuiste,
y en perenne tormento convertido
el bien pasado y el placer perdido.
No: lo que más te aflige y atormenta
es del orgullo la incurable herida
que hace, con boca sin cesar sangrienta,
eterna muerte de tu eterna vida;
de tu derrota la rabiosa afrenta,
que ni un instante tu soberbia olvida,
y que tu pecho, con suplicio interno,
trueca en segundo más horrible infierno.
Y ante esa pena que tu mal consuma,
y que tu orgullo rumiador devora,
son nada las demás con que te abruma
la celeste venganza triunfadora:
sólo castigo a tu soberbia suma
es ver que a Dios el universo adora,
y cuánto dista tu ambición demente
de su inmensa grandeza omnipotente.

1º de enero de 1863

Reina en París unánime alegría:
y toda plaza y toda calle suena,
de alborozada muchedumbre llena,
que celebra del año el primer día.
Mas, solitaria en tanto el alma mía,
con el contento, y la ventura ajena,
siente aumentarse su profunda pena,
y su tedio y mortal melancolía.
En vano la esperanza me halagaba:
para mí ¡ay triste! el año nuevo empieza
tan desgraciado cual su hermano acaba:
¡aún el mal no remite su crüeza
que mi cuerpo consume, aún gime esclava
el alma del hastío y la tristeza!

La tristeza

¡Y será vana mi inmortal porfía!
¡Y esta antigua tristeza roedora
jamás de tregua me dará una hora,
tras mí corriendo cual la sombra mía!
¡Ay! de la zona tórrida a la fría,
del negro ocaso a la brillante aurora,
por cuanto con su luz el sol colora,
me persigue su odiada compañía!
Fábula son las islas de Fortuna
que ser fingió el antiguo devaneo

de la Felicidad morada y cuna:
¡Dulce Felicidad! ya en ti no creo;
mas ¡ay de mí! sin esperanza alguna,
te busco eternamente y te deseo!

A una estrella

¡Cuán hondas melancólicas ideas
despiertas en el alma dolorida,
lejana estrella que, entre mil perdida,
cual ojo soñoliento pestañeas!
¿Por qué tu luz, entre tan claras teas,
mis tristes ojos sin cesar convida?
¿Por qué lloro al mirarte? de mi vida
¡quizá la estrella misteriosa seas!
Sí: tú sola, cual cirio de agonía,
alumbrabas la noche tenebrosa
en que este triste a padecer nacía:
¡Ay! que ya cedo al hado que me acosa:
y pronto tú, como mirada pía,
alumbrarás mi solitaria losa.

Mudanza

«Ni a la Fortuna sus tesoros pido,
ni ya codicio el mando peligroso,
ni de la Gloria el resplandor hermoso
ni el aura vana y popular ruido;
Ni de insigne beldad, de gracias nido,
ser el feliz enamorado esposo:
sólo anhelo las playas del reposo
y el agua soñolienta del olvido».
Así dije, y eterna despedida
dar a dichas y pompas de este suelo
mi alma creyó, del desengaño herida:
mas ya sacudo de la tumba el hielo,
y ya me torna a alucinar la vida,
¡y amor, fausto y poder y gloria anhelo!

El árbol y el pájaro viajero

Un árbol que vegetaba
en apartado sendero,
así a un pájaro viajero
con tristes voces hablaba:

«Yo a la tierra estoy sujeto,
y tú en el éter vacío

te espacias a tu albedrío:
tú vives y yo vegeto.
¡Ah! ¡Cuánta parte del mundo
recorres en sólo un día,
con sin igual alegría,
con deleite sin segundo!
Adonde te place vas,
y doquier que el vuelo llevas
ves siempre bellezas nuevas,
sin que te hastíes jamás.
Tú ves el inmenso mar
a quien el humilde río
donde se baña el pie mío
sus aguas va a tributar.
¡Cortárame la segur,
con tal al menos que en él
trocado en raudo bajel,
volara de Norte a Sur!
¡Henchidas de aura süave,
alas me fueran las velas
como esas con que tú vuelas,
y fuera yo también ave!
Mas, preso en tanto en el suelo,
apenas una aura leve
mis hojas y ramas mueve,
alzar quisiera mi vuelo,
mas,¿cómo volar podré
si, aunque son alas ramos
que los árboles llevamos,
lo impide el clavado pie?
¡Cuánto es fuerza que te asombres
y te deleites y agrades,
al visitar las ciudades
que edificaron los hombres!
El que muchas cosas ve
logra de ciencia un tesoro;
pero yo todo lo ignoro:
sólo mi desdicha sé.
Cuando aquí el invierno impera
los árboles despojando,
partiendo a clima más blando,
gozas siempre primavera.
Ven, feliz pájaro, ven
a contarme cuanto viste,
aunque me deje más triste
la noticia de tu bien.
Sobre mis hojas detente
que callarán entretanto
que tu dulcísimo canto
me relate largamente
lo que tan de paso nombra
la multitud caminante
que a descansar un instante
se sienta bajo mi sombra:

empiezan hermoso cuento
que oigo con curioso afán
mas de repente se van,
y el fin les escucha el viento»

Dijo el triste árbol así
con murmullo plañidero;
mas al pájaro viajero
esto responder oí:

«Engañado árbol que dices
que, por tener libre vuelo
en tierra, océano y cielo,
somos las aves felices:
sabe que es mas venturoso
quien nunca pudo viajar,
ni abandonó del hogar
el dulcísimo reposo.
¡Dichosas raíces tuyas!
cadenas que Dios te puso
para impedirte que iluso
de los patrios campos huyas!
Desde que dejé mi nido,
sembrada está de millares
de peligros y pesares
la vida que yo he vivido.
¿Qué vale, dime, que viva
el pájaro libre en alto,
si allí el hombre le da asalto,
y le mata o le cautiva?
¿De qué nos valen las alas,
que juzgas tan alto bien,
si alas da el hombre también
a las flechas y a las balas?
Y nuestras desdichas sumas
en sus alevosas flechas
lloran tal vez el ser hechas
¡Ay! ¡de nuestras propias plumas!
Viví largos días preso
entre unas doradas rejas
do fueron mis tristes quejas
de una beldad embeleso.
Si, burlando su custodia,
logré escaparme de allí,
en el ígneo, arcabuz di
del cazador que nos odia.
Ve cuál a tus ramas llego,
herido del ala y pie,
y en todo mi cuerpo ve
las huellas del voraz fuego.
¡Ay! ¡fuera mortal herida
la que entonces me causara
bala que de mi hembra cara
fin puso a la dulce vida!

Y a mis implumes hijuelos,
mis delicias y cuidados,
de su nido arrebatados
lloran también mis desvelos.
No alcanzo cómo el dolor
de verme solo y vïudo
más en mi muerte no pudo
que el plomo devorador,
si mi canora garganta
despide tan dulce acento,
tú eres hojoso instrumento
en donde la brisa canta.
Si de tus flores y verdes
móviles músicas hojas
en cada año te despojas,
y todas tus galas pierdes,
de los inviernos el daño
reparan las primaveras,
y tu pompa recuperas,
en la juventud del año.
No iluso envidies la suerte
de tanto otro árbol hermano,
a quien del hombre la mano
en raudo bajel convierte.
Esas orgullosas naves,
cual las que tú ser quisieras,
y que, aladas y ligeras,
son del mar gigantes aves;
asaltadas de repente
por horrísono aquilón,
presto sepultadas son
en el vórtice rugiente.
¡Cuántas veces miré yo
llegar sólo a la ribera
la destrozada madera
de la que ufana partió!
Yen los asaltos crüeles
de las ondas y del viento,
maldijo el fatal momento
en que por altos másteles
y flotantes banderolas,
sus ramas dejó infeliz,
por el ancla a raíz,
y la tierra por las olas.
¡Ay! el placer de viajar
es doloroso placer,
y vale más nunca ver
lo que siempre hay que llorar.
Y pues ya de la sentida
voz de mis querellas sabes
cuál de las míseras aves
es la dolorosa vida,
y cuál la astuta crueldad
que por do quier las insidia;

en vez de tener envidia,
al que merece piedad,
duélete de mis congojas,
y dame luego un asilo
secreto, blando y tranquilo
entre tus espesas hojas».

1863.

A la Tierra

Amor y Guerra

El estrago asolador
y los males de la Guerra
reparas, mísera Tierra
con los bienes del Amor.
Y aunque aquélla de matar
nunca se cansa, a porfía
hijos del amor te cría
que llenen aquel lugar.
Que por eso quiso Dios
en el éter colocarte
entre Venus y entre Marte,
partícipe de los dos.

1863.

A la Lengua Castellana

¡Y tu pureza sufres que corrompa
y empañe tu beldad frase extranjera,
y te arrebate tu nativa pompa,
Oh reina de las lenguas altanera!
Más resonante que guerrera trompa,
más manejable que la blanda cera,
más dulce que la miel y la ambrosía,
brillante como sol de mediodía!
A abuela y madre los laureles niegas,
pues con las prendas de las dos te ufanas,
y con la gracia y la dulzura griegas
juntas la fuerza y majestad romanas:
ta, pura fuente, entre las flores juegas,
ya, raudo río, todo dique allanas;
ya eres aura sutil que gime apenas,
ya con la voz de la tormenta truenas.
No el arco tus colores desafía
que por el firmamento se dilata;
más matices la tarde no varía,
ni más arden la grana y escarlata:

en ti con su riqueza y lozanía
la creación inmensa se retrata,
y sus bellezas menos fiel no pintas
que la Pintura con sus vivas tintas.
Mas calle aquel que, aunque te dé la palma
y el loor te tribute sin segundo,
para pintar, en turbación o en calma,
de la materia el deslumbrante mundo,
te le negó para pintar del alma
el otro tan recóndito y profundo,
y encarnar las altísimas verdades,
conquista de las últimas edades.
No; que, aunque traje de tan ricas galas
vistas a la lozana Poesía,
y encumbres libre sus brillantes alas
aún más allá del luminar del día,
las maravillas de la Ciencia igualas,
cual los vuelos de la ágil Fantasía,
y en sus augustos labios interpretas
las verdades más altas y secretas.
¿Quién declara, cual tú, gozos y penas?
¿Quién tan fielmente lo pasado evoca?
Mas, ¡cuán augusta y majestuosa suenas
de la Oración en la ferviente boca!
Si, cual gran parte de la tierra llenas,
entera la llenases, fuera poca
conquista a tu grandeza todo el suelo,
que aún eres digna de que te hable el cielo.
¡Quién dueño fuera del matiz ardiente
con que en ti el pensamiento se arrebola!
¡Quién poseyera aquel vigor potente
y la pompa magnífica española,
para poder cantarte dignamente,
porque digna de ti fueras tú sola!
¡Quién, cual los vates de tu grande era,
tus inmensos caudales poseyera!
¡Dichosa edad que vio ser de castiza
frase, maestra aún a la humilde plebe!
el veneno de frase advenediza
hispano infante sin recelo hoy bebe
en el blanco licor de su nodriza;
y en las antiguas páginas en breve
estudiada serás, cual habla muerta,
si genio salvador no te despierta.
Como daba salvaje americano
al europeo, ansioso de tesoro,
por brillante cristal o dije vano,
de sus terrenos vírgenes el oro,
así la España con error insano
hoy menosprecia su mayor decoro,
y por el oro de su noble idioma
francesa, escoria y oropeles tonta.
Mas, sí la madre tu pureza olvida,
de extranjero lenguaje imitadora,

vigor nuevo cobrando y nueva vida,
suena en el labio de las hijas hora:
América su pompa te convida
y belleza sin par que la decora.
Ven; de sus vates en la voz supera
tu antigua pompa, tu beldad primero.
  El mundo en verte celebrar se asombre
cuanto tus voces no cantaron antes:
ven a cantar la libertad del hombre,
merecedora de que tú la cantes;
si a grandes héroes diste ya renombre,
otros aquí te esperan más gigantes,
y cuales nunca celebró el idioma
de Grecia libre y triunfadora Roma.
  Cuando el osado Castellano vino,
por los remotos mares de Occidente,
donde nunca ni el Griego ni el Latino
llegaron con las alas de la mente,
hizo grande entre todos tu destino,
pues te habla el portentoso continente,
Edén segundo, cielo de la tierra,
que el porvenir del universo encierra.

1863.

Al picaflor

Deslumbrando nuestra vista,
compiten, finos, en ti,
zafir, topacio, rubí,
esmeralda y amatista.
  Y eres cuando al sol tus galas
vas ostentando a porfía,
pájaro de pedrería
o viva joya con alas:
  Joya que, ricos cambiantes
luciendo tornasolada,
siempre es distinta, y en cada
mudanza más bella que antes.
  De flor en flor siempre vas
en tu ligereza suma,
voladora flor de pluma
que eclipsas a las demás.
  En su triste cautiverio,
¡cuánto envidia el alma mía
la libertad y alegría
de ese tu vivir aerio!
  ¡Quién, sólo al capricho fiel,
llevando el vuelo, do quiera,
de amor, como tú, viviera,
de aire, de luz y de miel!

Liras

La dulce final hora
de mi vivir anhelo, cual anhela
el rayo de la aurora
cansado centinela
que en larga noche solitario vela.
O cual la patria ansía
el desterrado, el puerto el marinero,
el fin del lento día
rendido jornalero,
la cara libertad el prisionero.
Fiero insomnio es mi vida,
largo viaje, durísima faena,
prisión aborrecida
en cruda tierra ajena,
mar borrascosa de peligros llena.
Mi llanto doloroso
la noche implora, el sueño, la llegada:
dadme, dadme el reposo,
dadme la patria amada,
la dulce libertad tan suspirada.

1863.

La mujer con quien yo me casaría

Pues no hay pariente ni amigo
que, de mis penas testigo,
no me repita el consejo
de que, antes que llegase a viejo,
busque el conyugal abrigo,
respondo a todos al par:
mañana voy al altar,
si por mujer me dais una
que en sí las prendas reúna
que comienzo a enumerar.
Es lo primero que anhelo,
que la adorne virtud tanta,
que no se encuentre en el suelo
mujer más honesta y santa,
ni ángel más puro en el cielo;
por que del peligro así
que siempre expuesto vi
al que escoge buena cara
su virtud me asegurara,
ni hubiera celos en mí.
Que deseo, lo segundo,
que de una hermosura sea
como nunca vi en el mundo,

mas siempre llevé su idea
del alma en lo más profundo.
  Es una belleza tal,
tan maravilloso tipo,
tan inefable idëal,
que, mirándolo anticipo
la ventura celestial.
  Tras esto, en ella deseara
recto juicio, razón clara,
lozana imaginación,
gusto de fineza rara
y no vulgar instrucción.
  Que, aún más casta que Lucrecia,
y más bella que una Diosa,
a la larga no se aprecia
y nos es pronto enfadosa
la que es ignorante y necia.
  Mas, al desear que supiera
algo más que la cartilla,
líbreme Dios de que fuera,
vana Marisabidilla
e importuna bachillera.
  Pero juzgaréis olvido,
cuando tantas cosas pido,
el que no pida riqueza,
que es por donde siempre empieza,
el que aspira a ser marido.
  Pues bien: sabed que, aunque pobre,
rica mujer no codicio,
y como beldad le sobre,
virtud, talento y jüicio,
aunque no tenga ni cobre.
  Y así, amigos, prescindiendo
del metal que el alma humilla,
es bien que os siga diciendo
todo lo que hallar pretendo
en mi futura costilla.
  Quiero que mucho me quiera,
mas que no sea celosa;
que jamás me oculte cosa,
y que de mí nada inquiera,
aunque mujer no curiosa:
  que sea de genio blando,
y dócil como una pasta:
¿a qué os estáis asustando
de lo mucho que demando?
Pues todavía no basta.
  Porque consentir no puedo
que tenga la suerte negra
viva a la madre, pues miedo,
como a mi amigo Quevedo,
me da hasta el nombre de suegra.
  Tampoco, quiero cuñado:
buscádmela sin pariente,

si queréis que tome estado,
pues quisiera estar casado
con mi mujer solamente.
Quiero que teja y que cosa
como Aracne primorosa,
y que, igualando el pincel,
copie con aguja fiel
la naturaleza hermosa.
Que baile cual Salomé,
cante como un serafín,
toque ¿como quién diré?
y que no haya gracia en fin
de que adornada no esté.
Pero tanto requisito.
que pide mi ansia avarienta
es muy largo para escrito,
y fuera seguir la cuenta
proceder en infinito.
Y por que versos acorte
mi musa, ya tan prolija,
diré en fin que la consorte,
de mis ilusiones hija,
y de mis deseos norte,
la que ansié desde la cuna,
las perfecciones aduna
de cuantas bellas serán
son y han sido desde Adán,
sin imperfección ninguna.
No os riáis, al verme así
pintaros con frenesí
el bello imposible mío,
porque yo mismo de mí
antes que nadie me río.
Que bien conozco, bien veo
que sería menester,
para encontrar la mujer
que me pinta mi deseo,
el que la mandara hacer,
que en este bajo lugar,
en mundo tan imperfecto,
es locura desëar,
como virtud sin defecto,
hermosura sin lunar.
Si entre inmenso vulgo insano,
en plazas y calles llenas
de inútil número humano,
el gran Cínico de Atenas
un hombre buscaba en vano;
no espero, que mi ansia eterna,
aún teniendo su linterna,
del un polo al otro polo,
como aquél un hombre solo,
sola una mujer discierna.
Y a la que busco no topa

la más constante porfía
entre la femínea tropa
de Asia, de África, de Europa,
de América y de Oceanía.
  Y, si quieres hallar una
tan extremada y completa,
puedes, iluso poeta,
irla a buscar a la luna
o a más lejano planeta.
  A mil millones quizá
de leguas lejos de acá,
en Aldebaran o en Sirio,
el portento se hallará
que busca aquí tu delirio.
  Y pues tan perfecta esposa
pretende tu desvarío,
resuélvete a que en tu losa
escriban: Aquí reposa
uno que sólo fue tío.
  ¡Oh dichoso Pigmalión,
tú que anudaste himeneo
con la rara perfección,
hija fiel de tu deseo
y de tu imaginación!
  ¿Hay escultor que le forme
a esta alma que sola gime
una hermosura sublime,
a mi deseo conforme,
y luego un dios me la anime?
  Pero tan sólo podría,
copiando mi fantasía,
dar cuerpo mi propia mano
al objeto soberano
de mi ciega idolatría.
  Fuera el genio más valiente
a creármela impotente,
en tan alto extremo bella;
si otra mano, si otra mente
me la forman, ya no es ella.
  Mas dado caso que hubiera
en esta tan baja esfera
criatura tan cabal,
faltaba lo principal,
y es que ella a mí me quisiera.
  Ella, que eclipsara a Elena,
yo (el espejo me condena)
que de Paris disto tanto;
ella tan pura y tan buena,
Yo... ¡qué contraste, Dios santo!
  Himeneo de tal suerte
la unión simbolizaría
del pesar con la alegría,
de la vida con la muerte,
de la noche con el día.

¿Quién pues posible creyó
que tal hembra iba a querer
a tal hombre como yo?
Aunque, como al fin mujer,
quizá no dijera: no.
Y, como además sería,
aunque tan bella, hija mía,
o le cuadre o no le cuadre,
por gratitud amaría
y por deber a su padre.

1863.

A Lázaro

¡Cuánta envidia mereces,
justo hermano de Marta y de María,
que viviste dos veces:
una naciendo del primer abrigo
que en el seno materno hospeda al hombre,
y otra del seno de la tumba fría!
Tú que, con tierno nombre,
ser mereciste apellidado amigo
de Jesús por el labio sacrosanto,
y costar mereciste
a sus divinos ojos
celestes perlas de piadoso llanto,
al acercarse triste
al lugar que guardaba tus despojos.
«Nuestro amigo reposa,
vamos a despertarle de su sueño»
dice, y tributa a la amistad preciosa
su más alto portento, la más clara
muestra de su poder, antes que él mismo,
vencedor de la Muerte y del Abismo,
en gloria y majestad resucitara.
A la turba llorosa
dijo: quitad la losa;
y los ojos al cielo levantando,
y al ladre gracias dando
de que siempre sus súplicas oyera,
te gritó en alta voz: « Lázaro, fuera»
y tú el acento, que escuchó la nada
desde la negra eternidad oíste;
y cual hombre dormido a quien despierta
voz familiar, a tan potente grito
sacudiste tu sueño de granito.
¡De qué curioso espanto poseída,
inmensa turba en torno a ti apiñada,
te contemplaba en tu segunda vida,
nuevas del otro mundo demandando!
Como el que sale de visión funesta,

en sueños aterrante,
durable en el atónito semblante
la impresión recibida manifiesta,
así en la faz enjuta y amarilla
impresa conservaste eternamente
la terrible impresión que te produjo
de la muerte la horrenda pesadilla.
¡Quién entonces lograra interrogarte
y entender el misterio de la muerte;
que siente el alma en aquel trance fuerte
en que del cuerpo, se desune y parte;
y el espanto que de ella se apodera
en las orillas de esa mar oscura,
donde se pierde, atónita y viajera,
del puerto adonde arribe mal segura.
¡Con qué dolor tan áspero y violento,
desde el solemne día
que miró tu segundo nacimiento,
hasta que al fin te hirió muerte segunda,
tu tierno corazón afligiría
de tus pecados contrición profunda!
¡Cómo, compadeciendo la locura
y extrema ceguedad de los mortales,
que igualan con sus horas sus pecados,
de la tumba olvidados,
las espantadas gentes moverías
a vida de virtud y penitencia
con la eficaz terrífica elocuencia
del que vivió en 1a eternidad tres días!

1863.

A un poeta

Sufre, oh vate, con pecho adamantino,
y recuerda que a nadie impunemente
tener dejan el mundo y el destino
corazón grande o inspirada mente.
Y de su envidia y su furor triunfante
fue siempre el vate principal terrero:
ve errar mendigo de la Grecia al Dante,
mira proscripto al Italiano Homero.
Ve a Torcuato entre insanos detenido
por el vil que en su canto endiosar quiso,
y morir ciego y pobre en el olvido
el cantor del perdido Paraíso.
Como él, Cervantes da el postrer aliento
de una vida misérrima y mezquina;
mira a Gilbert agonizar hambriento,
y ensangrentar Chenier la guillotina.
Así el mundo al poeta galardona:
su ardiente inspiración juzga delirio;

es corona de espinas su corona,
y su palma es la palma del martirio.

Aurora en el baño

Ya llegó la feliz hora
en que la divina Aurora
contenta viene a entregar
su beldad encantadora
a los abrazos del mar.
La escala desciende (25) lenta,
y más y más se amedrenta,
y cuando cerca se ve
de donde es fuerza que sienta
del agua el frío su pie,
se detiene, y de la hermosa
frente humedece la nieve:
al fin en las aguas osa
introducir el pie breve,
hecho de jazmín y rosa.
Mas se estremece y espanta
del súbito intenso frío,
y, exhalando un ay, levanta
la apenas hundida planta,
con hechicero desvío.
De nuevo la escala pisa,
temblando toda cual hoja,
y más que nunca indecisa;
más fuerte ola improvisa
viene, que toda la moja.
Que el mar, aunque está sereno,
de amor y deseos lleno,
arrojó a la playa sola
esa alborotada ola,
para traerla a su seno.
Mas, con el frío marino,
familiarizada ya,
del piélago cristalino
por entro las aguas va
abriendo fácil camino.
¡Oh dichosa la mirada
que la contempla extasiada,
cuando con gracia sin par
resbala süave o nada
por el sosegado mar!
¡Parece que el océano
está de llevarla ufano,
y que con placer se siente
cortar y abrir dulcemente
por tan delicada mano!
Truécase en quieta laguna,
que no encrespa onda ninguna,

y ella de espaldas descansa
en la superficie mansa,
como un infante en la cuna.
Tal vez, el leve sombrero
arrojando delantero,
tras él ardiente se lanza,
y en ágil nadar ligero
en breve ufana le alcanza.
O tal vez de agua le llena
con que su cabeza baña:
o, como nueva Sirena,
canta con dulzura extraña
que las almas enajena.
Tal vez a la dulce amiga
con quien más amor la liga
algo la cuenta muy quedo,
al labio aplicando el dedo,
para que a nadie lo diga,
pasó ya una larga hora;
y aún dejar no quiere Aurora
baño que tanto la agrada,
y, si lo estuvo a la entrada,
más indecisa está ahora.
Mas, aunque al vivo placer
que siente ninguno iguale,
pues ve en fin que es menester,
se llega ya a resolver,
y tarda y penosa sale.
Y, aunque ella evitar procura,
llena de vergüenza casta,
que la húmeda vestidura
dibuje su forma pura,
su honesto empeño no basta:
que el empapado vestido,
al cuerpo hermoso ceñido,
claro nos demuestra que ella
no ha menester para bella
de arte ni adorno mentido.
Y nos da la ocasión fe
de que su beldad divina
de nada deudora fue
a la hueca crinolina
o al elástico corsé.
Llora la mar su partida,
y rabiosa envidia siente
de la tierra que la anida
y goza más largamente
de su hermosura querida.
Y yo gimo al contemplar
que tal vez el mar la encierra,
tal vez la tierra, y al par
tengo envidia de la tierra,
y tengo envidia del mar.

1863.

Epigramas

Ciertos matrimonios de hoy

Si de Marcela y de su esposo Hernando
a Octavio en compañía siempre ves,
no te asombres, lector: se están usando
hoy día matrimonios entre tres.

Sobre haber dicho un mal poeta que hasta la gloria era vana

Dijo una verdad notoria,
y nadie habrá que le arguya,
si, al llamar vana la gloria,
habló sólo de la suya.

A Lelio

Poeta, Lelio, te estimas:
pregunto: ¿de cuando acá?
más entiendo tienes ya
el Diccionario de Rimas.

A Crispín

Un sot trouve toujours un plus sot qui Padmire

Don Crispín el rimador
alabanzas tuvo pronto:
ya se ve, siempre halla un tonto
un más tonto admirador.

Sobre el retrato de uno que estaba siempre callado

No: traslado más igual
jamás el arte haber pudo;
y es semejanza cabal
el que el retrato esté mudo,

que es mudo el original.

A Germán, que se jactaba de saber muchas lenguas, no sabiendo la suya

Te doy que sepas el hebreo idioma
y que sepas el árabe, Germán,
y el idioma de Grecia y el de Roma,
y el ruso y el inglés y el alemán.
Y ora las hables, ora las escribas,
con increíble perfección sabrás
las lenguas muertas y las lenguas vivas
y cuantas lenguas hay y muchas más.
Digo y repito que más lenguas sabes
que hablar oyó la Torre de Babel,
y que el idioma entiendes de las aves,
Y el de las bestias interpretas fiel.
Pero que sepas español te niego;
tu filóloga ciencia aquí dio fin:
escribe, pues, si te parece, en griego
en sánscrito, en hebreo o en latín.

Antojos

¡Cuántas cosas hay secretas
para la humana razón!
¡Quién supiera cómo son
los que habitan los planetas
y la inmensa creación!
Si son chicos cual infantes,
o como torres gigantes,
si un ojo o más ojos que Argos
tienen, y si viven largos
siglos, o breves instantes;
si oyen con los ojos bien,
y huelen con los oídos
y con las narices ven,
o en vez de cinco sentidos,
tienen todos uno, o cien;
s de ellos una mitad
e de hembras y otra de machos,
o hay de sexos unidad;
s hay mozos, viejos muchachos,
o son todos de una edad;
si llevan cara y envés
al revés de los humanos,
y si natural les es
el caminar con las manos
y el agarrar con los pies.
Ni de estas raras quimeras,

lector, te me asustes tanto;
que, si como son de veras,
las almas humanas vieras,
te causarán más espanto.
  Pues me veo de alas falto,
¡quién al cielo diera un salto,
y de uno en otro planeta
mi ardiente carrera inquieta
tocara al fin el más alto!
  Viendo fuera tantas cosas,
nuevas, grandes, portentosas,
extrañísimas escenas,
distintas de las terrenas,
¡y mil veces más hermosas!
  ¡Quién de tu cielo nocturno,
émulo casi del diurno,
que ocho claras lunas muestra,
en vez de la única nuestra,
gozará, bello Saturno!
  ¡Qué noches serán aquellas,
tan radiantes y tan bellas,
con ocho lunas y el brillo
de ese tu múltiple anillo
con que entre globos descuellas!
  ¡Quién en la noche más clara,
que tanta antorcha ilumina,
de bracero se paseara
con alguna saturnina,
tan hermosa como rara!
  Y tú, feliz morador
de orbe que gira en redor
de dos estrellas o tres,
que de varios soles ves
a turnos luz y color (26):
verdes y dorados días,
blancos, azules y rojos
allí en mirar te extasías,
con los que noches sombrías
son los que ven nuestros ojos!
  Y de cadena en lugar
de tanta monotonía,
cambiando allí sin cesar,
el tiempo es rico collar
de variada pedrería.
  Mas de estas cosas ayuno
ha de quedarse mi anhelo,
inútilmente importuno;
pues hasta ahora ninguno
pudo viajar por el cielo.
  Y no hay ni nave, ni coche
que vencer pueda el camino
que hay desde aquí al argentino
astro que alumbra la noche,
que es el que está más vecino.

¡Un día se podrá ver
al hombre, venciendo al ave,
ir a la luna y volver
en la voladora nave
que descubrió Mongolfier!
Osado Colón segundo,
mucho mayor que el primero,
surcando el éter profundo,
volará de mundo en mundo
de la creación viajero.
Y anulada la distancia,
ir a los hombres ya veo
a los astros de paseo,
como hoy nos vamos a Francia,
cuando nos toma el deseo.
nacerán nuevos placeres,
cuando el feo sexo humano
se enlace con las mujeres
de Venus bella y de Ceres
y de Neptuno y de Urano!
Y para entones confío
que un nieto de un nieto mío
se irá a casar con alguna
moradora de la Luna,
En el volador navío:

de modo que, si el olvido
en la tierra ha de acabar
mi germánico apellido,
allá en el orbe lunar
se podrá ver mantenido!
Y aquí el lector no se asombre
ni quimérico me nombre,
pues lo digo que el progreso
indefinido del hombre
ha de hacer mucho más que eso.
Mas, aunque remonte el vuelo
a tan altas profecías,
me queda a mí el desconsuelo
que no se harán en mis días,
esos viajes por el cielo.

Diario de un viajero americano

Caelum non animum mutant qui trans mare currunt.

HORACIO

Vuelto a sus playas vírgenes natales,
tras larga ausencia de vagar lejano,
víctima eterna de secretos males,

un mísero viajero americano,
así el ansia implacable y encendida,
dolor y tedio, que do quiera siente
traslada al libro, de su errante vida
y sus íntimas penas confidente:
«¡Cuántas veces me ha visto el océano
ir buscando la paz del corazón!
Mas ambos mundos recorrer fue vano
para lograr tan suspirado don.
Hasta en el polo que alta nieve esconde
mis errantes pisadas estampé,
ni hubo rincón de nuestro globo donde
yo no imprimiese el vagabundo pie.

En las viejas metrópolis de Europa,
como en la tierra donde vi la luz,
a mi labio el Dolor su amarga copa

brindó, y a mi hombro su pesada cruz.
Lo dejé en Francia; lo encontró en España;
y en Alemania y en Albion lo vi;
a Italia fui: me precedió su saña;
a la Grecia volé: ya estaba allí.

Y donde quiera que mi curso incierto
lleve el raudo navío volador,
siempre, al hollar el anhelado puerto,
su conocida faz, llenos de horror,
miran mis tristes ojos la primera;
y él me contempla con feroz placer:
odioso huésped que do quier me espera,
fantasma horrendo que hallo donde quier.
Los que nunca dejasteis vuestro suelo,
largos viajes y vanos excusad:
jamás, os digo, encontraréis consuelo,
ni alivio vuestra férvida ansiedad.
El alma no se muda con el clima:
si de vosotros mismos no partís,
cuales os vio la abandonada Lima,
os verá la magnífica París.
Y, cual triste experiencia en mí lo muestra,
del tan largo viajar fruto será
que ni la ajena patria, ni la vuestra
pueda en su seno encadenaros ya.
¡Cuán ardiente y copioso, oh patria, el llanto
fue, que en mi ausencia a tu memoria di!
¡Cuánto do quiera te eché menos! ¡cuánto
suspiré siempre por volver a ti!
Mas ¡ay de mí! que apenas a tu seno
me reconduce rápido bajel,
principio a desëar el suelo ajeno,
tan sólo ya porque no moro en él.
Siempre estoy suspirando por lo ausente
y lo que me circunda aspiro a huir,

cual, contento jamás de lo presente,
en lo pasado vivo y porvenir.
Dichoso me parece lo pasado,
aunque bien triste y doloroso fue,
y alegre y bello el suelo que he dejado,
aunque en él, como en todos, me hastié.
Y cada cosa que de cerca veo
no es ya la misma que, al buscarla yo,
de la esperanza el prisma o del deseo
a mis ilusos ojos figuró.
Mas, si de ella me aparto o si la pierdo,
cual primero la vi la torno a ver,
que el prisma le devuelve del recuerdo
su antiguo encanto, su beldad primer,
y con ansia perenne cuanto vana,
así abordando a las orillas hoy
de donde inquieto partiré mañana,
peregrinando por el mundo voy.
De región en región ciego me arroja
de mi inquietud eterna el huracán,
cual recios vendavales débil hoja
de llano en llano arrebatando van.
¡Quién morara, cual Dios omnipresente,
antípodas regiones a la vez,
y le fuera un instante permanente
de los años la alada rapidez!
Así tal vez en mi delirio insano
exclamo, y gimo al recordar después
que fuera siempre a mi ventura vano
lo que imposible a mis deseos es.
Que, aunque habitara a un tiempo, cual la mente,
cuanto ilumina el sol y ciñe el mar,
fuera el vasto universo a mi ansia ardiente
lo que el breve recinto de mi hogar.
Y aunque parar mi anhelo mereciera
del raudo Tiempo el inmortal reló,
¿qué instante de mi vida pasajera,
qué instante ser eterno mereció?
¿En qué hora, en qué hora de mis largos días
fijara el incansable medidor,
cuando todas, o tristes o vacías,
hijas fueron del tedio o del dolor?
Yo he buscado la dicha en los placeres,
en las danzas de fúlgido jardín,
en el mágico amor de las mujeres,
y embriaguez y tumulto del festín.
Nada a mi eterno hastío y mi funesta
genial tristeza pudo ser solaz,
triste me vio la más alegre fiesta
doblar al suelo mi doliente faz.
Y al estrechar mi frente la más bella
a su turgente pecho de marfil
para llorar a solas, hüí de ella,
triste esquivando sus caricias mil.

Y en la copa, oh amor, que nos ofreces,
en vez del néctar y süave miel
halló mi labio las amargas heces
de la más negra ponzoñosa hiel.
Y la dicha busqué en la poesía,
y en su risueño venturoso error:
¡mas fue la Musa lamentable mía
musa del desengaño y del dolor!
Y la busqué en la ciencia y, o desnuda
mirando la verdad, me horripilé
o sentí suceder inquieta duda
de mi niñez ala tranquila fe;
confirmando, en tristísima experiencia,
que estéril duda y fúnebre verdad
los frutos son que el árbol de la ciencia
dio siempre a la infeliz humanidad.
En todo la buscó mi desvarío:
¡insensato de mí! que por do quier
hallé sólo dolor, sólo hallé hastío,
en lugar de la dicha y del placer».

Y el triste infortunado peregrino
detiene aquí la dolorosa pluma,
pronto a seguir la ley de su destino,
y hender de nuevo la salobre espuma.
Que, aunque por prueba dilatada sabe
que llevará a otras zonas vanamente
su vagabunda combatida nave,
imita empero al infeliz doliente,
que, aunque sintiendo igual a cada lado
en el angosto lecho su tormento,
alivio a su dolor desesperado
busca siempre en el mismo movimiento.

1863.

A una señora

Mudanza tú no conoces,
joven siempre y siempre bella;
ni en ti la más leve huella
dejan los años veloces.
Como en mi infancia la vi,
contemplo tu beldad hoy,
cuando del tiempo ya estoy
mostrando la injuria en mí,
Que de beldad tan divina
aún el Tiempo se prendó,
y dijo: «No quiero yo
causar tu lenta rüina.
Condena la cruda suerte
todo lo que tiene ser

a que sienta mi poder
primero que el de la muerte.
  Mas mi saña te perdona;
sólo en ti no la ejecuto,
y te eximo del tributo
que se debe mi corona.
  que venga la muerte dura
y fin a tu vida dé;
mas yo te respetaré,
¡Oh milagrosa hermosura!»

1863.

Demócrito y Heráclito

A Amalia

  Preguntarme te plugo, amiga mía,
cuál es el que mi verso más alaba:
Demócrito que todo lo reía,
o Heráclito que todo lo lloraba.
  Parecerá contestación precisa
en mí que peno y me querello tanto,
y en quien, más que los labios a la risa,
Se abren los ojos al raudal del llanto,
  El que con labio siempre gemebundo
te diga (27), bella Amalia, que prefiero
el llanto doloroso del segundo
a la risa burlona del primero.
  Mas la respuesta, que me dicta ahora
la razón, no mi genio tan doliente,
al par condena al que de todo llora
como a aquel que se ríe eternamente.
  Que, como al tiempo, en sucesión eterna,
componen negra noche y blanco día,
así en el mundo para el hombre alterna,
también con la tristeza la alegría.
  Quien siempre ríe, es porque siente poco;
quien siempre llora, demasiado siente;
si el risueño Demócrito era un loco,
era otro loco Heráclito doliente.
  Y solo aprobará mi poesía
al que, siempre guardando el justo modo,
algunas veces llore y otras ría,
que hay lugar en la vida para todo.
  Ni toda es farsa que a reír convida
nuestra vida, ni lúgubre tragedia;
si damos a la risa media viva,
damos también al llanto la otra media.

1863.

Cristina, o sea Venganza y perdón de amor

A mi amigo el artista Francisco Laso

CANTO PRIMERO

Entre cuantas beldades, ora en prosa
han sido celebradas, ora en rima,
fue la mayor Doña Cristina Llosa,
flor la más bella del jardín de Lima;
que esta insigne ciudad, madre famosa
de hechiceras beldades de alta estima,
nunca engendró ni engendrará ninguna
que tantas gracias y atractivos una.
Breve boca de perlas y de grana;
reluciente mejilla que púrpura
con sus pinceles la Salud lozana;
frente de lirios y de nieve pura:
hermosura ninguna circasiana
la igualara en las rosas blancura,
que cierto no es que pálida o trigueña
sea por fuerza la beldad limeña
Díganlo mil a quienes Lima hoy debe
el no perder su fama gloriosa,
y en cuya faz, entre la blanda nieve,
arde perenne la purpúrea rosa:
dilo, tú, copia de la joven Hebe,
de cuya tez fresquísima y lustrosa
la imagen fiel contemplará quien eche
hojas de rosa sobre blanca leche.
Y dilo, ingrata, tú cuya cadena
ha tanto tiempo que cautivo arrastro,
con quien se ennegreciera la azucena
y se ebanificara el alabastro:
ni tan blanca su faz, tranquila y llena,
muestra en verano de la noche el astro,
citando la noche, con la luz que envía,
es un segundo, pero fresco día.
Tú, cuya pura virginal mejilla
carmín delicadísimo colora,
que al encendido rosicler humilla
que tiñe las mejillas de la Aurora,
por quien de envidia tornase amarilla
la hija más bella de la bella Flora,
cuando en campos que pinta primavera
es reina de las flores altanera.
Mas, aunque hablar de ti me sea grato,
y pintar tu hermosura peregrina,
preguntará el lector si acaso trato,
en lugar del retrato de Cristina,
de hacer en estos versos tu retrato;
y como ella es ahora mi heroína,
es bien que vuelva el verso de contado

a seguir el retrato comenzado.
Tuviera envidia a su flexible cuello
el ave dulce que su muerte canta:
su copioso larguísimo cabello
hollarle puede su pequeña planta
Dejárase por pie tan breve y bello
hollar Amor gustoso la garganta:
mas ya estoy en los pies ¡grave descuido!
Cuando el semblante aún no he concluido.
Su nariz (que es facción que vez muy rara
se halla buena, de modo que nos mueve
a rabia ver en tina hermosa cara
luenga y corva nariz, o chata y breve)
ni un punto de la línea se separa
que una nariz perfecta seguir debe,
y no fuera, a compás y a cincel hecha,
ni más proporcionada ni derecha.
Hasta la negra Envidia, a su despecho,
la linda mano de marfil alaba,
y el brazo hermoso y más hermoso pecho:
mas ¡ay! que lo mejor se me olvidaba:
sin ojos ¿qué retrato habrá bien hecho?
mas, como ésta concluyo, en la otra octava
sus ojos, buen lector, podré pintarte,
que bien merecen una octava aparte (28).
mas no atino a pintar, te lo confieso,
esas oscuras vívidas centellas,
y conozco que anduve bien sin seso
en, prometerte la pintura de ellas;
que es poco, aunque parezca grande exceso,
decir que soles son, que son estrellas;
y así nada diré, pues que me agrada
mas que poco decir, no decir nada.
En fin ella era tal, que dificulto
que otra tan bella en todo Lima hoy halles,
y esto aquí sea dicho sin insulto
de tantos bellos soberanos talles:
a verla y dar a Dios ardiente culto
se paraban las gentes en las calles,
exclamando: Bendito el Señor sea,
¡que tan divinas hermosuras crea!
Mas, como no hubo ni hay nada perfecto
en este bajo mando, borrón era
de tantas perfecciones un defecto:
ser la mujer más vana y altanera
y más contraria al amoroso afecto
que se ha visto jamás o verse espera,
pues quien le dio de la beldad la palma
olvidó darle un corazón y un alma.
Y así, por dentro despiadada y cruda,
la aparente beldad engañadora
era estatua, de espíritu desnuda,
era flor, si bellísima, inodora;
pintura hermosa, pero inerte y muda,

rico palacio donde nadie mora,
suntuoso templo, de su dios vacío,
bello cadáver, insensible y frío.
Ansiaba merecer su blanca mano
de galanes un número infinito:
pero siempre su afán les salió vano;
que al que el imperdonable atroz delito
de pintarle su amor ciego y tirano
osase de palabra, o por escrito,
anhelando a los vínculos nupciales,
colérica negaba sus umbrales.
No valía con ella cosa alguna
para que depusiera su dureza:
buen nombre y opinión, ilustre cuna,
valor, ingenio, honores y belleza,
y hasta los mismos bienes de fortuna
todo lo despreciaba su altiveza:
ni ya más circunstancias enumero,
dicho que despreciaba hasta el dinero.
Nada puede vencer su horror secreto
a Cupido, a quien teme al par que a Marte;
no fue el dios niño de más odio objeto
a la insensible bárbara Anaxarte;
ni la cruda beldad de quien Moreto,
con tan vivo pincel y feliz arte,
pintó el desdén en la española escena,
fue a la amorosa llama más ajena.
Una vïuda ya y anciana tía,
que de madre en lugar siempre ha tenido,
de continuo, a elegir la persuadía
entre tantos amantes un marido;
mas la doncella con tenaz porfía
a su prudente voz negaba oído:
oigamos cómo la habla y aconseja,
algunas veces la sensata vieja:
«¿Por qué la edad de los amores tierna
así malogras, y eximirte quieres
de aquella ley universal y eterna
que encadena varones y mujeres?
Amor es el monarca que gobierna
con blandísima ley todos los seres:
amor, después de Dios, es el segundo
conservador del venturoso mundo.
»En aire, tierra y mar, pez, bruto y ave
sienten de Amor las fecundantes llamas;
plantas y árboles aman, en süave
lazo uniendo las ramas a las ramas;
amar la dura piedra también sabe,
¡y sola tú en el universo no amas,
y tú monstruosa indiferencia sola
la eterna ley del universo viola!
»Ansiosa de lograr tu blanca diestra,
la nobleza de Lima te visita,
y a porfía su amor cada cual muestra,

y agradarte a porfía solicita:
pero tú, a todos a la par siniestra,
con la crueldad más negra e inaudita,
fieros desdenes sin cesar les haces,
despreciando el honor de sus enlaces.
»Pero, al eres discreta, dime ¿dónde,
aunque le busques por el mundo entero,
hallarás un esposo como el conde
don Fabricio de Zúñiga y Guerrero?
Lo galán y discreto, corresponde
en él a lo valiente y caballero:
por él suspiran todas las limeñas,
y tú sola le esquivas y desdeñas.
»Mas al tiempo veloz, que no reposa,
el persuadirte a costa tuya dejo:
cuando tan fea cuanto es hoy hermosa
tu cara mires en el fiel espejo,
sin esperanzas ya de ser esposa,
dirás arrepentida: buen consejo
me daba cuerda mi difunta tía,
¡y yo, necia de mí, no la creía!»
Pero la interrumpía su sobrina
diciendo: «Será acaso devaneo,
mas la naturaleza no me inclina
al amor, ni a los lazos de himeneo:
deja que goce libertad divina
que a toda costa conservar deseo:
que viva deja, déjame que muera
en el feliz estado de soltera.
»Si del placer es para ti la fuente
y el alma de la tierra y de los cielos,
Amor es para mí tan solamente
padre de las rencillas y los celos;
él es del llanto el manantial ardiente,
él cría las sospechas y desvelos,
y en fin él es la causa y el origen
de cuantos fieros males nos afligen.
»Fuera de esto, a tu gusto en todo cedo;
mas te digo, por mucho que te asombres,
que vivo, ni pintado sufrir puedo
al odioso linaje de los hombres:
todos ellos me causan odio y miedo:
si me amas, ni siquiera me los nombres,
que es cual si me nombraras los demonios,
ni me propongas nunca matrimonios.
«¡Tener yo amor! ¡yo de un tirano fiero
que marido se llame ser esclava!
¡Yo ser vasalla del Amor! primero
que me hiera una flecha de su aljaba,
mi pecho rasgue matador acero!»
Y tanto enojo y furia demostraba,
que la anciana callábase prudente,
compadeciendo su furor demente.
Mas llegó un tiempo en que, de ver corrido

que a domar tal soberbia nada alcanza,
bien como suya, imaginó Cupido
una feroz y bárbara venganza,
sacándola de tino y de sentido
con un extraño amor sin esperanza,
en el cual escarmiente el mundo, y huya
de ofender tal deidad como la suya.

CANTO SEGUNDO

Es de saber que a Lima entonces vino
para la noble tía una pintura,
obra maestra de pintor divino,
de tal celeste gracia y hermosura,
tan natural y viva, que no atino,
por mucho que mi ingenio lo procura,
su mérito a expresar remotamente,
ni lo lograra pluma más valiente.
Representaba a aquel (29) que la manzana
dio a Citerea; y nunca tan hermoso
pareció ante la adúltera Espartana
que, turbando a dos mundos el reposo,
huyó ciega con él a la troyana
ribera, abandonando al rey su esposo,
su patrio Eurotas y su infante prole,
cuanto hermoso allí el arte retratole.
Y es, tanta la verdad del colorido,
y tal bulto aparenta y tal relieve,
que, del fondo del cuadro desprendido,
parece que respira y que se mueve:
espera las palabras el oído;
y para que a la vista su error pruebe
y la convenza de que es lienzo plano,
preciso se hace el aplicar la mano.
Apenas le miró la humana fiera,
cuando, sin saber cómo, en un instante,
siente ablandarse y convertirse en cera
el pecho de durísimo diamante;
cual si echado raíces allí hubiera,
enclavada detiénela delante
del cuadro que figura al Pastor Frigio
la fuerza irresistible del prodigio.
Fija la vista en él, no pestañea,
y ni un punto los ojos dél aparta,
que, mientras más le mira, más desea
mirarle, de mirarle jamás harta:
mas en verle, pintado, se recrea,
que, vivo, un tiempo la beldad de Esparta,
cuando el ofendido Menelao
los alejaba voladora nao.
Y por mirar a Paris, no repara
en Citerea, en Juno y en Minerva
que hacia él avanzan con nobleza rara
a hacerle juez de su contienda acerba.

Su gran belleza diosas las declara;
pero Cristina su atención reserva,
sin hacer caso del divino grupo,
para aquel solo que hechizarla supo.
Y sin color, y sin aliento, y muda,
tanto en mirar al cuadro se extasía,
que de si vive o de si muere en duda
quien la viera en tal acto quedaría:
su propio ser en el que mira muda,
e, inmóviles entrambos a porfía,
la creyeras inánime escultura,
o pintura mirando otra pintura.
Un amor desde entonces infinito
de su alma y sus sentidos se hace dueño:
le es tósigo el manjar más exquisito,
y en blandas plumas la desoye el sueño:
ya el lozano frescor se ve marchito
del semblante purpúreo y marfileño:
ya no es más que la sombra ¡ay Dios! de aquella
tan vana y desdeñosa cuanto bella.
Pendiente del retrato noche y día
de ella le pide que por fin se duela,
y tanto se afervora y desvaría,
que lo abraza y lo besa, muda tela
hallando solo, indiferente y fría,
en vez del hombre que encontrar anhela;
como, en vez de mujer, hallaban antes
una insensible estatua sus amantes.
«¡Qué leo! ¡enamorarse de un retrato!
(No faltará lector que esto me diga)
¡No, no es posible amor tan insensato!»
Mas es bien considere que castiga
el corazón durísimo o ingrato
de su vana o indómita enemiga
El vengativo Dios, que bien pudiera
castigarla con pena más severa.
A más, tan imposible no es la cosa
como parece, pues contino vemos
a mil prendados de una necia hermosa
hacer los más ridículos extremos
por el cuerpo sin alma de una diosa;
y tú, lector, y yo tal vez estemos
enamorados de mujeres fatuas
que más bien que mujeres son estatuas.
Todo lo pueden el amor y el oro;
y en las historias de otros tiempos hallo
que Pasifae se prendó de un toro
y Semíramis quiso a su caballo;
con otros casos mil que, por decoro
y por huir prolijidades, callo;
y harto de Amor las fuerzas testimonia
la reina de la antigua Babilonia.
Y si ella amó al corcel, y Pasifae
se enamoró de la cornuda fiera,

en rareza menor Cristina cae,
que el retrato de un hombre ama siquiera,
la semejanza fiel es quien la atrae,
que del pincel la magia es de manera,
que tal vez, al copiar, ya no es distinta
de la viva figura la que pinta.
  Y si el efecto o ilusiones raras
que obran las realizadas fantasías
de las artes, lector, dificultaras,
te diré que en Madrid por muchos días
(y eso que hay en Madrid muy buenas caras)
me enamoré de la hija de Herodias,
que viva al lienzo trasladó Ticiano,
y no es pintura, sino rostro humano.
  Y aunque debiera darme horror y espanto
verla con la cabeza del Bautista
infame premio de su danza tanto
supo hermosearla el inmortal artista,
que a su beldad y voluptuoso encanto
no hay duro corazón que se resista;
y de ella me prendé, como pudiera
de alguna mujer viva y verdadera (30).
  Y todas las mañanas al Museo
íbame a devorarla con los ojos:
aún me parece que ante mí la veo
con esos entreabiertos labios rojos;
aún contemplar esa garganta creo
y aquella espalda, del amor antojos;
aun es de mis deseos acicate
la fresca carne que, cual viva, late.
  Y del Corregio y del pintor de Urbino
amé también las hijas hechiceras,
y tendrás por mayor mi desatino,
si el que están en el suelo consideras
que el mar circunda y parte el Apenino (31),
y en donde el sexo hermoso lo es de veras,
no como en otras partes donde creo
que debiera llamarse sexo feo.
  Prendome sobre todo la divina
hermosura de aquella Galatea
que ostenta la orgullosa Farnesina (32),
y que en su concha en triunfo se pasea
por la extensión pacífica marina:
copiola el Sancio de su propia idea (33),
cuando, de perfección en tanto anhelo,
no le bastaba terrenal modelo.
  Pero, ¿qué corazón la más que humana
beldad, no dejará de amor cautivo,
de alguna, o Venus, o Minerva, o Diana,
marmóreas hijas del cincel Argivo?
Y de ti, oh de las Venus soberana,
Venus de Milo, enamorado vivo,
sintiendo que en el mundo las mujeres
no sean tan hermosas cual tú lo eres.

Ni olvido a Pigmalión que, no contento
de terrena beldad, estatua labra
a quien da cuanto finge el pensamiento,
y a quien falta tan sólo la palabra:
y al contemplar tan mágico portento,
es fuerza que el Amor el pecho le abra,
y que, prendado de su propia hechura,
ciñan sus brazos una piedra dura.
Y a Venus sin cesar sus preces manda
para que anime estatua tan hermosa;
hasta que, oyendo su tenaz demanda,
compadecida la potente Diosa
le da que el mármol duro en carne blanda
se cambie, descendiendo amante esposa,
el tálamo dichoso la reciba,
esculpida mujer, estatua viva.
Mas del arte apartándonos ahora,
si a amar empieza una mujer cualquiera,
¿de qué es de lo que el hombre se enamora?
No ya de su belleza verdadera;
el propio parto de su mente adora,
enamorado está de una quimera,
que perfecta y divina se figura
y más hermosa aún que la Hermosura.
Si pues es nuevo Pigmalión cada hombre
que se enamora de su propia idea,
¿quién habrá que se admire y que se asombre
del amor de Cristina y no lo crea,
y a mí me dé de mentiroso el nombre?
Mas Cristina me llama y me desea,
por que tanto su duelo no dilate,
y dél la libre o de una vez la mate.
¿Qué fue de esa Cristina tan hermosa,
altiva reina de sumisa corte,
la mujer mas altiva y desdeñosa
que se pudo encontrar del Sur al Norte,
la que, cual ángel o celeste diosa,
despreciara un monarca por consorte?
¡Ah! que hoy suspira, de un retrato esclava,
la que a todos los hombres desdeñaba.
Ardía todo Lima en sus amores;
do quier seguían sus esquivas huellas
más amantes que Mayo cría flores
o noche de verano enciende estrellas;
pues la que ansiaban tantos amadores,
la que envidia causaba a las más bellas,
hoy en profunda soledad se mira
y sólo triste compasión inspira.
Así a veces se queja en mal tamaño,
mientras vierte de lágrimas un río;
«¿cuándo un amor se ha visto tan extraño,
tan vano o imposible como el mío?
¡Ay! que yo soy la causa de mi daño:
yo con mi orgullo y mi desdén impío

merecí del Amor este castigo
y esta venganza atroz que usa conmigo.
«Oh tú que así de amor me tienes loca,
¡Quién pudiera infundirte el alma y vida!
¡Quién amores oyera de tu boca
que a besos que no vuelve me convida!
¡Quién en tu pecho, que hoy en vano toca
mi ardiente pecho en que el amor se anida,
pusiera un corazón cuyos latidos
vibraran con los míos confundidos!
« ¿Por qué no mueves hacia mí tus plantas,
cuando te buscan las ansiosas mías?
¿Por qué nunca a mi encuentro te adelantas,
cuando te vengo a ver todos los días?
¿Por qué tu eterna cárcel no quebrantas?
¿De tu inmovilidad nunca te hastías?
Baja, baja por fin, baja al momento
a la vida, al amor, al movimiento.
«¿Por qué me miras con tan dulces ojos,
si nada sientes, ni me pides nada?
¿Por qué sonríen esos labios rojos,
si está la voz en ellos sepultada?
¿Por qué, sin que te apiaden mis enojos,
ni tu dureza mi pasión invada,
te miro, a mi dolor indiferente,
en el mismo ademán eternamente?
«Baste ya, baste, y con mi ardor despierto,
oye por fin la voz con que te llamo;
ese labio que ríe entrëabierto
de abrir se acabe, y me repita: te amo;
anime un corazón tu pecho muero,
que responda al anhelo en que me inflamo,
y al fin abiertos tus inertes brazos
mi cuello ciñan con amantes lazos.
«Mas, aunque sé que eres un vano lienzo
que con sombra y color animó el arte,
y aunque me asombro siempre y avergüenzo,
conociendo lo que eres, de adorarte,
con nada mi pasión combato y venzo;
nada ha podido ser, ni será parte
a que, aunque tengan vida verdadera,
mi amor a los demás no te prefiera.
«Pero ¿qué digo? acaso fiel traslado,
copia de un hombre verdadero fuiste,
¡y vive de beldad ese dechado,
y aquella gracia celestial existe!
Y no sospecha que de mí es amado,
y que por é1 yo me desvivo triste;
que, si mis ansias y mi amor supiera,
también me amara, por piedad siquiera.
«Mas, ¿dónde, dónde vives, alma mía?
¿Qué dichosa región tal joya encierra?
¡Ah! ¡yo, sin descansar noche ni día,
pasando mar, desierto ardua sierra,

a pie, mendiga, sola, llegaría,
a las extremidades de la tierra,
si al fin supiera que en alguna parte
del ancho mundo me era dado hallarte!
«Mas ¡ay! es imposible que en aqueste
planeta vil tanta belleza exista,
y del Levante hasta el extremo Oeste
jamás la hallara la anhelante vista;
subió inspirado a la mansión celeste
el alto numen del sublime artista,
vio al más bello ángel, y al volver al suelo,
fiel le copió para mi eterno duelo.
«¡Ay! que así delirando, el fiero dardo
ahondo más en la enconada llaga,
y, tanto apeteciendo, nada aguardo
que mi ardiente deseo satisfaga!
acelera hacia mí tu vuelo tardo,
oh tú, consoladora dulce maga,
porque de tanto mal en el asedio,
eres, oh Muerte, mi único remedio».
Y así diciendo, pronto a las usadas
caricias torna, y a los vanos besos
y a los llantos y quejas no escuchadas
y a todos sus inútiles excesos:
sólo le puede hablar con las miradas,
los miembros todos en la tela presos,
la idolatrada imagen, y con esta
habla muda tan sólo le contesta.
Pero tú, pero tú, que desconoces
mi sincera pasión, ni con el habla
de los ojos respondes a mis voces,
más insensible que pintada tabla
a mis tormentos duros y feroces:
mi amor en vano a tus oídos habla
un idioma ardentísimo de fuego:
vencer no logro tu fatal despego.
Vano es mi dulce lisonjero halago,
vana de amor toda patente prueba:
tú miras de mis lágrimas el lago,
sin que su vista a compasión te mueva;
y en vano el gusto te adivino, y hago
en cada día una fineza nueva:
nada te infunde el alma y sentimiento:
soy cual la triste cuya historia cuento.
Y tanto fue creciendo su manía,
que, privada de sueño y de sustento,
consumiendo se fue de día en día,
y se quedó cadáver macilento
que el más crüel a compasión movía
era sólo su vida un morir lento,
un doloroso agonizar constante,
un arrancarse el alma a cada instante.
Acongojada la amorosa dama,
mirando adolecer a su sobrina,

facultativos, numerosos llama,
insignes por acierto y por doctrina,
para que den salud a la que ama:
mas, ¿qué maravillosa medicina,
o qué ignorada yerba el pecho cura
de la amorosa pertinaz locura?
¿Qué específicos raros, qué cordiales
podrán curar del alma la dolencia,
cual se curan dolencias corporales?
¿Cuándo los hombres lograrán la ciencia
que sane del espíritu los males
y del dolor aplaque la violencia,
y que corte del alma el amor fiero
cual corpóreo tumor corta el acero?
¡Ay! que ni hierro tajador, ni fuego,
de un alma arranca, en el dolor sumida,
el obcecado amor, rebelde y ciego,
que se arraiga en las fuentes de la vida;
y, aunque es para el Amor frívolo juego,
con nada cierra la profunda herida
que abre su aguda envenenada flecha,
cuando la asesta al corazón derecha.
La rica anciana que jamás fue avara
vanamente ofreció toda su hacienda
al que a Cristina la salud tornara,
guardando a su vejez tan dulce prenda:
mas de dolencia tan profunda y rara
no hay quien la causa ni el remedio entienda,
y de curar tentados cuantos modos
enseña el arte, la desahucian todos.
Se desespera la infeliz señora
viendo que su Cristina se le muere,
y noche y día sin consuelo llora,
y con ella morir a un tiempo quiere;
triste contempla a la que tanto adora
mirar al cuadro que de amor la hiere
con tan viva atención, cómo si fuera
cada vez que le mira la primera.
Y tal vez a su pecho la estrechaba,
y en sus labios mil besos imprimía,
y consuelo infundirle procuraba,
y los nombres más dulces le decía;
lágrimas con sus lágrimas mezclaba
suspiros con los suyos confundía,
y los más crudos pechos que las vieran
en lágrimas también se deshicieran.
Y así en tan crudas ansias veladoras
y en penas y congojas tan impías,
vio Cristina lucir tristes auroras,
vio Cristina cerrar noches sombrías;
hasta que el mudo vuelo de las horas
y sucesión eterna de los días,
el término cumpliendo de dos años,
puso fin a tormentos tan extraños.

Pues el Amor, al cabo satisfecho
de horrible castigo que le ha dado,
y del estrago en sus encantos hecho
compadecido, y de su triste estado
volver resuelve al dolorido pecho,
que ya purgó bastante su pecado,
la paz perdida, y fue de la manera
que saber puede quien saberla quiera.
Pues conocer el fin de su congoja
no te puede costar mayor trabajo,
lector querido, que voltear la hoja,
si es que un instante el cuento te distrajo
y mi estilo al contarlo no te enoja,
que encumbro a veces y que a veces bajo
y si esta parte entristecer te hace,
espera un venturoso desenlace.
Mas, si en esta mi historia lo que enfada
son tantas digresiones por ventura,
cual río, que, vecino a su llegada,
al inmenso océano se apresura,
así mi narración acelerada
irá al cercano fin en derechura;
y si en más digresiones tú reparas,
serán, lector, tan cortas como raras.

CANTO TERCERO

En aquella sazón llegó de España
con el nuevo virrey un caballero,
de belleza tan grande y tan extraña,
que contentara el gusto más severo:
ningún lunar su perfección empaña,
y ni la misma Envidia le halla pero,
junto a é1 de Belveder fuera el Apolo
sombra y bosquejo de beldad tan sólo.
Pintártelo, lector, me proponía;
pero no es bien que retratar presuma
con mi descolorida poesía
su noble gracia y su belleza suma:
para pintarlas, menester sería
que se cambiara en un pincel mi pluma,
aunque hay plumas también que son pinceles
que igualan los del Sancio y los de Apeles.
Y plumas suele haber tan superiores,
que, al pintar una cosa, linda o fea,
convierten las palabras en colores:
¡Lástima que la mía no lo sea!
Y así no puedo dar a mis lectores
sino una vaga o imperfecta idea,
bosquejo débil y no fiel traslado,
del hermoso Español recién llegado.
Con el retrato a quien Cristina adora
mi admiración tan sólo le compara;
y del uno y del otro, a lo que ahora

se puede ver, la semejanza es rara:
mas, si hay tal semejanza asombradora,
yo te diré que la razón es clara,
pues es muy natural, lector sensato,
que un hombre se parezca a su retrato.
  Que, al pintar al adúltero Troyano,
el artista le tuvo por modelo;
y para hallar modelo más cercano
a suma perfección, con vano anhelo
no sólo recorriera el reino hispano,
sino también el ámbito del suelo;
y, si hermoso el retrato parecía,
él era más hermoso todavía.
  Más de una carta de favor traía
para la que madre es de la cuitada,
y a señora tan noble y de valía
fue solícito a ver a su llegada;
t, como ni un instante se desvía
Cristina de la imagen adorada,
al pie del cuadro, y en la sala sola,
el extranjero joven encontrola.
  No notó ella su entrada, que a la puerta
la espalda daba, el cuadro de hito en hito
mirando: llama aquél por que lo advierta
la que niega a sus ojos el palmito;
ella, al cabo, de su éxtasis despierta,
y volviendo la cara, lanza un grito,
viendo al retrato que ama al otro lado
en un hombre bellísimo encarnado.
  Y un sueño le parece, una mentira
que le finge su mente alucinada,
y ahora al vivo, ahora al pintado mira,
devorando a los dos con la mirada;
de verlos juntos más y más se admira,
y no sabe cuál es quien más le agrada,
aunque a creer que agrádale comienzo
mas el hombre de carne que el de lienzo.
  Y ¡qué ansias vivas y qué impulsos siente
de correr desalada al joven bello,
y estampar en su boca un beso ardiente
y con sus brazos enlazar su cuello!
Mas se reprime, que, aunque eternamente
al retrato acaricia, pasa aquello
con un retrato o una estatua hermosa;
mas con un hombre vivo, es otra cosa.
  Aunque habrá muchas que me arguyan que eso
hacerlo con un cuadro, es manifiesto
indicio de simpleza y poco seso,
y que es más natural y en razón puesto
a algún hombre abrazar de carne y hueso,
aunque no sea de tan lindo gesto,
que al lienzo más hermoso bello busto,
los cuales ni reciben ni dan gusto.
  El Español en tanto la saluda

y dice: Bella niña, Dios os guarde:
ella va a hablarle de su pena aguda
y del amor en cuyas llamas arde;
pero la lengua se mantiene muda,
y el natural pudor la hace cobarde,
y le detiene a la mitad la planta
que presurosa al joven se adelanta.
Y, cuando advierte que hacia el joven iba,
sí el pudor celeste profanando,
Tiñe la blanca faz en grana viva,
al suelo las miradas humillando;
al fin de allí se escapa fugitiva,
al hermoso Español maravillando
que, al ver tal porte, con razón no poca
la califica rematada loca,
Mas, quedándose solo, al fin repara
en lo que representa la pintura,
en que antes, claro está, no reparara
por mirar a la viva criatura;
en ella al punto conoció su cara
y su propia persona y apostura,
hallándose tan fiel en el cotejo,
como si se mirara en un espejo.
Entonces algo a sospechar comienza
de la verdad de tan extraño caso
y a entender la atención y la vergüenza
de la doncella de juicio escaso;
otra vez llama, y antes que le venza
el tedio de aguardar, con presto paso
salió, y con la mayor cortesanía
le recibió la cariñosa tía.
Sin quedar de su trato enamorado,
el joven de la vieja no se aparta:
venir con el virrey, ser su privado,
causa es de agrado y de atenciones harta;
y a tantas cartas de favor añado
la que fue de favor la mejor carta:
el gentil parecer y la belleza,
carta que da al nacer naturaleza.
A todos se dirige el sobrescrito,
cual primitivo universal lenguaje,
y por ella el viajero y el proscrito
hallan más blando y fácil hospedaje;
no hay pueblo alguno de tan fiero rito
que al extranjero hermoso no agasaje:
¡Irresistible magia que conquista
los corazones a primera vista!
Mas ya la triste enamorada espera
y a confortarla empieza la esperanza,
esa maga tan dulce y lisonjera
que todo mal a suavizar alcanza:
bastó que entre retrato y hombre viera
una grande perfecta semejanza,
y aguarda ya, por mucho que le cueste

lo que de aquél no pudo, lograr de éste.
Y torna nuevamente a amar la vida,
y la muerte espantosa no desea,
ni a venir con instancia la convida
para que en trance tal su alivio sea:
ya la tiene de nuevo aborrecida
y ya de nuevo le parece fea,
y considera que es aún muy joven
para que penas el vivir le roben.
Y se imagina con terror y espanto
verse envuelta en la fúnebre mortaja,
y, de los monjes al solemne canto,
ser conducida en la mortuoria caja
a la eterna mansión del Camposanto;
y le parece con horror que baja
al hondo seno de la oscura tierra
que ya sobre ella sus abismos cierra.
Y como ya no es tanta su tristeza,
y como el alma admite algún consuelo,
ya su salud a florecer empieza,
y el ayuno ya cesa y el desvelo;
a retoñar principia su belleza,
cual planta, muerta con el crudo hielo
del invierno, en la nueva primavera
día a día sus galas recupera.
El hermoso Español la extraña historia
de Cristina infeliz bien pronto sabe,
(que en Lima hasta a los niños es notoria)
y entiende que la abruma el peso grave
de la cruda venganza y la victoria
del dios que tiene en su poder la llave
de todos los humanos corazones
y envuelve lo creado en sus prisiones.
Primero el tierno corazón se apiada
del infeliz estado de Cristina,
y el verla de su imagen tan prendada
a justa gratitud después le inclina:
no era además de su beldad pasada,
cuando él la llegó a ver, tal la rüina,
que no pudiese conocer cualquiera
que igual no tuvo su beldad primera.
Y torna a ver a la afligida presto
y la halla menos triste y más bonita,
y más le va gustando por supuesto:
cada vez es más larga la visita:
ella entre tanto con rubor honesto
calla del pecho la amorosa cuita,
mas la dicen sus ojos mal su grado,
que son lenguas que nunca se han callado.
Cuando, ausente el que adora, mira atenta
de su retrato la beldad divina,
no como antes el verle la atormenta,
porque su amor en él ya no termina,
sino que pasa a aquel que representa

y a quien ver en el lienzo se imagina:
ya no ama la pintura en ella propia,
sino en aquel cuya belleza copia.
Ya con primor se toca y atavía,
y vuelve a usar de femenil adorno,
y en públicos paseos extasía
la muchedumbre que se apiña en torno:
cobra una nueva gracia cada día;
ya parecen de nuevo hechos a torno
los blancos brazos, y la mano blanca
compite ya con el jazmín que arranca.
Torna el pecho turgente a ser cual onda
de mar tranquilo que en la blanda orilla
va y viene, y la garganta ya redonda
se muestra, y purpurina la mejilla;
mas no encuentro expresión que corresponda
a tan perfecta hermosa maravilla,
que a la Cristina de otro tiempo excede
es lo más que mi verso decir puede.
Que, si cual hoy, entonces la doncella.
más perfecta y hermosa fue de Lima,
entonces fría estatua se vio en ella,
y hoy es belleza que el amor anima;
pues, para que una bella sea bella,
es necesario que el amor le imprima
esa expresión de espiritual dulzura
que él sólo puede dar a la hermosura.
Que, cuando un crudo pecho el amor doma
y en sus fuegos lo abrasa, de repente
animada expresión el rostro toma,
en vez de la primera indiferente:
hablan los ojos silencioso idioma
como el que hablan los labios elocuente,
y, sin que el labio a los acentos se abra,
iguala la sonrisa a la palabra.
Ya es cual la flor que a su belleza junta
la fragancia más pura y exquisita,
es la hija de Jair, cuya difunta
beldad la voz de Cristo resucita,
la estatua a quien la diosa de Amatunta
traslada el fuego que su pecho agita;
palacio donde mora un rey potente,
templo que anima la deidad presente.
Mas creció su belleza, si incremento
tanta belleza recibir podía,
de ser amada con el gran contento
y la felicidad y la alegría;
del cuadro a vista, el Español el cuento
a la atenta Cristina refería
de haber él sido (que amistad lo ordena)
vivo modelo del raptor de Elena.
Y añadió: «¿Quién entonces me dijera
que, atravesando un día el océano,
y que, viniendo a Lima la hechicera

desde el distante suelo castellano,
antes que su modelo, conociera
vuestro divino rostro soberano,
y en vuestros lares mereciera abrigo,
la obra dichosa del pintor amigo!
«Si copia fiel de la hermosura, vuestra,
sol cuya luz ni leve nube empaña,
hecha por mano primorosa y diestra,
llevado hubiera a la feliz España
la más divina y portentosa muestra
de la tierra gentil que el Rímac baña,
y las beldades mágicas que cría
¡esta nueva mejor Andalucía!
«Si anticipado hubiéranme los fieros
hados, conmigo tanto tiempo avaros,
el celestial placer de conoceros,
y la inefable dicha de adoraros,
en copia sólo me bastaba veros,
¡oh divina belleza, para amaros,
y a vuestras plantas con fervor rendiros
del alma los más íntimos suspiros!»
Dice, y cayendo ante sus pies de hinojos,
la de Cristina con su mano toca:
ella, encendidos los claveles rojos
de las mejillas, calla con la boca,
hablando sólo con amantes ojos,
que toda voz a declarar es poca
lo que sintiendo están entrambos pechos,
al gran tumulto del amor estrechos.
Con miradas de imán vence y fascina
y atrae el uno al otro dulcemente,
y el uno al otro más y más se inclina;
ya se junta una frente a la otra frente;
de la joven la boca purpurina
toca del Español el labio ardiente,
y atados quedan en un largo beso,
de amantes brazos cada cuello preso.
¿Quién dulzura dará a mi pobre verso
con que la dicha de sus almas cante?
Un día de otro día no es diverso:
es todo el tiempo un venturoso instante.
Ante ellos desparece el universo;
para cada feliz amado amante
es el otro feliz amante amado
el solo ser que existe en lo creado.
¡Dulcísimos coloquios donde suena
sin cesar el tan dulce: «yo te adoro»,
bien a Cristina le pagáis su pena,
y su cruel desesperado lloro!
No envidia ya, de regocijo llena,
del cielo santo al más dichoso coro,
que no ha dicha mayor en lo creado
que la dicha de amar y ser amado.
Y Cristina a su amante dice a veces:

«puesto que el cielo el bien me ha concedido
que no le osaban demandar mis preces,
mi tormento feroz echó en olvido;
y, aunque he apurado del dolor las heces,
no siento el haber tanto padecido,
pues del pasado mal me recompensa
de amar amada la ventura inmensa.
«Cuando miro el placer que mi alma endiosa,
oh dulce dueño, cuando estoy contigo,
el tiempo de soberbia desdeñosa,
en que he vivido sin amar, maldigo...
Mas fue mejor mostrarse de amorosa
pasión el pecho entonces enemigo,
porque así, de tu amor cual adivina;
para ti sólo se guardó Cristina.
«Si tanto te adoré sin conocerte;
y sólo por imagen y traslado,
cuando te reputaba tela inerte
y vano ser por el pintor ideado;
¿cómo habré de adorarte, hoy que la suerte
me da mirarte vivo, aquí, a mi lado,
y que tú, agradecido a mis amores,
con igual frenesí también me adores?
«Y pues el amor tanta dulzura,
y sin amor la vida no comprendo,
y es el mundo desierta sepultura
de cuantos sin amor viven muriendo,
mientras aquí nuestra existencia dura,
gocemos en amarnos, y no siendo
sino un alma en dos cuerpos, ni la muerte
consiga desatar lazo tan fuerte».
Y el amoroso joven respondía:
«no más recuerdes, adorado dueño,
el tiempo de tu loca idolatría,
y el vano ardor y el insensato empeño
con que, prendada de la imagen mía,
te consumiste cual ardiente leño,
la gran belleza reduciendo a sombra
que Lima entera su ornamento nombra.
«¡Ah! cuando pienso en el horrible duelo
que te hice padecer, aunque inocente,
de haberte amado el imposible anhelo
el corazón me abrasa vanamente.
¡Quién entonces a tu amor diera consuelo,
adelantando nuestro bien presente!
¡Cuántas veces, en vano, he deseado
que cambiar se pudiera lo pasado!
«¡Y consumiendo tal belleza estuve,
sin yo saberlo! ¡y el divino rostro,
que fiel retrata el de inmortal querube,
y a cuya vista, idólatra, me postro,
por mí velaba del dolor la nube,
amortecidos el jazmín y el ostro!
¡Y por mí se quejó la dulce boca

que el beso de los ángeles provoca!
«¡Y fue por mí por quien de amargo llanto
desperdiciaron cristalinos mares
los grandes ojos que me abrasan tanto,
que sufriera peligros a millares
y arrostrara mil muertes sin espanto,
para que ni el menor de los pesares,
ni la pena más leve y pasajera,
una lágrima sola les bebiera!
«Mas, pues ni el mismo Dios cambiar pudiera
los días que pasaron, yo te juro
que horas de amor y dicha placentera
solo habrá de brindarte lo futuro:
adorarte será mi vida entera,
y de la tumba ni en el seno oscuro
podrá nunca extinguirse el amor mío,
que alma será de mi cadáver frío!
«Del dilatado y hórrido tormento
que el cielo vengador enviarte quiso
será mi amor el inmortal descuento:
yo tu esclavo seré, tierno y sumiso,
y obedecer tu oculto pensamiento
en la tierra será mi paraíso».
Así la adora, y entre tanto extática
oye Cristina la amorosa plática.
Con silencio expresivo le contesta,
ni consiente su gozo que más hable;
y le mira entre amante y entre honesta,
con celeste expresión inenarrable:
es para ambos la vida eterna fiesta,
una ilusión divina y perdurable,
un sueño celestial y permanente,
el mismo siempre y siempre diferente.
¿Quién dirá cuál se alegra y regocija
la tan discreta cariñosa anciana,
al ver a la que siempre amó cual hija
de una y otra locura por fin sana?
Alegres ojos en los novios fija,
y los bendice con la diestra ufana,
rogando que el Eterno les conceda
una vida tan larga como leda.
Al fin lució la aurora en que el divino
Himeneo encendió la pura tea,
uniéndolos con lazo diamantino
que hasta la muerte duradero sea.
Es el virrey el ínclito padrino;
Lima toda en las fiestas se recrea,
siendo alegres y ricas entre todas
aquellas nobles venturosas bodas.
Guardaron sus afectos amorosos,
en paz viviendo nunca interrumpida,
aquellos felicísimos esposos
los años todos de su larga vida;
hijos tuvieron más que el padre hermosos,

hijas por quien la madre fue excedida,
pues cada uno es fuerza y cada una
que de ambos padres las bellezas una.
Y entre puros seniles regocijos,
de grato amor y reverencia objetos,
y de cuidados tiernos y prolijos,
en sus últimos días, siempre quietos,
gozaron a los hijos de sus hijos,
y a los hijos gozaron de sus nietos:
y su vejez postrera parecía
tarde serena de sereno día.
¡Oh tú a quien este ejemplo hago presente,
el leerlo, oh ingrata, te acobarde;
de Cristina el castigo te escarmiente;
y pues fuerza es amar temprano o tarde,
tu claro ingenio y tu temor prudente
el castigo de Amor no es bien que aguarde,
y a su venganza y punición tremenda
adelanta solícita la enmienda.
Pídele ya perdón de tanta ofensa;
y, pues bien sabes que te adoro ciego,
mis constantes ardores recompensa,
y tu diestra a mi fe concede luego.
¡Ah! no retardes mi ventura inmensa;
y de amor, de placer y de sosiego
el hado blando nuestra vida teja,
cual la de aquella tan feliz pareja.

1863.

A Dina

Te suis matres metuunt juvencis,
te senes parci, miseraeque nuper
virgines nuptae, tua ne retardet
aura maritos.

HORACIO

Cual voluble mariposa,
en bellísimo jardín,
va del clavel al jazmín
y del jazmín a la rosa,
así tú, bella liviana,
con versátil proceder,
hoy mudas tu amor de ayer
y el de hoy mudarás mañana.
No tanta de estrellas es
la hueste en noches serenas,
ni tiene la mar arenas,
ni flores el quinto mes,

ni muda el cielo colores
en la tarde o en la aurora,
como tú, bella traidora,
cambias sin cesar de amores.
¿Qué hechizo tienes, qué imán
que cada día la cuenta
de tus galanes se aumenta
con algún nuevo galán?
Vituperados en vano,
en tu salón juntamente
se ve el rubio adolescente (34)
y el encanecido anciano.
¿Qué rico no te promete
sus caudales? tu secreta,
¿de qué joven o poeta
versos no guarda o billete?
Y, a pesar de tu liviano
harto conocido porte,
no falta quien de consorte
te ofrezca palabra y mano.
Mas, ¿qué mucho, si severa
en ti la Envidia no ve,
desde la frente hasta el pie,
la imperfección más ligera?
¿Quién vio facciones tan bellas,
sin que las manche lunar?
¿Quién vio tal frente, y tal par
no de ojos, sino de estrellas?
Son como hechas a pincel
tus cejas: tu dulce boca
a darte besos provoca,
mas suaves que la miel.
Y con tu blancura suma
nada a competir se atreve;
que no es tan blanca la nieve,
y es menos blanca la espuma.
No la iguala el naterón,
ni dentro el verde pacay
tan albos capullos hay
de dulcísimo algodón.
Mas, si vista no hay que tache
tu blancura sin reproche,
a tu frente dio la Noche
su cabello de azabache.
No hay flor ninguna del valle,
ni leve flexible mimbre,
que con la gracia se cimbre
con que se cimbra tu talle.
Casto propósito arrollas
del que te ve a su pesar,
cuando con gracia sin par
bailas las danzas criollas,
y con la planta ligera
tocando apenas el suelo,

juegas el blanco pañuelo
y la ancha arqueada cadera.
A quien no rindió la vista
de tu beldad, no te hable,
que tu dulce trato afable
de seguro le conquista.
Saben palabras tus labios
tan astutas y halagüeñas,
que fascinas y domeñas
los más duros y sabios.
Y de los viejos despiertas
en los fríos corazones
las juveniles pasiones,
por tan largos años muertas.
Las madres por sus hijuelos
viven de ti recelosas,
y noveles esposas
inspiras amargos celos.
Temiendo su paz antigua
perder con tan fuerte encanto,
a tu encuentro el monje santo
retrocede y se santigua.
Porque tu belleza es tal,
y tales tus gracias son,
que a veces (Dina, perdón)
te juzgó el genio del mal;
pienso no eres Lucifer
que con obras y palabras
nuestro eterno llanto labras,
disfrazado de mujer.

1863.

A Fabio

Que me aconsejaba dejar la poesía

SÁTIRA

No más me culpes de que en ocio inerte
las horas pase de mi inútil vida,
y que, con fin que unísono concierte,
líneas iguales al oído mida;
ni que, llamado a más dichosa suerte,
con que mi rica patria me convida
que nada a nadie liberal rehúsa,
siga las huellas de la hambrienta Musa.
Ya sólo espero de tu cuerdo labio
saber qué oficio me dará más oro:
¿tal vez quisieras, persuasivo Fabio,
que, mono en gestos y en la charla loro,
y más que en leyes en engaños sabio,
lumbrera fuese del peruano foro?

¿O verme escriba tu amistad quisiera,
que al abogado en honradez supera?
¿O que acreciente el número prefieres
de aquellos que con sed, que el oro aumenta;
son viles insaciables mercaderes
de la que no es justicia sino venta?
¿O el cuerpo que entre bailes y placeres
nuestra patria en Europa representa,
y a quien la patria, liberal y noble,
los años de servicio cuenta al doble?
¿O qué me aliste en el logrero bando
que se enriquece en término de un día,
inicuos pactos del traidor comprando
a quien la patria sus destinos fía?
¿O que, vendida al poderoso mando,
de toda ley la violación impía
mi voz defienda, armada de sofismas,
en el santuario de las Leyes mismas?
¿O puede más aplauso merecerte
el que la espada manejando fiera,
su oficio usurpe a la enemiga Muerte
cual si dolencias, vejez no hubiera;
y que en los pechos la sepulte fuerte,
no de la gente pérfida extranjera
que nos insulta, mas de gente hermana
que ciega arrastra la ambición tirana?
No soy; es cierto, un Cid: más el denuedo
no es lo que hoy más al militar decora,
y así en el riesgo del combate; el miedo
alas presta a su planta voladora;
o antes se pasa con feliz enredo
a la parte que espera vencedora,
y, de su infamia sin cesar premiado,
gana a cada traición un nuevo grado.
¿O me aconsejas que con vida ociosa
la fácil senda y el ejemplo elija
del vil que medra con su bella esposa
en quien un grande sus antojos fija?
Mas, si no es la mujer joven ni hermosa,
las gracias suplen de la virgen hija,
para granjearle, a costa de su afrenta,
ocioso oficio de cuantiosa renta.
¿O habré de consagrarme al sacerdocio,
y, con la carne a tentaciones blanda,
seguir por profesión y por negocio
lo que celeste vocación demanda?
Y el que debiera ser del ángel socio
su alma al Infierno y las ajenas manda,
y, diverso en la calle y en el templo,
destruye su enseñanza con su ejemplo.
¿O verme acaso desearás al lado
de circundada sobremesa verde,
donde, a las vueltas del ebúrneo dado,
el dinero es lo menos que se pierde;

y allí el alba me encuentre enajenado,
sin que mi esposa ni mi hogar recuerde,
y exponga al turbio mar de la Fortuna
de mi hijo tierno la inocente cuna?
¿Perder dije? no: pierde solamente
quien a la ciega suerte se encomienda;
no quien evita con temor prudente
posibles riesgos de una igual contienda:
ya la moderna jugadora gente
a la Fortuna le quitó su venda
que, comprada y parcial, concede sólo
ayuda y triunfo al avisado Dolo.
Verme anhelarás, a mi bien propicio,
agiotista, logrero, juez, soldado,
alcalde, jugador, o en otro oficio
de provecho a mi propio y al estado:
que no hay infame degradante vicio
en este mi país afortunado,
ni granjería repugnante y fea
que honrosa y útil profesión no sea.
Lícito es ser entre nosotros todo,
con tal, se entiende, de ganar dinero:
¿qué importa en suma de ganarlo el modo?
Tenerlo ha sido siempre lo primero:
sé vil traidor que pacte con el godo,
sé verdugo, sé espía, sé tercero:
oficio éste será que harto te rente,
si lo eres de un ministro o presidente.
La misma hoy despreciada poesía,
si al fin llegara a dar dinero, luego
estimada de todos se vería,
tanto quizá como la usura y juego:
mas, como no dio nada hasta este día
y aun vivo pura de lisonja y ruego,
estima en vano o protección espera,
y ella sola, entre tantas, no es carrera.
No es carrera, es verdad; pues no interpreta
de digno modo el nombre rehusado
el santo ministerio del poeta
y su augusto glorioso apostolado:
de lo futuro indagador profeta,
y fiel conservador de lo pasado,
a la Inocencia y la Virtud que gimen
alza, y fulmina al exultante Crimen.
No por el brillo de metal mezquino,
mas por la gloria sin cesar se afana,
eterna gloria de fulgor divino,
no la presente pasajera y vana:
y cumple el inspirado su destino,
sin que le asombre ingratitud humana,
ni la incuria le arredre ni el desprecio
del torpe vulgo ni del rico necio.
Y crean vulgo y rico envanecido,
y tú con ellos en buena hora creas

que es cosa sin sustancia ni sentido
el arte creador de las Pimpleas;
papel los libros y los versos ruido,
y frases y palabras las ideas,
siendo el oro a vuestra ávida ignorancia
lo solo, oh Fabio, donde halláis sustancia.

1864.

A la señorita Justa García Robledo

En respuesta a una composición religiosa

Tu dulce voz, oh Justa, me convida
a levantar los ojos de la mente
a la segunda perdurable vida,
aspirando a ese gozo permanente
que no cansa jamás, ni mezcla alguna
se dolor o de mal en sí consiente.
¡Ay! desde que la pérfida fortuna
en flor cortó las ilusiones mías,
y la experiencia me dejó importuna;
desde que vivo tan amargos días,
hacer debí lo que hora me persuades
en los hermosos versos que me envías.
Quien del mundo probó las vanidades,
¿cómo un punto es posible que difiera
el abrazar del cielo las verdades?
El que del vano mundo aún algo espera
y, en mentidos placeres engañado,
su vanidad aun no conoce entera,
disculpa ése merece en algún grado,
pues al menos el triste vive ciego:
¡Cuánto es mi miserable estado!
Yo ni del mundo soy, ni a Dios me entrego;
y, aunque el mando me inspira un hondo hastío,
el alma no me abrasa santo fuego:
¡Ah! ¡qué nuevo infortunio es este mío,
que, tantos años ha, vivo suspenso
entre cielos y tierra, en el vacío!
¿Qué aguarda mi delirio, o en qué pienso?
¿Siempre habré de agitarme irresoluto?
¿Cuándo por fin me acojo a un Dios inmenso?
¡Si de tus persuasiones fuese fruto,
oh noble Justa, el acabar conmigo
el que siga lo eterno, y lo absoluto!
¡Si al alma enferma de tu triste amigo,
turbio océano que jamás reposa,
caos que lucha sin cesar consigo,
de tu alma dieras la quietud dichosa,
que el cielo desde el mundo te adelanta,
sin que la ofenda ni la turbe cosa!

Fervientes preces al señor levanta,
por que del borde del abismo ardiente
pío retire mi indecisa planta.
Rompe ¡oh mi Dios! esta rebelde frente,
Y estos mis ojos áridos convierte
En arroyos de llanto penitente.
Tal vez me acecha a traidora muerte,
y esgrime ya la inevitable espada:
¡perdido soy sin tu socorro fuerte!
Si fue mi juventud tan mancillada,
sea esta edad, acaso la postrera,
por tu inmensa piedad purificada,
y con la muerte de los justos muera.

1864.

Al sol

Salve sin fin, oh tú de los planetas
fúlgido diademado emperador,
que a girar obedientes los sujetas
de tu radiante trono en derredor.
Y a Júpiter, Saturno, Venus, Marte,
y a los demás que encadenó tu ley
vida y luz tu largueza les reparte,
cual a su corte poderoso rey.
Y vasallos los rápidos cometas
de tu dominio dilatado son,
y en elípticas órbitas inquietas
obedecen también a tu atracción.
Y sólo do se cansa la carrera
del que de ti más huye, allí el postrer
límite se alza y última frontera
de tu sublime imperio y tu poder.
Con noble orgullo y con mirar ufano,
de tus regios estados en mitad,
desde un confín a otro confín lejano
abarcas su encendida vastedad.
No empero gozas inmortal reposo;
el movimiento te abarcó también,
y en torno a tu eje tu girar radioso
los claros ojos de la Ciencia ven.
Y con los astros todos que presides,
te ven, del éter vasto por el mar,
a las estrellas del remoto Alcides,
como celeste flota, navegar (35).
¡Cuántas centurias de centurias, dime,
serán a tu alto vuelo menester
para que acabes viaje tan sublime,
y logres tanta inmensidad vencer!
Al columbrar de siglos el abismo
que en tan luenga jornada medirás,

el Cálculo desmaya, y el Guarismo
con espantado pie se vuelve atrás.
Di, ¿qué destino a ese celeste puerto,
qué misteriosa ley vas a cumplir?
Sábelo Aquel que rige el gran concierto,
y para quien ya fue lo porvenir!
Aquel que en ti velada nos envía
su luz, cuando circundas a tu faz
la corona imperial del Mediodía
que vence y ciega la pupila audaz.
Quien mira el rayo de tu lumbre viva
las negras sombras de la noche ve:
así no mira la Razón altiva
al Dios que adora la vendada Fe.
Te viste ardiente impenetrable velo
el brillo de tu faz deslumbrador,
como hace a Dios para el humano anhelo
invisible su propio resplandor.
Y aunque a Dios no comprenden nuestras mentes,
todo por é1 comprenden, bien así
como a ti mismo ver no nos consientes,
mas nada ver pudiéramos sin ti.
Alzo a vosotros reverentes palmas,
atónito y postrado ante los dos:
él, sol maravilloso de las almas,
tú, de los cuerpos refulgente dios.
Mas morir te contempla cada tarde,
y, si hoy renaces, feneciste ayer,
cuando él con rayos siempre iguales arde,
y ni un día le mira anochecer.
cien manchas en tu faz a Galileo
mostró el osado astrónomo cristal,
y fuera imaginarlas devaneo
en el glorioso Sol espiritual.
Y, si a los ojos débiles mortales
por ti vencidas con exceso son
las nocturnas lumbreras celestiales,
es tu triunfo vanísima ilusión!
Débil pupila, vasta lejanía
convierten en la azul inmensidad
estrella que o te vence o desafía
en punto de dudosa claridad.
Innumerables venturosos soles
son, que brillan con propio resplandor,
y de cien globos las opacas moles
les son cortejo, como a ti, de honor.
Quizá planeta de mayor sistema
los altos ojos del querub te ven,
y eres diamante de la gran diadema
que de más claro Sol orna la sien.
Y en sistema más vasto, ni siquiera
planeta, mas satélite serás;
y, siendo ya planeta el que sol era,
te vas oscureciendo más y más.

Por ley quizá que el universo ordena,
es cada gran sistema un eslabón
de una sola vastísima cadena
que envuelve la insondable creación.
Y en tan sublime aterrador conjunto
que da a la humana mente frenesí,
te quedas breve luminoso punto,
tú a quien antes tan grande concebí.
Pero el monarca y creador del mundo,
de quien eres imagen tan infiel,
ni igual conoce ni tendrá segundo,
y es vana sombra el universo ante él.
Y tú, y cuanto divisa la mirada
o alcanza nuestra mente a imaginar
en los abismos de su seno nada,
como nadas del éter en el mar.
En vano por edades infinitas,
sin que faltaras una sola vez,
en la infancia del día resucitas
y renaces del año en la niñez.
Al fin vendrá la noche postrimera
que no siga del alba el arrebol,
y el invierno vendrá sin primavera
en que por siempre morirás, oh Sol.
De los orbes la inmensa arquitectura
en tu eterna rüina arrastrarás:
mas no a Aquel de quien eres sombra oscura
morir verá la Eternidad jamás.

1864.

La campiña de Huacho

Aura de estas campiñas fresca y pura,
como en las hojas de árboles y plantas
que con tu soplo inclinas y levantas,
tal en mi canto imitador murmura;
ven, y en torno suspira
de las trémulas cuerdas de mi lira.
Y tú, arroyuelo transparente y terso,
cuya linfa se tarda serpeando,
tu lento curso y tu murmurio blando
remede el murmurante tardo verso;
y, fiel imagen tuya,
diáfano, perezoso, libre fluya.
¡Amadoras felices o inconstantes
de las pintadas flores olorosas:
rojas, blancas, doradas mariposas,
de flor en flor eternamente errantes,
que, en vistosos colores,
sois joyas vivas o volantes flores!
¡Rebaño que ya paces, ya retozas!

¡Oh largas, verdes, rumorosas calles
de ventilados sauces! ¡hondos valles!
¡Rústicas casas y pajizas chozas,
que el amarillo techo
modestas asomáis de trecho en trecho!
¡Larga hilera de huertos que al sendero
frutas y flores sobre el muro asomas!
¡Oh de ocultas blandísimas palomas
ronco arrullo amoroso y plañidero,
y ladridos leales
del vigilante can a los umbrales!
¡Azules mares! ¡encendidos montes
del alba y del ocaso a los reflejos!
¡Confusas perspectivas, vagos lejos,
últimos infinitos horizontes,
límite a la mirada,
mas no a la mente que os traspasa osada!
¡Días alegres, puros, libres, claros,
serenas tardes, fúlgidas auroras!
¡Oh deleitables, bien perdidas horas!
En mis versos venid a retrataros,
como en un fiel espejo,
mientras que abunden fáciles los dejo.
¡Campos de Huacho hermosos! ¡oh Luriama!
En tus prados y huertos y alamedas
el paraíso terrenal remedas
que eterna Primavera habita y amo,
y donde nunca pierde
una flor sola su guirnalda verde.
Tú entre los valles todos que, cual breves
y verdes manchas salpicados muestra
la aridez vasta de la costa nuestra,
justo será que la corona lleves,
ni vi extranjero valle
que tu rival en mis recuerdos halle.
Tú el laso cuerpo alientas, tú recreas
y sosiegas este ánimo afligido,
cansado del tumulto y del rüido
de las grandes Babeles europeas,
y que busca anheloso
la sombra del olvido y del reposo.
Calmarse siento en ti de día en día
el antiguo dolor con que batallo;
y al oprimir el lomo del caballo
que por el prado o la floresta umbría
me conduce al acaso,
en la alba pura o el incierto ocaso;
al leve soplo del delgado viento,
al son de aguas y de árboles mecidos,
poco a poco por todos los sentidos
lánguidamente penetrarme siento
de una dichosa calma
que me llega hasta lo íntimo del alma.
Y de gemir y de agitarme ceso,

y un instante infeliz no soy siquiera,
y parece que casi no sintiera
de la existencia el doloroso peso:
¡Quién pasar escondida
pudiera aquí la solitaria vida!

1864.

Adiós

A***

¿Por qué, por qué te conocí tan tarde?
¿Por qué, si ya no puedes ser tú mía,
sentí, al verte, tan honda simpatía,
y la lengua, al hablar, tembló cobarde?
Adiós, adiós: no será bien que aguarde
que crezca junto a ti de día en día
el crudo fuego que, si ayer nacía,
hoy ya con llamas tan intensas arde.
Adiós, que amarte yo fuera delito
y de tú gran belleza seductora
el fiero riesgo con la ausencia evito:
que un recuerdo le des tan sólo implora
el que de ti purísimo y bendito
eternamente lo tendrá, Señora.

1864.

La poesía y el poeta

A mi querido amigo Federico Parra

No mayor dignidad le cabe al hombre
que el alto sacerdocio del poeta,
ni hay grandeza que al mundo más asombre
ni a quien más gloria el porvenir prometa:
mas no merece tan augusto nombre
quien sólo a rima y número sujeta
vanas frases que halagan el oído,
mas desnudas de espíritu y sentido.
No, no es del vate el inspirado acento
vago murmurio que fugaz recrea,
como el que dan los árboles al viento
que con su blando soplo los menea;
infunde siempre un noble sentimiento,
enseña siempre una sublime idea,
y el alto nombre de poeta miente
quien no enloquece corazón y mente.
¡Oh chusma que, importuna y vocinglera,

oprobio siempre y deshonor has sido
de la prole de Apolo verdadera,
usurpando el clarísimo apellido:
sal del santuario venerando fuera
do vano suena de tu voz el ruido,
y en él deja que libre se dilate
el conceptuoso cántico del vate.
¿Quién mejor con tal canto no se siente
y enamorado de lo grande y bueno?
¿Quién no desprende corazón y mente
de lo caduco, frágil y terreno?
¿Qué frío corazón tan indolente
habrá, y al entusiasmo tan ajeno,
a quien propio sentir no enseñe cuánto
puede en las almas la virtud del canto?
¿Qué alma tan pusilánime y cobarde,
al escuchar los himnos de Tirteo,
no se siente mayor, e indócil arde
de morir por la patria en el deseo?
Si hago, al leerlos, de valor alarde
y si los riesgos de la lid no veo,
aún hoy que tanta edad de ellos me aparta,
¡cuál inflamaron la triunfante Esparta!
Cuál fue del vate el ministerio, dilo
dilo tú, culta y elegante Atenas,
que temblabas de Sófocles y Esquilo
en las terribles trágicas escenas:
aún hoy las almas, do durmió tranquilo
el crimen, de terror despiertan llenas,
la pena al ver con que la suma diestra
hiere a Edipo, y nefanda Clitemnestra.
Bien cumpliste tan santo ministerio,
tú que de los misérrimos precitos
nos descubres el lóbrego misterio,
y eco nos traes de sus roncos gritos;
tú retratas en el negro Imperio
de Italia las discordias y delitos,
y aun de los vivos a tan fieras penas
los traidores espíritus condenas.
Visitas luego el temporal infierno,
de donde no está ausente la esperanza,
y, guía hallando más amado y tierno,
tras él tu vuelo rápido se lanza
a la morada del reposo eterno
y de la sempiterna bienandanza;
y, si la patria te cerró sus puertas,
ves las del cielo en su lugar abiertas.
Tu gran virtud y firme resistencia
del llamado extranjero a la venida
las causas son, que el mundo reverencia,
de aquel destierro en que acabó tu vida;
pues, atinque, al cabo te brindó Florencia
su materna mansión apetecida,
desdeñó tanta dicha tu entereza

a precio conseguir de una bajeza.
Que no envilece el pan de los destierros
al adalid de la Justicia santa,
ni le amedrentan lóbregos encierros,
ni el sangriento patíbulo le espanta;
al ronco son de eslabonalos hierros,
la dulce libertad celebra y canta,
y clamar «libertad» escucha el mundo
a su trémulo labio moribundo.
No siempre habita el vate en el santuario,
que, de los malos y del mal azote,
en campos lidia, y del feroz contrario
legiones postra de su lanza al bote;
como la edad pasada vio al Templario
ser a un tiempo guerrero y sacerdote,
la poesía, si su ser no vicia,
es siempre sacerdocio y es milicia.
Mas, aunque su alto ministerio es doble,
y vibra a veces armas homicidas,
al pecho pío, generoso y noble
es más grato que abrir cerrar heridas;
si derriba tal vez gigante roble,
mas veces alza plantas abatidas,
y de la dura tempestad preserva
la caña débil y la humilde yerba.
Sublime celestial consoladora,
de mil secretos poseedora maga,
el llanto enjuga del que a solas llora
y desencona la más viva llaga;
al que un recuerdo perennal devora
con el licor de olvido ella embriaga,
y es la celeste solitaria amiga
de aquel que nada a la existencia liga.
Sí, quiso Dios que de la humana gente
fuese el poeta corazón gigante,
común conciencia, labio y voz viviente,
que, como Homero, Shakespeare y Dante,
cuanto, piensa el mortal y cuanto siente
en el idioma de los Dioses cante;
idioma que artificio no remeda,
y el vulgo, entiende sin que hablarle pueda.
No estudio enseña, ni tenaz desvelo
o de arte vanas leyes al profano
el dulce idioma que aprendió en el cielo
el vate, de los ángeles hermano:
de mil y mil el temerario anhelo
tenaz demanda, pero siempre en vano,
una mirada plácida y risueña
del inflexible Dios que los desdeña.
Con mano caprichosa cuanto avara,
entre los hombres ese dios reparte
la facultad maravillosa y rara
que es del canto inmortal la mayor parte:
mas quiso que prudente sujetara

al alado corcel freno del arte,
cuando más raudo e impetuoso vuela,
del Numen acosado por la espuela.
  Ufano el vate y a los cielos grato
de cuanto al cielo y a sí mismo debe
en el arte adquirido y estro innato,
no vive solo en esta vida breve:
mira agitarse en vértigo insensato
para morir como olvidada plebe,
para pasar cual fugitiva sombra,
esos que grandes el engaño nombra.
  Tú a quien la sangre ensalza o el dinero,
y a quien un bien no tuyo el pecho ufana,
depón el ceño, en vano tan severo,
y tu ufanía y tu soberbia insana;
que de todo ese brillo pasajero
ni aún el recuerdo quedará mañana,
cuando del que hoy desdeña tu altiveza
segunda vida en el sepulcro empieza.
  Y tú, monarca altivo, en cuyas sienes
el oro en ricos lazos se eslabona,
breve y tasada la existencia tienes;
no salva del olvido la corona:
no envidia el vate tus mentidos bienes,
y tu frágil diadema no ambiciona,
cuerdo juzgando por mayor decoro
de laurel la corona que la de oro.
  Vanamente en los términos estrechos
del sepulcro se encierra la ceniza
de aquel que cría a sus fecundos pechos
la inspiradora celestial Nodriza:
mas no a sí solo, que los altos hechos
canta de los demás e inmortaliza;
y eterna vida, como el vate, alcanza
quien merece del vate la alabanza.
  Que al fatídico labio del poeta
la pregonera Fama da que aliente
su resonante mágica trompeta,
que a otros ningunos embocar consiente;
su voz el Tiempo vencedor respeta,
y a mil voces y mil irreverente,
hace que al fondo del olvido bajen,
y las desnuda de sonante imagen.
  La voz del vate solitaria suena
en los silencios de la edad remota;
ninguna edad es al poeta ajena,
y es de todos los pueblos compatriota;
sin él de humanidad la gran cadena
fuera por siglos o distancias rota;
él un clima a otro clima, raza a raza
y a lo pasado lo futuro enlaza.
  Es el Olvido un silencioso, oscuro,
soñoliento, vastísimo océano,
donde naufragan por destino duro

las muchedumbres del linaje humano:
tan solo el vate en su bajel seguro
alarga a pocos salvadora mano,
y los lleva por piélago tan muerto
de eterna Gloria al refulgente puerto.
¿Quién, sino fuera por la eterna Iliada,
supiera el nombre del airado Aquiles?
Bajado hubiera al seno de la nada,
como la turba de guerreros viles;
mas la meonia trompa, no su espada,
le hace vivir innúmeros abriles,
y que le envidie el Macedonio fiero,
ansiando a sus hazañas otro Homero.
Hundida en vano en la profunda huesa
por la diestra infalible de la Parca,
eterna vive la beldad francesa
en los cantos divinos del Petrarca:
su dulce nombre de sonar no cesa
por cuanto alumbra el sol y el mar abarca,
que, flor de una mañana, la hermosura
sólo en los cantos del poeta dura.
Mas ¡ay! ingrato mundo, tú no sabes
con cuán profundas penas y crüeles,
y desengaños e infortunios graves
compra el noble poeta sus laureles:
para que tú le admires y le alabes
su labio apura del dolor las hieles,
y las que te deleitan dulces notas,
pedazos son de sus entrañas rotas.
La aleve Envidia, la Calumnia artera,
el velar noche y día en el volumen
donde vivir, tras de su muerte, espera,
la inaccesible perfección, del numen
la abrasadora inextinguible hoguera,
al poeta fatigan y consumen;
y el furor sacro que jamás se calma
le enferma el cuerpo y le devora el alma.
Nuevas penas padece en cada hora,
que exceden toda humana recompensa,
aquella alma sensible y pensadora,
que ya padece, cuando siente o piensa:
a la nocturna antorcha brilladora,
que con la clara luz que nos dispensa
va lenta consumiéndose a sí propia,
el noble vate en su destino copia.
Y a males tantos su desdicha agrega
ver que rehúsa a su inspirada frente
tal vez la patria idolatrada ciega
el premiador laurel resplandeciente:
mas tu recuerdo su dolor sosiega,
futura edad, siempre a su fe presente,
que la injusticia de esta edad reparas,
¡y al Genio eriges inmortales aras!

Al Rímac

(En la noche de un día de regocijo)

I

En muda calma la ciudad reposa:
y yo, de codos en tu vasto puente,
miro brillar tu rápida corriente,
que al mar se precipita bulliciosa,
hoy del placer la taza deleitosa
bebió de Lima la festiva gente,
y yo la del dolor, que eternamente
de hiel amarga para mí rebosa.
Y ahora, Rímac, tu raudal sonoro
su sueño arrulla bajo puro cielo,
azul dosel con lentejuelas de oro:
¡y yo tan solo, con perenne duelo,
de la ciudad en la alegría lloro,
de la ciudad en el reposo velo!

II

¡Cuánto crecieron con el llanto mío
Arno y Betis y Támesis y Sena,
testigos todos de mi larga pena
y de mi insano amor y desvarío!
Y hoy también a tus ondas, patrio río,
mezclan mis ojos su encendida vena;
que en la tierra natal como en la ajena,
tenaz me sigue mi recuerdo impío.
Y en vano busco junto a ti reposo,
y el alivio del mal que me atormenta
al refrigerio de tus ondas pido:
¡Ah! sólo del Leteo silencioso
beber puedo en el agua soñolienta
la paz profunda der eterno olvido.

Canto guerrero

(Escrito al recibirse en Lima la noticia de la toma de las islas de Chincha)

¿Y es verdad? ¿Y es verdad? ¿No nos engaña
de alada Fama la cundiente voz?
¿Pudo la flota de la aleve España
consumar atentado tan atroz?
La acción... nombre merece de española;
sólo España de tanto fue capaz,
y es digno a la verdad de España sola
traer la guerra, simulando paz.
Esa nación que de la tierra entera
era la mofa y el escarnio ayer,
sin solo un rayo de su luz primera,
ni sombra ya de su fatal poder;
hoy que despierta, de su sueño apenas,

y de su larga y honda postración,
¡Loca, intenta poner nuevas cadenas
a los que libres para siempre son!
¡Un instante ligero de bonanza
la engríe y desvanece, y ya se ve,
de América señora en esperanza,
hollar su cuello con soberbio pie!
¿Mas no recuerda ya el orgullo iberio
los campos de Ayacucho y de Junin?
¿No sabe acaso que su odiado imperio
en ellos tuvo para siempre fin?
Pues, si pudo ponerlos en olvido,
habrá de probar pronto su altivez
que, si los hemos una vez vencido,
los venceremos por segunda vez.
Que antes el mar se secará, y primero
dejará de verter su luz el sol,
que doblemos la frente al extranjero,
que de nuevo el Perú sea español.
Doble hoy la afrenta y el baldón seria
y doble el yugo de lo que antes fue:
primero que ser sierva, patria mía,
sangrienta tumba de tus hijos sé.
Y Chile y Venezuela, toda América
jure, de Patagonia a Panamá,
que antes que vuelva a la coyunda ibérica,
de sus hijos también tumba será.
Al más cobarde volverá arrojado
del patriotismo el sacrosanto ardor,
y de cada peruano hará un soldado,
de la patria indomable defensor.
Y los magnates y el plebeyo, el blanco
y al que la noche de ébano la tez
tiñe, y el amarillo hijo de Manco
volarán a lograr la marcial prez.
Y a, porfía también el sexo hermoso
muestras dará de esfuerzo y de valor:
y tú, peruana esposa, al caro esposo
le dirás: «vuelve muerto o vencedor».
Y tú a la lid sangrienta, oh madre fuerte,
todos tus dulces hijos enviarás,
y, si a todos les cabe honrosa muerte,
sólo lamentarás no tener más.
Y tú, doncella, al joven que te adora:
«Ofrezco, dile, a, tu amorosa fe
que tu sangrienta mano vencedora
ufana con mi diestra premiaré».
¡Jamás, jamás, oh patria idolatrada,
tanto sintió mi corazón cual hoy
ver que no puedo en tu provecho nada,
y que el postrero de tus hijos soy!
¡Pero no, que esgrimir al menos puedo
las armas que mi diestra nunca usó,
y, volando al combate con denuedo,

morir también en tu defensa yo!
Oh en Junin y Ayacucho vencedores,
que a, tan gloriosa edad sobrevivís,
¿Sufriréis que tan duros opresores
dominen otra vez vuestro país?
¿Y podréis consentir que vano sea
tanto esfuerzo sublime, tanto afán?
¿Tanta sangre vertida en la pelea,
tan heroico, valor, vanos serán?
Esos los mismos son que vuestra espada
ahuyentó en la batalla veces cien;
hiérvaos la sangre por la edad helada,
y ciñan nuevos lauros vuestra sien.
¡Ah! sí, volemos al combate todos,
juntos volemos como un solo ser:
¡Guerra, guerra sin fin! mueran los godos
que a, la tierra del quieren volver!
¿Y hablar osáis, piratas, de justicia,
de derecho y razón? rubor tened:
vuestra razón es ávida codicia,
y de oro ardiente o insaciable sed.
Todo, todo a la tierra patentiza
que nietos sois y digna sucesión
de la hambrienta canalla advenediza
que conquistó esta mísera región:
De esos que son espanto de la historia,
en quienes el valor codicia fue,
y fue codicia el ansia de la gloria
y el decantado celo por la fe.
Si ardéis en ansias de guerrera fama,
y queréis fuerza y brios desplegar,
una alta empresa en vuestro suelo os llama:
recobrad el peñón de Gibraltar.
Sí, que ese puerto que en hispana orilla
ostenta al mundo pabellón inglés,
de España los blasones amancilla,
y oprobio y mengua de sus hijos es.
¡Ésa la hazaña, la alta gloria es ésa
que otro noble valor pudo tentar;
mas de vosotros es más digna empresa.
indefensos tesoros usurpar!
¡Ah! no esperéis que quede sin castigo
ofensa tan vandálica y feroz:
ya con la vista vuestra armada sigo
que, vencida y deshecha, huye veloz.
Marina del Perú, la lid te espera
mas noble y santa que aceptó el deber:
¡dichosa tú, pues eres la primera
que vas la dulce patria a defender!
Y tú que a nuestros pueblos hoy presides,
y de la patria riges el timón,
tú que triunfaste en las gloriosas lides
por las que es libre el mundo de Colón,
no así el combate vengador retardes:

mira que te contempla el porvenir,
y que, tras tanto ultraje, es de cobardes
la sangrienta venganza diferir.
A combatir, a triunfar nos lleva:
empiece ya el cañón a retumbar;
es tiempo, es tiempo que a torrentes beba
hispana sangre nuestro airado mar.

16 de Abril de 1864.

A los marinos

De la Escuadra Española

¡Oh de tanta maldad ejecutores!
Decid, ¿cómo pudisteis, con qué pecho,
exceder, los escándalos mayores
con la horrible perfidia de tal hecho?
Como a extranjeros no, más como a hermanos
os recibieron las orillas nuestras,
y a las aleves españolas manos
francas se unieron las peruanas diestras.
Todos nuestros domésticos hogares
os dieron fácil generosa entrada,
y en los largos coloquios familiares
os miró tomar parte la velada.
Y os oyó en nuestras mesas la confianza,
ledos alzando la espumante copa,
brindar por la amistad y por la alianza
eternas, entre América y Europa.
¡Cuántas veces, ingratos, acordaos,
en ágil danza y ruedas cadenciosas
os vieron los espléndidos saraos
guïar a nuestras vírgenes hermosas!
Con dulce agrado y amistad sincera
os halagamos todos a porfía,
y fuisteis recibiendo por do quiera
muestras de la peruana cortesía.
Y bien pudisteis conocer, al veros
agasajados por tan varios modos,
que aquí no hay naturales y extranjeros,
e hijos de igual cariño somos todos.
¿Quién disimulo tal recelaría?
En paseos, en bailes, en festines
vuestra tenaz profunda hipocresía
supo ocultar vuestros intentos ruines.
Y aún nos decían vuestros falsos labios:
«Dejad, hermanos, vuestra injusta idea,
»y no de España receléis agravios,
»que con vosotros amistad desea.
»Sabed que como a niños os engaña
»quien a recelo y desconfianza os mueva:

»con armas conquistó la antigua España,
»pero con paz y con amor la nueva.
»¿Madre amante no son o ingrata hija
»la peruana nación y la española?
»No ya a la madre odio filial aflija:
»Tornen a ser una familia sola».
Y, mientras el Perú confiado duerme,
vosotros visitáis naves y puertos,
y, contemplando a nuestra patria inerme,
os alegráis, de vuestro triunfo ciertos.
Todo fue en obra por vosotros puesto;
y para recorrer sierra y montaña,
os sirvió hasta la ciencia de pretexto,
cual si de ciencias se curara España.
Y así, cuando de tanta alevosía
llegó la rauda nueva a nuestro oído,
ninguno darle crédito quería,
y el hecho torpe reputó fingido.
Mas, ¿quién, en pago de amistad tan viva
temer pudiera tan cobarde insulto?
¿Ni quién de paz bajo la sacra oliva
el hierro aleve recelara oculto?
¡Oh tú, Pinzón! tú que con lengua ufana
de descender te jactas del marino
que tu nombre llevaba, y que en insana
envidia ardía de Colón divino:
de aquel que, con sus pérfidos hermanos,
participando del rabioso susto
de los desalentados castellanos,
capitanearon su motín injusto,
cuando la armada vil marinería
intimaba a Colón con ciega saña
dejar al punto su gloriosa vía,
y raudas proras convertir a España:
de aquel que con su rauda carabela
se desertó por torpe sed del oro,
que siempre es oro lo que España anhela
poco el nombre cuidando y el decoro:
de aquel en fin que con audacia extraña,
al nauta heroico reputando muerto,
quiso apropiarse la sublime hazaña
de haber el Nuevo Mundo descubierto.
¡Y de la descendencia infamatoria
de este villano autor de alevosías,
quien consagra su desdén la Historia,
es de la que te precias y glorías!
Negarla con rubor antes debieras:
¡mas tus infames pérfidas acciones
al mundo siempre pregonarán que eras
del linaje traidor de los Pinzones!
Y tú también de quien decir mal puedo
si eres más necio y de ignorancia henchido
que osado e insolente, oh Mazarredo,
también es de traidores tu apellido.

En torpeza, y en bárbara osadía,
Pinzón y Mazarredo, sois iguales:
bien os supo elegir quien os envía
para ministros de proezas tales.
Y tú para quien nada es cuanto he dicho,
nada cuanto jamás decir pudiera,
tú el más inmundo y asqueroso bicho,
que hasta hoy brotó la podredumbre ibera:
tú que la torpe pluma y torpe lengua
siempre empleaste en alevosas tramas,
que aún de esa cansa eres oprobio y mengua,
y aun a Pinzón y a Mazarredo infamas:
tú, cuyo nombre, oh miserable, omito,
porque mi pluma en pestilente lodo
no está empapada, y sólo fuera escrito
dignamente tu nombre de tal modo:
¡Tú, aquí tan largos lustros tolerado,
tú, viva encarnación de la insolencia,
mostrar pudiste hasta qué heroico grado
sube nuestra magnánima paciencia!
Crüel España, codiciosa, aleve,
que tan inicuos negros atentados
perpetras en el siglo diez y nueve,
y hechos que nunca vieron los pasados:
¡Ah! ¡cuando pienso en tan injusta ofensa,
mi sangre toda en lava se convierte,
y ardiendo el corazón en ira inmensa,
anhelo sangre y exterminio y muerte!
¡Para cubrirte de ignominia suma,
y el furor derramar de que estoy lleno,
quisiera, España, humedecer la pluma
en hiel, en vez de tirita, y en veneno!
¡Y pues nuevos delitos inventaste,
inventar nuevo idioma, nuevos nombres,
pues no hay ninguno que a expresarlos baste
en los idiomas todos de los hombres!
Y que volara vengador mi canto,
y que volara incendiador mi verso
de comarca en comarca, y el espanto
te hiciera, y el horror del universo.

22 de Abril de 1864.
Con motivo

de vagos rumores de mediación y concierto

Si pisoteada fue nuestra bandera
por alevosas plantas españolas
y donde tremolaba, allí altanera
hoy tú, bandera de Isabel, tremolas;
si la insolencia de la escuadra ibera
surcando sigue nuestras libres olas,
¿qué decir quiere ese rumor incierto

que habla de mediación y de concierto?
¿Quién, cuando tan reciente está la ofensa,
y es tan notoria y cual ninguna grave,
quién en concierto, en mediación quién piensa?
Aquí concierto o mediación no cabe:
¿Quién sintiéndose arder en ira inmensa,
no aspira solamente a que se lave
con española sangre nuestra afrenta,
y sed no tiene de la lid sangrienta?
Estos solos ser pueden los conciertos:
que a cuantos forman esa aleve armada,
o nuestras balas los derriben muertos,
o siegue sus gargantas nuestra espada;
y hundiéndose después en los abiertos
hondos abismos de la mar airada,
harten el hambre de voraces peces,
pagando así sus locas altiveces.
Tal linaje de ofensa no consiente
sutil discurso, artificioso pliego,
ni nuestra justa cólera impaciente
que cruda guerra nos demanda, y luego;
hierro agudo, veloz plomo y ardiente,
abordaje, matanza, estrago, fuego,
y de sangre en el mar un lago rojo:
eso nos pide nuestro justo enojo.
¿Sufrirán por ventura los peruanos
que se diga que sólo en civil guerra,
en la lucha de hermanos con hermanos,
cuando hasta el triunfo deshonor encierra,
prontos acuden con armadas manos,
y que, en defensa de la patria tierra,
cuando la invade pérfido extranjero,
los riesgos huyen del combate fiero?
Si el Perú tal oprobio consintiera
y tan negro borrón en su honra clara,
merecería que la tierra entera
como al pueblo más vil le despreciara,
y a sus menguados hijos por do quiera
les escupieran todos a la cara;
y fuera entonces insultar a un hombre
darle siquiera de peruano nombre.

27 de Abril de 1864.

Al pie del monumento de Bolívar

Era la hora solemne del ocaso:
y yo que el vagabundo paso lento
iba moviendo pensativo, acaso,
por donde un día alzábase el sangriento
Sagrado Tribunal, detuve el paso
al pie del majestuoso monumento

que alzó mi patria al héroe sin segundo
a quien debe ser libre nuestro mundo.
Y cuando los atentos ojos hube
padecido en él, clamé: «Si a la morada
que cubre a nuestra mente oscura nube,
y a premiar a los buenos destinada,
algún rumor, oh gran Bolívar, sube
de nuestra triste tierra desdichada,
¿Será que a saña y a piedad no mueva
tu santo pecho la espantosa nueva?
»¡No, no, jamás! y, si a tu ardiente anhelo
lo consintiera Dios, la dulce calma
ya dejando y los júbilos del cielo,
al cuerpo que animó volviera tu alma:
y, habitando de nuevo nuestro suelo,
lograrás otra vez la triunfal palma,
y a las hispanas huestes altaneras
¡rompieras, dispersaras, deshicieras!
»Deja un instante el cielo soberano;
un instante no más torna a ser hombre;
la espada vibre tu robusta mano,
y tu presencia al enemigo asombre:
mas no te aguardará su miedo insano;
a dispersarlos bastará tu nombre,
cual a palomas tímidas ahuyenta
el lejano rumor de la tormenta.
»Acude, vuela, que la gente misma
Que tú de aquí arrojaste quiere ahora,
esperanzada en nuestro interno cisma,
y ufana porque fácil vencedora
fue en Tetuán de la bárbara Morisma,
de nuevo ser nuestra feroz señora,
y apagar en nosotros la sed de oro
que hartar no pudo en el vencido Moro.
»Vivo, Bolívar, tú, esa raza aleve,
esa degenerada gente ibera,
de las naciones europeas plebe,
que hoy osa pisotear nuestra bandera,
que hoy nuestras islas a invadir se atreve,
ni tan sólo el intento concibiera,
y apenas, separada por los mares,
segura se creyera en sus hogares.
»Mas, aunque muerto, bastarán tus manes
a darnos sobre Espata la victoria:
pagará la insolente sus desmanes;
nuevo laurel nos ceñirá la Gloria.
De Iberia los altivos capitanes
aún conservan presente tu memoria,
que valdrá por ejército infinito
contra el hispano ejército maldito.
»Tu recuerdo para ellos será espanto:
será para nosotros ardimiento,
santo coraje y entusiasmo santo,
gigantes fuerzas e invencible aliento;

y tu nombre será bélico canto
con que tronando nuestro libre acento
canse los ecos y los aires rompa,
al ronco son de la guerrera trompa.
»Todos presto venid; venid, peruanos,
y al pie de este sublime monumento
alzad las libres generosas manos,
y haced el sacrosanto juramento
de que primero que sufráis tiranos,
caeréis en el campo ciento a ciento,
y que sólo entrará gente española
a vuestra tierra, despoblada y sola.
»Con su heroica constancia no domada,
y su ingenio, y su esfuerzo sin segundo,
sacar la patria nuestra de la nada,
pudo Bolívar, como Dios al mundo;
cuando la Tiranía entronizada
aquí velaba con rencor profundo,
cuando todo a su empresa estorbos era,
y aún pudo al orbe parecer quimera.
»¿Y nosotros, menguados, ni siquiera
podremos mantenerla independiente,
y, a las miradas de la tierra entera,
hoy defenderla de la misma gente?
¿Tanto ya nuestro brio degenera?
¿Y podrá la mitad de un continente
sufrir la mengua de arrastrar esclava
las cadenas que ayer despedazaba?
»No: la obra de tu mente y de tu espada,
obra la mas sublime y gigantea
que vio esta edad, de admiración pasmada,
jamás receles que perdida sea:
que, aunque América estaba desarmada,
nunca lo faltan medios de pelea
a quien valor y patriotismo sobra:
héroe, no temas: es eterna tu obra.
»Sí, será eterna mientras troncos haya
en la honda selva y flores en el llano;
mientras al mar el Amazonas vaya
desde el remoto origen peruviano
mientras do quier de América la playa
ciña cual isla inmensa, el océano;
mientras su frente el Chimborazo eleve
coronada de fuegos y de nieve.
»Vacía su región y despoblada
deje España, de Gades a Pirene;
y en portentosa formidable armada,
en cuya cuenta la paciencia pene,
a las peruanas costas trasladada,
de feroces ejércitos las llene,
e intente y pruebe por la vez segunda
imponernos su bárbara coyunda:
»no habrá peruano que los riesgos huya
de la tremenda desigual palestra,

aunque en mares de gente España afluya,
de su poder en asombrosa muestra;
a ver vendrá que, si la fuerza es suya,
nuestro el valor y la constancia es nuestra;
y buscar nos verá con pecho fuerte
romano triunfo o espartana muerte.
»Y, si nos es contraria la fortuna,
no ha de regocijarse su arrogancia,
viendo que no hay aquí ciudad ninguna
que nombre do merezca de Numancia:
Tendremos mil, si ellos tuvieron una,
que de valor ejemplos y constancia,
cuando el hado les fuere más adverso,

ofrezcan al atónito universo... ...
»Mas ¿adónde me arrastra mi deseo
y el coraje y la sed de la venganza?
¿Adónde el patrio amor? ¿No es devaneo
tan orgullosa intrépida confianza?
¿Es origen acaso lo que veo
de remontar tan alto la esperanza?
¿Y, a dicha, lo presento me asegura
de la peruana heroicidad futura?
»¡Día tras día, la rosada aurora
allí donde flameó nuestra bandera
la odiada enseña de Isabel colora,
que a los vientos despliégase altanera!
¡Ay! cada nuevo día, cada hora
que huyendo van con ala tan ligera,
debieran, oh peruanos, parecernos
siglos de afrenta y de baldón eternos.
Oh Sol, que ardientes religiosas preces
de los virtuosos Incas recibiste,
¿por qué, di, no te eclipsas y oscureces,
y negra nube tu fulgor no viste
en muestra de dolor? Ya treinta veces
el negro oprobio de tu pueblo triste,
al nacer y al hundirte en occidente,
ha contemplado tu ojo refulgente.
»¡Al combate! ¡al combate! que es mancilla
que ya tanto el ataque se disponga:
hundamos esa bárbara escuadrilla,
Triunfo, Resolución y Covadonga:
y, pues ya su altivez cede y se humilla,
antes que en fuga vil Pinzón se ponga,
presto salgamos; que, en tal trance puesto,
irse podrá, si no salimos presto.
»¡Lance ya el bronce el imitado trueno
y la ignea bala, de matar sedienta;
y en aire a trueno y rayo tan ajeno
rayos y truenos el cañón hoy mienta,
y en un mar tan pacífico y sereno
forme el combate artificial tormenta;
y cambie en negra noche el claro día

el humo de tronante artillería!
»¡Sí, vamos, vamos antes que cobarde
veloz huya ese ibérico pirata:
temamos que quizá no nos aguarde:
ya por ventura de alejarse trata:
tal vez, cuando ir queramos, será tarde:
mengua ha de ser cuya memoria ingrata
sin cesar nos afrente e importune
que ese aleve ladrón se vaya impune!
»Impune, si vivieras, no se iría,
oh padre del Perú, que justa pena
ya hubiera recibido el primer día,
insepulto cadáver en la arena:
o si aún con vida en tu poder caía,
con esposas y grillos cadena,
como ladrón entre ladrones preso,
pagado hubiera su inaudito exceso.
»¡Ni ese andaluz soberbio e insolente
entonces fuera, como irá mañana,
a jactarse, ¡oh vergüenza! entre su gente
que puso miedo a la nación peruana!
¡Ni con él su caterva (¡ah! quién consiente
tal afrenta y rubor!) con lengua vana,
propia de la parlera Andalucía,
su hazaña vil a pregonar iría!»
Así digo, y de nuevo triste callo:
y, a mis voces cobrando sentimiento,
parecían el héroe y el caballo
la vida simular y el movimiento;
y, oyendo que a su pueblo hacer vasallo
pretende España con avaro intento,
brotar el héroe rayos de ira ciega
y anhelar parecía la refriega.

14 de Mayo de 1864.

En la muerte

De mi prima hermana la señora doña Victoria Tristán de Echenique

¡Grandeza de los hombres ilusoria!
¿Qué valió que fortuna
de oro te diera y de marfil la cuna?
¿Qué valió que te diera una victoria,
cual presagio feliz, el fausto nombre,
ni que gozara tu engreída infancia
de cuantos bienes apetece el hombre?
¿Qué valió que a tu padre esclarecido,
y tu esposo después vieras alzado
a la más alta cumbre del Estado?
Tantas venturas prodigó la suerte
a la mitad primera de tu vida

sólo para colmar, mudable y fiera,
de desventuras su mitad postrera.
  Recelos, sobresaltos y cuidados
por la preciosa vida de tu esposo,
insomnes noches, de amargura henchidas;
separación y tiernas despedidas
de tus hijos amados,
y de tu anciano padre doloroso;
tristísimas partidas
de los dulces hogares,
de las patrias riberas,
y peregrinaciones por los mares
y apartadas comarcas extranjeras,
al desterrado esposo acompañando;
ingratitud, y extraños
acerbos desengaños:
todo sintió tu corazón, Victoria,
ni hubo ninguna dolorosa prueba
que a tu sensible pecho fuese nueva.
  Espantosa dolencia,
misterio incomprensible
a los afanes tolos de la ciencia,
en larga muerte convirtió tu vida;
y la que un tiempo mereció alabanza
por donoso semblante
y gracia y majestad de su talante,
la gallarda hermosura
que de salud y vida rebosaba,
ya viviente cadáver semejaba
ausente de la negra sepultura.
  ¿Quién dirá los dolores
que en ti extremaban su rigor violento,
y a cuyo exceso crudo
sólo igualarse pudo
tu angelical, cristiano sufrimiento?
¿A quién no le asombraba la pelea
que del martirio te ciñó la palma?
al justo de Idumea
el ser parangonada mereciste
del cuerpo en los dolores y del alma,
y paciencia tenaz que los resiste.
  ¡Oh pesada, lentísima agonía
en que de treinta días dolorosos
cada noche y auroras
viendo a la muerte batallar contigo,
ser esperaba de tu fin testigo!
El amor a tus hijos a tu esposo:
ese era el fuerte nudo
que ligaba tu espíritu amoroso
al cuerpo casi inerte;
ese el templado escudo
que te hizo resistir tiempo tan largo
a los fieros asaltos de la muerte.
  Esa apariencia de figura humana,

más vana sombra de otra sombra vana,
aún voluntad tenía
y sentía y amaba todavía!
Y ¡oh del amor milagros no igualados!
¡Por su esposo y sus hijos
aún su pecho ocupaban los prolijos
domésticos cuidados!
¡Cuál tu dolor sería,
cuando a tu mente se ofreció, Victoria,
de tus ausentes hijos la memoria!
¡Y confiabas, incauta, en la promesa
que a tu cariño la esperanza hacía,
de que antes que bajaras a la huesa
gozarías su dulce compañía!
Sólo a tu duelo ha de igualarse el suyo,
cuando la triste nueva voladora
disipe la esperanza lisonjera
que alimentaba el corazón amante
de circundar en el final instante
de tu lecho la triste cabecera!
¿Qué tristísimo acento
podrá pintar la dolorosa escena
que contempló tu lúgubre morada,
cuando exhalaste el postrimer aliento,
y al fin la muerte, te dejó postrada?
Sobre tus yertos pálidos despojos
se lanza el tierno esposo, atropellando
los vedados dinteles,
hechos mares de lágrimas los ojos:
de los amigos fieles
cruda piedad le arranca de tu lado;
«dejad, dejad, les dice, que de nuevo
»contemple su cadáver adorado:
»a esa santa mujer todo lo debo;
»mas que esposa, en amor madre me ha sido:
»¡ah! dejadme morir, y en el sepulcro
»guardad con ella al infeliz marido!»
Cual herida del rayo,
cae la hija en súbito desmayo,
hasta que el desmedido
dolor recobre a un tiempo el sentido:
el hijo allá en el sacudido lecho
se revuelve demente,
por los sollozos ahogado el pecho,
ni de la tierna, hermosa
enamorada esposa
la voz escucha o la caricia siente:
aquí la hija pequeña,
que, como en su inocencia no creía
que su adorada madre se moría,
ayer no más mostrábase risueña,
hoy que el horror de la verdad comprende,
de dolor enloquece y desvaría:
y «mi madre me llama»,

súbitamente exclama,
«¿Dó está, decidme, dónde?»
Y se pone a imitar la voz materna,
y ella misma a sí misma se responde,
y en coloquio infantil que el alma parte
llanto con risa la infeliz alterna.
La fiel amiga, discurriendo en tanto
por las estancias todas, da su ayuda
a hijos y deudos, derramando muda
por ellos y por ti piadoso llanto.
Suena más allá un coro
de quejas, de suspiros y de lloro,
de ayes y de infinitos
hondos, confusos gritos:
son las siervas leales
a quienes con tu muerte el cielo priva
de una madre amorosa y compasiva.
Y aún la ronca paloma plañidera
parece que de lejos también llora,
como si su desdicha conociera,
con lamentable canto a su señora.
Mas ya mi voz el sentimiento traba:
¡Ah! sea nuestra gran consoladora
en trance tal la religión divina;
la misma que endulzaba
tus espantosas penas
al romper de la carne las cadenas;
y te mostraba el paraíso abierto,
sempiterna mansión de tu reposo,
donde del mortal sueño doloroso
se remontó tu espíritu despierto.
Colmada ahora de ventura inmensa,
en la región te veo
donde la recompensa
excede o la esperanza y al deseo:
allí, a tus dulces padres reunida,
en aquella inmortal segunda vida,
do no puede el temor sobresaltarte
de que muerte siniestra
de los objetos de tu amor te aparte;
allí do un día la familia nuestra
se juntará de nuevo, allí, dolida
de nuestras largas desventuras fieras,
nos llamas, oh Victoria, y nos esperas.

Junio, 19 de 1864.

A los peruanos

Mirad, peruanos, vuestra hermosa tierra
que, bajo un cielo, plácido y ajeno
de procelosos vientos a la guerra,

ostenta leda el venturoso seno
que los deleites de la vida encierra
de todos bienes y abundancia lleno;
y al cielo bendecid que por morada
os dio la tierra por el Sol amada.
¿Qué suelo el Sol contempla más fecundo
y más rico en sus frutos y diverso?
Es compendio magnífico del mundo,
hermosa abreviación del universo;
es cielo terrenal, Edén segundo,
que del primero que Luzbel perverso
hizo perder al hombre seducido
fue en cambio por el cielo concedido.
¿A qué mies para ella el sol no dora,
y no peina la brisa lisonjera
las ondas de la rubia, soñadora,
ardiente, dilatada cabellera?
¿Qué flor no hinche de aromas y colora
para ella la eterna Primavera
que, aquí de Otoño inseparable amiga,
flores y frutos a la vez prodiga?
Con cuánto exceso es en metales rica
que más anhela la codicia ardiente,
la fama pregonera lo publica
en vulgar frase, donde quier frecuente;
sin cesar su riqueza magnifica
proverbio universal a toda gente,
y el nombre sólo del Perú opulento
ofrece montes de oro al pensamiento.
Ella fue aquel espléndido Eldorado,
segundo Ofir, de la Codicia sueño,
por peligroso mar, nunca surcado,
de ella pedido con audaz empeño;
los rubios partos de su seno hinchado
hartaron casi a su avariento dueño,
y en ella pudo realizarse sólo
la pródiga ficción de Marco Polo.
Todo la prodigó Naturaleza,
y se ven los tres Reinos a porfía
demostrarle en sus dones su largueza
con mano no agotada todavía:
no hay variedad alguna de riqueza
que su opulenta vanidad no engría,
y bien ninguno la orgullosa extraña
en su costa, en su sierra, en su montaña.
Mirad los Andes cuya cima pura,
ceñida en torno de perpetuo hielo,
perderse es vista en la celeste altura;
cual indicando el misterioso anhelo
con que juntarse con amor procura
la humilde tierra al orgulloso cielo,
que, descendiendo cuando el monte sube,
su sien abraza con amante nube.
Tanta mole el altísimo Arquitecto

al cielo levantó, para que encumbre
su vuelo el alma a tan sublime aspecto
y a hollar aspire la celeste cumbre;
para que santo religioso afecto
llegue a ser del espíritu costumbre,
y sea aquí Naturaleza templo,
donde aún nos dé lo inanimado ejemplo.
Mirad el cielo puro que hace alarde
de la radiante luz que al suelo envía
donde sin velos importunos arde
el sol, como planeta de alegría;
do es nueva aurora la brillante tarde
y es la noche serena nuevo día,
y es un segundo sol la blanca luna,
ni el brillo falta de lumbrera alguna.
Daros quiso el Señor patria tan bella,
de bienes y tesoros tan henchida
y estampada do quiera de su huella,
por que os fuera más dulce y más querida;
y combatiendo con valor por ella,
dierais alegres la preciosa vida
antes, peruanos, que dejar que ultrajen
ésta del cielo terrenal imagen.

1864.

A España

No a tu soberbia y tu codicia sumas
propicio aguardes el favor celeste,
ni breve triunfo conseguir presuntas
que poco esfuerzo a tu valor le cueste;
como; vestida de ligeras plumas,
te le dio un día la cobriza hueste,
de estos mundos antigua moradora,
cuyo infortunio el universo llora:
La que opuso en la lid pecho desnudo
y cuerpo que cubrió leve vestido
a pecho que guardaba doble escudo
y a cuerpo de armadura revestido,
frente y faz descubierta al hierro agudo
a rostro por el yelmo defendido;
lidiando así entre el Indio y el Ibero
con un hombre de carne otro de acero:
la que oponía flechas a arcabuces
y a los cóncavos bronces que en su seno
guardan del rayo las siniestras luces
y el estampido horrísono del trueno;
con que tan simples ánimos reduces
a pensar que un poder al hombre ajeno
e igual al de los Dioses soberanos
tremendo armaba tus feroces manos.

No tales hechos a los siglos cuente
ni más que humanos tu altivez los nombre,
que a vista de ventaja tan patente
no hay quien de oírlos, sino tu, se asombre;
y la que a pie peleaba juntamente,
de ti invadida, con caballo y hombre,
cual con monstruoso aterrador centauro,
ceder debió de la victoria el lauro.
Mas nosotros la flecha voladora
no te opondremos a la ardiente bala:
las armas mismas manejamos hora
el mismo bélico arte nos iguala:
a resonante mole destructora
sabremos dar del huracán el ala,
y en contra de tu escuadra fulminante
Armstrong nos presta su cañón gigante.
Mas por ventura en esperar te ufanas
que nos cabrá de Méjico el destino,
y que Almontes tenemos y Santanás
que a la conquista te abran el camino:
mas, ¡cuánto son tus esperanzas vanas
y cuán ciego tu error y desatino,
si piensas que hallarás un sólo Almonte
que su amistad a tu venida apronte!
Aquí nadie desea tu venida,
ni hay diestra alguna a recibirte presta:
si el noble corazón que pronto olvida
y a quien el odio y la venganza cuesta,
cerrar dejaba la profunda herida
de tu conquista y opresión funesta,
con el ultraje nuevo, nuevamente
abrirse ahora y enconar la siente.
Y otra vez nuestros míseros anales,
con tanta sangre y lágrimas escritos,
recorren nuestros ojos; y los males
de tu cruda conquista y tus delitos,
a los horrores del Infierno iguales
y en fiereza y en número infinitos,
se ofrecen, como nuevos y presentes
a nuestros pechos e indignadas mentes:
la inaudita traición de Cajamarca
y vasta mortandad del vulgo indiano,
y el suplicio del mísero monarca
tras el rescate que pagara, en vano;
y convertido en sanguinosa charca
por la codicia y el furor hispano
el ya dichoso dilatado imperio
que leyes dio al antártico hemisferio:
casi extinguida innumerable raza,
más que con armas nobles y guerreras,
con el puñal y ponzoñosa taza
y el fuego abrasador de las hogueras;
de los hambrientos perros con la caza
que hombres descuartizaban como fieras,

con el látigo atroz de alambres hecho,
con el garrote y el candente lecho.
Y al fogoso mancebo el viejo cano
tu yugo atroz que aún alcanzó le cuenta:
mayor siempre el orgullo castellano,
y más intolerable nuestra afrenta;
dueño de todo el ávido tirano,
la Inquisición de víctimas hambrienta,
muerto al nacer cuanto fulgor brillaba,
rey el Error y la Razón esclava.
Y así la anciana voz añade cebo
al juvenil coraje y la bravura,
y al oírla el colérico mancebo
con labio ardiente la venganza jura;
y anhela que el Perú huelles de nuevo
y hacerlo de tus huestes sepultura,
vengando tu conquista y tiranía
no vengadas bastante todavía.

1864.

A la memoria

De mi amigo el artista Miguel Echerri, muerto en París a los 23 años de su edad, el día mismo en que salió el buque en que había determinado regresar al Perú

Ya acaba el tercer año su carrera,
idolatrado amigo,
desde que en extranjera
tumba te sepultó la adversa suerte;
y aún puedes desde el cielo ser testigo
de que en lo hondo de mi alma persevera
el dolor de tu muerte.
Radiante de alegría,
y bella nuncia de más bello día,
se avecinaba la feliz aurora
en que, tras los pesares
de larga ausencia, a tus remotos lares
te condujese nave voladora:
pero se adelantó la aguda espada
de la muerte traidora;
y aquella misma aurora tan ansiada
en que partir debiste al patrio suelo
desde playa francesa,
¡Te vio partir del puerto de la vida
a la oscura región desconocida
de la que nunca viajador regresa!
¡Y así en el alba de tu hermoso día,
cuando más lo futuro te reía,
tú, que eras de la patria una esperanza,
tú, puro corazón, tú, excelsa mente,
en el sepulcro lóbrego te hundiste!

¡Y en tanto el necio a ver cubierta alcanza
de blancas canas la insensata frente,
y un siglo entero el opresor existe!
¡Y nuestra patria triste
que en su florida primavera verde
sus buenos hijos pierde,
y tantos ya lamenta malogrados (36);
vivir contempla días infinitos
a sus hijos infames y malvados,
y crecer con sus años sus delitos!
¡Y yo que ha poco en verte me agradaba
lleno de juventud y lozanía,
a tan clara verdad mi fe negaba
y comprender tu muerte no podía!
¡Y en pasajero olvido,
a las horas usadas,
a tu taller modesto y escondido,
como si aún vivo fueras,
llevé tal vez mis ávidas pisadas!
¡Y tal vez, recorriendo los lugares
y calles a tu planta familiares,
encontrarme de súbito creía,
como un tiempo solía,
con tu rostro risueño
y con tu ardiente presurosa mano
que estrechara la mía
en fraternal saludo cariñoso,
para seguir con enlazado brazo
y con pie perezoso
discurriendo al acaso
por las calles sonoras,
en vario platicar entretenidos
y olvidados del vuelo de las horas!
¿Con quién, pues en la tumba ya reposas,
tendré esas dulces pláticas sabrosas
de que eran tema poesía y arte,
y en las que tanta parte
pasamos de las noches silenciosas?
¿Qué otro placer se iguala en dulcedumbre
con el placer de conversar a solas
con caro amigo, a la süave lumbre
del hogar que chispea, despreciando
el tentador beleño del dios blando
cuya frente circundan amapolas?
¿Quién volverme pudiera esos momentos
cuando, ante los artísticos portentos
que al asombro descubre
el opulento y orgulloso Luvre,
mis oídos atentos
bebían de tus labios
los inspirados férvidos acentos
y discursos altísimos y sabios?
¡Y atónita sentía
entonces el alma mía,

de tus conceptos empapada y llena,
que era hermano tu espíritu divino
del espíritu angélico de Urbino
y del pintor sublime de la Cena!
Y esperaba engreído que suspensos
los artistas futuros
vieran tus tablas y sublimes lienzos
en esos mismos orgullosos muros
al lado de los lienzos inmortales
de Rafael, Corregio y Leonardo:
¡mas ¡ay! promesas y esperanzas tales
cortó la muerte con su crudo dardo!
¡Ah! si no hubiera muerte tan temprana
arrebatado a tu creadora diestra
los valientes pinceles,
tus gloriosos laureles
la frente orlaran de la patria nuestra,
de lauros tan desnuda todavía;
y los hijos de tu alta fantasía
y de tu diestra mano,
nos envidiara la opulencia ajena,
de tesoro sin tasa ofrecedora;
¡y el ingenio peruano
en ti admiraran la ciudad de Flora
y la que baña el orgulloso Sena!
Y tu la gracia entonces halagüeña
trasladaras al lienzo, y la dulzura
de la Beldad Limeña,
que a la Ausonia Hermosura
y a 1a Hermosura Griega
rendir la palma triunfadora niega.
¡Y animados aquí por tus matices,
respiraran también a nuestra vista
del Inca imperio los antiguos fastos,
y trágicos sucesos infelices
y horrorosas escenas
de la española bárbara conquista!
Y al mísero Atahualpa entre cadenas,
o asesinado por la atroz perfidia
del codicioso hispano furibundo,
con vengador pincel representaras:
y revivir hicieras
los altos hechos y proezas raras
que dieron libertad a medio mundo:
y arder se vieran en pared o tela
de Junin y Ayacucho las batallas,
y resonaran al iluso oído
el plomo ardiente que silbando vuela,
y el derramado son de las metrallas
y del cañon el hórrido estampido;
y se mezclaran de ambos vivos mares
horrendamente las contrarias olas;
hasta que al fin, cual rayos de la Guerra,
los colombianos Martes aguijaran

la fuga de las huestes españolas.
  Y entonces mi semblante, en fiel traslado
por tu pincel amigo retratado,
en la edad venidera
mi nombre al tuyo uniera,
y tu amistad me hubiera eternizado!
Mas ¡ay! la amistad mía
que, anhelando pagar arte con arte
en el verso quisiera retratarte,
eterna vida darte desconfía:
que, de tu ingenio celestial diverso
el débil mío, mal podrá mi verso,
que corto vuelo alcanza,
dilatar tu alabanza
por la ancha redondez del universo.
  Mas, si voz de la Gloria no es mi canto
y darte nueva vida no consigo,
guarda mi corazón ardiente llanto
que con tristeza, de consuelo esquiva,
por la memoria de mi dulce amigo
derramarán mis ojos, mientras viva.

1864.

A las orillas del mar

A***

Ven conmigo a la playa tranquila,
mientras tiende la tarde su velo:
¿No parece camino del cielo
la dormida llanura del mar,
y que el cielo, cual margen opuesta,
de la mar la llanura termina?
¿No parece que a playa divina
azul senda nos puede llevar?
  ¡Quién pudiera en blandísima nave,
por aligeras brisas llevada,
arribar a celeste ensenada,
floreciente de eterno verdor!
  ¡Quién allí donde vive perenne
el afecto del alma serena,
a la ley de mudanza terrena
quién pudiera arrancar nuestro!

Cuando venía la «Numancia»

Flotante monte de macizo acero,
mandas, Iberia, a nuestra playa en vano,
rival del monstruo portentoso y fiero,

gigante emperador del océano.
No ha de valerle su feroz grandeza,
ni el nombre con que torpe tu arrogancia
quiso manchar la singular proeza
que eterna gloria mereció a Numancia.
Y si, anhelosa de vengar tus rotas,
los vastos senos de la mar invades
con fulminantes portentosas flotas
como nadantes bélicas ciudades;
verás que al pecho que el morir desprecia
ni un sólo instante en el pavor sumerges,
cual no le puso a la invadida Grecia
la hueste inmensa del altivo Jerjes.
Y los peruanos todos sus hogares
para esperarte dejarán desiertos;
y, cual segundos y vivientes mares,
inundarán las playas y los puertos.
Y aunque, dejando tu región vacía,
aquí tus muchedumbres trasladarás,
nunca nos vieras en la atroz porfía
rendir las armas ni volver las caras.
Y, uno luchando contra diez y ciento,
cual contra el Persa el espartano bando,
creciera en el peligro el ardimiento
y el ansia ardiente de morir matando.
Y ardiendo en sed de libertad y gloria,
sólo pusiera a nuestra lucha calma,
o el laurel inmortal de la Victoria,
o del Martirio la sublime palma.

Al congreso y a los marinos

¿Y será acaso que la patria nuestra
se humille al ceño de la España altiva,
y amedrentada, sin rubor suscriba
su eterna infamia con su propia diestra?
¿Y que, cuando ella recibió el agravio
del universo atónito a los ojos,
ante España poniéndose de hinojos,
perdón le pida con humilde labio?
¡Oh del Perú Congreso soberano!
Para tu triste patria no consientas
la más negra y atroz de las afrentas,
y el nombre salva y el honor peruano.
Haz por lo menos que el Perú vencido,
guardando en el revés justa arrogancia,
pueda decir con aquel rey de Francia:
todo, menos la honra, se ha perdido.
Si nos ha de costar mayor tesoro,
el tesoro del mar no se recobre:
haz que, aunque quede nuestra patria pobre,
la riqueza no pierda del decoro.

Decid, ¿cómo podréis, cuando insolente
escarnezca al Perú labio extranjero,
rechazar un baldón que es verdadero,
y responder coléricos que miente?
Preciso entonces ha de ser que venza
a vanas frases la verdad patente,
y que se os tiña la humillada frente
con el rojo color de vergüenza.
¡No habrá gente ninguna que, alentada
viendo el baldón que a nuestra patria humilla,
no estampe fácil mano en la mejilla
que de España sufrió la bofetada!
¡Ea, guerreros do los mares, ea!
Alzad al cielo agradecido acento,
pues hoy quiere que el húmedo elemento
el móvil campo del combate sea!
Su honor guardando como siempre intacto,
por vuestras manos el Perú rescate
sus islas con el hierro en el combate,
y no con oro en afrentoso pacto.
Entrad resueltos a la lid sangrienta,
que es la lucha el deber, no la victoria:
aún ser vencidos os dará la gloria;
ni el triunfo a España lavará la afrenta.

26 de Enero de 1865.

A la bandera peruana

I

Con motivo del tratado de enero, una de cuya cláusulas era el saludo simultáneo de las dos banderas

¡Oh de mi patria bicolor bandera,
si en padecer baldón fuiste la sola,
el mar que le miró, verte debiera
del cañón saludada la primera,
y no ¡oh mengua! a la par que la española!
Doblar la altiva frente a ti debía
el audaz español, y sólo entonces,
al pabellón Ibérico podría
saludar, no el deber, la cortesía
con ronca voz de los tonantes bronces.
¡Ah! ¡si no diera ya la tumba helada
al noble San Román eterno abrigo,
por el heroico esfuerzo de su espada
ya tu afrenta crüel vieras vengada,
o sucumbiera intrépido contigo!
Si un tiempo del océano el murmullo
te saludó triunfante, y de los vientos
te halagaba blandísimo el arrullo,

hoy tu baldón y tu abatido orgullo
lloren del mar y el aura los lamentos!
No eres de hoy más la veneranda enseña
de una nación que con valor y arrojo
sabe su honor guardar, aunque pequeña;
no; para el mundo ya que te desdeña
eres tan solo un lienzo blanco y rojo.
¡En negro cambia tu color de nieve,
pues, sin lidiar, sufrimos que nos venza
quien ultraje nos hizo tan aleve;
mas el rojo color bien se te debe,
porque ése es el color de la vergüenza!

Enero 27 de 1865.

II

(Tres meses después) (37)

Roba en vano y destierra y aprisiona
y azota y mata el opresor nefario
que te humilló de Iberia a la corona,
y quiso que del Sol a la matrona
Fueses, bandera, funeral sudario.
Alégrate, que intrépidos peruanos
se alzaron ya, de tu baldón dolientes,
llamando a libertad a sus hermanos;
y ya te ondean generosas manos,
y ya cobijas generosas frentes.
De Norte a Sur, del mar de ondas salobres
hasta el río que es mar de dulces ondas,
ricas ciudades y cabañas pobres
guerreros dan por que tu honor recobres
ni más al mundo con rubor te escondas.
Pronto será que a la impaciente Lima
que oprime el bando de la España amigo,
el vencedor ejército redima,
dando a su empresa venturosa cima
y al vil hispano aterrador castigo.
Pronto, pronto será que tu blancura
recobres más hermosa y esplendente,
lavándote de mancha tan oscura,
y que el vivo color que te purpura
no vergüenza, mas sangre represente.
Mas no, no ostentes tu color de grana
cuando entres ondeando a naval riña,
por que a mares después la sangre hispana
en baño ardiente, cual tintura humana,
tu blanco paño victorioso tiña.

III

(Después del dos de mayo)

Ya a ti, de nuevo ufano, el solar rayo
alumbra, el aura mece, el mar retrata;
que, a manos del Honor el dos de Mayo,
la sangre de los hijos de Pelayo
fue de tu paño fúlgida escarlata.
Do quier te agite la triunfante diestra
de un pueblo entero con orgullo noble;
gloriosa enseña de la patria nuestra,
de nuevo ufana al universo muestra
tu simple nieve entre tu grana doble.
Dinteles orna de privados lares,
altas torres, palacios y tugurios;
y citando húmedos llanos navegares,
entónente los vientos y los mares
triunfal canto entre plácidos murmurios.
La sien corona, avecinada al cielo,
de los Andes altísimos, que alfombra
mortaja eterna de luciente hielo;
y baje, sosegando el alto vuelo,
el cóndor a dormir bajo tu sombra.
Mas un rayo le falta a tu aureola;
que allí te ostente la feroz Numancia
donde la enseña de Isabel tremola,
y ni una nave hispana quede sola
que no humille a tu triunfo su arrogancia.
Y alto dicta tal vez estro deífico
el vaticinio a mi valiente cántico
que no sólo las ondas del Pacífico
verán ufanas tu triunfar magnífico,
sino también las del remoto Atlántico.

A la Rosa y Taramona

¡Salve, oh La Rosa! ¡salve oh Taramona!
¡Pareja heroica que alentaba una alma,
a quien dio la Amistad su noble palma,
y dio la Gloria su inmortal corona!
De sublime amistad nunca igualada
os enlazaba tan estrecho nudo,
que ni cortarlo de la Muerte pudo
la inexorable, apartadora espada.
Juntos ceñisteis el acero fuerte,
juntos entrabais en la lid reñida;
y como juntos os miró la Vida,
juntos también os recibió la Muerte;
cuando, por no rendiros al hispano
bando, que con el número os acosa,
buscó vuestro valor tumba gloriosa
en el seno del túrbido océano.
Brazos ligando con estrecho lazo,
al mar caísteis: su furor violento
pudo arrancaros el vital aliento,

mas no romper vuestro postrer abrazo.
¡Oh mar que banas la sedienta Iquique,
que fuiste por tal sangre enrojecido,
tu tumultuoso estruendo y tu bramido
tan grande hazaña sin cesar publique!
Y, como voces de venganza airadas,
recordadnos también, rugientes olas,
la crueldad de las armas españolas,
de lejos en los héroes enseñadas!
¡Oh patria mía! con soberbia pompa
a tus divinos mártires levanta
pirámide sublime, a cuya planta
el mar sus ondas rebramando rompa.
Y con sus lenguas de agua, eternamente
a Taramona y a La Rosa cante
en confuso murmurio, semejante
a los clamores de infinita gente.
Y el son del atambor y la trompeta
imite, y del cañón el estampido,
más dulces de los héroes al oído
que música amorosa en noche quieta.
Y los peñascos azotando, mienta
el choque, y el estrépito y las voces
de encontrados ejércitos feroces,
y el tumulto y horror de lid sangrienta.
Y el que del mar recorra los desiertos,
mostrando el mármol que a lo lejos brilla:
«Juntos yacen, exclame, en esa orilla
dos tiernos héroes por su patria muertos».

Febrero 23, aniversario de la muerte de estos dos héroes.

En la agonía de J. M. H.

Todo te cubre de la muerte el hielo:
vanos ya los esfuerzos son del arte
de médicos humanos, y salvarte
sólo pudiera el Médico del cielo.
Conozco en el instante de perderte,
cuánto a ti estaba mi existencia unida,
y el amor que durmiendo estaba en vida
se despierta ardoroso con tu muerte.
Pronto, rotas del cuerpo las lazadas,
y libre de lo vano y aparente,
cuanto hoy ignoras brillará patente
de tu alma a las clarísimas miradas.
Y contemplando sin disfraz la mía,
verás de culpas y flaquezas llena
esa alma que tan pura y noble y buena
imaginabas con error un día.
Y el amor y alta estima y el respeto
que me profesas y en tu error se funda

se trocarán en compasión profunda,
cuando penetres mi fatal secreto.
A Aquel entonces que las almas sana
ruega que pio sane mi alma enferma,
porque, cuando en la tumba el cuerpo duerma,
vuele aquella a la gloria soberana;
y que no sean en mi daño eternos
estos tristes adioses que te digo,
sino que allá en el cielo, dulce amigo,
ledos volvamos algún día a vernos.

1865.

A Lima

En una noche de luna en que, siendo aún muy temprano, no había gente en las calles a consecuencia de una orden del Ministro de Gobierno

La clara luna su fulgor dilata
en cielo de purísimo zafir,
y en rico manto de luciente plata
parece, oh Lima, tu beldad vestir.
Mas en vano te llama y te convida
de tan bello espectáculo a gozar
el astro en cuyas luces sumergida
toda te miro, como en claro mar.
Silenciosas tus calles y desiertas,
cuando aún las horas del bullicio son,
de tus hogares las cerradas puertas
guardan a tu medrosa población.
En vasto cementerio, de repente,
del día con el último fulgor,
te cambias, a las leyes obediente
de tu salvaje déspota señor.
Que este tu clima voluptuoso y muelle
muelles tus hijos engendró también:
hijos que sufren que insolente huelle
salvaje planta su cobarde sien.
Sumisa a los antojos de tu dueño,
hunde entre holandas la dormida faz,
y de la afrenta y la ignominia el sueño
duerme, oh sultana, en regalada paz.
De un hijo tuyo el despotismo fiero
acostumbrando tu indolencia está
a que sirvas mañana al extranjero,
que en esperanza te posee ya.
Y pues son para ti sagradas leyes
los caprichos de un déspota poder,
si la ciudad ya fuiste de los Reyes,
pronto de reyes volverás a ser (38).

1865.

A la gran república Norte-Americana

Después de terminada la guerra civil

De libertad al mundo eras maestra
mas aún su ciencia te negaba Marte;
y esa fraterna lucha te hizo diestra
de las crudas batallas en el arte.
De tu pecho al valor y fortaleza,
por ninguna jamás sobrepujada,
se iguala de tu brazo la destreza
para esgrimir la ponderosa espada.
Ya por civil saber eras Minerva,
mas hoy en todo a la gran Diosa igualas,
y pronto sentirá la Europa sierva
que a un tiempo eres Minerva y eres Palas.
Ya el universo entero a desafío
provocar puedes, pues juntar te veo
a la destreza del pastor Judío
la fuerza del gigante Filisteo.
Orgullo de la gente Americana,
tú, tú sola de ti maestra has sido,
porque nación ninguna pueda ufana
decir que en algún tiempo te ha vencido.
Y así no te venció extranjera gente,
que una parte de ti venció a otra parte,
pues tú propia eras digna solamente
de vencerte a ti misma y de domarte.
Y mientras que tu lucha a las esclavas
viejas naciones alegró la vista,
no sabían que fuerte te ensayabas
así del universo a la conquista.
Ya no ha de lamentar el que te adora,
ni enrostrarte podrá quien te detesta
la esclavitud injusta y opresora,
al gobierno que ostentas tan opuesta.
La Santa Democracia al ver se alegra
que la atezada estirpe, de tirana
suerte infeliz más que su rostro negra,
de quien niega la blanca ser hermana;
la que fue nivelada con el bruto,
y que parece que el semblante viste
de oscuras sombras y de eterno luto
para llorar su servidumbre triste;
de sus graves cadenas despojada,
libre y dichosa, al asombrado suelo
pregona ya que no te falta nada
para ser de Repúblicas modelo.
Al cielo, oh feliz negro, ensalza el nombre
del justo Lincoln, cuya pía mano
convierte al siervo miserable en hombre,

y en hombre de tal patria ciudadano.
Mas, ¡ay cielos! tu triste voz lamente
su inesperado mísero destino,
cuando la honrada vida el plomo ardiente
le arrancó de frenético asesino.
Como familia desolada y viuda,
llora su triste fin la unión entera;
ojos enjutos no hay, no hay lengua muda,
como si un padre cada cual perdiera.
Mas en pesar, ¡oh gran Nación! tan fuerte,
por él te dueles, no por ti, segura
de que nada estorbar puede tu suerte
y tu inmensa grandeza y tu ventura.
¿Quién parar puede al Niágara potente,
cuando más despeñadas arrebata
sus ciegas ondas y fatal corriente
al salto de la inmensa catarata?
Pues aún más fácil resistir sería
el curso irresistible de tu río,
que atajar el destino que te guía
a la cumbre de todo poderío.
Y aunque es grande el que causa tu lamento
y digno sea de que tú le llores,
eres de grandes patria, y ciento y ciento
hijos tienes, iguales o mayores.
Llore y gima sin fin gente Europea
héroes que cada siglo le da el hado,
y solitaria y huérfana se crea,
como Príamo de Héctor despojado.
Que la Nación que a grande dicha cría
un hombre sólo entre infinita plebe,
en el lecho de su última agonía
desesperarse sin consuelo debe.
Pero tú, si uno pierdes, no te olvidas,
aunque tu duelo el justo llanto vierte,
de que te quedan infinitas vidas
que te consuelen de una sola muerte.
Tal, si entre luces fúlgidas sin cuento
desaparece rutilante estrella,
consuelan al poblado firmamento
mil y mil astros de la ausencia de ella.

A un tirano

Tú que marcas con sangre tu camino,
beato tigre, loco sanguinario,
Nerón cristiano, místico asesino,
que envuelves el puñal con el rosario:
tú que, el pan recibiendo que convierte
en el cuerpo de Dios el sacerdote,
a dar horrible dilatada muerte
sales, armado del sonante azote:

tú que, después del celestial sustento
que la muerte te da, si a otros la vida,
comes del hombre el corazón sangriento,
siendo la humana sangre tu bebida:
de América del Sur nuevo Luis Once,
mas de su ingenio y su prudencia ajeno,
que un pedazo de mármol o de bronce
tienes por corazón dentro del seno:
tú que eclipsas las famas espantosas
de los monstruos más fieras y crüeles,
tu a quien envidia el execrable Rosas
los infames satánicos laureles:
¿Cuándo será que de tu horrendo yugo
respiren nuestros míseros hermanos,
y mueras bajo el hacha del verdugo,
para eterno escarmiento de tiranos?
Que, aunque anhelara de uno al otro polo
ver abolida tan justa pena,
yo la dejara para ti tan sólo,
porque tú no eres hombre sino hiena.
Mas no: más vale que el atroz convite
que te envidiaran las más crudas fieras,
tu famélico vientre al fin ahíte,
y por humana sangre ahogado mueras.

1865.

Al águila del norte

¡Oh tú que al ave celestial excedes
que en sus garras, de horror sobrecogido,
arrebató al Olimpo a Ganimedes!
¡Pues alegra la paz tu dulce nido,
ya por los aires remontarte puedes!
Tiemblen las aves y orgullosas fieras,
y ponzoñosos lúbricos reptiles,
cuando las corvas uñas justicieras
y el pico agudo en tu peñasco afiles,
y, llamando a la lid, el viento hieras.
de tus inmensas vigorosas alas
tiemblen el raudo portentoso vuelo
con que deshecha tempestad igualas,
y ya desciendes, como rayo, al suelo,
ya el más remoto firmamento escalas.
Estremecida de voraz deseo,
lanzar te escucho ensordeciente grito,
y el vuelo altivo remontar te veo,
cual devorar queriendo lo infinito:
consuelo a justos y terror del reo.
Al triste Azteca, sin ayuda y flaco,
ya te miro valer en su abandono,
con que mis ansias y dolor aplaco;

y en su sangriento mal seguro trono
miro temblar al miserable Austriaco.
Mas, apenas la Fama le pregona
que a la lid vengadora te previenes,
su mano el cetro trémula abandona;
y al suelo cae de tan viles sienes,
al aire de tus alas, la corona.
Será de tu valor lauro segundo
que libre se alce la mayor Antilla;
ni mire gente alguna el Nuevo-Mundo
que doble al extranjero la rodilla
en su suelo vastísimo y fecundo.
Traspasa luego el líquido elemento
que da al dorado sol tumba de plata,
y, conquistando un nuevo firmamento,
de tus garras coléricas desata
el rayo agudo, de partir sediento (39).
Trazando angosta luminosa senda,
y leves alas de rojiza llama
batiendo rapidísimas, descienda
donde el delito su caída llama
y aguarda ya la punición tremenda.
Sobre altaneras coronadas frentes
ante quienes humillan los hinojos
de Europa sierva las cobardes gentes,
agota los flamígeros manojos
de tus trémulos rayos impacientes.
Y mantos ardan, joyas, pedrerías,
palacios, tronos, cetros y coronas;
y a las cárdenas llamas y sombrías
del vastísimo incendio que ocasionas,
brillen las noches cual siniestros días.
Tú desde lo alto con feroz recreo
verás la horrible hoguera a quien atiza
el sonante huracán de tu aleteo,
hasta que humosos mares de ceniza
sean de tu ira aterrador trofeo.
Y, prosiguiendo tus tremendas sañas,
ya te miro del Águila Francesa
y del soberbio León de las Españas
en el seno clavar la aguda presa,
y abrirles con tu pico las entrañas.
Nada resiste a tus justicias, y hasta
el Leopardo domador Britano
y ese a quien arma solitaria un asta
la altanera cerviz (40), sienten que en vano
al valor tuyo su valor contrasta.
¡Ministra de la cólera divina
que con delitos tantos ya rebosa!
Amaga, aterra, hiere y extermina,
y cumpla tu venganza misteriosa
de lo pasado la fatal rüina.
Pero, después que al crimen enemigo
abra tu enojo eterna sepultura,

y escarmiente a la tierra tu castigo,
América feliz duerma segura
de tus inmensas alas al abrigo.

1865.

A un fotógrafo

[Nota (41)]

Da grima ver tanto europeo ingrato
que llega hambriento y con el pie desnudo,
y calumnia después, grosero y rudo,
al suelo que le dio pan y zapato.
Dejaron de sus patrias las riberas
donde quizá no fueron ni criados,
y vienen a las nuestras, escapados
del presidio, tal vez o las galeras.
Aquí más que su industria, nos arranca,
su engaño y mala fe nuestros dineros,
y se quieren meter a caballeros
tan sólo por tener la cara blanca.
Tú, que le debes tu riqueza toda
al suelo a quien ahora le haces cruces,
y no adquirida con talento y luces,
sino merced a pasajera moda:
tú, en quien la voz artista es profanada,
porque nunca el fotógrafo fue artista,
y siempre que la máquina está lista
el sol es el pintor, y tú eres nada:
¿Cómo forjar osaste tal novela,
despreciable, ridículo gabacho?
Mas sin duda escribístela borracho
después de alguna torpe francachela.
Los excesos que Pintas, el insulto,
las heridas y muerte, robo y saco
todo, todo fue efecto del dios Baco
a quien tributas reverente culto.
Una justa protesta, aunque ferviente,
donde fue muerto por su culpa un hombre,
¡suceso llamas que no tiene nombre,
ni en la historia ha tenido precedente!
Recorre de la Europa los anales:
allí verás escándalos y horrores
y tu patria presenta los mayores
que con horror la fama hace inmortales.
Jamás, jamás el universo olvida
de San Bartotomé la atroz jornada
que a Carlos vio desde su real morada
ser de los Hugonotes homicida.
Ni olvida del terror el duro imperio,
que en toda mente para siempre impresa

está la atroz Revolución francesa
que convirtió la Francia en cementerio.
Y dejando otra edad y entrando en ésta,
presente tiene el mundo horrorizado
el golpe sangrientísimo de Estado
que a Francia tantas víctimas le cuesta.
¡A hechos tales tu pecho horror no muestra;
mas tu ánimo se espanta y se contrista
al contemplar, severo moralista,
la corrupción y la barbarie nuestra!
Vuelve a las playas que te son natales
de donde nunca salgas, y haga el cielo
que nunca pisen el peruano suelo
los que a ti, vil francés, sean iguales.
Si este pueblo a quien torpe satirizas
tuviera los defectos que le notas,
ya tú tuvieras las espaldas rotas
al golpe vengador de cien palizas.
Pero el dejarte con el lomo sano
y el piadoso desdén con que te mira
es la prueba mayor de tu mentira
y de que él es magnánimo y humano.

1865.

A Santa Rosa

Oh del Señor inmaculada esposa,
oh de pureza y de virtud modelo,
tú que la flor más bella y olorosa
un día fuiste del nativo suelo,
y hoy eres viva trasplantada rosa
en los floridos cármenes tel cielo;
flor que el Eterno con deleite mira
y cuyo aroma recreado aspira:
orgullo del moderno continente,
y de sus pueblos inmortal patrona;
tú que circundas a tu blanca frente
de luceros espléndida corona;
oh el mayor timbre de la patria gente,
tú de quien este suelo más blasona
que del oro y la plata con que un día
el universo pobre enriquecía:
vuelve los ojos a la triste tierra
que tanto amaste en tu primera vida;
los males mira que en su seno encierra,
los vicios mira que en su seno anida;
víctima vela de la cruda guerra
y furente discordia fratricida;
mira cuán presto en bandos se desune
la que extranjero agravio deja impune.
No como el nombre de la raza hebrea

consientas, virgen, que a la gente humana
Ludibrio el nombre de peruano sea:
recuerda que también eres peruana;
que, aunque hoy celeste patria te posea,
aún eres en el cielo nuestra hermana,
y entre la dicha al pensamiento ignota,
aún eres nuestra dulce compatriota.
La festiva ciudad que, aclamadora,
hoy su gozosa población aduna,
y ufana y reverente conmemora
tu milagrosa celestial fortuna,
vio de tu clara luz nacer la aurora
y el hogar guarda que abrigó tu cuna;
y aquí el cuerpo purísimo reposa
que fue velo de tu alma candorosa.
Esta tierra a tus padres fue nativa,
tus padres que en castísimos amores,
enlazando de paz la verde Oliva
a las modestas inocentes Flores (42),
eran vivo jardín, floresta viva
que daba de virtud blandos olores;
y la flor más balsámica y hermosa
de tan rico pensil era la rosa.
Del eterno divino jardinero
por la mano vivífica plantada,
criada fue por su amoroso esmero,
y con celestes aguas rociada,
embalsamando el universo entero
y hechizando del mundo la mirada
con su fragancia y su beldad divinas,
guardó para sí sola las espinas.
Las calles mismas que con pompa tanta,
de flores mil por alfombrada vía,
hoy recorriendo va tu imagen santa
entre humo vago que el incienso envía,
fueron holladas por tu viva planta,
siendo la tierna caridad su guía;
y estos templados aires bien conoces
que hinche el sacro metal de alegres voces.
Esta la estancia fue do la mañana
te halló orando con labio fervoroso,
y donde el sueño con dulzura vana,
te convidaba a su feliz reposo:
este tu lecho, aquella la ventana
donde esperabas al divino esposo
que, en tu seno a su faz hallando abrigo,
dejaba el cielo por estar contigo.
Aquí el florido y aromoso huerto
donde, invitadas por tu voz, las aves
al Señor tributaban un concierto
de alabanzas y cánticos süaves:
donde aún las hojas con murmullo incierto,
y aún los insectos con zumbidos graves,
como movidos por celeste encanto,

acompañaban tu inspirado canto.
¿Y será que en tu nueva patria mudes
el dulce amor de tu nativo suelo?
¡Ah! no: que de la tierra las virtudes
no cambian, sino crecen en el cielo:
al blando son de angélicos latidos
su voz levante tu piadoso celo,
y de Dios sin cesar en el oído
tu ruego suene, tierno y encendido.
Sí, ruega siempre a la inmortal clemencia
por esta tu primera patria triste,
en donde con heroica penitencia
esa segunda patria mereciste:
ella que tu memoria reverencia,
aunque de tu alto ejemplo tanto diste,
en tus plegarias cifra la esperanza
de presente y futura bienandanza.
Alcanza que el Eterno no consienta
que el hermano al hermano dé la muerte,
mas, desterrando la ambición sangrienta,
los divididos ánimos concierte:
haz que tu patria por la unión se sienta
Feliz y firme, vencedora y fuerte,
y que no quede con vergüenza inulto
del osado extranjero nuevo insulto.

30 de Agosto de 1865.

A la Sra. D.ª Carolina G. de Bambaren

Por su bellísima copia en miniatura de la «Virgen de la Silla» de Rafael de Urbino que se dignó ofrecerme

Desde que el gran Rafael
dio al mundo, la maravilla
de la Virgen de la Silla,
trasladarla en copia fiel
procura en vano el pincel,
el buril procura en vano;
que no fue dado a otra mano
igualar la perfección
y la celeste expresión
de aquel grupo soberano.
Mas tu ingenio, Carolina,
aun copiando débil copia,
la expresión y beldad propia
de esa pintura divina
cual por instinto adivina:
y, sin quedártele atrás,
hoy repetida nos das
en tan breve miniatura
la incomparable hermosura

que no miraste jamás.
  Pero su hechizo y beldad,
¡Cuánto más dulces me son
al ver que es precioso don
que me brinda tu amistad!
No de más preciosidad
me fuera el bello traslado,
si, de diamantes cercado,
cifrara inmenso caudal;
ni el sublime original
fuera de mí más preciado,
copia tan encantadora
me recordará al divino
pintor famoso de Urbino,
y a la bella copiadora;
en ella yo desde ahora
mi mayor riqueza fundo,
que con primor sin segundo
en mí para siempre liga
a mi dulcísima amiga
y al primer pintor del mundo.
  Al verla, ver creeré
la blanca tornátil diestra
tan linda como maestra
que el pincel guïando fue;
los grandes ojos veré,
en donde el numen centella,
que fijos tuviste en ella;
y de la virgen al lado,
ángel al grupo aumentado,
veré tu figura bella.

1865.

En la profesión

De la señorita Petronila Ramos

¿Y de padres y hermanos te alejas,
y adiós dices por siempre a la vida?
¿Y tus tiernos abriles convida
a sus goces en vano el amor?
¿Y renuncias al fausto y riqueza
que adornaron, oh virgen, tu cuna
y a los bienes que brinda fortuna
ni una lágrima da tu dolor?
  La ardua vía te muestra la hermana
que ya guardan las santas paredes.
Tú, que a su alto heroísmo no cedes,
fuerte cargas tan áspera cruz:
quiso haceros el rey de los cielos
como en sangre en virtudes hermanas,

y al desprecio de dichas mundanas
os dio presto clarísima luz.
¿No te arredra el tristísimo llanto
que derrama tu madre afligida,
ni la tierna postrer despedida
que tu amante familia te da?
¿No el oír, tras tus pasos cerrada,
resonar hondamente la puerta
de tu sacra prisión, que ni abierta
a tu helado cadáver será?
Di ¿no sientes al ronco sonido
toda tu alma ocupar temblorosa
el horror que al cerrarse su fosa,
siente viva enterrada vestal?...
No, que nada tu pecho conturba,
ni te arredras, oh virgen, de nada,
bien juzgando con clara mirada
lo que juzgan los hombres un mal.
¡Ah! ¡cuán dulce y gloriosa es la suerte
a que te alza la gracia divina!
No la mente más gloria imagina
que logró tu feliz vocación:
si himeneos humanos esquivas,
otro logras más alto y glorioso;
que es Dios mismo tu amante, tu esposo,
y testigos los ángeles son.
En los altos palacios del cielo
pulsar oigo las harpas de oro
al ardiente seráfico coro,
inflamado en más vivo placer:
y con voz cuya inmensa dulzura
no adivina el humano deseo,
solemniza el feliz himeneo
entre Dios y una humilde mujer.
Hoy se digna con nudos eternos
enlazarse ¡oh portento! a su sierva
el que cielos y tierra conserva
con su eterna mirífica ley.
Un Señor de inefable grandeza
a mortal himeneo se allana,
cual se uniera a una pobre aldeana
poderoso magnífico rey.
El nupcial juramento resuena,
ya te liga perpetua lazada:
¡ah! no vuelvas jamás la mirada
al vil mundo que dejas atrás:
¡Mundo vano, traidor, engañoso,
precipicio cubierto de flores,
nos prometes eternos amores,
y placeres de un día nos das!
Dar humanos amores al alma
es dar sólo una mísera gota
a profunda vasija que, rota,
no llenarán las ondas del mar:

lo creado este abismo no colma;
y esta sed tan tenaz e infinita
todo un Dios, todo un Dios necesita,
y Dios sólo la puede apagar.
El amor de terrenos esposos
ve nacer y morir breve día,
y su fuego se cansa y enfría,
y se muda en amargo desdén:
mas del célico esposo las llamas
se conservan por siempre ardorosas,
y jamás sus amantes esposas
desdeñoso o ingrato le ven.
Cruda hiriendo tu cándido pecho,
a su pie los sagrados altares,
que tus lágrimas rieguen a mares,
noche día te escuchen orar:
en tu echo durísimo el sueño
breves horas cobije tu frente,
ni te dé tu virtud penitente
sino tosco y escaso manjar.
No por ti, tierna virgen sencilla,
darte debes tan crudo martirio:
no por ti, que eres cándido lirio,
trasparente cristal, no por ti;
mas ofrece al Señor tus dolores
tu oración, penitencia y gemidos,
por los tristes mundanos perdidos,
por tu patria doliente... por mí.

1865.

Al señor don Ignacio Gómez

En contestación a la oda en liras que me dedicó

De mi suerte las iras
seguir me niegan el vivir quieto
que tus hermosas liras
me pintan, y secreto
es de mis ansias perennal objeto.
¡Cuánta ventura goza
el morador de solitaria aldea!
En su pajiza choza
nada extraña o desea,
ni hay verdadero bien que no posea.
Con el alba serena,
de las aves al cántico, madruga
a la usada faena,
que del tiempo a la fuga
retarda el vuelo y a su faz la ruga.
Con la luz postrimera,
ufano vuelve a su mujer honesta,

que en el dintel le espera,
y la cena modesta
amorosa y solícita le apresta.
  Le rodea de hijuelos
el hechicero enjambre bullicioso;
y loando a los cielos,
feliz padre y esposo,
cierra el sueño su día venturoso.
  El triste vivir mío,
¡cuánto de su vivir es diferente!
El suyo es claro río,
quieta apacible fuente;
mar el mío, agitado eternamente.
  No con honestos lazos
circundará mi cuello esposa amante,
ni a mis brazos sus brazos
darán el tierno infante
que copie su bellísimo semblante
otro las alegrías s regocijos;
paterna goce y puros regocijos;
y en sus postreros días,
a sus males prolijos
den consuelo los hijos de sus hijos.
  No veré de mi mesa
la turba de mis nietos ser corona,
ni con planta traviesa,
en torno a mi poltrona,
se agitará festiva y juguetona.
  Son para el aldeano
la paterna heredad y humilde techo
todo un orbe mundano:
y a mi insaciable pecho
el vastísimo mundo viene estrecho.
  Él ni con el deseo
abandonó jamás sus dulces lares:
y yo triste paseo
por tierras y por mares
mi soledad eterna y mis pesares.
  En aquella ignorancia
inocente, tranquila y venturosa
en que vive la infancia,
él seguro reposa,
ni el ansia de saber jamás le acosa;
  Ninguna le es misterio
de cuantas leyes lo creado rigen;
de cuna y cementerio,
de nuestro fin y origen,
las tenebrosas dudas no le afligen:
  Yo, a quien paz no consiente
del negado saber el ansia aguda,
veo mi ciega mente,
de verdades desnuda,
solitaria vagar de duda en duda.
  La verdad me sentencia

a no mirar su lumbre suspirada:
y así toda la ciencia
por mi afán granjeada,
es tan sólo saber que no sé nada.
¡Tuviera la tranquila
dulce ignorancia que la fe respeta,
y no la que vacila
triste ignorancia inquieta
que aflige nuestras almas, oh poeta!

1865

Ayuda a Chile

Versos escritos cuando la escuadra española bloqueaba los puertos de esta república

No ausencia de entusiasta simpatía
de un pueblo hermano por la causa santa
enmudece la voz en la garganta
de Musa que el peligro desafía
y la verdad y la justicia canta.
Entusiasmo y amor al pecho sobra
para que el labio a ardientes himnos abra;
mas ya el tiempo pasó de la PALABRA,
el tiempo es ya llegado de la OBRA
contra quien yugo a nuestros cuellos labra.
Harto ya resonó la lira airada;
no más la lengua en gritos se desate:
hablen los hechos; y, soldado el vate,
la lira abandonando por la espada,
vuele con planta intrépida al combate.
Sitiada así por el empeño loco
del vencido en Maipú y en Ayacucho,
no hablar con vana lengua a Chile escucho:
esa nación intrépida HABLA POCO;
esa nación intrépida HARÁ MUCHO.
¿Y será que mi patria en dar vacile
la noble ayuda que su hermana diola?
Si provocó la cólera española,
por venir a su voz, la heroica Chile,
¿Dejarla puede abandonada y sola?
¡Ah! si no por amor, por su decoro
y por lavar la afrenta que lo enloda,
hoy que la asedia la venganza goda,
darle el Perú sus naves, su tesoro
debe, y sus hijos y su sangre toda!

1865.

Imitado del quichua

No más respondas incierto,
y pues que tus padres crudos
se oponen a nuestros nudos,
huye conmigo al desierto.
¡Eres hombre y del temor
te dejas así vencer!
Yo no temo, y soy mujer,
que audacia me da el amor.
A la hora en que el sol más arde
yo tenderé mis cabellos,
toldo formando con ellos
que de sus rayos te guarde.
Cuando el cansancio prolijo
mover no te deje el pie,
yo en brazos te llevaré,
cual madre amorosa al hijo.
Si sed te abrasa encendida,
yo lloraré tanto y tanto,
que pueda mi triste llanto
darte copiosa bebida;
y serán los ojos míos
dos inagotables fuentes,
donde tus labios ardientes
beban del dolor los ríos.
Y, si te empieza a acosar
del hambre el fiero aguijón,
mi arrancado corazón
te ofreceré por manjar.

1865.

A la señorita D.ª Enriqueta Eléspuru

Bien parece que, al crearte,
no te dio la suma diestra
tan celestial hermosura
y gracia tan halagüeña,
sino por negarte dichas
y alegres horas serenas,
de éstas así descontando
lo que prodigó en aquéllas:
pero, ¿cuándo, dime, cuándo
no fue infeliz la belleza?
¿Cuándo no fueron las gracias
blanco de la suerte adversa?
Tu dulce hermana lo diga,
aquella Emilia hechicera
que en el abril de su vida
sepultó la oscura huesa.
Tú de tu clara familia,
de Lima ornato y presea,

tan bella cuanto infeliz,
tan infeliz cuanto buena,
la más desgraciada fuiste,
como fuiste la más bella,
pues era fuerza que iguales
desgracia y beldad midieras.
Sólo alumbraron tu llanto
las tristes nupciales teas,
y donde otras hallan dichas
tú sólo lutos y penas:
y por que ni perdonados
tus mismos encantos fueran,
hoy abate tu hermosura
horrible extraña dolencia,
que de tus ojos divinos
los soles radiantes ciega
y el cuerpo airoso y flexible
a eterna calma condena.
¡Ay! ¡cuán otra mis recuerdos
te ven en mi edad primera,
cuando un ángel semejabas
recién bajado a la tierra
y rivales no oponía
a tus once primaveras
la patria ciudad que sólo
beldades por hijas cuenta!
¡Cuán otra te vi más tarde
en Nápoles y en Florencia
y en las tumultuosas calles
de la capital eterna;
cuando el altivo romano,
admirando a la extranjera,
su belleza anteponía
a la romana belleza,
y parándose a mirarte,
seguía con vista atenta,
hasta perderlo distante,
tu abierto coche que vuela!
Y al visitar a tu lado
las galerías soberbias
que, cual población marmórea,
millares de estatuas llenan,
con atónitas miradas,
te vi, divina Enriqueta,
competir en hermosura
con las hermosuras de ellas,
y parecer viva estatua
y animada efigie griega,
entre deidades de mármol
y entre mujeres de piedra.
De las tres ínclitas Diosas
que al bello raptor de Elena
árbitro hicieron en Ida
de su insigne competencia,

te comparaban mis ojos
con las efigies perfectas,
y adunar te vi de todas
las perfecciones diversas:
que en la majestad a Juno,
en la pureza a Minerva,
y en la gracia te igualabas
a la dulce Citerea.
Doquier que fuiste, el Hispano,
el Anglo, el Francés, el Belga
en ti prefirió a las patrias
la rara beldad limeña:
coral que perlas abrían
era tu boca pequeña,
y tu frente y tus mejillas
rosas blancas y bermejas;
tus ojos resplandecían
cual las hermanas estrellas
de Géminis luminoso,
en luz y en beldad gemelas;
tu cuello hermoso y flexible
el ave envidiar pudiera
en cuyo disfraz fue Jove
furtivo esposo de Leda;
no hay flor que al beso del aura.
con tanta gracia se meza,
cual tu talle se mecía
al mover tus blandas huellas;
y del castaño cabello
la derramada madeja
toda entera te envolvía,
como el manto de una reina.
¡Ay! que para mí ese tiempo
ni para ti feliz era,
aunque sus horas fugaces
el alma de menos echa;
porque siempre lo pasado
con deseo se recuerda,
aunque triste y doloroso
como lo presente fuera.
Cierto que más infelices
somos hoy, cara Enriqueta,
dando el hado inexorable
a más años más miserias.
Yo, enferma la débil carne
y el alma aún más enferma,
arrastro una triste vida
que larga muerte semeja;
y entre tantas desventuras
no es la que menos me aqueja
el que hoy viviente cadáver
mis tristes ojos te vean.
Mas tu mal no sobrepuja
de tu espíritu las fuerzas,

a padecer enseñado
desde juventud tan tierna:
  y cual roble a quien no abate
el furor de la tormenta,
cuanto más aquél se ensaña
crece más tu resistencia;
  sin que arranquen tus dolores,
cuando más fieros arrecian,
ni una lágrima a tus ojos
ni a tus labios una queja.
  A los más fuertes varones
tú, débil mujer enseñas
a sufrir, y de constancia
eres sublime maestra:
  del propio mal olvidada,
ajenos malos consuelas;
y cuando oyes de los tuyos
los ayes y las querellas,
  con relatos apacibles
con donaires los alegras,
y queja y llanto prohíbes
y regocijos ordenas:
  siendo el último prodigio
de la humana fortaleza
que todos sientan tus males
y tú sola no los sientas.
  Y yo aprender de tu ejemplo
tan alta virtud debiera,
mostrando menos al mundo
mis lágrimas y mis quejas,
  y oponer a las desgracias
el broquel de la paciencia,
imitándote en sufrirlas,
pues te imito en padecerlas.

1865.

Al doctor don Celso B***

  Si abarca fácil tu preclara mente
científicas verdades, ¿por qué, ciega
a la verdad, de las verdades fuente,
a Dios no mira, y los fulgores niega
de ese sol de las almas refulgente?
  No es hijo tal error de tu deseo,
ni el vicio te arrastró, pues considera,
dolido de tu insano devaneo,
en ti hoy el mundo por la vez primera
resplandecer virtud en el ateo.
  Alma perversa, más que mente oscura,
borrar logra la fe en el Infinito;
y siempre del ateo la locura

fue a la par desventura y fue delito;
pero en ti solo ha sido desventura.
¿Y a ver, oh dulce amigo, a Aquel no alcanzas
a quien canta una esfera y otra esfera
en reverentes armoniosas danzas,
y de quien no es la creación entera
sino un cántico vivo de alabanzas?
Todo en la vasta creación le nombra:
¿No oyes, dime, cantar a las estrellas:
«Nosotras somos en azul alfombra
»de sus pisadas las lucientes huellas»,
y al sol: «yo soy su deslumbrante sombra»?
El monte excelso que de huella humana
su virgen cima hasta los cielos sube:
«soy, dice, de su planta la peana»;
y «yo su carro soy», dice la nube,
«que le llevo a la estrella más lejana».
«Soy su tremenda voz» retumba el trueno
«y yo» responde el rayo «soy su espada»;
«voy», ruge el Austro «de sus iras lleno»;
«soy de su alcázar la imperial portada»
proclama el arco de la paz sereno.
Y desde el astro que la frente en oro
y llamas ciñe hasta la flor del valle,
en la ancha creación, templo sonoro,
no hay criatura que su nombre calle
y voz no sea del inmenso coro.
Y este inmortal acento no aprendido,
y estas voces de todos escuchadas,
y este idioma de todos entendido,
¿será que no hablen sólo a tus miradas,
que tan sólo no suenen en tu oído?
Mas, aunque el mundo con eterno grito
no me pregone tan augusto nombre,
esa voz exterior no necesito,
que en el amante corazón del hombre
con hondos caracteres le hallo escrito.
Grabole él mismo con su santa diestra;
y esa profunda aspiración y vaga
que enciende sin cesar el alma nuestra,
sin que nada la alivie y satisfaga
en la tierra jamás, a Dios demuestra.
Dios es Aquello que nuestra alma anhela,
mal contenta de todo lo terreno;
el blanco eterno a que, cual dardo, vuela;
el infinito mar en cuyo seno
perder ansiara su ambiciosa vela.
Sí, Dios es todo: es la verdad secreta
que busca el sabio con tenaz porfía,
de toda ciencia cual postrera meta;
y es Dios lo que la ardiente fantasía
y el corazón persigue del poeta:
lo que busca el amante en los amores,
lo que busca el artista en la belleza,

y busca el ambicioso en los honores,
y el avariento busca en la riqueza,
y en el claro laurel los triunfadores:
  lo que en la orgía buscan los beodos,
y en el torpe deleite el libertino;
que aún por indignos insensatos modos
van los humanos ese bien divino
con insaciable sed buscando todos.
  ¡Siempre, do quiera Dios! la humana gente
desde su origen y remota cuna
dobló a sus aras la sumisa frente,
y todas las edades una a una
a él inclinan su vuelo reverente.
  Bárbaro pueblo, en el desierto oculto,
si áureos palacios le levanta Roma,
en toscas aras le consagra culto;
y al par le nombra que el más rico idioma
el idioma más áspero e inculto.
  Sin ese ser tan grande y tan perfecto,
de nadie el universo comprendido
fuera alcázar real sin arquitecto,
libro fuera de frases sin sentido,
fuera sin causa solitario efecto.
  Mas de Dios clara prueba eres tú mismo:
tu ingenio, tu alma generosa y pía,
tu honradez, tu romano patriotismo,
y ese instinto feliz que al bien te guía,
vencedor de tu estéril ateísmo.
  ¡Quién palpable a tu mente hacer pudiera
que sólo la terrestre vestidura
muere de la divina pasajera,
y que la tenebrosa sepultura
es del hombre la cuna verdadera!
  ¡Dichosos dogmas! ¡esperanzas ciertas!
¡Anticipado Tártaro sería
nuestra vida misérrima, si abiertas
no esperase nuestra última agonía
de la profunda Eternidad las puertas!
  Di, ¿cómo puedes disfrutar de calma,
di, cómo algo en la vida te recrea,
di, cómo aspiras a gloriosa palma,
si abrigas, Celso, la terrible idea
de que fenece con el cuerpo el alma?
  Cuando partir para la eterna ausencia
ves a persona que te fue querida,
y a quien, postrada por mortal dolencia,
no pudo dilatar la dulce vida
todo el esfuerzo de tu vasta ciencia;
  ¿Qué alivio entonces quedará a tu duelo,
al pensar que al que acaba de dejarte
no volverás a ver ni aún en el cielo,
cuando la fe de que el que muere parte
es en tal trance el único consuelo?
  ¿Y tú mismo podrás, en la fijada

hora infalible de ese trance fuerte,
sostener con intrépida mirada
el aspecto terrible de la Muerte
y el más terrible de la eterna Nada?
¿Y podrás en tu lecho, moribundo,
recibir los adioses de la esposa
que te amó con cariño sin segundo,
sin la dulce esperanza religiosa
de volverla a encontrar en otro mundo?
¿Y ver podrás el doloroso llanto
que por ti viertan sus pupilas claras,
y oirás sus gemidos sin espanto,
si piensas que por siempre te separas
de quien tanto te amó y amaste tanto?
Si fue tan dolorosa la partida
que os impuso una ausencia pasajera,
¿cuál será la postrera despedida?
¿Cuál será la partida que no espera
dulce regreso en la segunda vida?
¡Serán qué tristes los supremos vales,
si del mundo en que dices que termina
todo a la vez, sin la esperanza sales
que tu amor y el amor de Carolina
traspongan del sepulcro los umbrales!
¡Ni que reúna un día Dios clemente
en su dorado alcázar luminoso,
con nuevo lazo que su amor aumente,
la esposa amada y el amante esposo,
para no separarse eternamente!

1865.

A la amistad

(En el álbum de una amiga)

Aunque de corte innúmera seguido,
el orgulloso Amor, tu bello hermano,
contigo aspira a competir en vano:
es grande, milagroso su poder;
mas, con poder igual, mayor pureza
asegura tu triunfo esclarecido,
que él no rompe los lazos del Sentido
ni las dulces cadenas del Placer.
Mas nunca logra en ti, divino afecto,
el Sentido mezclar impura parte;
y desde aquí el mortal al contemplarte,
comprende cómo, en la ciudad de Dios,
se ama la noble angelical familia,
que, creada sin sexo diferente,
de un sólo afecto en la pureza siente
lo que siente el mortal partido en dos.

Con la más lenta dilatada vida
tu duración y tu firmeza igualas,
que tú no tienes las inquietas alas
con que Amor siempre fugitivo fue:
cual clava de alta cumbre en dura roca
hondísima raíz roble gigante,
en base de granito o de diamante
así tú arraigas el inmóvil pie.
Cual tal vez al Amor, duda no enturbia
a ti jamás, ni veladores celos;
tú, inmóvil y tranquila cual los cielos,
él, mudable o inquieto como el mar:
tú, siempre en un semblante permaneces,
y él, cambiando a cada hora de semblante,
es tal vez aún al Odio semejante
que también, al morir, suele engendrar.
Ya de ilusión y de esperanzas lleno,
di al crudo Amor mis juveniles años;
mas amarguras sólo y desengaños
en su pérfida corte coseché:
harto por larga prueba escarmentado
de sus ansias y celos y pesares,
vengo, oh Diosa, a tus plácidos altares
a ofrecerte mis votos y mi fe.

1865.

Al coronel D. Mariano Ignacio Prado

Dictador del Perú

¿Y a los mismos que ayer de grave yugo
libertaron la patria, hoy de las leyes
la augusta voz enmudeciendo, plugo
darte un poder mayor que el de los reyes?
El más audaz espíritu vacila
entre uno y otro parecer opuesto,
viendo que empuñas el poder de Sila,
si fausto alguna vez, ¡cuántas funesto!
Suspensa entre el temor y la esperanza,
no sabe el alma si suspire o ría:
haz que incline y que rinda la balanza
el peso vencedor de la alegría.
Firmes advierte el mundo los primeros
pasos que imprimes: más la senda es larga;
do quier la rompen precipicios fieros;
y tu hombro oprime ponderosa carga.
De haber fiado su destino a un hombre
no hagas que gima un pueblo arrepentido:
tu blando imperio, bajo duro nombre,
el alma alegre, si ofendió el oído.
Nombre al pueblo más dulce haz que te cuadre,

y en el Indio postrero abraza un hijo:
haz qua la patria te apellide padre:
prueben los hechos lo que el labio dijo,
  cuando, desde el balcón de tu morada,
cual vivo mar que enmudeciera atento,
inmensa multitud, alborozada
hablar te oyó con paternal acento:
  ¡muestra a la patria «que el peruano escudo
está en tu amante corazón impreso» (43);
yo te escuchaba pensativo y mudo,
y que lloré, al oírlo, te confieso!
  Mas, aunque afecto tal tu voz nos muestra,
con prudente temor empero viendo
que hoy no usado poder arma tu diestra,
necesario tal vez, pero tremendo,
  la voz del bardo impávida te grita
que, aunque enmudezca ahora y sea vana
mudable ley en el papel escrita,
hay otra ley eterna y soberana:
  ley que borrar no puede dedo humano
y que al monarca y al jüez sentencia,
porque la escribe la divina mano
en su invisible libro: la conciencia.
  De esa ley inmortal siempre obediente
sé a las eternas prescripciones santas:
¡Ay de ti, si la olvidas indolente,
o si con torpe mano la quebrantas!
  No, así al hablarte, te demando excusa,
ni teme el alma que mi voz te hiera;
digno te juzga la severa Musa
de oír la voz de la verdad sincera.
  Tu alma, prendada de la gloria, tema,
el nombre tema de opresor nefario,
y de la justa Historia el anatema
que al vencedor te igualará de Mario.
  Pronto de Sila al usurpado imperio
vio suceder la tierra, ya latina,
la infame tiranía de Tiberio
y del hijo demente de Agripina.
  ¿Qué vale, dime, que el tirano muera,
si vive su memoria aborrecida
y si, para execrarle justiciera,
le da la Historia perdurable vida?
  Mas no a castigo tan remoto apelo:
cercano te le anuncio y vaticino,
si no cumples la ley que el Patrio suelo
llama a glorioso singular destino.
  Cuando a la dada fe no correspondas,
tome las justas iras populares
muy más terribles que las ciegas ondas
que airados alzan tempestuosos mares.
  No te envanezca peligroso mando,
ni el esplendor de pasajera pompa;
ni con su halago tan oculto y blando

el postrador deleite te corrompa.
¡Ah!, no te fíes en grandeza humana:
lo que hoy iluso dueño eterno nombra,
sin dejar huellas, pasará mañana,
rauda nave, humo leve, vana sombra.
¡El jefe vil que la suprema silla
sólo ayer mancillaba, te recuerde
cómo la inestable suerte nos humilla,
un prestado poder cómo so pierde!
¡Cuántos la patria nuestra semejante
de un gran teatro a la mudable escena,
vio nacer y morir en el instante,
torres alzando en movediza arena!
Y fuera aquí delirio tan insano
firme esperar y duradero asiento,
como pedir firmeza al océano,
como constancia demandar al viento.
No tan fieros los Ábregos y Notos
el mar revuelven, ni de ruinas tantas
cubren los espantables terremotos
este suelo que huellan nuestras plantas,
cual de revoluciones agitada
es nuestra triste patria, y combatida;
fijo y en pie no persevera nada:
todo es mudanza y súbita caída.
Mas no siempre será: mintió mi verso,
si predijo inmortal hado tan crudo;
y, si tú no eres a tu estrella adverso,
podrás tú solo lo que nadie pudo.
Componer de discordes elementos
la antigua confusión y la pelea,
calmar las olas y adormir los vientos,
a ti da el cielo que posible sea.
Tú del rugiente tenebroso seno
de un caos tan inquieto y tan profundo,
sacar pudieras, de armonía lleno,
de luz, de paz y de ventura, un mundo;
mundo feliz que, libre de tiranos,
locas Revueltas con su voz no asorden,
y donde unidos, como dos hermanos,
reinen sin fin la Libertad y el Orden.
Mas escucha: primero que el Estado
sobre inmóviles bases constituyas,
al aleve extranjero escarmentado
dejen por siempre las hazanas tuyas.
De Bolívar la fausta dictadura
Ayacucho nos dio, tumba de hispanos (44):
tú segundo Bolívar ser procura,
y otro Ayacucho glorïoso danos.
El regocijo y el clamor presento
en tu alma encienda, de la gloria amante,
la sed de dar a la peruana gente
júbilo igual en día semejante.
¡Ah! ¡no en vano en tu pecho mi voz siembre,

y traiga el año otro glorioso día,
claro rival del nueve de Diciembre,
y nuevo orgullo do la patria mía!
Del negro oprobio que su lustre empaña
del Sol a la Matrona tú redime,
y de la injuria que nos hizo España
alcanza ser el vengador sublime.
Y pues «la patria bicolor bandera»
dices que «el tierno corazón te envuelve»
su mengua siente, y su beldad primera
y su candor perdido le devuelve.
Al vivo afán con que lavarla intentes
sus aguas todas te darán en vano
claros arroyos, cristalinas fuentes,
lagos y ríos, mares y océano.
Devolverle su prístina blancura
sólo un baño pudiera, una agua sola:
sólo una agua de mancha tan impura
la pudiera limpiar: sangre española.
Si tanto alcanzas, y al Ibero trono
escarmienta tu enojo y tu castigo,
de dictador el nombre te perdono,
y a ti me postro y tu poder bendigo.
Pulsando entonces armoniosa lira,
mi generoso numen abrasado
del entusiasmo en la Celeste pira,
e nombre al cielo encumbrará de Prado;
y audaz hollando solitaria senda,
desatará con labio resonante
sublimes cantos que la Fama aprenda
y en su trompeta sonorosa cante.

Diciembre, 9 de 1865.

Al sol

Glorioso te proclaman las auroras
cuando naces, cual vástago imperial
y enciendes con tus luces y coloras
el dilatado pórtico oriental.
Huye la fría lóbrega tiniebla,
huye el sueño tu alegre rosicler,
y el orbe todo de rumor se puebla
de luz y de colores por do quier.
Te ensalzan los ardientes mediodías,
cuando desde el cenit abrasador
sobre la tierra fatigada envías
mares de luz y de insufrible ardor.
Y te enaltecen las purpúreas tardes
cuyo rostro coloras de carmín,
cuando del cielo como el rey aún ardes,
y es el de un dios tu esplendoroso fin.

Y aun las noches, calladas pregoneras
de tu grandeza y de tu gloria son,
que el brillo de sus pálidas lumbreras
es de tu ausencia generoso don.
Mueren a tu glorioso nacimiento,
náufragas en el mar de tu fulgor;
y en el vasto desierto firmamento
dominas, solitario emperador.
Sólo reinar sin compañía alguna
a tu inmensa grandeza le está bien,
desdeñando el cortejo que a la luna
forman claras estrellas cien y cien.
Ni de luciente corte necesitas,
que, solo, al día más fulgores das
que, juntas, sus estrellas infinitas
dan a la noche que se enciende más.
¿Qué mucho, si tan bello y tan fulgente
y tan fecundo y bienhechor te ve,
que dios te juzgue la sencilla gente
que el sol no alumbra de celeste fe?
Y esta región que sobre todas amas
y en quien viertes tus dones sin cesar,
¿Qué mucho fue que a tus divinas llamas
en áureo templo consagrase altar?
Todo süave fruto le sazona
y toda mies lo enrubia tu calor,
y por ti a su magnífica corona
ni hermosa falta ni fragante flor.
No más puro zafir cobija al hombre,
ni en más verde jardín estampa el pie:
ella entre todas mereció tu nombre,
y tuyo el nombre de sus hijos fue.
¡Cuántos siglos tu luz la contemplaba
ser del Sur la triunfante emperatriz!
Mas la viste después vencida esclava
a quien hollaba Iberia, la cerviz.
Y de su redención fuiste testigo;
mas ¡ay! de bien tan único a pesar,
la viste insana combatir consigo,
y sus propias entrañas desgarrar:
imprimiendo, alentado, a su bandera
el mismo crudo y bárbaro opresor
el torpe ultraje de que el mundo espera
el sangriento, castigo vengador.

1865.

A***

No de tu eterna soledad te espantes
ni del dolor que te devora insano,
que esta suerte les cabe a los gigantes

que atrás dejaron el nivel humano.
Mira crecer, y con desdén la tierra
dejando profundísima a su planta,
aislarse más la solitaria sierra
cuanto se encumbra más y se agiganta:
ronco grito de cóndor altanero
es sola voz que de la tierra siente,
y sin fin lanza el huracán guerrero
dardos de fuego en su desnuda frente.
Mas nunca do su noble desventura,
nunca de su destino se lamenta,
pues sabe que pagar debe su altura
con soledad, con rayo, con tormenta.
Sufre pues mudo tu dolor profundo,
y halla, como las cimas, el consuelo
de estar tan lejos del ruidoso mundo,
en tu gloriosa vecindad al cielo.

A España

En vano, con palabras que desmiente
tu porte que alevoso nos maltrata,
tal vez te escucha la peruana gente
Hija llamarla, a tu cariño ingrata.
Que, aunque a nombrarte nuestra tierna madre,
cambiando estilo, tu interés te arrastra,
nombre te damos que mejor te cuadre:
nombre de perversísima madrastra.
Tenemos, es verdad, sangre española
con que a tus propios vicios nos condenas;
pero esa sangre, España, no es la sola
que circula por dicha en nuestras venas.
Mas tú deliras, si blasonas única
sangre que impura mezcla no desdora,
que, entre mil, la fenicia, celta y púnica
tu sangre forman, con la hebrea y mora.
Y, si hora nuestra, madre ser te agrada,
madre es tuya la gente sarracena,
que ayer no más al filo de tu espada
bañó en su sangre la africana arena.
Mas de pasados males a despecho,
y aún cuando tuyos son nuestros resabios,
perdonarte pudiera nuestro pecho,
respetarte pudieran nuestros labios,
si no fuera la tierra fiel testigo
de que, no ya como nación extraña,
mas cual linaje odiado y enemigo
siempre nos tratas, orgullosa España.
No pueden perdonarnos tus enconos
el que tu yugo ya no padezcamos,
y en nosotros más siervos que colonos
no tengan ya tus coronados amos.

Ya ser no nos perdonas libre gente
que gente planta mortal nunca se humilla,
y que sólo ante Dios dobla la frente
y sólo a Dios prosterna la rodilla.
Si, ocultando tal vez tu negra saña,
bañas en miel la lengua ponzoñosa,
a nadie, a nadie tu león engaña
convertido en la pérfida raposa.
Tu antiguo sueño sacudiste apenas,
y ya intentaste por la vez segunda
echar a nuestros brazos tus cadenas,
uncir a nuestras frentes tu coyunda.
Ávida ayer y torpe y traicionera,
(no pienses que el castigo mucho diste)
del Perú pisoteaste la bandera,
y las peruanas islas invadiste.
Y hoy a la noble Chile, que indignada
contempló tan horrenda alevosía,
sitia y bloquea tu feroz armada
que no arredra su heroica valentía:
que, en encadenamiento así infinito
que a tu rüina y perdición te lleva,
cada delito engendra otro delito,
cada injusticia es fuente de otra nueva.
Y mientras a tan bárbaros extremos
te arrojes y nos trates de tal suerte,
¿cómo quererte, di, cómo podremos,
cómo podremos, di, no aborrecerte?
Y nuestra mengua no es, sino tu mengua,
que a España insultos y a su gente agravios
escuche el mundo en española lengua
crudos volar de americanos labios.
Ni mi culpa sera, sino tu culpa
y de tus hechos torpes y perversos,
que su memoria la justicia esculpa
en mis acerbos castellanos versos.
Harto ya tu codicia y tu arrogante
impía condición que nada doma
en el idioma resonó de Dante,
sonó de Shakespeare en el idioma;
y en la francesa lengua y alemana,
y sueca y rusa, y en las lenguas todas
harto sonará la crueldad hispana,
harto sonarán las, infamias godas.
Y ya los vicios de tu estirpe rancia,
y la codicia y corrupción de Iberia,
fanatismo, pereza o ignorancia,
moral atraso y material miseria,
mal que le pese al español soberbio
que luz de gentes a su patria llama,
son en el mundo universal proverbio,
y eterna voz de la parlera Fama.
Y así de lenguas en tan rica copia,
que pregoneras son de tus maldades,

sólo faltaba ya tu lengua propia,
y hoy, España, tú misma, tú la añades.
Pronto habrán de aprender nuestros infantes,
si no reprimes tu insolencia extraña,
el idioma pomposo de Cervantes
para ofender y maldecir a España.
Ni de ello te lamentes; lo has querido:
pero tiempo es aún, y si mañana
cambias tu porte, en generoso olvido
te alargará el Perú su diestra ufana.
Si no, el labio estará siempre dispuesto,
y dispuesta estará siempre la espada
a contestar denuesto con denuesto,
a oponer cuchillada a cuchillada.

1866.

Versos leídos en el teatro

En la noche del día 14 de enero de 1866, en que se declaró la guerra a España y alianza con Chile

Desde el día que vio la audacia ibera,
¡cuantas noches cerrar, cuántas auroras
miró lucir nuestra congoja fiera,
sin que el continuo vuelo de las horas
la hora de la venganza nos trajera!
Vio el peruano a su amada patria bella
con ojos de rubor, en su mejilla
mirando aún purpurëar la huella
que la insolente mano de Castilla
con inicua traición estampó en ella.
Mas ya llegó de la venganza el día
La hora sonó por el honor ansiada;
no más llanto y suspiros, patria mía:
alza al cielo la fúlgida mirada,
y en la justicia de tu musa fía.
No vengas, patria, tus afrentas solas:
la deuda pagas a tu heroica hermana
que provocó las iras españolas
por darte ayuda, y que a la flota hispana
sulcar hoy mira de su mar las olas.
Y ya, mirando la amenaza ibérica,
como una patria, como un pueblo solo,
la libre independiente Sur-América
desde el golfo de Méjico hasta el polo
Indignada levántase y colérica:
y en natural indestructible alianza
y poderosa formidable liga,
clamando en fiera voz: «Guerra y Venganza»
se arma contra su pérfida enemiga,
y a la pelea impávida se lanza.

Deja ya, Iberia, tu esperanza vana,
y a saber tu arrogancia se disponga
que de las naves que mandaste ufana
la suerte que ayer cupo al Covadonga
cabrá también a las demás mañana.
Si en esa nave al pabellón hispano
ha sucedido el tricolor chileno,
pronto verá tal vez el océano
la Villa de Madrid por su ancho seno
pasear triunfante el pabellón peruano.
Mas... peruano, chileno, ¡vano modo
de hablar! si en igual roto nos reünes,
blancos iguales del insulto godo,
glorias y triunfos nos serán comunes,
será común entre nosotros todo.
No esperes de las naves el retorno
que a nuestras playas en mandar te afanes,
que, para gloria nuestra y tu bochorno,
ninguna volverá de Magallanes
e1 estrecho a pasar ni el cabo de Horno.

1866.

A José Ayarza

Con motivo de la muerte de la señora doña Dominga Ayarza de Amunategui

Crezca sin tasa el doloroso llanto
que las mejillas férvido te inunda,
y que das a la muerte
de tu madre segunda,
que con inmenso amor supo quererte:
llora, sin tregua llora,
desde que luce el rayo de la aurora
hasta que duerme el día
entre los brazos de la noche fría:
¡que en tan amargos duelos,
en tan hondos pesares,
tener el desgraciado anhelaría
por ojos las estrellas de los cielos
y por llanto las ondas de los mares!
¿Y es posible, posible ¡oh dura suerte!
que la que ayer sentía,
que la que ayer pensaba,
la que ayer os amaba,
hoy tronco sea de materia inerte,
que ni oye la voz nuestra
ni el tacto siente de la usada diestra?
¿Qué fue del pensamiento?
¿Qué se hizo el sentimiento?
¿En dónde está la luz de la mirada?
¿En dónde, en dónde la expresión amante

que animaba el semblante?
¿Dónde el alma sensible, inteligente,
por entre el claro cuerpo contemplada,
como al través de vidrio trasparente?
¿Hay vigorosa mente
que la crüel necesidad comprenda,
de separarnos ¡ay! eternamente
del ser idolatrado
a cuyo dulce lado
fue do la vida la difícil senda
menos áspera y larga;
que con nosotros compartió la carga,
y que por tantos años, día a día,
fue nuestra inseparable compañía?
Eterno adiós ya dijo
al esposo ya hijo;
ya partió a la morada
por los tristes difuntos habitada;
allí duerme en estrecho
oscuro frío lecho
en donde es dura piedra su almohada;
y en donde solamente
su sombra silenciosa
de vez en cuando escuchará su nombre
leído por la voz indiferente
del que fije los ojos en su losa
al visitar el mudo cementerio:
¡Oh destino misérrimo del hombre!
¡Oh de la muerte lóbrego misterio!
Era la vida en vano
de la que lloras un dolor perenne;
que el corazón humano
jamás la muerte en su dolor desea,
y eterno apego a la existencia tiene,
por infeliz que la existencia sea.
Es igual nuestra vida
a una hermosa querida
que con desdén constate nos maltrata,
y más amada cuánto más ingrata.
¡Crüel alternativa! ¡trance fuerte!
O la vida, o la muerte:
la vida despedaza,
crucifica, atormenta sin medida,
y apurar hace del dolor la taza;
la invierte nos arredra e intimida,
y su recuerdo sólo nos espanta,
y erízase el cabello
y se hiela la voz en la garganta:
si es proceloso el mar en que navega
la humana estirpe ciega,
y está de escollos por do quier cubierto,
es más horrible y temeroso el puerto
donde su nave destrozada llega.
Del mortal el destino,

entre la vida y muerte, semejante
es al del navegante
que, náufrago y asido a débil pino,
en medio del mar vasto,
su único asilo y esperanza viera
en islas, de antropófagos manidas,
donde de humanos vientres será pasto,
y que sólo evitara la mar fiera
abordando a sus playas homicidas.
¡Y el que se queda, en tanto
suelta a rienda al llanto
y se queja de Dios y desespera,
y nada ven sus ojos
que no irrite su pena y sus enojos!
La creación entera
de su mismo dolor vestir quisiera:
pero la creación indiferente
su desventura y su dolor no siente;
y, como cada día,
a su infortunio y aflicción ajeno,
derrama el sol sereno
a torrentes la luz y la alegría;
y ríe la floresta,
y ríe el prado ameno,
el dolor insultando con su fiesta;
y leda canta el ave,
y de aromas derraman un tesoro,
con él enriqueciendo el aura pura,
flores de nieve y escarlata y oro;
y en el vasto universo nada sabe
ni de saber se cura
¡cuál es la fuente de tan largo lloro,
cuál el objeto de dolor tan grave!
Así, triste hijo, tu dolor quisiera
que hallasen tus miradas
en todos los semblantes, por doquiera,
las penas que te afligen retratadas:
y yo que te amé siempre con ternura,
y a quien unen contigo
desde tus tiernos días
mas que lazos de deudo los de amigo,
a sentir te acompaño tu amargura
y mezclo con tus lágrimas las mías:
solo y triste consuelo
que darte pueda en tan amargo duelo.
Otra voz a enjugar te invitaría
el llanto acerbo que tu pena vierte
y a distraer dolor tan desmedido:
yo a más pena y más llanto te convido;
y ojalá que muy tarde a poseerte,
muy tarde venga el tenebroso olvido,
que es la segunda muerte.

1866.

Al señor don Manuel Amunátegui

Con motivo de la muerte de su esposa

Ya cerraste los ojos que fueron
tus estrellas, oh mísero esposo:
ya escuchaste del labio amoroso
¡el postrero tiernísimo adiós!
Y padeces, de aquélla privado
que te fue tan leal compañera,
los dolores que el alma sintiera,
si partirla pudieran en dos.
¡Ay! ¡cuán mudas las solas estancias!
¡Ay! ¡cuán vasta la casa desierta!
¡De la aurora la luz te despierta,
y a tu lado tu esposa no ves;
ves a su hijo, le abrazas, sollozas,
y recuerdas que en íntimos lazos
otros dulces y tiernos abrazos
os ligaron un día a los tres!
Ya con alas movidas apenas,
silenciosas, eternas, vacías
van midiendo sus horas tus días
en la triste quietud de tu hogar:
el dolor en la mesa te aguarda,
el dolor en el lecho te espera,
y te aguarda el dolor donde quiera,
y te hiere el dolor sin cesar.
Una dulce ilusión de tus sueños
te la pinta tal vez a tu lado,
y oír piensas su acento adorado
que te dice: «despierta, Manuel»:
mas despiertas, los brazos extiendes,
y hallas mudo y vacío tu lecho,
y tu suerte maldices, deshecho
en tristísimo llanto de hiel.
Ocho lustros la dulce costumbre
con sus lazos unió vuestras vidas,
que, en un cauce mezcladas y unidas,
ríos fueron que corren a par:
del consorte raudal despojado,
hoy, cual pobre arroyelo de estío,
tristemente doliéndose un río
solitario camina a la mar.
De los años que sólo viviste
ocupaba tu mente el olvido,
cual si juntos hubierais nacido,
cual si juntos debierais morir:
y sin esa mitad tan querida,
sin su amor y perenne cuidado,
para ti jamás hubo pasado,

ni jamás para ti porvenir.
Mas aquel que imposible creías,
que sin ella llegaras a verte,
Lo demuestra implacable la muerte
y le arranca a tu llanto la fe:
a tus ojos las Horas futuras
tristes doblan la pálida frente,
aumentando la pena presente
la ventura del tiempo que fue.
....
....
Pues quedasteis aquí solitarios,
pobre huérfano y triste vïudo,
estrechad más y más vuestro nudo,
acreced más y más vuestro amor:
ese sólo consuelo te resta,
pobre esposo, en tan único duelo;
hijo triste, ese sólo consuelo
hoy te queda en tu inmenso dolor.

1866.

Aniversario

Sigue un día a otro día,
oh dulce patria, y el rubor los cuenta;
que, impune todavía
injuria tan sangrienta,
son dos años la edad de nuestra afrenta.
Como el hijo que llora
de la madre la pública mancilla,
bañe tu prole ahora
en llanto la mejilla,
al ver, patria, la mengua que te humilla.
No en brazos de Amor duerma
el buen peruano, ni descanse o ría,
estando tu honra enferma:
destierre la alegría
hasta que llegue de tu triunfo el día.
Tal día en fin cercano
contemplas, patria; que la armada ibera
ya surca el océano,
pidiendo tu ribera
do el escarmiento y el baldón la espera.
Oh Abril, oh Abril, tú viste
el ultraje del pérfido enemigo
y nuestro oprobio triste:
sé tú también testigo
de la justa venganza y del castigo.

14 de Abril de 1866.

España

Soneto escrito al recibir la noticia del bombardeo de Valparaíso

Juntó la Muerte ante su trono un día
a los ministros do su furia aciaga,
por dar la palma al que, de todos, haga
mas fiero el cargo que a su saña fía.
Fue la sangrienta Guerra a la porfía,
el Terremoto que ciudades traga,
Incendio y Hambre y Peste, y cuanta plaga
sirve del mundo a la señora impía.
El premio horrendo cada cual espera,
indecisa la negra Soberana
sus méritos iguales considera;
mas viene España, y los laureles gana,
que es ella de las plagas la más fiera
y el gran azote de la estirpe humana.

El Garibaldi y la carta

Rosana, tierna hermosura,
hechizo y lustre de Lima,
en su estancia solitaria,
con mano diestra y prolija,
mueve la aguja ligera
por una roja camisa,
de esas que el insigne nombre,
deben al héroe de Niza.
Para su novio la labra
a quien puro amor la liga,
artillero que guarnece
de Junin la batería;
ya su preciosa tarea
la bella virgen termina;
en blanco paño la envuelve
a todo con rojas cintas;
y en tierno amoroso llanto
inundadas las mejillas,
estos renglones escribe
al que ni un instante olvida:
«Bien quisiera, oh mi dueño, tu Rosana
que el Garibaldi por sus manos hecho,
en vez de ser de tan delgada lana
que mal bastara a proteger tu pecho,
fuera de mano de potente hada,
de impenetrable mágico tejido,
semejante a la túnica sagrada
de que ángel lidiador está vestido.
Cuando en los riesgos de la lucha pienso

y crudos tiros de la Muerte ciega,
me oprime el corazón dolor inmenso,
y mi semblante en lágrimas se aniega.
Quisiera que tornaras a mi lado
para escapar a tan feroz tormento...
Perdona: soy mujer: te habré enojado:
mas ya recojo mi cobarde acento.
Y aunque te mire mi cariño expuesto
al ciego golpe de homicida bala,
oprobio fuera abandonar el puesto
que el honor, que la patria te señala.
Por la patria es la lid: con pecho fuerte
lucha, y vuelve a mis brazos victorioso:
pero, si encuentras en el campo muerte,
allá en el cielo te diré mi esposo».
Esto al guerrero adorado
escribe la hermosa niña,
casi en el papel borrando
con sus lágrimas la tinta:
dobla la carta, y solloza,
escribe el sobre, y suspira;
llorando sella, y llorando
papel y presente envía:
ante imágenes sagradas
a su devoción queridas,
juntando las blancas manos,
cae luego de rodillas;
y a Dios sus preces eleva
y a la Virgen sin mancilla,
y a la que hoy del cielo es Rosa
y un tiempo lo fue de Lima,
para que en las olas hundan
los bajeles de Castilla
los valerosos guerreros
que por nuestros lares lidian,
y que, tornando el que adora
con gloria, pero con vida,
ella que llorar no tenga
de la patria en la alegría.

30 de Abril de 1866.

A la guerra

No ya, no ya, cual las aciagas veces
en que hermanos armaste contra hermanos,
las almas afligidas estremeces
de los buenos peruanos.
De Sur a Norte, de Ocaso al Este,
armado se levanta el Perú entero,
como una sola e impaciente hueste,
como un solo guerrero.
Que no eres hoy el execrable horrendo
monstruo maldito cuyo nombre espanta:

hermosas apariencias revistiendo,
hoy eres justa y santa:
santa para la patria y quien derrame
su sangre y por tal madre dé la vida;
mas para el torpe Ibero eres infame
e injusta y maldecida.
Hoy doble faz ostentas: una bella,
otra feroz que el corazón aterra:
ésta conviertes a la mar, aquélla
conviertes a la tierra.
Una faz a mi patria alborozada
alto honor y victoria vaticina:
presagia la otra a la española armada
derrotada, oprobio, ruina.

19 de Mayo.

Versos escritos

En la noche del dos de mayo

¡Oh entusiasmo sagrado!
Padre ardiente de mártires y fuertes,
que a los guerreros invencibles haces:
de provocar y padecer mil muertes
los pechos que te sienten son capaces;
del número te ríes,
y en héroe al pusilánime conviertes.
¡Eres licor divino
con que el humano espíritu embriagado
se llena de un glorioso desatino,
de una sublime celestial locura:
por ti los riesgos de la lid no cura,
y magnánimo olvida
que en frágil cuerpo mora,
sujeto al rasgo de mortal herida;
desafiando la lluvia atronadora
de ardientes proyectiles,
cual si le fuera invulnerable veste
el duro cuerpo del tremendo Aquiles
o de impasible lidiador celeste!
Para aquel que, en defensa de sus lares,
en bélico ardimiento se entusiasma,
víctima de la patria en los altares,
no, no es la Muerte el hórrido fantasma
que ve en su lecho el infeliz doliente;
no es esa reina de terror y saña,
de huecos ojos, de amarilla frente,
y mano, armada de voraz guadaña:
es alada doncella,
de faz resplandeciente,
como el semblante de la Gloria bella:

es celestial esposa
que a placeres eternos nos convida,
mil veces más hermosa
y más dulce y risueña que la Vida.
¡Bien en tan fiero desigual combate
lo probasteis, ilustres campeones
del honor de la patria y sus derechos,
que a la muerte opusisteis vuestros pechos
y caísteis al pie de los cañones!
¡Y tú, Gálvez heroico,
de Libertad amante inmaculado,
que en tan alta encumbrada jerarquía
pereciste lidiando cual soldado!
No la patria en tu losa
derrame vulgar llanto,
que a vida tan gloriosa
un tan glorioso fin correspondía:
eterno tema de sublime canto
serás a la peruana poesía;
su más insigne página y más clara
a tu nombre dará la patria Historia,
y ya un himno mi Musa te prepara,
digno quizá de tu divina gloria.
¡Oh tú, del quinto mes día segundo,
si al altivo contrario
eras grande glorioso aniversario,
selo también de hoy más a todo un mundo!
El Español te empaña,
torpe eligiendo de tu sol el rayo
para que alumbre tan inicua hazaña:
mas, cual brillante ensayo
de cuanto hacer aguarda contra España,
el Perú tiene ya su Dos de Mayo.
Que esta lucha no es lucha pasajera,
que se decide en única pelea,
que a una generación tan sólo alcanza;
esta es lucha inmortal: quien de paz hable
por cobarde y traidor tenido sea;
odio irreconciliable,
ira, rencor, venganza,
como preciosa herencia
de América los hijos legaremos
a nuestra más remota descendencia...

Octavas

¡Ay! que han llegado a tan horrible punto
mi desesperación y negro hastío,
que parece que encierra todo junto
del infierno el horror el pecho mío:
envidio el sueño eterno el difunto,
sin que se sienta el corazón con brio

para vibrar la cortadora espada
que en el seno me abisme de la nada.
Noches insomnes paso, hora tras hora,
cual la noche que pasa el desdichado
que sabe con certeza que a la aurora
será del nuevo día ajusticiado;
miro por fin la luz despertadora,
que en nada cambia mi anterior estado,
y un día añade a mi vivir amargo,
cual noche triste, como siglo largo.
no me dejó de mis felices días
el destino implacable ni despojos:
merecen mis eternas agonías
eterno llanto de raudales rojos:
aunque fuerais el mar, lágrimas mías,
y fuerais las estrellas, oh mis ojos,
en tanto duelo, en infortunio tanto,
ojos faltaran y faltara llanto.
La fiel memoria, contra mí ensañada,
y que ninguna desventura olvida,
ofrece de la mente a la mirada
cuantas desgracias lamentó mi vida:
en vasto mar de pesadumbres nada
el alma triste sin hallar salida,
ni divisar, cual náufrago, la playa
donde anhelante a refugiarse vaya.
Y en tanto que sin término me aflijo,
escucho, dulce patria, la algazara
que levantas en justo regocijo,
solemnizando tu victoria clara:
bien sabes, patria, que no tienes hijo
a quien más seas que a este triste cara,
y si un consuelo mi dolor consiente,
el de verte feliz es solamente.
Sé feliz, oh mi patria, sé gloriosa;
ciñan tu noble sien nuevos laureles,
mientras mi pecho de dolor rebosa,
mientras apuro del dolor las hieles;
yo cantaré tu gloria esplendorosa
aun sintiendo las ansias más crüeles,
y con el corazón despedazado
celebraré tu venturoso estado.
Yo, patria, te daré una poesía
que ardiente, noble, vigorosa y fuerte,
te arme contra extranjera alevosía
y apacigüe tus bandos y concierte;
mas a veces también lágrima pía
pueda tu hijo afligido merecerte,
si con el canto de tu gloria alterna
la triste voz de su congoja eterna.

Mayo de 1866.

Versos que se suponen dichos

Por Segismundo al fin de «la vida es sueño»

¿Qué os admira? ¿Qué os España?
Si fue mi maestro un sueño
y estoy temiendo en mis ansias
que he de despertar y hallarme
otra vez en mi cerrada
prisión.
(Calderón: «La vida es sueno»)

No os asombréis tanto, no,
si en la templanza que muestro
tan otro de mí soy yo;
un sueño ha sido el maestro
que tal cambio me enseñó.
Temo, fiel a su lección,
que, cuando más la altivez
levante mi corazón,
me he de encontrar otra vez
en mi lóbrega prisión.
Yo con mi ejemplo te enseño,
raza de Adán engañada,
que toda la vida es sueño,
y el mayor bien es pequeño
y la mayor gloria es nada.
Nadie con dichas se engría,
cual se engrió el alma mía,
ni abatido desespere,
por más que hollado se viere
de adversa fortuna impía.
Sufra su injusto poder,
y de la pena mayor
consuélese con saber
que es sólo un sueño el dolor,
como es un sueño el placer.
Como, durmiendo, la mente,
dichas o desgracias sueña,
así, despiertos, nos miente
o triste vida o risueña
una ilusión más potente.
Pues del más grande al menor
sólo es soñar nuestra ley,
decid, ¿qué importa en rigor
el que uno sueñe ser rey
y otro pobre pastor?
¿Y a mí qué me ha de valer
soñar que monarca soy,
yo que preso soñé ser?
Tan vano es mi cetro de hoy
como mi prisión de ayer.

Y adversa o feliz la suerte,
opulenta o desvalida,
es forzoso que la muerte
venga al fin y nos despierte
de este sueño de la vida.
Viva pues la humana gente
viendo que es fuerza que muera,
viva como solamente
dormida, y como si fuera
a despertar de repente.
Quien me vio proceder ciego
del orgullo con la venda,
al fin de este caso atienda
y en mí considere luego
el escarmiento y la enmienda.
Míreme entre tanta gloria,
humilde, templado, blando,
tratarla como ilusoria
y usar de mi alta victoria,
generoso perdonando.
Y atentos todos estén
a obrar bien y huir el mal,
pues en vida un sueño igual
es tan sólo el hacer bien
lo verdadero y rëal.

A Prometeo

¿Por qué padeces tan enormes penas?
¿Por cuál empresa tan audaz y loca
de Júpiter las iras desenfrenas,
y yaces circundado de cadenas
sobre desnuda solitaria roca?
¿A los hijos seguiste de la Tierra
que, aconsejados por la fiera Diosa,
al cielo hicieron temeraria guerra,
y amontonando sierra sobre sierra,
Pelion alzaron sobre Olimpo y Osa?
Mas tu ayuda no obtuvo la quimera
con que intentaba su demencia osada
alzar empinadísima escalera
que hasta el cielo llegase, y donde fuera
cada montaña una gigante grada.
Compadecerte del linaje humano
de los dones de Júpiter proscrito,
y al hombre dar con generosa mano
el radioso elemento de Vulcano:
¡ese fue tu magnánimo delito!
Le igualaba del cielo la sentencia
de ciegos brutos a la abyecta plebe:
y si la luz del arte y de la ciencia
hoy hace menos triste su existencia,

a tu enseñanza, a tu piedad lo debe.
  Mas vanamente al Caúcaso lejano
con eternas fortísimas amarras
te hizo ligar el celestial tirano
y el águila en tu pecho clava en vano
su pico agudo y sus tajantes garras.
  En vano irrita su furor hambriento
el siempre vivo renaciente pasto
del palpitante corazón sangriento;
y en vano abrasa el sol y azota el viento
la atada mole de tu cuerpo vasto.
  Tan injusto cuán hórrido castigo
con sufrimiento indómito padeces,
sin que nunca el dolor pueda contigo
acabar que a tu bárbaro enemigo
Humi de engrías con cobardes preces.
  Nunca vendrá para su orgullo el día
que te arrepientas del robado fuego;
y, aunque es rey de los mundos, todavía
un contento le falta a su ufanía:
mirar tu humillación, oír tu ruego.

A un amigo

  Como en la soledad de su conciencia
retirado mortal habla consigo,
así mi vida sin disfraz te digo
y te muestro hasta el fondo el corazón:
y el tuyo me descubres, y engolfados
en ese blando platicar estrecho
que cual cristal nos transparenta el pecho,
horas y días cual instantes son.
  La ausencia, tumba de menor afecto,
los ciegos cambios de la Suerte impía
y la mano del Tiempo, desafía
una amistad tan verdadera y fiel;
y cuando intente con su aguda espada
nudo romper tan enlazado y fuerte,
verá con ira la sedienta Muerte
sus duros filos embotarse en él.
  ¿Qué es para el alma, que al unirse a otra alma
del raudo tiempo el suceder olvida,
qué es la más lenta dilatada vida
sino un instante que pasará ya?
En mí tú sientes, como en ti yo siento,
que, a pesar de la Muerte y su crudeza,
la amistad nuestra que en el mundo empieza
en el cielo por siempre durará.
  Me verá lamparilla vigilante
altas verdades indagar contigo,
y un libro ser nuestro tercer amigo
que más estreche nuestro lazo aún.

Yo al arte consagrado, tú a la ciencia,
siguiendo cada cual su propio instinto,
aspiraremos a laurel distinto,
mas con esfuerzo idéntico y común.
  Mas no sólo del ansia de la gloria
en nuestros pechos arderá la llama
para que así los labios de la Fama
altos loores sin cesar nos den:
gloria ansiaremos para que esta gloria
también la gloria del Perú acreciente,
siendo siempre nuestra ansia más ardiente
de nuestra patria el esplendor y el bien.
  ¡Ah! ¡mil veces nosotros venturosos,
si por nuestra obra grande y bienhechora
lucir la patria la risueña aurora
viera de glorioso porvenir!
¡Mas felices aún, si siempre juntos,
así ganando la mayor corona,
como un tiempo La-Rosa y Taramona,
por la patria lográramos morir!
  ¡Y juntos nuestros restos guardaría
un sólo monumento que, cual ara
de amistad y de gloria, visitara
religiosa la fiel posteridad!
Y oyeran nuestras sombras consoladas
decir con pío reverente labio:
«¡Héroes amigos! ¡oh poeta! ¡oh sabio!
De la Patria los votos aceptad!»

Lo bueno de este mundo

No es justo que viva el alma
siempre acongojada y triste,
que, aunque el mejor este mundo
no es de los mundos posibles,
cosas tiene todavía,
entre mil que nos afligen,
para solaz y consuelo
de los hombres infelices:
hay aromáticas flores
que esmaltan ricos matices;
pájaros que dulces cantan,
aguas que sonando ríen;
noches de luna; mujeres
con rostros de querubines;
de amistad dulces coloquios
y de amor indefinible;
tiernas y amorosas madres
que sin cesar nos bendicen;
hay el poema de Dante
y los de Homero sublimes,
y hay cuadros de Rafael

y hay música de Rossini.

1866.

El eco y la sombra

Dios con el hombre a quien ama
siempre liberal y bueno,
un eco le dio a su voz
y dio una sombra a su cuerpo;
queriendo así que, aunque huelle
los más desnudos desiertos,
del todo solo no vaya
y lleve dos compañeros.
Al uno mudo contempla
ir a sus pies en el suelo,
su movimiento ajustando
a su mismo movimiento.
Al otro invisible escucha
que responde a sus acentos,
repitiendo a la distancia
sus sonidos postrimeros.
La sombra a los ojos sirve
de compañía y consuelo,
y es consuelo y compañía
de los oídos el eco.
De la sombra se imagina
el solitario viajero
que sus pasos acompaña
taciturno esclavo negro;
y del eco se figura
que amigo invisible genio
con él a solas conversa,
su largo viaje siguiendo.

1866.

A la flor del chirimoyo

¡Oh flor del trópico ardiente,
flor cuyo aroma divino
embriaga cual dulce vino
que hace delirar la mente:
¿qué importa, di, que no muestres
los deslumbrantes colores
de tantas altivas flores,
brillantes joyas campestres?
Si ricos matices Flora
rehúsa a tu verde estrella,
de las fragancias en ella

la más divina atesora.
Y a blancas flores y rojas
puedes disputar la palma
por el aroma que es alma
de tus balsámicas hojas.
Más perfumas un retrete
o vastísimo aposento
que de cien flores y ciento
espléndido ramillete;
y en los ardores del día
haces que lejos trascienda
como magnífica tienda
de varia perfumería.
Entre flores decir puedes
que el alto lugar disfrutas
que merece entre las frutas
la que anuncias y precedes;
manjar que sólo debía
servirse en regio convite
y cuyo gusto compite
con la celeste ambrosía.
Tal vez, en su ardiente seno
la beldad te anida, como
rico cristalino pomo
de esencia fragante lleno.
Mis sentidos, flor del cielo,
no hartas ni ofendes jamás,
y cuanto te aspiro más,
aún más aspirarte anhelo.
Y juzgo, cuando te siento,
que en ti la Diosa de amor
guardó la más pura flor
de su celestial aliento.

1866.

A una ciega

¡Cómo hasta el alma me llega
mirar el llanto tenaz
con que tu pupila ciega
silenciosamente riega
lo marchito de tu faz!
Para la vista y el llanto,
mezclando el mal con el bien,
ojos nos dio el cielo santo:
mas ¡ay! tus ojos no ven,
¡ellos que lloraron tanto!
Fuentes de mar encendido,
muertos a luz y color,
vanos son para el sentido;
sólo sirven al dolor

que puso en ellos su nido.
  Despertando a la natura,
en vano el brillante día
sucede a la noche oscura:
para ti, muy más sombría,
noche sempiterna dura.
  ¡Qué de gozos tienes menos
y que de bellezas pierdes!
Cielos limpios y serenos,
frescos valles, campos verdes,
y prados de flores llenos.
  ¿Cómo será que concibas
lo que son excelsos montes,
aguas bullentes y vivas,
infinitos horizontes
y lejanas perspectivas?
  ¡Infeliz, que el elocuente
rostro humano no conoces,
y hablar no ves juntamente
la faz de aquel cuyas voces
tu oído entre sombras siente!
  En vano la creación
allá en lo alto y a tus plantas
ostenta su perfección:
para ti bellezas tantas
como si no fueran son.
  Para tu muerta mirada
que nunca la luz alegra
la creación enlutada
es una página negra
del gran libro de la Nada.
  Mas, si a tus ojos faltar
pudo el oficio de ver,
¡con cuánto exceso el pesar
cumplir les hizo el deber
y el oficio de llorar!
  Para la vista y el llanto,
mezclando el mal con el bien,
ojos nos dio el cielo santo:
mas ¡ay! tus ojos no ven,
ellos que lloraron tanto!

1866.

A la felicidad

Yo vi que no eran tu mansión mis lares,
amada entre las Diosas, y por ti
surqué extranjeros procelosos mares,
y apartadas regiones recorrí.
  Y cada orilla que tocó mi prora
con labio ansioso preguntar me oyó:

¿Aquí, decidme, la Ventura mora?
Mas ¡ay! doquier me respondieron: ¡no!
Id más allá: no mereció este suelo
que su áurea planta se imprimiera en él:
y sin cesar su arrebatado vuelo
sigue de playa en playa mi bajel.
Y nunca abordo a la feliz ribera
donde me digan: La encontraste ya:
antes hiere mi oído donde quiera
ese eterno terrible ¡más allá!
Así del mundo infante en el misterio,
anhelando tu asilo encantador,
las islas de Fortuna y el hesperio
jardín buscaba el hombre soñador.
Mas, viendo que en las playas no resides
de su natal Mediterráneo mar,
mas allá de los términos de Alcides
tus islas bellas se lanzó a buscar.
Y en el remoto piélago de Atlante
intrépido guïando su timón,
una siempre, esperando más distante
el fugitivo umbral de tu mansión.
Y en el vasto Pacífico océano,
tras siglos largos, penetró también;
pero, sus playas recorriendo en vano,
no halló en ninguna el suspirado Edén.
Mas siempre en lo ignorado todavía
su fe cifraba y su ilusión tenaz;
y más lejos, más lejos repetía,
y nunca daba a su carrera paz.
Holló comarcas donde reina sólo
de eterno estío el implacable ardor,
y hasta los hielos últimos del polo
lanzó el audaz bajel explorador.
Y hoy que el nativo globo descubierto
por donde quiera el desdichado ve,
¿A qué mar, se pregunta, y a qué puerto
para encontrar a la Ventura iré?
Mas, aunque nunca a poseerte alcanza,
y a todos ve su decepción común,
no se rinde y fallece su esperanza,
y persevera su deseo aún.
Que otra playa lo queda donde vaya
de tu hermosura misteriosa en pos,
y es la del cielo esa postrera playa
adonde puso tu morada Dios.
Gozando allí lo que región alguna
le dio del mundo, encontrará por fin
las islas verdaderas de Fortuna,
de las Hesperias el rëal jardín.
y sois vosotras esas islas bellas
donde el hombre infeliz ha de abordar,
refulgentes altísimas estrellas,
doradas islas del celeste mar.

1866.

A la mitad de mi alma

¿Cundo será que los cielos
a ti piadosos me junten,
mitad ausente del alma,
beldad misteriosa y dulce?
Tú que tan bella y perfecta
concibe mi ardiente numen,
sin que una sombra ligera
tantas bellezas anuble.
¿Quién me dirá donde moras,
qué extraña región te encubre,
qué isla de aquellas que cantan
los poéticos laudes?
Quizá en la opulenta Europa,
incógnito transeúnte,
en rumorosos paseos,
entre inmensa muchedumbre,
con miradas distraídas
a tu lado pasar pude;
¡y nada me dijo el alma
y tu presencia no supe!
¡Quizá en pública morada,
junto a ti hospedaje tuve,
do sólo delgado muro
de tu beldad me desune!
¡O tal vez cuando surcaba
del mar los campos azules,
te llevaba a opuesta orilla
veloz divisado buque!
A veces la ilusa mente
a otra contigo confunde;
mas, presto desengañada,
ve que no hay quien te simule:
ve que a ninguna te iguala
sin que tu beldad injurie,
y que ninguna fue digna
de que mi amor la tribute.
Tras los floridos Abriles
van los nublosos Octubres,
y no te hallo, dueño mío,
y tu ausencia me consume.
Acaso también me buscan
tus ardientes inquietudes,
y es, como el mío, el anhelo
con que me llamas inútil.
¡Ah! quién sabe si tú moras
por encima de las nubes
en esas islas brillantes

que la noche nos descubre,
  más cerca de los palacios
donde Dios sin sombras luce
a las miradas absortas
de los ardientes querubes.
  O quizá siendo este suelo
el que mereció tu lumbre,
ha ya infinitas edades
que frío mármol te cubre;
  y admiró tu claro ingenio
y tus divinas virtudes
y tu celestial belleza
otro siglo más ilustre.
  O quizá quieren los cielos
que tu nacimiento alumbre
futuro remoto día
que la mente no descubre.
  Tal vez será que el cuidado
el pecho entonces no turbe
y que de dolor y vicios
la humanidad esté inmune.
  ¡Ah! ¡por qué no quiso el cielo
que fueran las horas dulces
de tan venturosos días
a entrambas vidas comunes!

1866.

El año y la vida humana

El cano Invierno con rigor impera
sobre campiñas desoladas ya;
mas de nuevo la joven Primavera
con blandísimo cetro reinara.
  Es el Año una imagen de la vida
desde la infancia hasta la edad senil;
muere en tumba de hielo, y en florida
cuna renace en el risueño Abril.
  Mas si del Año en giro sempiterno
sucede nueva infancia a la vejez,
del hombre frágil tras el mustio invierno
no ríe Abril por la segunda vez.

Imitaciones

De cantos populares toscanos

I

Breve carta, oh bella infiel,
mi inmensa pasión mal pinta:

y si la mar fuera tinta
y el cielo fuera papel,
antes que poder pintar
mi amor y constante duelo,
se llenara todo el cielo
y se secara la mar.

II

¿No te parece, di, mortal pecado
robarme y no volverme el corazón?
¿Qué sacerdote, di, te ha confesado,
que te ha podido dar la absolución?

III

A Roma la celebrada
para ver San Pedro fui,
y estuve casi en la entrada:
pero me acordé de ti
y me volví sin ver nada.

IV

A mirar el cielo ven:
¡Qué de estrellas! pues son más
los pesares que me das
con tu continuo desdén.

V

Dicen que a casarte vas:
¡Ah! no te cases: espera;
deja que ésta triste muera
Y después te casarás.

VI

Perdí mi corazón, y todos dicen
que tú lo has encontrado:
devuélvemelo pues, niña del alma,
o dame el tuyo en cambio.

VII

A ti pie siento llevar,
privado de mi albedrío,
como el arroyuelo al río
o como el río a la mar.

1866.

El dos de mayo

I

Ardiente Numen mío,
de quien es alma patriotismo santo;
tú que fuiste el primero
en levantar el indignado canto
contra el ultraje del inicuo Ibero,
y la voz despertando de otros vates,
con tu clamor guerrero
encendiste la patria a los combates:
hoy que triunfante sonreír la miras,
al universo cuenta
la vengadora lid y alta victoria
con que días de afrenta
convierte en siglos de radiante gloria.

II

Sonó en nuestras riberas
voz espantada de la rauda Fama,
que narraba el escándalo inaudito
con que las españolas naves fieras
prendieron cruda llama
en puerto inerme de la heroica Chile:
se alza doquiera de venganza un grito;
no hay corazón peruano que no anhele
ver llegar a los torpes incendiarios
para que paguen tan atroz delito:
irrita la tardanza
el impaciente anhelo de venganza:
nadie hay que de su puesto se desvíe
ni del fiero peligro el paso tuerza:
se burla el patriotismo de la fuerza
y el denuedo del número se ríe.
Arriba al cabo la feroz armada
que ya, cual suele, nos venció en idea,
y en su insensata vanidad ni aún piensa
que diestra se alce a contrastarle osada
y a oponerle brevísima defensa.
Cual la justicia humana
deja de vida fugitivo plazo
al que la ley a perecer sentencia,
así el caudillo de la flota hispana,
ya suspendiendo el fulminante brazo,
tres días nos concede en su clemencia
para esperar la inevitable ruina
que su justa venganza nos destina.
Mas no a vil muerte, sino a noble lucha
el peruano valiente se apercibe,
y la amenaza escucha
con desdeñosa mofadora risa:
los marciales aprestos acelera,

y con ardiente prisa,
del resonante mar en la ribera
bélicos aparatos improvisa
que, de virtud maravillosa llena,
brotar parece la fecunda arena,
como si la golpeara
de diestro mago la potente vara.
¡Oh entusiasmo! ¡oh ardor que no consiente
ser descrito jamás de humana lira!
Parece que en el aire se respira,
o que invisible eléctrica corriente
le lleva y comunica por doquiera;
y cae sublime universal contagio
que hasta del más cobarde se apodera
es ya de la victoria venidera
clara prenda, certísimo presagio.
Lima al vecino amenazado puerto
su enardecida población traslada,
y de incesante turba apresurada
se ve el camino blanquëar cubierto:
del mar azul junto al movible llano,
la muchedumbre que su playa inunda
y, al fuerte impulso del trabajo activo,
baraja sus enjambres bullidores,
es otra mar segunda,
es un piélago vivo
de pintorescas ondas de colores.
En rivales esfuerzos combinados,
cada brazo se emplea
en tan santa patriótica tarea,
que iguala razas, nivelando estados:
que el corazón peruano es el que late
en el pecho del pobre
a quien tiñe la faz ébano o cobre,
y en el del blanco y rico y del magnate;
y hoy contra el desdeñoso
orgullo insano y proceder perverso
y la codicia pérfida española,
es el Perú vastísimo coloso
de rostros ciento de color diverso,
de blancas, negras y amarillas manos,
pero de un corazón y una alma sola.

III

Musa de las batallas, ven y dame
con diestros labios alentar tu trompa,
que con hórrido son los aires rompa
que a lo lejos en torno se derrame:
haz que truenen mis versos, y veloces
vuelen del labio que tú inspiras, como
igneas saetas o encendido plomo,
tronantes rimas o inflamadas voces:
retumbe y vibre en ellos, como pudo

en los aires entonces,
el trueno horrisonante y rayo agudo
de mortíferos bronces:
torne a ser el estrago horrendo y crudo
y el herir y el matar en mis guerreras
estrofas, de la lid renovadoras;
y el glorioso combate de quien horas
fueron la edad veloz y fugitiva,
como en lienzo que fiel lo represente,
para siglos sin fin haz que reviva
y que dure en mi canto eternamente.
Mas ya siento en mi pecho que rebosa
y en mi agitada sien apenas cabe
tu inspiración, oh Diosa;
y en ágil vuelo pronto,
cual si en la espalda me nacieran de ave
encumbradoras alas, me remonto;
irresistible impulso me levanta
sobre la tierra y anchuroso ponto;
y en el sereno cristalino campo
del éter vasto, con segura planta
los firmes pasos orgulloso estampo:
hierven en mí los versos impacientes;
a mi trémula boca
altas voces afluyen a torrentes,
que en rápida cadena
un arte superior liga y coloca;
y mi ágil pluma con presteza rara
los albos pliegos ennegrece y llena,
como si escrito canto trasladara.

IV

De la ardua lid al corazón sediento
luce el alba por fin del Dos de Mayo;
y cuando en la mitad del firmamento
desde el sol su más ardiente rayo,
en los aires serenos,
que creó Dios a la tormenta ajenos
y que hoy osa turbar furor humano,
principian cruda guerra
la ibera tempestad del océano
y la peruana tempestad de tierra:
retumba ronco trueno de contino
del huracán marino,
y sin cesar responde ronco trueno
del huracán terreno;
del humo negro dilatadas nubes
cambian el claro día en noche densa
por relámpagos mil do quiera rota;
espesa lluvia de granizo ardiente
ondas y tierra sin cesar azota:
y todo, todo, en confusión inmensa,
en nuestras playas apacibles miente

el estrago y el ímpetu y la saña
con que desraiga selva corpulenta
y en truenos y relámpagos revienta
furiosa tempestad de la montaña.
  Como león ayuno se abalanza
a la segura presa,
tal desdeñoso se abalanza el Godo,
mas que de lid, hambriento de matanza:
pronta victoria aguarda
sobre la vil afeminada gente,
de España hija bastarda,
del brazo no, mas de la voz valiente (45);
pero su triunfo tarda,
y de tan largo resistir se admira,
y su desdén primero
trueca el soberbio en impaciente ira.
  Como resiste secular encina,
afianzada en hondísimas raíces,
al ímpetu del cierzo,
y ni aún la frente inclina,
así resiste el peruviano esfuerzo;
y, al ver el español que no se abate
más y más dobla su iracundo embate;
y con frecuencia igual, de cada parte,
serpëando entre nubes de humareda,
raudos vuelan los rayos con que el arte
los del tonante Jehová remeda.
  No ha pasajero instante
en que del trueno el hórrido estampido
no ensordezca el oído,
y en que del rayo la siniestra lumbre,
los atónitos ojos no deslumbre;
y cual propio elemento de la Muerte,
en ruido y luz el aire se convierte.
Parece con las armas del Averno
lidiarse la batalla;
y balas silbadoras,
bombas atronadoras,
esparcida metralla,
y formas ciento y diferencias miles
de letales ardientes proyectiles,
que cruzan encontrados sin sosiego
los espacios celestes,
cubren entrambas huestes
con resonante bóveda de fuego.
  Tiembla en torno el terreno,
como si el Terremoto en lo profundo
de su cóncavo seno
sus titánicos miembros prisioneros
bramando sacudiera, y furibundo
de su cárcel la bóveda golpeara
con vigorosa resonante frente,
y por romperla indómito pugnara,
de sus duras prisiones impaciente.

Igual a cada parte, entre sangrientos
horrores, se mantiene la lid cruda
de quien teatro son dos elementos;
y cada combatiente semejando
al elemento mismo que lo encierra,
si como el mar el Español asalta,
el Peruano resiste cual la tierra,
o como excelsa roca a cuya planta
el mar sus ondas túmidas quebranta.
Y en vano tú, vastísima Numancia,
al Leviatán inmenso semejante,
del océano emperador tremendo,
frente a la playa inmóvil te colocas,
llama con humo y horroroso estruendo
vomitando a la vez por tus cien bocas:
con nada tiemblan los heroicos pechos
que por la patria y el honor pelean;
y aun cuando en nube más espesa vean
fuego en torno llover horrendamente,
al Perú independiente
con clamorosos gritos victorean;
mezclándose al estruendo de los mares
y discorde compás de los cañones
las músicas sonoras militares,
¡y el himno patrio que en ardor heroico
inflama los peruanos corazones!
Mas de tus tiros al acierto daña
hispano lidiador, y a tu destreza
el ciego empeño e impaciente saña
que tus confusos tiros precipita:
y en torpe desperdicio,
muchedumbre infinita
de bombas que prodigan tus descargas,
distante aún del término pedido,
cae para apagarse en las amargas
ondas, tras vano amenazante ruido.
Mas tu insano furor, Numancia cruda,
al fin la Suerte en nuestro daño ayuda,
que bien tu acierto escaso
la ayuda pide del propicio Acaso.
de tus bocas lanzada bomba ciega,
de la Suerte guiada por la mano,
hasta la Torre llega
que el nervio encierra del valor peruano:
¡allí hacinado por funesto olvido,
el negro polvo que a las graves balas
viste del fuego las ligeras alas,
por la bomba fatal es encendido!
¡Y en el desastre horrendo y repentino
vuelan los generosos combatientes
entre la espesa nube
y humoso remolino
que hasta los cielos resonando sube!

V

Fuiste, entre cuantos héroes allí abisma,
tú la presa más noble de la Parca,
GÁLVEZ inmaculado y cual la misma
Santa Justicia incontrastable y recto,
prez y honor de la antigua Cajamarca,
y el hijo de la Patria predilecto;
de la Patria que, hoy huérfana de tantos
hijos queridos que le cuesta España,
por ti se entrega a más aguda pena
y tu sepulcro baña
de acerbo llanto en más copiosa vena:
¡ah! si mi voz en la terrena vida,
oh Gálvez inmortal, te fue querida,
acepta grato este recuerdo breve
que hoy mi laúd te da junto a tu huesa,
hasta que el himno de alabanza eleve
que de mi amante Numen la promesa
a la esperanza de la patria debe.
¡Y a ti, CORNELIO BORDA,
a ti mi canto nombrará segundo,
que en el suelo nacido de la hermosa
nueva y mejor Granada,
hiciste con tu muerte a todo un mundo
tu patria dilatada!
Cual concebido en su fecundo seno
y o sus pechos crïado,
de su dolor el maternal tributo
no cesará mi patria de ofrecerte:
la faz cubierta por oscuro velo
de lamentable luto,
lloran las Ciencias tu temprana muerte
y de tu claro ingenio y tu desvelo,
en flor cortado, el abundoso fruto.
También tu losa en lágrimas inundo,
¡oh tú, DOMINGO NIETO, que dos días
en doloroso lecho
yaciste moribundo,
y en cuerpo vigoroso y fuerte pecho
más vigoroso espíritu escondías!
No tan solo un hermano en ti lamenta
quien contigo nació del propio seno;
que a nadie, a nadie apellidaste amigo
a quien estrechos lazos fraternales
no ligaran contigo,
¡oh dechado y espejo de lëales!
Ni a ti tampoco olvidará mi verso
ni de justa alabanza será parco
que escuche el universo,
¡Oh noble corazón, ANTONIO ALARCO!
No a la lid peligrosa
a ti el deber, sino el valor te llama (46);
y de él guïada, a la funesta Torre

tu ansiosa planta corre,
allí acechando con tenaz cuidado
el instante propicio
para ocupar del último soldado
el más hüido peligroso oficio (47);
al fin le ocupas con afán inquieto
desafiando a la Muerte;
y la Muerte aceptó tu osado reto,
de ti no perdonando los despojos,
ni sangrientos pedazos, ni señales
que contemplaran los fraternos ojos,
que besaran los labios maternales.
Y el grato conocido
rumor de sus pisadas
en vano aguardará tu atento oído
en tus desiertos silenciosos lares,
¡oh adorada hermosísima doncella,
que al pie de los altares
unir pensaste a su robusta mano
tu blanca mano delicada y bella!
¡Las antorchas nupciales
que ayer regocijaban tu deseo
se trocaron en teas funerales,
y en endechas los cantos de himeneo!
Y mi Musa también de ti se acuerda,
y te consagra mi laúd rendido
un fúnebre gemido
de su doliente cuerda,
¡ENRIQUE MONTES, que en aspecto blando
y dulce rostro hermoso
impreso demostrando
de la bondad y la nobleza el sello,
cual a esposa gentil gentil esposo,
alma bella juntaste a cuerpo bello!
En vano, en vano a la enlutada viuda
preguntan por su padre idolatrado
los hijos pequeñuelos:
ella, llorosa y muda,
abraza en ellos a tu fiel traslado,
clavando húmedos ojos en los cielos.
Ni ausente se hallará, noble ZAVALA,
tu nombre antiguo entre los claros nombres
que en este canto premiador inscribo;
era tu anhelo más constante y vivo
por la patria morir, por esa madre
a quien un hijo indigno,
tu hermano en sangre pero no en virtudes,
guerra feroz enviaba
y hacer quería de su reina esclava:
y a Dios que tu anhelar cumplió benigno
repetías en tu hora postrimera:
«Gracias, gracias te doy, Señor clemente,
pues cuando ingrato a la que el ser le diera
hiere un Zavala, tu bondad consiente

que otro Zavala por la patria muera».
Mas a vosotros, CÁRCAMOS ilustres,
os crearon los cielos
como en la sangre en la virtud hermanos,
y de idénticas prendas adornaron
vuestros nobles espíritus gemelos:
de ingenio igual, del mismo
ardiente acrisolado patriotismo,
que os hizo, con igual merecimiento,
juntos rendir el postrimer aliento.
De vuestro fin la roedora pena
pronto a otro hermano le abrirá la tumba,
y con él perderá su último alivio
anciana madre que feroz condena
a tan largo vivir la suerte esquiva
para que, sola y de consuelo ajena,
¡Ay! a todos sus hijos sobreviva.

VI

Mas con rabiosa lengua
venganza grita el peruviano bando,
al contemplar caer tan escogidas
víctimas, y los brios redoblando,
hace pagar con espantable exceso
al torpe Ibero tan preciosas vidas.
¿Quién, quién ahora encarecer podría
de los peruanos jefes las hazañas
y el heroico valor y la osadía?
Impávidos, serenos,
Mueven do quiera la segura planta,
y ni el creciente riesgo los espanta
ni hace que venga su valor a menos;
es en vano que inmensa muchedumbre
de balas y de bombas y granadas
en torno siempre ensordeciendo llueva:
Con la voz y el ejemplo
animar a los otros los contemplo,
y hacer que todos con pujanza nueva,
cual si la lid de nuevo comenzara,
arrojen a porfía los letales
rayos artificiales
a la escuadra feroz de España avara.
Con firme pulso y con tenaz mirada,
su afán heroico ni un veloz instante
remite el valentísimo artillero;
y cual de la Justicia disparada
por la certera mano,
cada entraña de acero
que vomita el cañón republicano
hambrienta despedaza
de los regios navíos la madera
o la férrea armadura y la coraza;
y la gran mole atravesando entera,

tal vez por el opuesto roto lado
sale, de muertes y de estragos harta,
a apagarse en el piélago salado.
En el espacio breve
que les permiten sus flotantes casas,
amontonados mueren y confusos
los tristes siervos de una reina aleve:
rabiosamente cae y agoniza
sobre el tibio cadáver de su hermano
el doliente marino, que no espera
que descanse a lo menos su ceniza
de su remota patria en la ribera,
y que tendrá por tumba el océano.
Y en vez de presenciar de los lejanos
hijos, padres y esposos
los triunfales regresos,
madres, hijas y esposas españolas
ver no podrán a sus amantes manos
llegar siquiera los helados huesos
de los que sepultaron nuestras olas.
¡oh peruanas, templad vuestros enojos,
que el llanto que hoy derraman vuestros ojos
será pronto venerado
con llanto más acerbo y doloroso
por ojos españoles derramado!
Ni al soberbio caudillo
guarda de heridas el ferrado muro
del nadante castillo
donde pensaba combatir seguro:
aquí una nave, a zozobrar vecina,
por bocas mil el océano bebe:
otra, la cárcel rota
del espíritu ardiente que la mueve,
como cadáver flota:
ya por doquiera a desmayar empieza
el valor en el pecho
y en el brazo la usada fortaleza;
ya el español, en trance tan estrecho
vencer desesperando,
da al temor en el ánimo cabida,
triunfando del rubor y del despecho
el amor renaciente de la vida.

VII

No para huir aguarda
que al claro día su enemiga venza,
para que el velo de la Noche parda
esconda de su fuga la vergüenza:
¡Y a los rayos del Sol que de occidente
una hora y otra dista,
del universo atónito a la vista,
allí en cien naves a la lid presente,
a rauda fuga lanza

la temerosa prora
esa escuadra feroz que en esperanza
era ya del Pacífico señora.
  En vano la convida y la provoca
el peruano cañón con Ignea boca
a combate segundo,
a nueva lid reñida:
desoye el reto y espantada olvida
que la contempla el mundo,
el mundo todo a quien hacer testigo
ofreció su jactancia
de nuestra rota y ejemplar castigo:
la Unión la mira e Inglaterra y Francia
su fuga acelerar, de pavor llena;
y aun la inmensa Numancia
mal su glorioso nombre respetando,
cual herida ballena,
busca su salvación en la distancia.
  Hüir, hüir la mira
el peruano guerrero y arde en ira,
de más lucha ganoso,
de más gloria sediento y codicioso:
acusa de sus naves la demora
y maldice al destino
que le rehúsa ahora
veloces alas de huracán marino
y en la playa lo prende y encarcela,
y de volar le priva
por el abierto acuático camino
en seguimiento, con vapor o vela,
de la veloz armada, fugitiva
  ¡Ah! si a los breves débiles navíos (48),
cuya atrevida gente
con diestra, tan feliz y osados bríos
hoy segundó al terreno combatiente,
juntaran su valor el Huáscar fiero
y compañera nao
a quien dio nombre nuestro bien primero (49)
(en futuros combates vencedores)
¡y esas que vio la nebulosa Abtao (50)
a fuerzas resistir tan superiores;
en pos, España, de tu huyente flota
volarán ya nuestros guerreros prestos,
y consumada tu espantable rota,
el mar sembrarán sus aciagos restos!
  ¡No más, no más blasones
de ser, oh Iberia, fuerte y valerosa
entre todas las gentes y naciones;
ni más se jacte tu demente lengua
de ser tu pueblo el que imposibles osa!
¡Borrón tan negro, tan patente mengua
de hoy más, oh Iberia, abata
tu soberbia insensata,
y tu enhiesta cerviz humille y doble;

pues con tan grande y hórrido aparato
de orgullosos bajeles
y con pujante fuerza más que doble,
nos cediste del triunfo los laureles,
cuando tu brazo combatir podía
y vida te quedaba todavía!
No, no es esa la senda,
no es ese el porte que el honor señala;
tras tan fiera amenaza y tan tremenda
y pomposo arrogante desafío,
lazar debiste tu postrera bala,
perder debiste tu postrer navío!

VIII

Tú al cielo, oh patria, en tanto
alza la frente, de rubor desnuda,
y en noble orgullo tu vergüenza muda,
y en risa ufana tu rabioso llanto.
Tan claro triunfo al universo muestra
que, si castigas tarde
el ultraje alevoso de Castilla,
tan sólo fue por que la alzada diestra
te desarmó el cobarde
que mancillaba la suprema silla.
Bien patentizas lo que libre valles
de cadenas violentas;
y esplendorosa página hoy aumentas
de tu moderna Historia, a los anales,
que a la posteridad menos no asombre
que la que lleva de Ayacucho el nombre.
¡América divina,
en tus vastas llanuras solitarias
enciende tus volcanes,
como grandes aéreas luminarias
que no apagan los recios huracanes!
Y a los ecos profundos
de tus inmensos caudalosos ríos,
que se llevan al mar cual otros mares
de lechos áureos y de dulces ondas,
mezclen do quier tus bosques seculares
y vastas selvas tenebrosas y hondas
su música salvaje y voz agreste,
entonando magníficos cantares
que asciendan a la bóveda celeste!
Y tú, gigante emperador de ríos,
portentoso Amazonas,
que ufano naces de peruana fuente,
y de bosques umbríos
y de selvas antiguas te coronas;
apresura tu férvida corriente
por el vecino dilatado imperio,
tu festiva llegada anticipando
al poderoso océano de Atlante;

a quien la nueva venturosa anuncies
de nuestro triunfo y del desastre iberio,
y él alegre la cante
y la lleve al antípoda hemisferio.

IX

Y tú, 1a quien tan espléndida victoria
en grande parte adjudicar es dado;
recibe de la Musa, ilustre PRADO,
el sincero tributo y merecido
que el loor te anticipa de la Historia;
y de libre poeta
concede, atento oído
al libre canto que de un pueblo entero
la gratitud y afecto te interpreta.
Gózate en tanta hazaña
y sé grande y glorioso entre los hombres,
debelador de España,
que del magno Bolívar
y San Martín y Sucre entre los nombres,
con áureos caracteres ves escrito
de la gloria en el fúlgido volumen,
tu nombre por América bendito
y celebrado por mi altivo numen.
Y pues ves que te sobra
el favor de los cielos y tu estrella,
la sucesión de tus hazañas sella
y pon cima a tu obra:
con el principio venturoso en ella
el venturoso medio corresponda,
y el fin con uno y otro se compase:
de América cumpliendo la esperanza,
la interna paz con mano firme en honda
inconmovible base
para siglos cimienta y afïanza:
a ti por fin se deba que el peruano
valeroso guerrero
no desnude la espada
para hundirla en el pecho del hermano
en impía contienda,
y para herir la guarde al extranjero
que sus hogares codicioso invada
o que insolente su decoro ofenda.
La sangrienta Discordia furibunda,
domada por tu diestra victoriosa,
en los abismos hunda
el durísimo cuello,
y lívida cabeza ponzoñosa,
de quien son vivas hebras
y enmarañado y hórrido cabello
áspides silbadores y culebras.
Por ti el hijo segundo
del quinto hijo del Año

sea padre fecundo,
aurora lisonjera,
tras larga noche oscura,
de una divina era
de progreso, de paz y de ventura.

X

Entra a ceñir tus lauros, y contigo
los bravos campëones
que fueron el terror del enemigo:
ya os espera la ansiosa muchedumbre,
collados coronando hasta la cima
e hinchendo inquieta los vecinos valles;
de la opulenta Lima
ledos hollad las alfombradas calles:
cada privado hogar con puerta ornada
por vistosa flotante colgadura,
cual rostro amigo, sonreír procura
a vuestra fausta victoriosa entrada:
al son del atambor y los marciales
pomposos instrumentos
y al excelso clamor de las campanas,
que cuentan vuestra gloria al firmamento,
por los arcos magníficos triunfales
pasad con frentes del laurel ufanas:
ved de hechiceras vírgenes hermosas
coronados balcones y ventanas,
que con manos de nieve
blancas derraman y purpúreas rosas
y rica copia que sin tasa llueve
sobre vuestra cabeza, oh vencedores,
de cuantas bellas y fragantes flores
engendran en su seno
los esmerados huertos y pensiles
de la hermosa ciudad y campo ameno
en donde cuenta el Año doce Abriles.
¡Blanco e imán de innúmeras miradas
sois; a entusiastas gritos
hacéis abrirse innumerables labios,
y en sublime patriótico alborozo
palpitar corazones infinitos!
Os sonríe la virgen seductora
que siempre del valiente se enamora;
siente, al miraros, noble envidia el mozo,
os bendice entre lágrimas el viejo;
y hace el curioso infante
que la madre en sus brazos lo levante
para mirar el triunfador cortejo.
Y entre el sonoro universal concierto
de alabanzas unánimes que escucho,
también las suyas añadir advierto
a los ancianos héroes de Ayacucho.

Sobre los lauros nuevos
los antiguos ceñid, claros mancebos,
que a vuestras frentes tiernas y lozanas
trasladan ellos de sus nobles canas:
¡recibiendo en la férvida alabanza
que al héroe por el héroe se dispensa
la más alta y honrosa recompensa
que pudo ambicionar vuestra esperanza!

XI

Las densas olas blandamente abriendo
del vivo mar que vuestro pie embaraza,
hollad la bella y anchurosa plaza
donde se eleva el soberano templo:
allí os espera venerable anciano,
cuya rugosa frente
es ya la más antigua, en el cristiano
orbe, que mitra episcopal circunda,
y que la humilde gratitud profunda
que por merced tan clara
al Dios de las batallas debe el fuerte
se apercibe a ofrecer al pie del ara.
Subid, subid con religiosa planta
a la morada santa
del solo a quien humilla
su corazón el libre y su rodilla:
allí, puestos de hinojos, e inclinando
a las sacras baldosas
las coronadas sienes victoriosas,
gracias rendid con labio reverente
al dios de los ejércitos potente.
Él fue quien, de tan alto vencimiento
os concedió la suplicada palma:
él entusiasmo y generoso aliento
y heroico brío os infundió en el alma:
vuestro más débil brazo hizo robusto
él, y aceró sus decaídos nervios,
trocando doncel tímido en atleta;
y del contrario injusto
él quebrantó los ímpetus soberbios,
y le cubrió de confusión secreta.
Fue su divina protectora diestra
la que trazaba la invisible curva
que siguieran los globos inflamados
que lanzaba la vuestra,
y fue esa diestra, que al más fuerte turba,
la que ahuyentó las españolas naves,
cual desbandada turba
de temerosas aves;
y esa diestra será la que, si intenta,
corrido de su afrenta,
hacer de su fortuna nuevo ensayo
el soberbio español en mar o en tierra,

circunde nuevo lauro a vuestra frente,
más fulguroso que el del Dos de Mayo:
¡Gloria a Aquel, gloria a Aquel eternamente
que es el Dios de la paz y de la guerra!

XII

Tú que ya el eco de mi voz conoces,
ven, oh Fama, y aprendo el canto mío;
y sin cesar batiendo senadora
tus innúmeras alas y veloces,
del ardiente ecuador al polo frío,
del negro ocaso a la brillante aurora,
cántalo por doquier con tus cien voces;
llevando a los oídos
de las más solas gentes y apartadas
y más remotos pueblos y escondidos
las glorias de mi patria vencedora,
y la excelsa merced del poderoso
Dios de Israel cuya clemencia adora,
y cuyo nombre santo
coronará con esplendor radioso
este triunfal enardecido canto.

1866.

Sentencias del inca Pachacutec

[Nota (51)]

Sobre el que envidia al bueno

El que tiene envidia al bueno
saca mal del bien ajeno
con que a sí mismo se daña,
como la asquerosa araña
saca de la flor veneno.

(O más libremente:)

El que tiene envidia al bueno
saca para sí mal dél,
como en un jardín ameno
el áspid saca veneno
de donde la abeja miel.

Sobre el que a un tiempo envidia y es envidiado

Aquel que, envidiado, envidia
con doble tormento lidia:
¡feliz aquel solamente
a quien en doble reposo

el cielo vivir consiente
ni envidiado ni envidioso!

Sobre los jueces venales

Los jueces sin conciencia que a escondidas
las dádivas reciben de las partes,
pues son ladrones, por justicia sean
castigados con muerte como tales.

Sobre la embriaguez, la ira y la locura

La ira, la embriaguez y la locura
corren parejas: más las dos primeras
voluntarias son siempre y pasajeras,
y la tercera, involuntaria, dura:
si a todos ves portarse de igual modo,
merézcante, por causa diferente,
tierna piedad el infeliz demente,
y desprecio el airado y el beodo.

Sobre los médicos o herbolarios

El herbolario o médico que sólo
de algunas yerbas la virtud alcanza
y saber no procura la de todas,
ese tal sabe poco, o sabe nada:
porfiar conviene hasta saberlas todas,
como las que aprovechan las que dañan,
para alcanzar el codiciado nombre
y entera ciencia, no imperfecta y vana.

Sobre el que aspira a saber lo superfluo, no sabiendo lo necesario

Digna es de befa y risa la manía
del que contar presumo las estrellas,
no sabiendo contar en su ignorancia
ni los ñudos y tantos de sus cuentas.

Sobre los adúlteros

Si al que la ajena hacienda a hurtar se atreve
justa ley al patíbulo condena,
con más justicia sentenciar se debe
a la postrera irreparable pena
al adúltero vil que roba aleve
la honra, la fama y la quietud ajena:
pues, si riqueza aquél y éste honra y calma,
el uno roba al cuerpo, el otro a el alma.

1866.

Alaban del universo
todos la armonía suma
y su orden maravilloso
y su inefable hermosura,
  Mas tal orden y belleza
no sólo a poner en duda,
sino hasta a negar se atreve
mi desvergonzada Musa.
  Dadme un Mapa que la tierra,
Patria del hombre, dibuja:
ved que de ella el océano
tres cuartas partes ocupa:
  los continentes son islas;
que el mar inmenso circunda,
cuando debieran los mares
ser, cuando mucho, lagunas.
  Si el mundo es mansión del hombre,
¿ha sido medida justa
que casi todo agua sea
para la escamosa turba?
  Patria del hombre a la tierra
llaman sin razón ninguna,
y patria de los pescados
se puede llamar con mucha.
  Nadie de alabar se cansa
la hermosa luz de la luna:
yo confieso que es hermosa
y que mis penas endulza;
  mas mi Musa cabalmente
en eso mismo se funda
para quejarse de que haya
mil y mil noches oscuras;
  y si en el mar cada tarde
halla el sol su sepultura,
todas las noches debiera
arder la antorcha nocturna;
  o, en vez de una luna sola,
debiera haber dos o muchas
cual las que a Saturno o Júpiter
magníficamente alumbran:
  aunque lo mejor sería
que el sol no se hundiera nunca
y que hubiera un día eterno
sin tarde ni noche oscura.
  Si bien en esta materia
habrá quien diga y arguya,
que para que el dulce Sueño
en el reposo nos hunda,
  es útil, es necesario
que el universo se cubra
con las espesas tinieblas
de la noche taciturna:

pero ¿dormir era fuerza?
mi curiosidad pregunta;
¿qué necesidad había
de aquella muerte nocturna?
¿Es tan grande la distancia
que hay de la cuna a la tumba,
que así en pasajera muerte
media vida se nos huya?
Es blanda la primavera:
pues ¿por qué eterna no dura?
Y el verano y el invierno
sin cesar con ella turnan,
en alternativa inicua
condenándonos su furia
a que el calor nos derrita
y a que el frío nos entuma.
Aún al Otoño pudiera
admitirle por sus frutas
y por los ricos racimos
de la dulcísima uva,
con cuya caliente sangre,
ya dorada y ya purpúrea,
se consuelan los pesares
y alivian las desventuras.
Pero al invierno y verano
hallar no puedo disculpa,
ni compensación discurro
a su venida importuna.
Y ¿qué disculpa hallar pueden
zancudos, moscas y pulgas,
y mil molestos insectos
que en el aire y tierra abundan,
que nuestro pellejo horadan
y que nuestra sangre chupan,
que asordan nuestros oídos
y nuestra paciencia apuran?
¿Para qué son las montañas
y las áridas llanuras
e inhabitables desiertos
que tanta extensión ocupan?
Anchas páginas en blanco
del gran libro de Natura,
donde parece que nada
escribir supo su pluma...
.....

1866.

Retrato

Que parece caricatura

Un hombre conozco yo
tan feo y malo, que habrá
quien se le acerque, quizá,
pero quien lo iguale, no.
No es dable que otro se encuentre,
peor del ocaso al orto,
ni nunca más feo aborto
salió de un humano vientre.
La Naturaleza, cuando
tan risibles monstruos forja,
parece que está de gorja,
y que los hace burlando.
Mas, como de estos caprichos,
cuando está formal, le pesa,
rompe airada la turquesa
en que forjó tales bichos.
¿No has visto, lector, las caras
que el torpe lápiz produjo
de uno que aprende el dibujo,
tan mal hechas y tan raras?
¿O las que en blanca pared
dibujan manos traviesas?
¡Pues ojalá que como ésas
fuera la de su Merced!
Sus tachas un ciego vélas:
y como si no bastara
tener tan hermosa cara,
le fueron a dar viruelas.
Quedó el rostro hecho un arnero:
mas le igualaron después
estragos del mal francés
uno con otro agujero.
Del ojo derecho es tuerto,
y del otro no muy sano;
es su frente un vasto llano
y su cabeza el desierto.
Jorobado también es;
mas esta falta remedia
el no medir vara y media
de la cabeza a los pies.
Y aunque está pegado al suelo,
lo sustenta tan gran base
como si se levantase
hasta muy cerca del cielo.
Es pedestal cada pie,
pues cuanto crecer debió
en altura, no sé yo
como en patas se le fue.
Que hay mortales tan felices,
que árboles se han de llamar,
pues van creciendo a la par
en las ramas y raíces.
Poco él creció para arriba;
muchísimo para abajo,

aunque una gran parte trajo
para sí la enorme giba.
  Mas, si bellos en tal grado,
miembros y facciones son,
es la nariz la facción
que más hermosa ha sacado.
  Tanto que afirmarte puedo
que el lauro disputa y gana,
a la nariz soberana
que inmortalizó Quevedo:
  la que era por arco y puntas
espolón de una galera,
y que de narices era
todas doce tribus juntas.
  Una gracia al tal le encuentro
que compensa estas faltillas,
y es que sus huecas mejillas
se están besando por dentro.
  Y aunque de tan inaudita
fealdad su cuerpo sea,
una alma mucho más fea
dentro de ese cuerpo habita:
  una alma hipócrita y ruin,
sin nociones del deber;
cobarde más que mujer,
y envidioso cual Caín.
  Con chicos altiva fiera,
a grandes vilmente adula;
fuera muy dado a la gula,
si tan avaro no fuera.
  Dar de su torpe cabeza
justa idea desespero:
los otros son torpes, pero
él es la misma torpeza.
  No hay vicio alguno o defecto
que no reúna este tal:
es un modelo del mal,
del vicio tipo perfecto.
  Pero si, atónito y mudo,
al ver tan negros colores,
alguno de mis lectores
un instante dudar pudo
  que en cuerpo y alma tan feo
sea el hombre de quien trato,
sepa que en este retrato
no poco lo lisonjeo.

Cuadros

Que ofrece un temblor por la mañana

¿Visteis, cuando el temblor con improvisa

fuerza se siente al despuntar el alba,
que, como puede cada cual se salva,
sin que a nada lugar le dé la prisa?
Saliendo sin zapatos y en camisa,
flacas piernas mostrando y lucía calva,
hacen Crispín y su mujer Grijalva
que en medio del terror nazca la risa.
¡Cuánto oculto galán más que de trote
con la infamada joven sale fuera,
sin temor de que el público lo note!
Y hasta se ve salir ¡quién lo creyera!
a todo un venerable sacerdote
¡de la impura mansión de una ramera!

Inconvenientes de ser corto de vista

Reniego del largo estudio
y las lecturas prolijas
a la luz de la nocturna
vigilante lamparilla,
que acortaron tan temprano
el alcance de mi vista
y que a llevar antiparras
parece que ya me obligan:
mas yo, por punto, no quiero
ni lente usar todavía,
al revés de tantos otros
que, aunque más que un lince miran,
llevan el lente tan sólo
por adorno y monería,
y el buen tono y la elegancia
hasta en los defectos cifran:
defecto y de los mayores
que a la humanidad fastidian.
Pues qué, si voy por la calle
de un amigo en compañía,
que: «Mira, chico, me dice,
»en la otra acera esa chica:
»¡Qué guapa! ¡qué ojos, Dios santo!
»¡Qué boca! ¡qué dulce risa!
»No vi cara más hermosa
»en los días de mi vida».
Yo, al oír tales palabras,
muero de rabia y envidia,
maldiciendo mis estudios
y tanta docta vigilia;
y en vano alargo el pescuezo
y aguzo más las pupilas,
abriendo tamaños ojos
que casi se me vacían,
pues no miro sino un bulto
y unas formas indecisas,

y no veo tales ojos
ni esa cara tan bonita.
Mas dirán que me resarce
de no ver las caras lindas
el que no mire las feas
que las miradas contristan;
pero sepan que mi suerte
es tan fiera y tan impía,
que ni este sólo descuento
dar quiso a mi pobre vista;
porque siempre a las más feas
por la acera en que voy guía
y a mi encuentro eternamente
burlona las precipita;
como también a las viejas
de fábrica más antigua,
de esas que a Amat alcanzaron
en su juventud florida.
Aunque lo peor no es esto,
mas que me expongo a que digan
que a nadie vuelvo un saludo
y estoy con todos de riña;
y yo que la igualdad santa
tuve siempre por divisa
y soy tan llano y humilde
demócrata y socialista,
ya por fin protestar quiero
contra fama tan inicua,
saludando desde ahora
con la mayor cortesía
a cuanta gente por esta
y aquella acera transita,
o conocida por mí
o por mí no conocida;
pues prefiero que de mí
como de un loco se rían
a que orgulloso y grosero
me llamen todos con ira.
Pero la mayor de todas
entre las muchas desdichas
que el ser de vista tan corto
me ocasiona y origina,
es (de mi suerte reniego)
que casi no pasa día
en que mi flaca persona
el duro suelo no mida;
y no sé por qué milagro,
con tan frecuentes caídas
y con porrazos tan fieros
ya no me he roto la crisma:
no hay piedra en que no tropiece,
cual puesta allí con malicia,
ni charco en que el pie no meta,
aun del agua menos limpia;

y por mi pie negligente
no hay evitada inmundicia
de cuantas en nuestras calles
olvidó la policía;
si paso de acera a acera,
es tal la desgracia mía,
que no hay carreta ni coche
que no se me venga encima;
no hay cola en que no me enreden
mi distracción y mi prisa,
ni pisotón que me yerre
ni encontrón que no reciba.
Y de tan horribles males
aquí interrumpo la lista
antes que al lector empiece
a ocasionarle fatiga,
y porque, contar queriendo
su muchedumbre infinita,
antes que el cuento acabara
se me acabara la vida.

1866.

Dafne y Apolo

Al Céfiro venciendo en ligereza,
del impaciente enamorado Apolo
huye la ninfa con artero dolo.
para encenderlo más con su esquiveza:
al fin alcanza el dios a la belleza,
que el Amor con sus alas socorriolo;
mas ¡ay! que al abrazarla, abraza sólo
de un árbol la durísima corteza.
Dafne es toda mujer: oh ciego amante,
que ves de Apolo la funesta suerte,
teme, teme desdicha semejante.
¡En huir la hermosura se divierte,
y al abrazarla el pecho palpitante,
en insensible tronco se convierte!

1867.

A un plátano

A la muerte mirándote vecino,
lleno de dolorosa simpatía,
comparo con el tuyo mi destino;
y aunque de ti doliéndome, imagino
menos triste tu suerte que la mía.
Pues consuela tu vida moribunda

la tierna prole que tu seca planta,
numerosa y bellísima, circunda,
y llena ya de tu virtud fecunda,
presurosa a tu sombra se levanta.
  Contento de la savia te despojas
que beben ellos, y la vida pierdes
con menores tormentos y congojas,
cuando tus rotas y marchitas hojas
dejas caer sobre sus hojas verdes.
  Cercado en torno de sus hijos bellos,
tú me recuerdas a doliente anciano
que, amoroso inclinándose sobre ellos,
al oro de sus nítidos cabellos
junta la plata del cabello cano.
  Él dará con más plácido semblante
sus últimos adioses a la vida,
pues siempre alivia tan crüel instante
el ver que queda en sucesión amante
nuestra vida fugaz reproducida.
  Mas ¡ay! no espera mi vejez temprana
en dulces hijos existir segundo;
¡y sin dejar recuerdo en mente humana,
cual humo leve, como sombra vana,
habré pasado por el ancho mundo!
  ¿De qué mortal sobre la losa fría
el fiel Amor o la Amistad no llora?
¡Mas ¡ay! tan sólo regarán la mía
el llanto helado de la Noche umbría
y las lágrimas puras de la Aurora!

1867.

Al hombre

Octavas dedicadas a mi distinguido amigo monseñor Pedro García y Sanz

¡Viviente enigma que, a ti mismo opuesto,
con lazo que la mente desespera,
eres extraño sin igual compuesto
de cielo y lodo, de deidad y fiera!
Te desprecio tal vez y te detesto,
y aras tal vez mi asombro te erigiera,
que eres a un tiempo, misterioso y doble,
vil como nadie y como nadie noble.
  Hijo pareces de señor y esclava,
de poderoso rey y de pastora,
que ya la estirpe paternal alaba,
ya la materna con rubor deplora:
cuanto más la soberbia le endiosaba
mas le confunde la humildad ahora,
sin que nunca del todo la vergüenza
venza al orgullo, ni el orgullo venza.

Misto el Centauro de deidad y bruto,
fingido monstruo fue: tú lo eres cierto;
tú del Edén vivificante fruto
en negro tronco de Sodoma injerto;
luz y tinieblas, regocijo y luto;
vivo amarrado por castigo a un muerto;
estatua en cuya frente el oro brilla,
siendo la planta de grosera arcilla.
De antiguo templo de sin par belleza
eres la vasta profanada ruina,
árbol que encumbra al cielo su cabeza
y al Orco sus raíces avecina;
eres esfinge que en mujer empieza
y en cuerpo y garras de león termina;
sirena que une, bella y repugnante,
cola de pez a femenil semblante.
Ya, como águila, al cielo te levantas
y abarcas lo creado con tu mente,
ya al polvo te confundes de tus plantas
y te arrastras cual lúbrica serpiente;
capaz de ciencia angélica, y a tantas
viles necesidades obediente,
del cuerpo esclavo, si del mundo dueño:
¡Cuán grande te contemplo y cuán pequeño!
A la par merecidos y sinceros,
tú de infamia a los últimos apodos
de honor juntas los títulos primeros;
en ti por raros portentosos modos
se hacen los imposibles verdaderos,
y en ti se hermanan los contrastes todos;
¡y eres, fuiste y serás para ti mismo
el más oscuro impenetrable abismo!
No la más alta singular hazaña,
no el más horrendo singular delito,
es en tu rara heroicidad extraña,
en tu rara maldad es inaudito:
cuanto un hijo te ilustra otro te empaña,
raza que engendras a Nerón y a Tito,
al ruin Tersítes y al divino Aquiles,
a excelsos héroes y a traidores viles.
Extraña madre, que al malvado y bueno
en sempiterna confusión das vida,
Eva te lamo que en el propio seno
llevó a Abel y a Caín el fratricida;
Israel que al divino Nazareno
engendró y a la turba deicida;
¡Tú haces que sea, con el lazo humano
Colón sublime de Marat hermano!
Ni de tanto contraste testimonio
sola ofrece en común la humana gente,
que están fuertes un ángel y un demonio
luchando en cada cual eternamente:
¡de violento discorde matrimonio
fruto cada hombre, sin cesarse siente

a un lado y otro arrebatar inquieto,
de horrenda lucha perennal objeto!
¿Qué ofrecen a la historia las edades?
Portentos siempre en que el asombro se harta:
monstruos entre demonios y deidades
do nunca el bien de su rival se aparta;
un Temístocles vario, un Alcibiádes,
que, el mayor en Atenas y en Esparta,
aquí modelo, de virtud austera,
y allí de vicios repugnantes era.
Mas nadie lo celeste y lo terreno
cual tú juntó, magnánimo y mezquino;
ni cupo, oh César, en tan bajo cieno
espíritu tan alto y tan divino:
¿Quién a más vicios se entregó sin freno?
¿Quién dio más glorias al poder latino?
¿Quién digno fue de tan opuestos nombres,
oh vergüenza y orgullo de los hombres?
¡Cuánto en mí mismo esos contrarios siento,
el espíritu excelso y los sentidos,
cuya eterna batalla es mi tormento,
y ocasión inmortal de mis gemidos!
Del cielo el uno sin cesar sediento,
los otros en el cieno complacidos:
entre la alta razón y el bajo instinto,
¡cuánto yo de mí propio soy distinto!
No soy más de otro que de mí diverso;
tan cuerdo a veces como a veces loco,
y virtuoso no menos que perverso,
el fango beso, las estrellas toco:
ya me absorbe una nada, el universo
ya es a mis ansias infinitas poco;
y como con acérrimo enemigo.
lucho y relucho sin cesar conmigo.
Y si yazgo tal vez en muda calma,
¡Ah! ¡cuánto más valiera la pelea!
Que del cuerpo vencida, oh débil alma,
duermes en torpe esclavitud: mas, ea!
Despierta y lucha, y la gloriosa palma
no dejes, no, que de tu esclavo sea:
vive siempre o luchando o vencedora,
tú que naciste para ser señora.

Al vapor

Duerma ya el viento en el marino llano;
que la nave, desnuda de la vela
que su soplo impelió, rápida vuela
sin su socorro vano.
Tú a su gigante mole das una alma,
un impaciente espíritu de fuego,
que no se cura del tenaz sosiego

de la más muerta calma.
Y en vez del ala de turgente lino,
moviendo rauda cortadora rueda
y alzando espuma férvida, remeda
vasto coche marino.
No el noble bruto en largo viaje siga
cansando el brio de su ardor bizarro,
que a ti, cautivo en el volante carro,
jamás domó fatiga.
Por ti la larga encadenada fila,
cuyo rodar, competidor del vuelo,
doble metal angosto y paralelo
afianza y encarrila,
semeja extraño monstruo, inmenso y vivo,
que, cual la hermana máquina marina,
por propio impulso y voluntad camina,
majestuoso y altivo.
Y el humo denso, que en vagante espira
sonando sube por el roto viento,
es el espeso entrecortado aliento
con que el monstruo respira.
Domador de la tierra y océano,
a tu conquista voladora breves,
que nuevos monstruos en su seno mueves,
hijos del arte humano;
del Austro al Aquilón rápido lleva,
lleva desde la Aurora al Occidente
de la verdad la luz resplandeciente
a tantos pueblos nueva.
Y cual del Sol el fulgoroso coche,
el carro o nave que tu fuerza guía
do quier convierta en refulgente día
las sombras de la noche.

Al mismo

Tú que de océano y tierra
vences las largas distancias,
cual las distancias del éter
vencen voladoras alas:
por la negra red que forman
rieles que tu curso pautan,
ven a surcar el inmenso
seno de mi dulce patria.
Tu velocidad abrevie
tan espaciosas comarcas:
junta el mar al Amazonas
y a Tumbes el Titicaca.
Ya por ti mande a la costa
de la sierra la abundancia
lo que a precio tan subido
ajenos campos hoy mandan;

y en vez de la lenta mula,
tú en breves horas traslada
al que en la flor de sus años
cercana muerte amenaza,
  a los valles apacibles
de la saludable Jauja
donde la Tisis respira
benignas fáciles auras.
  Rompe erizados peñascos,
macizos montes horada,
o con atrevido vuelo
trepa sus cimas más altas;
  antiguos bosques penetra;
ríos caudalosos pasa,
o en tus carros por el puente,
o en tus naves por el agua;
  salva horrendos precipicios,
valles hondísimos baja,
mudos desiertos anima,
puebla soledades vastas;
  y, competidor del cóndor,
en breves días acaba
de dar una vuelta entera
a región tan dilatada.
  El indio que más se interna,
con atónitas miradas
en sus dominios contempla
tu hilera de carros larga;
  y nuevo monstruo ver crea,
gigante sierpe que anda
tan veloz, cual si tuviera
de los cóndores las alas.
  Tú las aldeas despierta
dormidas en la ignorancia,
y a la vida de la mente
con aguda voz las llama.
  Lleva do quiera el Progreso
que, cual la creciente Fama,
a andar enano comienza,
mas andando se agiganta.
  Tú la Ociosidad destierra,
madre de todas las plagas,
y a la Industria se dedique
quien al Vicio se consagra;
  la mano ociosa, empuña
hoy la fratricida espada,
rural instrumento rija
o la productora máquina;
  y extinguidas para siempre
de la Discordia las llamas,
florezca la Paz hermosa
y la común bienandanza.

Cantos del cautiverio

Nos sentamos orillas de los ríos
que undosos riegan la ciudad de Belo,
y a llorar nos pusimos sin consuelo
al recordarte, idolatrada Sión:
y de los tristes sauces lloradores
que le dan sombra, en los pendientes ramos
nuestras sonoras cítaras colgamos,
que hiera el aura leve en triste son.
Y cuando nuestros crudos opresores
nos dijeron: «Pulsad los instrumentos,
»y a su brillante son vuestros acentos
»en placenteros cánticos mezclad»,
«los himnos de la patria», respondimos,
«¿Cómo hemos de cantar en tierra ajena?
»Y al son de nuestros grillos y cadena,
»¿cómo cantar la dulce libertad?
»El rigor con que el cielo nos castiga
»lamentos pide y lágrimas a mares:
»no insultéis, no insultéis nuestros pesares
»pidiéndonos los cantos del placer:
»calle por siempre la culpada boca
»que abra sus labios al alegre canto;
»ciegos queden los ojos cuyo llanto
»se canse noche y día de correr».

Un anciano

¡Cuán larga edad ha que cautivo lloro!
En los brazos maternos vine infante,
y hoy, rugosa y doliente,
se dobla al peso de la edad mi frente,
antes que el sueño eterno me los cierre
los campos miren de Salem mis ojos,
y duerman a lo menos mis despojos
allá en el suelo santo
que fue el primero que regó mi llanto.

Una virgen

Hija soy del dolor y el cautiverio,
y te conozco, Sión, ¡ay! solamente
en el narrar frecuente
de la adorada madre que conmigo
sin cesar recordaba
tu dulce, santo, maternal abrigo:
mas mi patria es la patria de mis padres,
no este suelo crüel y maldecido.
¡Ah! vuele presto al venturoso nido
de donde ni un momento
se ausenta el amoroso pensamiento.

Un sacerdote

Enjugad vuestro llanto, compañeros,
que el instante anhelado se avecina
en que surja más bella de su ruina,
y nuevo asombro de la tierra sea
la hermosa emperatriz de la Judea:
ya miro erguirse sus soberbios muros
de torres coronados; ya contemplo
tocar las nubes el segundo templo
que, del primero vencedor, en este
mundo retrate la ciudad celeste.
Y tú, tú entonces, Babilonia altiva,
que hoy bebes nuestras lágrimas ufana,
ya no serás sino memoria vana,
sólo en las letras de tu nombre viva:
vencedor despiadado,
de la venganza del Señor armado,
derribará tus muros cual violento,
torres de nubes desbarata el viento.
Al filo de su espada
tus hijos caerán como la yerba
que corta el segador: en tu agonía
la suerte en vano de tu triste sierva
envidiarás: como ella destrüida
serás; más no como a ella
te dará el cielo una segunda vida
y del Sepulcro renacer más bella.

Carmen y Rafael

Carmen a Rafael

Hoy que santo deber de ti me aparta,
perdona, dulce dueño de mi vida,
si a los fríos renglones de una carta
confío mi postrera despedida.
No es bien que verte mi valor presuma:
huyo tu vista, es consejo sabio
que te declare la valiente pluma
lo que jamás te declarara el labio.
No pienses, Rafael, que poco cueste
a la mísera Carmen su partida,
y sin la fuerza del favor celeste
nunca pudiera ser por mí cumplida,
¡Cuánto tiempo fue inútil mi porfía
y mi resolución ha sido vana!
Y la aurora al rayar de cada día,
débil pensaba: partiré mañana!
Así he vivido, ¡ay triste! un año entero
de vano esfuerzo, de incesante lucha:
¡cuánto el combate y mi dolor fue fiero,
sólo el cielo lo sabe que me escucha!

Y si al fin pude merecer la palma
en un combate tan reñido y fuerte,
siento que queda destrozada el alma
y herido siento el corazón de muerte.
Como tal vez, por arrancar la bala
de su profunda dolorosa herida,
victorioso guerrero luego exhala
el aliento postrero de la vida;
así yo, que arranqué de lo profundo
del alma enferma mi pasión funesta,
conozco que mi esfuerzo sin segundo
la vida misma, aunque triunfé, me cuesta.
Sangre mi pecho desgarrado llora,
y de tan fuerte red al desasirme,
aún siento, aún siento vacilar ahora
la voluntad que imaginé tan firme:
aún me seduce la costumbre ciega,
y a tus caricias renunciar me espanta
ya para siempre, y a mover se niega
trémulos pasos la cobarde planta,
pero ¡qué dudo! mi vergüenza es harta
en que tanto durara la pelea:
hoy sin más dilación, fuerza es que parta;
sí, partiré: pues ha de ser, hoy sea.
Mas, si es fuerza dejarte pesaroso,
no aumenten tu pesar los crudos celos:
no por hombre te dejo, que mi esposo
es el rey de la tierra y de los cielos.
Sólo por Dios te dejo, y entretanto
que recorra estas líneas tu mirada,
ceñirá mi cabeza el velo santo,
en santo monasterio refugiada;
donde de Dios a la clemencia pida
con lastimado corazón contrito,
mientras durare mi doliente vida,
perdón de mi feísimo delito;
Donde con yerbas mi hambre satisfaga
Y sea mi descanso el suelo duro,
y hecha por los cilicios viva llaga,
pague la carne su deleite impuro.
¡Oh paciencia de Dios! seis largos años,
hecho Luzbel de nuestras almas dueño,
del adulterio en los mortales daños,
hemos dormido de la muerte el sueño.
Sí; fue Luzbel quien con astuta traza
cubrió de flores tan inmundo cieno,
y del amor en la dorada taza
beber nos hizo su mortal veneno.
Pero al fin el Señor de mí apiadado,
desvaneciendo el infernal hechizo,
la horrenda enormidad de su pecado
al ciego corazón conocer hizo.
Y al escuchar en el sagrado templo
de Dios un día la eficaz palabra

de castigo ofrecer terrible ejemplo,
al fin es fuerza que los ojos abra.
Desde entonces el alma no ha tenido
un instante siquiera de reposo,
y ni la santa voz daba al olvido
ni quebrantaba el lazo poderoso.
Juzga cuál fue mi miserable estado,
cuando al remordimiento dando abrigo
a la vez que al amor, no me era dado
ni sin ti ser dichosa, ni contigo.
Por eso me mirabas pensativa
y tu alegría me encontraba triste,
y a tu caricia más ardiente y viva
con mudo lloro responder me viste.
¡Ay! cada noche, mientras tú a mi lado
del sueño disfrutabas el sosiego,
a mi despierto espíritu espantado
presente estaba del Infierno el fuego.
Me mantenía sin cesar despierta
mortal espanto hasta la aurora fría,
quedar temiendo entre tus brazos muerta,
si al sueño un sólo instante me rendía.
¡Cuántas veces al vil cómplice lecho
con perfecta ilusión mis tristes ojos
catre de llamas le miraron hecho,
donde ardían de entrambos los despojos!
Y ya sentía al celestial castigo
raudo bajar, cual repentino trueno,
sobre ese lecho adúltero que abrigo
daba en mis brazos al esposo ajeno.
Mas otras veces, con serena frente,
cual casto esposo lisonjero y blando,
al mismo hijo de Dios miré presente,
el alma a sus deleites convidando.
Y una guirnalda de inmortales rosas
del celeste jardín, y el blanco velo
que guarda a sus castísimas esposas
a ceñirme bajaba desde el cielo.
Piensa pues cuánto fue mi desatino,
juzga y comprende de mi amor lo inmenso,
cuando entre el amor tuyo y el divino
estuvo así mi corazón suspenso.
Y pues tanto tardé en poner por obra
mi santo pensamiento, a tu amor baste,
como a mí culpa y mi vergüenza sobra,
que vencido no fuiste sin contraste.
A Dios piadoso mi plegaria envío
por que tu corazón de fuerzas arme,
para que sufras el tormento impío
que quisiera a mí sola reservarme.
Su pura gracia sobre ti descienda;
él te separe de la errada vía,
tu paso encaminando por la senda
que a la ventura celestial nos guía.

Tan noble corazón no es bien que ande
por donde va la pecadora plebe:
es digna de salvarse tu alma grande
y de derecho a la virtud se debe.
Haz que, si llega alguna vez tu nombre
a resonar al solitario oído,
dulce nueva me lleve de que el hombre
único a quien amé, no va perdido.
¡Qué consuelo llevara a mi retiro,
si supiera de ti que al soberano
eterno bien aspiras a que aspiro,
y al mundo fementido das de mano!
Esto a Aquel que los ánimos gobierna
suplicará mi labio noche y día,
de tu ventura y salvación eterna
ansiosa aún más que de la propia mía:
Por que de nuevo en la feliz morada
de los gozos perennes y supremos
nos junte pura e inmortal lazada,
y en el Señor sin culpa nos amemos.
¡Cuál mi dolor será, si en el postrero
jüicio estamos en opuestos lados,
si de Dios por el fallo justiciero
somos ¡ay! para siempre separados!
Y aunque entonces a Sión alce mi vuelo,
volveré atrás el rostro para verte,
y entre los gozos que me brinde el cielo
me afligirá tu infortunada suerte.
Y si el alma en el cielo no se olvida
de cuanto en este mundo hemos amado,
ni allá podrá mi dicha ser cumplida,
si te extrañan mis ojos a mi lado.

Rafael a Carmen

Desde que me dejaste, y a mi lado
ya no me es dado a cada instante verte,
sin ti viviendo estoy, desesperado,
una vida más triste que la muerte.
Me espanta cada interminable día
que he de pasar sin ti, desde que empieza:
¡Qué existencia ¡ay de mí! va a ser la mía,
privada de tu amor y tu belleza!
¿Y un día y otro día igual me espera?
¿Y un mes tras otro mes, y año tras año?
¿Y habré así de pasar la vida entera
en tal ausencia y en dolor tamaño?
Tan espantosa negra perspectiva
a contemplar el alma se resiste:
¡venga al punto la muerte compasiva
vida a cortar tan solitaria y triste!
De tu partida a la terrible idea,
que infernal sueño me parece, siento
que mi razón se rinde y titubea,

vencida del rigor de mi tormento.
¡Ah! si supieras, alma mía, cuánto
es mi dolor y, cuando el mundo duerme,
me contemplaras de profundo llanto
en mares encendidos deshacerme;
Si me pudieras ver desesperado
en el desierto lecho silencioso,
revolverme del uno al otro lado
sin encontrar alivio ni reposo;
si lamentar me oyeras mi abandono
en ese lecho que por ti ser pudo
del placer y el amor ayer el trono
y tumba es hoy, de tu belleza viudo;
aunque tuvieses las entrañas fieras
de dura roca o de inflexible acero,
pronto a mis brazos con amor volvieras
al contemplar que por tu causa muero.
Vuelve ya, ingrata, vuelve, vida mía,
mira que es cierto que me estoy muriendo;
la vida sin tu dulce compañía
y a mí mismo sin ti no me comprendo.
¿Cómo tan dulces, tan antiguos lazos
romper pudiste de tan fiero modo,
y partir de improviso en dos pedazos
lo que ya no formaba sino un todo?
No en unión más estrecha conceptúo
que son entrambos ojos un sentido,
y que dos voces que confunde el dúo
son una voz al encantado oído.
Una vez y otra leo el fatal pliego,
y aún no sé si a mis propios ojos crea:
¿y es verdad que me dejas? ¡aún no llego
a creer, oh mi bien, que verdad sea!
Y todo me parece un sueño horrendo
del que en fin es forzoso que despierte,
y a la dichosa realidad volviendo,
de nuevo espero entre mis brazos verte.
Cuando el día fatal de tu partida
volví, tras breve ausencia, al hogar nuestro,
se apoderó del alma estremecida
presentimiento súbito y siniestro.
Y comencé, no viéndote, a buscarte
y te llamé con angustiadas voces,
y toda hasta la más oculta parte
la casa recorrí con pies veloces.
Y en las estancias solas y calladas,
otra vez recorridas y otras ciento,
resonaban tan sólo mis pisadas
y el eco triste de mi triste acento.
Y a nuestra estancia entrando nuevamente,
al fin es fuerza que la vista advierta
la fatal carta que a la incierta mente
convence que era su desdicha cierta.
¡Y era ese, oh Carmen, el tenaz secreto

que en vano averiguaba mi porfía,
cuando a la voz de mi cariño inquieto
tu silencio o tu llanto respondía!
¡Ah! no pretendas entender ni esperes
la extraña pena, cual ninguna viva,
que sintiendo, al leer tus caracteres,
en lo hondo yo de las entrañas iba.
Sentí a cada palabra, a cada frase
escrita por tu mano despiadada,
como si el corazón me atravesase,
de parte a parte, tajadora espada.
Nada cerrar tan enconada herida
puede: la hallará el tiempo siempre nueva,
mientras durare la doliente vida,
el solitario corazón la lleva:
parece que ciñera sus espiras
en torno al corazón ágil serpiente,
y que tal vez con repentinas iras
en él clavara venenoso diente.
No, no es posible que el Señor reciba
el vano sacrificio que le has hecho;
estaba en mí tu libertad cautiva,
tú no tenías sobre ti derecho.
Porque tú no eras tuya, sino mía,
como yo no era mío, tuyo era:
¡y pudiste dejarme! yo no habría
sido capaz de ingratitud tan fiera.
Me dejas, Carmen, por lograr la palma
de la virtud y el premio sempiterno,
¡y yo por ti cien veces diera el alma
al inmortal suplicio del Infierno!
Aunque, ¿qué importan penas infinitas
y gozo celestial y glorias altas?
Hay cielo para mí donde tú habitas,
infierno hay para mí donde tú faltas.
¡Nada hay en el Infierno que me espante,
si hemos de estar entre su fuego ardiente,
cual vio a Paolo y a Francesca Dante,
abrazados los dos eternamente!
¡Ay! al leer ese sublime canto
juntos los dos: De las eternas llamas,
clamó tu dulce labio, no me espanto,
si allá te amo, oh mi bien, y si allá me amas.
Así dijiste, y a tu voz sentime
rey de los siglos y señor del hado,
al ver, oh Carmen, por tu amor sublime
el mío tan fielmente retratado.
¡Ah! pronto, tú también arrepentida,
sentirás renacer tu amor potente,
que un amor como el nuestro no se olvida,
e invocarás mi nombre vanamente.
Maldecirás aquel fatal momento
de olvido, de ilusión y de demencia
en que en la prisión negra de un convento

para siempre enterraste tu existencia.
Y entre los cantos del postrado coro
de las vírgenes castas, a tu oído
tan claro sonará mi «yo te adoro»,
cual por mi labio entonces repetido.
Tan viva ante el altar, tan verdadera
será por ti mi imagen contemplada,
cual si yo mismo a interponerme fuera
entre el rostro de Cristo y tu mirada.
No te valdrá ni penitente ayuno,
si del azote las sonantes cuerdas;
mi recuerdo, ofreciéndose importuno,
tan dura penitencia hará que pierdas.
Mas no pienses que oculto monasterio
de mi amor implacable te liberta;
romperé tu violento cautiverio,
derribaré la usurpadora puerta.
No habrá santo lugar do te asilares
que contra mi furor no sea vano,
y hasta del mismo pie de los altares
te arrancará, te arrancará mi mano.
Que ya de un todo estoy desesperado,
nada en la tierra ni en los cielos temo,
si habrá horror de sacrílego atentado
que me acobarde en mi delirio extremo.

Rafael a Carmen

Un año presto hará de tu partida,
que cual siglo ha pasado lentamente,
si hay año o siglo que las horas mida
al que vivió de tu beldad ausente.
Viendo que eran en vano los papeles
que mi delirio me dictó sin cuento,
de dolor casi loco, los dinteles
nunca, dejaba del fatal convento.
Verte imploraba entre las dobles rejas
y un instante siquiera hablar contigo,
para que oyeras mis dolientes quejas
y de tanto dolor fueses testigo.
Imaginar, imaginar no puedes
los dardos que mi pecho atravesaban,
cuando sorda te hallé cual las paredes
que del mundo y de mí te separaban.
Aquí de todo la memoria pierdo:
turbome el juicio mi dolor profundo,
y en triste lecho mi primer recuerdo
me encuentra por tu culpa moribundo.
Larga fue y dolorosa mi agonía;
y yo, sin esperanzas ya de verte,
esperaba mi fin con alegría;
pero triunfó la vida de la muerte.
Apenas vivo, me arrancó de Lima
de fiel amigo la piedad fraterna,

creyendo que aliviara ajeno clima
el mal del cuerpo, y la pasión interna.
Mas no tan presto cual los otros males
el hondo mal del corazón se calma:
cesaron mis dolencias corporales,
mas no hallé nunca la salud del alma.
Nada distraer pudo un pecho ajeno
eternamente a cuanto tú no seas,
e indiferente y aún de hastío lleno
contemplé las grandezas europeas.
Mujeres vi que proclamaba bellas
como deidades la asombrada gente;
mas deslustraba la hermosura de ellas
tu sola imagen sin cesar presente.
En vano, en vano mi mirada amante
otras hermosas encontrar procura,
y para mí tu cuerpo y tu semblante
único tipo son de la hermosura.
La mujer más hermosa y hechicera
nada al alma me dice ni al sentido
cual si tu sexo para mí estuviera
a ti tan sólo, oh Carmen, reducido.
Siempre te amé, sin que del hombre vario
la ley universal me comprendiera,
como amaba en el mundo solitario
el primer hombre o la mujer primera.
¡Oh tormento perpetuo y desmedido!
¡Amarte tanto e imposible verte!
¡Y no esperar conformidad ni olvido
ni siquiera en el seno de la muerte!
¡Sentir que en cualquier parte donde fuera,
en la tierra, en el cielo, en el abismo,
mi amor sería siempre y donde quiera
la más íntima parte de mí mismo!
Mas ya estoy libre: nuestro amor no huella
la ley divina, ni la ley del hombre
ahora que duerme en el sepulcro aquella
que sólo tuvo de mi esposa el nombre.
Ve que Dios mismo nuestra unión ordena,
haciendo ahora con bondad piadosa
que rota quede mi nupcial cadena
antes que seas su inmortal esposa.
Viendo mi amor y que menguar no puede,
(¡por tan alta piedad sea bendito!)
cual rival generoso, a mí te cede
y me da poseerte sin delito.
Ya queda nuestro amor santificado
y elevado a sublime sacramento:
ya vivir puedes con tu amante amado
sin sentir ni causar remordimiento.
¡Cuán felices seremos! nuestra vida,
aquella vida de perenne encanto,
se verá renovada o excedida,
convertido el amor en deber santo.

Te llamará la sociedad mi esposa,
y te verás de todos respetada;
pero, si Lima ya te fuere odiosa,
fijarás donde quieras tu morada.
Lejos de un mundo vano o importuno,
nos dará asilo solitaria aldea,
do no te pueda conocer ninguno,
y el uno al otro su universo sea.
O iremos a vivir en el desierto
que me será contigo un paraíso:
yo habito el cielo por tu amor abierto,
el suelo no que indiferente piso.
O si conmigo visitar prefieres
el mundo que abandona mi navío,
por ti y contigo encontraré placeres
do sólo he hallado sin tu amor hastío.
¡Qué placer me será en tu compañía
visitar las ciudades y lugares
que me escucharon solitario un día
tu ausencia lamentar y mis pesares!
¡Cuántas horas pasadas nuevamente
en ese estrecho platicar süave,
el mismo siempre y siempre diferente,
que Amor con pocas voces variar sabe!
¡O en esas dulces pláticas calladas
en que, asomado a la pupila tersa,
con la lengua sin voz de las miradas
lo más secreto el corazón conversa!
Te contaré la dolorosa historia
de lo que ha sido sin tu amor mi vida,
y no será tormento su memoria,
si la miro por ti compadecida.
En la dicha de verte y escucharte
iguales lo futuro y lo pasado,
parezca el año que infeliz los parte
horrible sueño por Luzbel enviado:
sueño que hará más dulce todavía
la feliz realidad que le suceda,
como, tras noche tenebrosa, el día
su faz ostenta más serena y leda;
o cual más pura y halagüeña y grata
la luz del sol a las miradas brilla
de aquel que de los lazos se desata
de nocturna espantosa pesadilla.
Sal pues, oh Carmen, a abrazarme esposo,
deja presto tu cárcel; considera
que tú sola me hicieras venturoso
en esta y en la vida venidera.
Sólo A tu lado la virtud comprendo,
ser sola puedes mi adorada guía;
y de ti y de tu ejemplo careciendo,
me hallará impenitente la agonía.
A Dios de mi destino darás cuenta:
Salvarme o condenarme está en tu mano:

mi fe conforta, mi virtud sustenta,
no amor te mueva, mas deber cristiano.
Si tu salida mi esperanza premia,
será mi vida himno de gracias pío;
mas será sólo perennal blasfemia,
si te niegas, crüel, al ruego mío.
De ti privado, los dolores siento
que, en dos partida por etérea espada,
sintiera un alma, en el sin par tormento
de vivir de sí misma separada.
No hagas, tras esperanza tan ardiente,
no hagas que el más horrible desengaño
i desventura, y mi dolor aumente,
y crezca todavía mal tamaño.
¡Ah! si, los lazos que me ataban rotos,
a honesta dicha tu crueldad resiste,
si dar aún quieres los eternos votos,
si tan cambiada estás de lo que fuiste;
¡ah! si mi ruego gemidor se estrella,
cual mar en roca, en tu virtud de acero,
si no guarda tu pecho una centella,
si una centella del ardor primero;
¡ah! si la nave a quien vestir querría
las alas del amor y del deseo,
a tus brazos amantes no me guía
y a los vínculos santos de himeneo:
¡ese mar que se extiende tan sereno
se revuelva con súbita tormenta,
y me sepulte en su rabioso seno
antes que tanto desengaño sienta!
¡Oh! ¡si así fuera!... pero no, no cabe
tanto rigor en la crueldad humana:
rápida, vuela, perezosa nave,
que ser no puede mi esperanza vana.

Así el triste sus ansias escribía,
y de lenta acusaba
la nave voladora
que a los brazos de Carmen le llevaba:
¡Con qué viva alegría
rayar miraba cada nueva aurora,
de su llegada avecinando el día!
Todo, todo calmaba sus pesares;
¡para él el cielo de placer reía,
y ventura y amor le prometía
hasta la voz de los azules mares!
«Movida Carmen de mi ardiente ruego,
(así hablaba consigo, enamorado)
su sagrada prisión dejará presta,
y de nuevo a su lado
será mi vida perdurable fiesta:
y mayor la alegría tras la pena,
en la larga cadena
de mis felices años,

parezca el que he vivido en el destierro
de la beldad que adoro,
tosco eslabón de hierro
en real cadena de diamantes y oro».
  Más no lo quiso la enemiga suerte,
enviándole tormenta, causadora
de muerte no, más de fatal demora
más triste que la muerte;
y bolló la patria orilla el desdichado
en la mañana, del siguiente día
de aquel en que ya había
de Carmen fenecido el noviciado.
  Vuela a Lima, y el bruto que, cual dardo,
el camino devora,
herido por la espuela punzadora,
aún le parece a su impaciencia tardo;
y hasta le fuera lento
el vuelo de su mismo pensamiento.
  Para al fin su fantástica carrera
en los santos umbrales del convento;
del jadeante corcel se precipita,
y, como a nadie viera,
llama y golpea con violenta mano,
cual si la puerta derribar quisiera:
tras un breve momento
le responde entreabriendo la portera:
«Dad a Carmen Ramírez al instante
ésta», le dice, y en sus manos pone
la carta que a dos vidas interesa:
«Carmen Ramírez» repitió la hermana,
»es ella en este instante quien profesa».
  Desalado a la iglesia entonces corre,
de una curiosa muchedumbre llena,
donde, al compás del órgano sagrado
místico canto suena:
ya el ministro del ara
a la esposa de Cristo ministrara
en hostia breve, el alimento donde
Dios la tremenda majestad esconde
que en la anchurosa creación no cabe;
cantaba Carmen los eternos votos,
y escuchó Rafael el conocido
acento de esa voz que el más süave
canto fue siempre a su amoroso oído:
romper aquel espeso mar de gente
en un punto veloz su esfuerzo pudo,
y cuando ya del coro estuvo en frente
y miró a Carmen, le gritó «detente,
no pronuncies tus votos: ya soy viudo».
  Tarde era ya: las sílabas finales
en los labios de Carmen resonaban
de las voces fatales
que por siempre del mundo la apartaban:
de Rafael a la presencia y voces

todo el concurso enmudeció suspenso;
todos quedan inmóviles de espanto,
y sin acción el sacerdote santo.
De rabia lleno y de furor inmenso,
a sacrílego exceso se arrojara
desesperado Rafael entonces,
si Carmen con dolor no le mirara.
¡Ay! ¡qué mirada aquélla!
¡Cuánto le dijo a Rafael en ella!
Bien mostraba su pálido semblante
de larga y cruda penitencia el sello;
nunca empero más bello
resplandeció a los ojos de su amante;
ni nunca enviaron sus celestes ojos
más dulce, más angélica mirada
que la que entones, en Rafael clavada,
calmó la tempestad de sus enojos.
Cual borrascoso mar, si el sol le mira
rompiendo nubes, se apacigua, luego,
así murió de Rafael la ira
ante aquel mudo y elocuente ruego.
Asidas de los hierros ambas palmas
y a ellos pegado el rostro, en Carmen fijo,
cuanto dicen las almas a las almas
con las miradas, Rafael le dijo:
al fin su pena reventó con llanto,
con sollozos y agudos alaridos,
en el silencio universal oídos
por toda la extensión del templo santo.
Cuantos aquella escena presenciaron
y a un hombre como un niño llorar vieron,
su dolor infinito comprendieron
y jamás de ese llanto se olvidaron.
Y era su duelo y su pasión tan fuerte,
tan fiera su congoja,
que sólo el llanto que sin tasa vierte
y esos sollozos que de lo hondo arroja
libertarle pudieron de la muerte.
También Carmen lloraba, y padecía
tormento aún más grave,
lo que ninguna voz decir podría,
lo que Dios sólo sabe.
Al fin las recobradas religiosas
tras espesas cortinas la ocultaron,
mientras a Rafael manos piadosas
exánime del templo le arrancaron.

Carmen a Rafael

¡Qué fue de mí, al oírte, de repente,
y de mi unión en el solemne instante
con mi esposo divino, al ver presente,
tras larga ausencia, a mi terreno amante!
¡Qué fue de mí, cuando escuché tu llanto

y tus gemidos de amargura llenos!
Nunca pecho mortal padeció tanto:
quizá tú mismo padeciste menos.
Luego al leer tus amorosas letras
que enternecieran a la más ingrata,
el alma con mil dardos me penetras,
y la memoria de otra edad me mata.
Celoso tuve a mi divino esposo,
con el recuerdo de un amor profano,
y el santo lazo pareciome odioso
que hizo que el tuyo se rompiera en vano.
Más en el polvo prosterné la frente,
mi ruego al cielo sin cesar implora;
y doblando el martirio penitente,
he salido de nuevo vencedora.
Y al fin el alma serenada y quieta,
fortalecida en el favor divino,
al fallo omnipotente se sujeta
hasta entender que cuanto fue convino:
hasta entender por fin que, ni siquiera
después de muerta la infeliz que en vida
tan vilmente ofendimos, ser debiera
nuestra unión por el cielo consentida.
Y aunque mi llanto sin cesar la expía,
aún le faltaba este dolor gigante
a esa unión tan adúltera e impía,
para que expiada fuera lo bastante.
Y es bien que el matrimonio Dios prohíba
a aquellos cuyo crimen lo adelanta
y que corrompen con unión lasciva
sus castos goces y su dicha santa.
Y con justo castigo determina
la suprema justicia rigorosa
negar a la que fue tu concubina
el santo nombre y el honor de esposa.
Dios empero aún amarte me consiente;
mas de humanas flaquezas acrisola
aquel amor antiguo delincuente,
y hoy en Dios te amo y con el alma sólo.
Te amo cual, sin corpóreas vestiduras,
se aman de Dios a la inmortal presencia
las vírgenes aladas criaturas
que sexo desigual no diferencia.
Con mayor perfección a ti me liga
cuanto amor cabe, puro, en alma humana,
y soy más para ti que casta amiga,
que santa madre, que inocente hermana.
Mi amor se ha convertido en un anhelo
de tu bien, tan continuo tan ardiente,
que para verte merecer el cielo
cien muertes padeciera alegremente.
Vuélvete a Dios, oh Rafael querido,
y dilo eterno al engañoso suelo;
por mí, por nuestro amor yo te lo pido,

dame, antes de morir, este consuelo.
Este mismo dolor que hoy te traspasa
te lleve a esa piedad consoladora
que a cuantos la buscaron dio sin tasa
los inmensos caudales que atesora.
Busca el consuelo allí do solamente
hallarle es dado al corazón humano,
ni des el agua de mezquina fuente
a sed que necesita un océano.
Si tanto aquí ansias el estar conmigo,
¿querrás de mí por siempre separarte?
Sigue la senda que te enseño y sigo
por que vayamos a lo misma parte.
Piensa, con alma a la partida presta,
que el mundo nos separa un día breve
y que del cielo la perenne fiesta
solemnizar nuestro himeneo debe.
Como aguarda pareja enamorada,
para estrechar el nudo suspirado,
que se acabe la espléndida morada
digno hospedaje de su nuevo estado;
así nosotros, desdeñando ahora
este mundo, esperemos veladores
que se abra la mansión merecedora
de acoger y premiar nuestros amores.
¿Y mi voz desoyeras? no, yo fío,
que presto Dios te arrancará al pecado,
condolido por fin del ruego mío,
y de tan gran conquista interesado.
Sin cesar me repite una esperanza
santa y secreta, cual de Dios promesa,
que aplaudirá mi celo tu mudanza
antes que baje a la callada huesa.
¡Pronto será! que como seca yerba
mi cuerpo muere, o como flor marchita:
ya llama Dios a su doliente sierva
y a la morada celestial la invita.
Tal vez me asalta un ímpeto violento
de súbito morir, que por ti domo:
alas inquietas en el alma siento
y en cada miembro perezoso plomo.
Parece que la triste prisionera
que ansia mayor de libertad acosa
sólo saber tu conversión espera
para romper su cárcel enojosa;
volando al mundo que en su seno santo
toda belleza y venturanza encierra
y que reúne para siempre cuanto
por breve tiempo separó la tierra.
Mis ruegos oye: merecer procura
esa mansión tan venturosa y bella,
para que pronto, de tu bien segura
vaya a esperarte, oh Rafael, en ella.

1867.

Al sol en el poniente

¡Mueres, excelso irradiador del día!
Mas, como fue de rey tu nacimiento,
¡así en la majestad de tu agonía
aún eres el señor del firmamento!
Ardores pierdes y colores ganas,
disco mayor, envejecido, muestras,
y al fin concedes que un instante ufanas
en ti se fijen las miradas nuestras.
¿Cuál en el labio sonará del hombre
lengua feliz, tan abundante y rica,
que los colores y matices nombre
que tu luz en las nubes multiplica?
¿Ni cómo nunca pintará mi verso
las mezclas mil y visos y cambiantes,
y el rico tinte sin cesar diverso
y en cada cambio más hermoso que antes?
No del pavón la descogida cola
tanta vistosa variedad remeda,
ni así dora, carmina y tornasola
el arte humano la lustrosa seda.
Y de que tanto el resplandor los venza
de esas joyas celestes, carmesíes
se tornan los topacios de vergüenza
y amarillos de envidia los rubíes.
Te espera el océano que al decoro
de ser espejo que tu faz retrata
junta el de dar a tu cadáver de oro
inmensa tumba de luciente plata.
Pero entretanto que tus rayos bajea
a la acogida que su amor prepara,
él se consuela con tener tu imagen,
cual sol segundo deslumbrante y clara,
y en tu sepulcro de ondas y de llamas,
que por tálamo un Dios envidiaría,
con manos llenas sin cesar derramas
diluvios de chispeante pedrería.
En las túmidas olas que al encuentro
te salen, ya desciendes a ocultarte:
la mitad de tu disco está ya dentro
y sobre nada la restante parte.
Mitad pareces de gigante escudo
que rojo sale de celeste fragua
y que apagar tan solamente pudo
toda esa azul inmensidad del agua.
Aún arde en tierra la nevada frente
del empinado y altanero monte;
y junto al mar, con tu caída ardiente,
es otro mar de fuego el horizonte.

Y presto sigue a tu mitad primera,
dentro del seno de la mar oculta,
la otra mitad que purpureaba fuera,
y ya todo la onda te sepulta.
Mas, aunque en ella entero te amortajes,
aún pareces durar en los matices
que conservan los últimos celajes
en los que adiós al universo dices.
Cual lavada paleta, el occidente
se deslustra por fin y descolora,
y una memoria de su rey fulgente
sólo le queda al universo ahora.
Y el alma humana soñadora y triste
se torna en ese tan solemne instante,
y vaga sombra de tristeza viste
de la Naturaleza el gran semblante.
Y te sucede del Amor la estrella,
clarísimo brillante, joya viva
que orna la frente de la Tarde bella
que se avanza callada y pensativa,
en el instante breve meditando
que su existencia fugitiva dura,
pues nace apenas su belleza, cuando
muere en los brazos de la Noche oscura.

1867.

Con motivo de la vuelta anunciada de la escuadra española

«Mar de libres, Pacífico océano
»que de hermanas repúblicas, ufano,
»circundas y acaricias las riberas:
»ya de leve España las guerreras
»naves, armadas de incendiantes truenos,
»surcan veloces tus tranquilos senos.
»No a tu, apacible nombre
»que eterna paz, en venturoso agüero,
»promete al navegante, hoy correspondas;
»y en repentina tempestad que asombre
»el más osado corazón de acero
»hincha y revuelve tus serenas ondas;
»y pues hollarlas con desprecio miras
»tan fieros aparatos militares,
»la guerra imita y espantables iras
»de los más turbios procelosos mares.
»No en ti permitas tal baldón; y como
»engreído corcel, que no consiente
»sino del dueño el conocido peso,
»lanza del fuerte sacudido lomo
»al que a oprimirle se atrevió imprudente;
»tal, indignado, de tu undosa espalda
»sacude los ibéricos navíos,

»y estrellados en ásperos bajíos,
»los sepulte tu líquida esmeralda.
»Más ¿qué profiere la cobarde lengua?
»Tan insensato ruego
»es del honor, del patriotismo mengua:
»¿tan muerta yace nuestra fe ¿Tan poco
»en el vigor de nuestros brazos fío,
»que tu furor bravío,
»desalentado; en nuestra ayuda invoco?
»¡Ah! no, jamás: en tu llanura quieta
»quietud más honda esparzase: respeta,
»respeta, oh mar, las naves españolas;
»y, cual si fuese el que tu seno oprime
»dulce peso y amigo,
»aquí le traiga con amor tus olas;
»no: no nos niegues el placer sublime
»de la venganza y del feroz castigo.
»Deja, deja que lleguen al alcance
»de nuestra ansiosa diestra furibunda
»que ardientes globos en sus cascos lance
»y en tus cavernas lóbregas las hunda:
»o las salven del último destrozo
»que amenazando esté nuestro denuedo
»las alas rapidísimas del Miedo».
Así mi voz decía
presagiando a mi patria excelsa gloria,
y cumplió mi esperanza y profecía
del Dos de Mayo la inmortal victoria.
Y hoy to renuevo mi plegaria ardiente:
de tu nombre a la paz siempre conforme,
rueda nadante o voladora vela
deja que muevan la «Numancia» enorme,
«Blanca» altiva y ufana «Berenguela»;
y cuantas, de armas y valor desiertas,
huyeron presurosas, o impacientes
de curar las heridas
en sus cascos abiertas
por nuestras crudas balas encendidas.
Si el primer escarmiento no domolas,
las domará, las domará el segundo,
cuando, heridas de muerte,
pidan, por tantas bocas al beberte,
tu abismo más profundo.
Y en vano, en vano a la vencida flota
otras se juntan naves altaneras:
ya tardan: lleguen; porque llegan sólo
a ser de la derrota,
a ser de la ignominia compañeras.
Nada, oh Iberia, nada
arredra ya nuestro valor triunfante;
aunque repitas la Invencible Armada
que enviaste un día en opresora guerra,
cual móvil bosque, cual ciudad flotante,
contra las libres playas de Inglaterra.

Una nueva belígera Venecia
ir cortando orgullosa parecía
las ondas cuyo enojo desafía,
los vientos cuya cólera desprecia:
y vientos y ondas, a la par crüeles,
sepultaron los últimos escombros
de la selva más densa de bajeles
que el mar sostuvo en sus movibles hombros.
A igual suerte y más dura condenada
la que, de esa rival, mandes ahora,
verás cual la dispersa y anonada
el brío y saña del valor peruano,
que iguale en su pujanza destructora
a vientos y océano.

1867 (52).

A media noche en chorrillos

En hondo sueño reposa
la vasta mortal familia:
yo sólo gimo en vigilia
sempiterna y dolorosa.
Y escucho desde mi lecho
el ronco son con que el mar
no cesa de acompañar
los suspiros de mi pecho.
Somos, oh mar, parecidos:
tú de sonar nunca dejas,
ni yo de exhalar mis quejas
y mis profundos gemidos.

En la profesión de Isabel

«¡Y te vas, hija del alma!
¡Y me dejas, Isabel!
¡Y mis súplicas no logran
tus pisadas detener!
¡Ah! recuerda que en mi seno
nueve meses te llevé,
padeciendo al darte al mundo
la congoja más crüel:
Que güié en su primer paso
tu indeciso débil pie,
previniendo a tu caída
de mi brazos el sostén.
Yo esperé que a tus hermanas
ayudaras tú también
a ser báculo y consuelo
de mi lánguida vejez.

Ya podré sólo mirarte
de doble reja al través,
que mis ansiosos abrazos
querrán en vano romper.
¡Ay! espera breves años
a cerrar con mano fiel
mis cansados ojos tristes,
y podrás partir después.
Deja, deja que en la tumba
doble yo mi cana sien,
aunque al pesar de tu ausencia
más pronto la doblaré:
¡Oh tú que de mis amores
eres el fruto postrer,
no me dejes, hija mía,
no te vayas, Isabel!»
«¡Y te vas, oh dulce hermana!
¡Amadísima Isabel!
¡ah! recuerda que en la infancia
nuestro lecho el mismo fue:
¡ah! recuerda nuestros juegos,
en la plácida niñez
que miraba nuestra madre
con dulcísimo placer:
¡y la dejas ¡ay! ingrata
y nos dejas ¡ay! crüel!
¡Y es posible que el eterno
adiós último nos des!
No el estilo dulce rompas
que, mañana uniendo a ayer,
o iguala a nuestra dicha
día a día y mes a mes:
escucha nuestros gemidos
y nuestras lágrimas ve:
no nos dejes, dulce hermana,
no te vayas, Isabel».
Así te hablan madre hermanas,
llorando mares de hiel:
y la amistad a su ruego
el suyo junta también.
Y el mundo también te dice:
«¿dónde vas? los pasos ten:
en la edad de los amores
¿por qué me dejas, por qué?
Yo te prometo placeres,
yo grandezas te daré;
ganarás entre las bellas
de beldad insigne prez:
prenderás mil corazones
de tus trenzas en la red,
y en las salas, fulgorosas
con cien lámparas y cien,
al mirar tus atractivos
y tu regia esplendidez,

de amor morirá cada hombre,
de envidia cada mujer:
  como leve mariposa
en un ameno vergel
volando de flor en flor
liba de todas la miel,
  tal volará tu capricho
de un placer a otro placer,
sin que, tan varios cuan dulces,
falten jamás a tu sed.
  Pero sobre tanta dicha,
pero sobre tanto bien,
te daré que ames amada,
que el bien de los bienes es.
  Compara a la dulce vida
que te ofrezco y cumpliré,
la espantosa que te aguarda
bajo lúgubre pared,
  en anticipada tumba,
en impenetrable Argel,
morada de penitencia
y de llanto y lobreguez.
  En sagrada prisión guarde
un humilde parecer
sólo aquella a quien avara
de beldad natura fue:
  mas en ti a cuya hermosura
entre todas el laurel
dar es fuerza, aunque la Envidia
de tus gracias sea juez,
  es linaje de suicidio,
criminal insensatez
en un claustro solitario
tantas gracias esconder.
  Aún es tiempo, incauta virgen,
aún es tiempo: el paso ten:
no traspases todavía
el terrífico dintel;
  ve lo que haces y no sea
que, pesándote después,
un vínculo indisoluble
quieras en vano romper.
  Ve las ledas muchedumbres
que en magnífico tropel
hoy presento a tus miradas
convidándote al placer.
  ¿Di, no escuchas los acentos
que te envían? vuelve pues:
no me dejes, bella niña,
no te vayas, Isabel».
  Y tu madre y tus hermanas
y el amor y amistad fiel
y el placer, la vida, el mundo,
prosternados a tus pies,

todos, todos suplicantes
te repiten a la vez:
«no te vayas todavía
no nos dejes, Isabel».
Mas tú al mundo así respondes
con heroica intrepidez:
«vano mundo, te conozco
y ya tus perfidias sé:
no me engaña de tus pompas,
el falsísimo oropel,
ni me halaga de tus flores
el mentido rosicler:
ya sé que eres mar turbado
donde el humano bajel
vaga incierto, de las olas
y los vientos a merced:
sé que a tus crédulos hijos
jamás guardaste la fe,
que dulce miel nos prometes
y nos das amarga hiel;
que el amor con que nos brindas
agua de los mares es,
que nunca sed apaga
y más irrita la sed.
Amor verdadero busco,
eterno le he menester,
que ni los años le gasten
ni quepan dudas en él:
esposo darme no puedes
como el que yo me busqué,
aunque me dieras del orbe
el más poderoso rey.
Puerto seguro y tranquilo,
celeste asilo encontré
do nunca a llegar alcanza
de viento y onda el vaivén.
¡Mundo traidor! ¡falso mundo!
No al viento tus ruegos des;
te conozco, te desprecio,
y es tal por ti mi desdén,
que te juzgan mis amores
corto mezquino interés
para darte en holocausto
al que hoy recibe mi fe.
Y pues tu fango y peligros
trueco por tan alto bien,
sin un suspiro siquiera
te dice adiós Isabel.
¡No así a ti, madre del alma,
madre dulcísima, a quien
me ligan los dobles lazos
del amor y del deber!
¡Y vosotras, compañeras
de mi dichosa niñez!

¡Ay, mi madre! ¡ay, mis hermanas!
No mis ansias aumentéis.
  No está en mí tener la planta,
irme es ya forzosa ley;
ved que es Dios el que me llama:
¿quién resiste a su poder?
  Mas presentes noche y día
a mi afecto viviréis,
y al Señor de las clemencias
por vosotras rogaré,
  porque un día nos conceda
que nos volvamos a ver
en los fúlgidos Palacios
de la mística Salem».

1867.

A los peruanos

En la ultima guerra civil

«Con temeroso son la fiera trompa»
los espacios asorda nuevamente:
¿A dónde corre esa confusa gente?
¿A quién amaga esa guerrera pompa?
  ¿Quizá con triple fulminante flota
España torna, de vengar sedienta
en vuestra ruina la insufrible afrenta
de su reciente rota?
  Mas ¡ay! vana la vuelta vengadora
fuera ya de esa gente embravecida,
pues con insana lucha fratricida
vosotros mismos la vengáis ahora.
  No su enemiga y envidiosa diestra
arranca a vuestras frentes, oh crüeles,
de Mayo los espléndidos laureles,
sino la propia vuestra.
  Y de la patria que os implora en vano
despedazáis el delicado seno,
cual la crudeza del encono ajeno,
cual la barbarie del furor hispano.
  Y va la Fama y su pregón avisa
a España ya vuestra discordia loca,
y ella su mengua olvida, y en su boca
brilla feroz sonrisa.

1867.

A una amiga

Bajan sobre mis dolores
tus palabras de consuelo,
como el rocío del cielo
sobre las marchitas flores.
Y mis tormentos suaviza
tu plática consolante,
como adormece al infante
el canto de la nodriza.
¡Ah! no calle todavía
tu süave voz piadosa,
que en blando sueño reposa
al oírte el alma mía.
En dormida mar serena
ir me parece bogando,
arrullado por el blando
acento de una Sirena!
Por breves instantes cesa
mi antigua desconfianza,
y escucho de la Esperanza
la dulcísima promesa.
¿Quién te da tanta dulzura?
¿Quién a tu boca halagüeña
esas palabras enseña
que consuelan la amargura,
y que en mi herida crüel
del puro labio elocuente
cayendo van dulcemente
cual blandas olas de miel?
Todo recuerdo temido
así le borran tus frases,
como si las empapases
en el agua del olvido.
Tú su risueño zafir
vuelves al nublado cielo
y arrancas su negro velo
al rostro del porvenir.
¡Bendita por siempre seas,
tú que de un triste te apiadas,
y con voces encantadas
sus pesares lisonjeas!

1868.

Éxtasis

Sobre el vasto universo adormecido
brilla en silencio la serena luna;
duerme la mar cual plácida laguna,
y suspenden las auras su gemido.
Todo calla en redor: ningún rüido
de la naturaleza, voz ninguna
de los dormidos hombres importuna,

en tanta paz, el solitario oído.
Y en la profunda misteriosa calma
de la tierra, del aire y océano,
el oído interior levanta el alma;
y poseída de ferviente anhelo,
oír espera algún rumor lejano
de la inefable música del cielo.

Al Petrarca

¡Bendita sea la feliz tibieza
con que, celosa de su pura fama,
pagó tu amor la aviñonense dama
que igualó su virtud con su belleza!
¡Benditos el rigor y la esquiveza
que acrisolaron tu amorosa llama,
y te valieron la gloriosa rama
que hoy enguirnalda tu feliz cabeza!
Así Apolo que a Dafne perseguía,
cuando a abrazarla llega, sus congojas
sienten de un árbol la corteza fría.
Mas en sus ramas la deidad doliente
halla las verdes premiadoras hojas,
digna corona de su altiva frente.

1868.

La perla sin compañera

[Nota (53)]

A su esposo

Para siempre, cual rápido sueño,
aquel tiempo feliz ha pasado
en que, amada y amante en un grado,
los deleites del cielo gocé:
Lima toda miró con envidia
nuestras dichas y castos amores,
y por fácil sendero de flores
resbaló descuidado mi pie.
Un audaz misterioso extranjero
a quien yo, sin saberlo, inspiraba
vil amor, y una pérfida esclava
me envolvieron en red infernal:
mas no pudo domar mi constancia
el peligro de próxima muerte,
y morir prefiriendo a ofenderte,
di mi pecho al agudo puñal.
El deber y el amor a par fueron

de mi fe combatida el escudo;
mas, si entonces el deber tanto pudo,
aún sin él me bastaba el amor:
y al caer, en mi sangre inundada:
«dulce esposo, clamé, por ti muero»
y tu nora re fue el nombre postrero
que en mis labios oyó el matador.
¡Ah! ¡por qué su puñal, más certero,
insanable no me hizo la herida!
¡Para qué he recobrado la vida,
si te miro dudar de mi fe!
Yo que quise la vida tan sólo
para ti, dulce bien, y contigo,
sin tu amor hoy la vida tan maldigo
que por él tan preciosa me fue.
Tus recelos me dan lenta muerte:
cese, cese este largo combate:
toma al fin una espada que mate
de una vez a la triste Isabel:
¡ah! yo misma me abriera gustosa
este fiel corazón, si creyera
que, después de mi muerte siquiera,
mi inocencia leyeras en él.
¡Fuera mi alma visible a tus ojos!
¡Fuera el pecho cristal transparente,
por que vieras desde hora patente
cuán injusto es tu largo desdén!
Lo sabrás algún día en el mundo
donde no entran ni dudas ni celos,
porque en él, sin engaños ni velos,
cara a cara las almas se ven.
Si del mundo el error me condena
y te aplaude, yo invoco, yo espero
en el juez imparcial y severo
que nos ha de juzgar a los dos:
me oirás en el último trance,
en esa hora en que el labio no miente,
repetirte que soy inocente
ante el santo ministro de Dios.
Más, si acaso la voz del que muere
no bastara a borrar del delito
la sospecha tenaz, yo te cito
para el juicio tremendo final:
allí, en faz del humano linaje
convocado ante el trono divino,
oirás de mi propio asesino
que tu esposa te ha sido leal.
Los que un día a Isabel conocisteis,
¡cuántas lágrimas dierais al verla!
ya no luce de Lima la Perla,
la que todos llamabais sin par:
de su seno el dulcísimo abrigo
hoy le niega su concha querida:
¡Pobre perla olvidada, perdida

en los negros abismos del mar!
Mas adiós, que la Muerte me aguarda
y me llama, sus brazos abriendo:
a mis hijos no más te encomiendo;
son tus hijos, esposo, también:
estas prendas te daba tu esposa
en aquellos dulcísimos días,
en que, libre de dudas impías,
sólo en ella cifrabas tu bien.
Y vosotros, pedazos del alma,
que reis, mi dolor ignorando,
sed felices, mis hijos, y cuando
de algún labio la amiga piedad
mi tristísima historia os relate
y mis fieras desgracias lamente,
bendecid a una madre inocente
y de un padre el rigor perdonad.

1868.

Al ángel de mi guarda

Tú que por mi amor trocaste
el empíreo por el suelo,
amoroso, inseparable,
si invisible compañero;
tú que en la débil infancia
me salvaste de mil riesgos,
escucha, celeste hermano,
escucha mi humilde ruego.
Tú la flor de mi inocencia
resguardaste largo tiempo
de la tempestad mundana
y de sus impuros vientos:
entonces te contemplaban
tal vez mis felices sueños
más bello que cuanto nunca
despiertos mis ojos vieron:
tus alas me cobijaban,
me arrullaban tus acentos,
bien como al niño dormido
arrulla el canto materno,
que entonces mi alma inocente
era purísimo espejo
donde tu rostro veías
y te agradabas en verlo;
mas del mundo corrompido
al fin el impuro aliento,
de espejo que tanto amabas
manchó los cristales tersos.
Tú sin embargo piadoso,
con amor más que fraterno,

tus inspiraciones santas
dabas al culpable pecho:
  pero yo las desechaba
con ingrato menosprecio,
y en la senda de los vicios
me desbocaba sin freno.
  ¡Cuántas veces te he obligado
a hollar lugares secretos,
indignos de las miradas
de un habitante del cielo!
  ¡Y al ver mis torpes delitos,
la faz en grana tiñendo,
a tus castísimos ojos
formaron tus alas velo!
  Empero nunca en el crimen
me has consentido sosiego,
y con la voz siempre me hablas
de santo remordimiento.
  Tú mi enmienda solicitas:
yo sin cesar la difiero,
y tus esperanzas burlo
y tu amistad desconsuelo.
  Tal vez no dista el instante
de mi vida postrimero,
que a comparecer me lleve
ante el tribunal supremo:
  ya me parece que triste
y turbado te contemplo,
al ser forzoso testigo
contra tan querido reo:
  ya te oigo en mi larga vida
contar apenas, gimiendo,
uno o dos actos virtuosos
entre mil actos perversos.
  Y al fulminar la sentencia
el juez airado y tremendo,
que con los lobos me junte
y aparte de los corderos,
  tú, forzado a separarte
de tu dulce compañero,
¡le enviarás con las miradas
el último adiós eterno!
  ¿Y qué será de mí entonces,
cuando te mire con lento
vuelo alejarte, el lloroso
rostro divino volviendo,
y yo arrastrado me sienta
a la morada del fuego
y toque su umbral ardiente
cuando tú el umbral del cielo!...
  ¡Ah! no, no sea: de Dios
alcance tu pío ruego
que su misteriosa gracia
salve mi postrer momento;

porque en el último día
del transitorio universo,
lleves a tu excelsa patria
a este tu hermano terreno;
y estrechamente enlazando
con mutuo brazo los cuellos,
en sus pórticos fulgentes
paremos el raudo vuelo:
y allí entre tantas venturas,
y allí entre tantos contentos,
no será tu compañía
lo que me deleite menos.

1868.

A don José Gálvez

[Nota (54)]

¿Y de la tumba en el sagrado seno
aún te persigue la venganza impía?
¡Mas el inicuo, en su odio contra el bueno,
aún no perdona a su ceniza fría!
Y los que ayer rieron con tu muerte,
que fue de un mundo universal lamento,
hoy no quisieran ni en imagen verte
de Mayo coronando el monumento.
Y es razón; que aún en mármol tu semblante,
como ya en vida tu presencia austera
cruda amenaza a la maldad triunfante
y perennal remordimiento fuera.
Y creyeran tu mármol impaciente
ver arder a su vista en ira santa,
y ellos bajaran con rubor la frente
y aterrados cayeran a tu planta.
Mas, si a tus manes el honor postrero
niega la envidia, en su rencor constante,
pronto será que el popular dinero
monumento más digno te levante.
Aunque el más digno de tus altos hechos
no son mármol ni bronce; no, tu gloria
otro tiene mayor en nuestros pechos
donde olvido no teme tu memoria.
Y en asilo tan santo y tan secreto
seguro vives, porque allí no alcanza
poder sañoso, infamador decreto,
ni torpe envidia, ni feroz venganza.

1868.

A Dios

¿Qué aguda inteligencia,
angélica o mortal, penetrar sabe,
Señor, tu arcana esencia?
¿En cuál tan vasto pensamiento cabe
tu infinita grandeza
que nunca acaba, que jamás empieza?
En el principio fuiste
y serás en el fin: que el solo eres
que por sí propio existe:
sólo existen por ti los demás seres;
y es vano ser prestado
el que anima, Señor, a lo creado.
Sólo tu vida es vida:
no hay cuento prodigioso de guarismo
que tu principio mida;
que eres eterno padre de ti mismo;
y de círculo a modo,
de ti sale y a ti regresa todo.
De tu vital presencia
todo lo hinches, Señor: eres esfera
cuya circunferencia
no miro en parte alguna; mas doquiera,
doquier, Señor, encuentro
el portentoso inacabable centro.
Y yo, débil gusano,
yo de la nada vil hijo doliente,
quiero entender en vano
cómo duras, Señor, eternamente,
cuando de un hilo asida
está mi triste pasajera vida.
Y mientras que tú llenas
la eternidad pasada y la futura,
rápido instante apenas
del hombre frágil la existencia dura,
y como sombra vana,
ni tuvo ayer, ni logrará mañana.
Mientras en ti más pienso
y más tu arcana majestad medito,
te me haces más inmenso;
y perdida en tu piélago infinito,
mi náufraga barquilla
ni encuentra fondo ni divisa orilla.
Y como los fulgentes
rayos no ven del sol ojos terrenos,
yo así, Sol de las mentes,
cuanto más brillas, te distingo menos,
y creciendo tu fuego,
desmayo al fin, desatinado y ciego.
Oh pensamiento, tente:
no divinos arcanos arrogante
indagues vanamente;
no quieras abarcar, cual loco infante,

en tu pequeña mano
el inmenso caudal del océano.

1868.

Un príncipe indio

Al casarse con una española

La nieve de nuestros montes
en tu tez cándida brilla,
y en tus cabellos el oro
que sus entrañas nos crían:
semeja la viva grana
que colora tu mejilla
purpúrea tarde que muere
en sus blanquísimas cimas;
y el azul de nuestro cielo
y de nuestra mar dormida
tiñe de tus dulces ojos
la transparente pupila.
¡Oh bellísima española,
ante ti todas se eclipsan,
como ante el Sol las estrellas,
nuestras beldades nativas:
que nunca copia su frente
y su cabello no imita
la nieve de nuestros montes
ni el oro de nuestras minas.
Sólo por ti, blanca virgen,
olvidar pude que es mía
la sangre vertida a mares
de los infelices Incas.
Desde mis años más tiernos
en sed (55) de vengar ardía
a mi patria esclavizada
y asesinada familia:
y era este ardiente deseo,
de venganza y de justicia
el desvelo de mis noches
y el ensueño de mis días.
Pero miré tu hermosura,
sentí tu gracia divina,
mas temible que los rayos
que tus compatriotas vibran;
y quedé al fin más rendido
de tu beldad peregrina
que de las armas hispanas
quedó mi patria cautiva.
En vez de mandar guerreros
para afianzar su conquista,
envíe España bellezas

que con la tuya compitan.
Si tanto te hubiera amado
aún siendo a mi amor esquiva,
¿Cómo adoraré a quien hallo
a mi amor agradecida?
Adversas razas en ambos
hoy el himeneo liga:
en ti a la raza opresora,
en mí a la raza oprimida.
Perdona, sombra sangrienta
del mísero Atabaliba;
perdonad, airados manes
de tantas inultas víctimas;
si a mi venganza renuncio,
si mi soberbia se humilla,
si del injusto contrario
estrecho la mano altiva,
no es porque tema los riesgos
de las sanguinosas lidias,
que poco en vuestro holocausto
juzgara perder mil vidas:
mas, si conocido hubierais
la beldad que me esclaviza,
disculparais mi flaqueza
y mi amor comprenderíais.

1868.

Al sueño

Ven: de la odiada realidad amarga
róbame al doloroso sentimiento,
y de mi vida la insufrible carga
ten, oh Sueño, en tus brazos un momento.
¡Ay! que en senda tan áspera y tan larga
más grave al hombro cada vez la siento,
y más la cuesta la subida embarga
al pie cansado, cada vez más lento.
El peso horrible de la vida humana
Alíviame esta noche fugitiva,
y a recibirle tornaré mañana;
hasta que al fin, doliente y compasiva,
venga, implorada, tu inmortal hermana
y en su seno piadoso me reciba.

Al mar

Descubra ufana la pomposa tierra
las maravillas que su seno encierra:
cual mares de colores,

sus llanos muestre de verdor y flores;
sus selvas, montes de nevada frente
y las ciudades que levanta el hombre;
su variedad ostente,
y con lo rico y lo diverso asombre.
A ti tu austera desnudez te basta,
océano gigante;
y mientras que la tierra matizada
mil colores y mil luce sin cuento,
un color sólo basta a tu semblante,
como al semblante azul del firmamento.
Siempre gocé en tu aspecto, ya te viera
desde firme ribera
contrastar por tu estruendo y movimiento
con el callado inmóvil elemento;
y recreado, en tanto
que en la orilla tu espuma se dilata,
orlar te mire tu cerúleo manto
con rica fimbria de luciente plata;
ya, lejos de tus playas,
habitador de trémulo navío,
te viera en torno mío,
ir a perderte en el inmenso cielo,
cual si él te limitase por do quiera,
y todo mar el universo fuera.
Mas, aunque ocupas del común planeta,
inaquietable mar, la mayor parte,
no basta tanto imperio a contentarte,
que a más aspira tu ambición inquieta:
fiero desdeñas con poder diverso:
el imperio partir del universo:
a dominios sin límites aspiras
donde te tiendas sin confín ni vallas;
y a la enemiga tierra
eterna mueves implacable guerra,
y en derredor azotas sus murallas
con tus rabiosas ondas sitiadoras;
sus altos lindes sin cesar invades,
y ensanchas tus estados
con las vastas provincias que devoras.
Tal vez cual diestro atleta, te retiras
para tornar con ímpetus doblados
a descargar tus formidables iras
y ella, temblando muda,
resiste apenas tu inmortal asalto
y teme que sus campos y sus selvas,
sus empinados montes más aerios
y sus grandes metrópolis e imperios
a sepultar bajo tus ondas vuelvas.
Aún el tiempo recuerdas en que ufano,
cual reino tuyo, la ocupaste entera,
cuando de Dios la vengadora mano,
a castigar del hombre los delitos,
lanzó desde la altura otro océano.

¡Cuál diste de placer largo rugido,
cuando reinar te contemplaste solo;
cuando, de polo a polo,
ceñiste el universo estremecido,
cual lidiador que con el peso abruma
del vasto cuerpo a su rival caído!
Inmensa noche te cubría en torno,
horrenda noche, donde
su luz negaba la menor estrella,
noche que sólo se igualara a aquella
que lo más hondo de tu abismo esconde:
y en su negro silencio funerario,
con el bramido de tus ondas bravas
y ronca voz del huracán, cantabas
tu triunfo solitario.
Mas fue breve la edad de tu conquista:
a sus antiguos lindes
el gran volumen de tus ondas baja;
y, como salva náufraga, fue vista
sacar la tierra de tu azul mortaja
la sumergida frente,
y de selvas la espesa cabellera
que sobre el ancho pecho goteaba
de tus saladas ondas el torrente.
Y aunque la tierra en la inmortal promesa
de la bondad divina
de segundo diluvio se asegura,
no aleja empero su postrer rüina
y su infalible destrucción futura.
Contó el Señor los siglos de su vida,
y los tuyos también: vendrá ese día,
a ella y a ti de espanto,
en que con la agonía de la tierra
mires también llegada tu agonía;
y a sus gemidos últimos respondas
con el medroso llanto
y bramador gemido de tus ondas.
Ella remedará tu movimiento,
por el vaivén violento
de internas tempestades sacudida,
y mostrará sus lóbregas entrañas,
y el mar de fuego que su centro llena;
y tú, tus ondas hasta el cielo irguiendo
copiarás sus altísimas montañas
en Andes de agua, entre uno y otro abriendo
profundos valles de revuelta arena.
Y a grandes trechos, tu anchuroso y hondo
secreto lecho dejarás vacío:
cual flota inmensa de varadas naos,
se verán tus atónitas ballenas;
y huyendo bajarán a tus enjutas
llanuras los terrestres animales,
y a guarecerse irán entre tus grutas
y entre tus rojas selvas de corales.

Y en mortal confusión, cada elemento.
De sí mismo y los otros enemigo,
y luchando con todos y consigo,
en nuevo caos tornarán el mundo,
hasta que baje la ira justiciera
y abrase viva llama
el vil teatro del humano drama
que en otro mundo el desenlace espera.
Cual bebe sol de estío
menuda gota de fugaz rocío,
así te sorberá súbitamente
la sed rabiosa de esa llama ardiente:
no quedará de ti recuerdo vano;
y entonces solo Dios, vasto océano
sin fondo ni ribera,
inundará la inmensidad entera.

1869.

Visita al cementerio

¡Oh ciudad silenciosa de los muertos!
En ti se apaga el huracán humano,
cual muere al pie de las tranquilos puertos
el estruendo y furor del océano.
Tú el sólo asilo de los hombres eres
donde olviden del hado los rigores,
sus ansias, sus dolores, sus placeres
que no son en rigor sino dolores.
Parece que me invitas a que vaya
en ti a librarme de este mar tan fiero,
cual a su abrigo la segura playa
convida al fatigado marinero.
¡Hay en ti tanta paz, tanto sosiego,
del otro mundo misteriosa orilla!
¡Y es tan turbado el mar en que navego,
y tan frágil y rota mi barquilla!
Tantos a ti me ligan dulces lazos,
que no me juzgo a tu mansión ajeno:
¡Ah! ¡de mi corazón cuántos pedazos
están ya sepultados en tu seno!
¡Oh cementerio! ¡Cuántos de los míos
son ya de tu recinto pobladores!
¡Cuántos me piden a sus restos fríos
justa ofrenda de lágrimas o flores!
Aquí estás, dulce padre idolatrado,
de mi vida perenne pensamiento,
cuyo fin, de los tuyos apartado,
¡Ay! ¡tan presto siguió a mi nacimiento!
Tú cuyo elogio universal, sincero
excusa la inmodestia al filial labio
de enaltecer tu triunfador acero

y el lauro darte que corona al sabio:
por ti el nacer maldigo, por ti anhelo
tal vez la cruda pavorosa muerte,
para irte a conocer allá en el cielo,
pues no pude en la tierra conocerte.
Aquí estás, noble Pío, en quien el nombre
presagio fue de tu piedad divina:
¡y tú, digna consorte de tal hombre,
adorable dulcísima Joaquina!
Y Plácido, y Victoria y Margarita!...
¡Ah! ¡quién la parte numerar pudiera
de la familia, que el sepulcro habita
y que a la viva en el sepulcro espera!
Aquí también reposa tu ceniza,
tú cuya muerte desde playa ajena
sólo pude llorar, oh mi nodriza,
mi pobre inolvidable Magdalena!
¡Caros difuntos! Cuando gimo el lado
de vuestras tumbas, la esperanza siento
de que se anime vuestro polvo helado,
de que escuchéis mi dolorido acento.
Y aún me parece que a mi atento oído
llega un son melancólico y profundo,
suspiro que, en respuesta a mi gemido,
me enviáis vosotros desde el otro mundo.
Y entonces, caros seres, desearía,
diciendo adiós al mundo tempestuoso,
quedarme en vuestra dulce compañía,
gozar vuestro dulcísimo reposo.
Y en el silencio de la noche oscura,
escuchar por el vasto cementerio
la voz de los difuntos que murmura
de la vida y la muerte el gran misterio.

1869.

El día de Difuntos

(En el cementerio)

No la profunda paz apetecida
y el usado silencio aquí se advierte,
que hoy anima el bullicio, de la vida
el dormido palacio de la Muerte.
Mas gente, a igual destino reservada,
es bien que, suspendiendo su alegría,
a conocer aprenda la morada
que para siempre ha de habitar un día.
¡Cuántos de los que aquí mueven el paso,
al lucir este día nuevamente,
con los que hoy duermen dormirán acaso
el sueño de la tumba eternamente!

Y antes que muchos lustros su jornada
terminen, ni uno sólo habrá quedado
de los que hoy visitamos de pasada
este mudo recinto desolado.
Oh Lima, de tus gozos y tu gloria
la vanidad tu población discierna,
pues eres la morada transitoria
de los que hallan aquí morada eterna.
Vivan en ti su rápido momento,
cual en su breve viaje el peregrino,
que no pone su amor ni su contento
en las vanas mansiones del camino.
Sucediéndose raudos sin medida
seres ofrece el universo vasto;
mas cuanto cría pródiga la Vida
a la Muerte voraz sirve de pasto.
¡Oh negra reina de implacable encono,
que jamás de tus víctimas te apiadas,
son montes de cadáveres tu trono,
y tus sangrientos cetros son espadas!
Hambrienta emperatriz que cada instante
pueblas y ensanchas tu terrible imperio,
día vendrá que tu furor triunfante
cambie la tierra entera en cementerio.
Mas sólo de cadáveres lo llenas;
sólo en el cuerpo tu poder señalas,
mas del alma desatas las cadenas
y la revistes de potentes alas.
Vana conquistadora de despojos,
son a ti tus vasallos parecidos;
de calvas frentes y de huecos ojos,
sin formas, sin color y sin sentidos.
Y aún esa tan efímera conquista
devolverás un día mal tu grado,
porque de nuevo el alma se revista
del cuerpo, por su luz transfigurado.
Y cuando todo lo que tu ira inmola
a la feliz eternidad despierte,
verán los siglos una muerte sola
y esa será la muerte de la Muerte.
Que, viendo que ya no hay adonde hiera
el filo matador de tu guadaña
contra ti misma volverás tu saña,
y tú serás tu víctima postrera.

1869.

A***

Tu beldad seductora me convida
con un mundo de dicha y de placer:
pero yo, en cambio, a tu serena vida
sólo puedo dolores ofrecer.

¡Ah! no juntes tu suerte con mi suerte,
ve que te diera mi destino horror:
mi amor, señora, es el dolor, la muerte;
huye por Dios de mi fatal amor.
Digno no soy de tu beldad celeste,
no merezco tu puro corazón:
nunca, un suspiro este infeliz te cueste;
básteme tu amistosa compasión.
Sólo te pido que en mi triste losa
esos ojos que afrentan al zafir
derramen una lágrima piadosa
«que haga mi helado polvo rebullir».

A mi madre

¡Cuánto ya del destino me quejaba!
Y ¡ay triste! no sabía
¡que su saña crüel me condenaba
a ser más desdichado todavía!
Entre males sin cuento
sólo un bien me restaba, una ventura:
isla risueña, solitario puerto
en el inmenso mar de mi amargura:
fresco oasis de flores y verdura
de mi vida en el árido desierto:
y eras tú, madre mía,
tú, mi amor, mi esperanza, mi alegría.
¿Quién les quitó a mis ojos el semblante
que su vista más bella siempre ha sido?
¿Quién me ha robado aquella voz amante
que era música eterna de mi oído?
¿Quién mi cuello privó del tierno brazo
que lo tenía dulcemente preso?
¿Quién le quitó a mi frente tu regazo?
¿Quién a mi labio le robó tu beso?
Gima el labio doliente,
dóblese al suelo la marchita frente;
sólo se abra el oído
para oír de mis labios el gemido,
y en tan fieros enojos,
sólo para llorar se abran los ojos.
Aunque una larga eternidad viviera,
nunca el recuerdo en mí se borraría
de ese día fatal: rayó la aurora,
y murió la esperanza lisonjera
que engendró mejoría engañadora:
el que sueño tranquilo parecía
era el último ya: ¡cuán vanamente,
de rodillas en torno de tu lecho,
tus cuatro hijos, de dolor insanos,
con los nombres más dulces, a porfía,
te estuvimos llamando todo un día!

Tu cuerpo inmóvil, sin color tus labios,
sin luz tus ojos y tus manos yertas,
tan sólo en ti vivía
ese ronco estertor de tu agonía
que sonará en mi oído eternamente,
¡y que midió, como un reloj viviente,
las largas horas de ese eterno día!
Vino la noche al fin y su reposo
interrumpió de la fatal campana
el doble doloroso
que el fin anuncia de una vida humana.
A tus dolientes hijos,
arrancados por fuerza de tu lado,
Ese toque les dijo
que estaba su infortunio consumado;
con cuyo son concierta
el lúgubre gemido
que dio, al cerrarse, la pesada puerta:
un agudo alarido
sonó, de cuatro pechos exhalado,
y ciñó cuatro cuellos un abrazo:
y así abrazados a tu estancia fuimos
y nos precipitamos a tu lecho,
y en el ardiente mar de nuestros ojos
inundamos tus pálidos despojos;
y besamos con labio reverente
el pecho que era nuestro santo escudo,
las inmóviles manos, los hermosos
ojos cerrados ¡ay! eternamente,
¡y el frío labio para siempre mudo!
Y de nuevo arrancados a tu lecho,
en nuestra estancia solitaria, oscura,
pasar sentimos las eternas horas
midiendo nuestra eterna desventura:
y en la noche tercera,
sentimos ¡ay! que desfilando iba
delante a nuestra reja
la larga funeraria comitiva
que acompañaba tu ataúd al templo,
vibrando en nuestras almas desoladas
el compás de su marcha que se aleja
y el decreciente son de sus pisadas.
Y de dolor y de infortunio ejemplo,
desde entonces vivimos, habitando
esta mansión en donde ya no moras,
cual tristes avecillas que han perdido
las maternales alas protectoras
lloran sin tregua en el desierto nido.
¡Y tú entonces faltaste a nuestro llanto
y a la materna muerte, tú que ausente
en las riberas de la antigua Europa,
apurarás en breve largamente
de la amargura la colmada copa!
¿Cuál será tu dolor, oh Grimanesa,

al escuchar la nueva
que ya sus alas el Vapor te lleva?
¡Cuando confirmen a ti, oído incierto
la desventura horrible,
que a tu cariño pareció imposible,
cuando te digan que tu madre ha muerto!
¡Que ha muerto ¡ay cielo! antes que tú volvieras
a las patrias riberas,
cuando ya estaba tan cercano el plazo
en que verla tu amor se prometía
y darle al fin el suspirado abrazo,
tras tantos años de una ausencia impía!
¡Ah! tu congoja por la nuestra mido:
morir querrás: a todo acento humano,
desesperada, negarás oído;
y consolarte intentarán en vano,
en círculo amoroso,
tus dulces hijos y tu tierno esposo.
¿Por qué, por qué con adivino pecho
no aceleraste tu veloz partida?
¡Ah! ¡si el peligro adivinado hubieras
que amenazaba tan preciosa vida,
hallara entonces tu impaciencia lento
el vuelo audaz del carro de los mares,
y ansiaras las ligeras
alas de tu amoroso pensamiento
para volar a los maternos lares!
Y acaso el gozo de tornar a verte
a prolongar bastara la existencia
de aquella a quien tu ausencia
tal vez, tal vez aceleró la muerte:
pues, aunque a todos nos amaba tanto
la madre más amante que ha nacido,
tú fuiste el más querido
entre los frutos de su seno santo:
tú que fuiste para ella juntamente
hija, hermana y amiga y compañera,
de sus íntimas penas confidente.
Mas, aunque ya no viva, ven siquiera
a ver, oh Grimanesa, los lugares
que la miraron por la vez postrera,
de su vida testigos familiares,
y que su sombra idolatrada habita;
ven, dulce hermana, a que lloremos juntos
nuestra común desgracia; en la luctuosa
solitaria mansión de los difuntos,
ven a orar con nosotros en la losa
que sus despojos adorados sella:
cual sólo alivio a tu dolor profundo,
ven a que hablemos sin descanso de ella
y a ocupar nuestra vida en la memoria
de la que fue en el mundo
nuestro amor, nuestro orgullo y nuestra gloria.

Mayo de 1870.

Dolor

Sólo la voz de mis gemidos suena
madre del corazón, en la morada
ayer no más de tu presencia llena,
y hoy sola y taciturna y enlutada.
Ayer no más la henchía de contento
el son más regalado a nuestro oído
la música divina de tu acento
por cuatro corazones repetido.
Ayer no más de tu ¡mansión doliente
las estancias desiertas y calladas
se animaban sonando alegremente
al rumor de tus ágiles pisadas.
Ayer no más la mesa en que llorando
estas estrofas plañideras trazo
te vio en la tarda noche, a mí llegando,
ceñir mi cuello con amante lazo.
Me recordabas cariñosa la hora,
y dabas, arrancando dulcemente
a mi mano la pluma veladora,
un fresco beso a mi abrasada frente;
y me arrastraba tu amoroso empeño
al lecho, y en la orilla te sentabas,
y sólo en brazos de tranquilo sueño,
partiendo silenciosa, me dejabas.
¡No alcanzo ¡ay! cómo de dolor no muero,
muerta una madre tan amante y buena!
¡Fuerza es que abrigue un corazón de acero,
pues no me rompe el corazón la pena!
De extraño mal que me consume lento
herido yo desde mi edad primera,
nunca mi amor se imaginó un momento
que tu muerte a mi muerte precediera.
Esperaba por él interrumpida
esa ley natural, de rigor llena,
que el triste fin de quien le dio la vida
a un hijo amante a contemplar condena.
Y la muerte espantosa no temía,
cuando a mi alma la interior mirada
representaba mi última agonía
por tu dulce figura coronada.
¡Y es posible, posible que el destino
de ti me despojara en un momento!
¡Y que no vuelva a hallarte en mi camino
ni a ver tu rostro ni escuchar tu acento!
¡Y es posible ¡ay dolor! que ya no pueda,
como cuando moraba en suelo extraño,
oír la voz de la esperanza leda
decirme: la verás dentro de un año!

¡Y que no pueda imaginarme un plazo
tras el cual, aunque largos años cuente,
espere darte el suspirado abrazo
y verte y escucharte finalmente!
Un tiempo la esperanza lisonjera
en las playas de Europa me decía:
«hay una madre que con ansia espera
de tu regreso el venturoso día».
«Cesen los ayes que sin fin exhalas:
¡el anhelado instante se aproxima
que del vapor las incansables alas
te llevarán a la remota Lima!»
¡Si estuvieras ausente, moradora
de Francia, a Grimanesa reunida,
y pudiese mi amor a cada hora
tu regreso esperar o mi partida!
¡Si a falta de tu voz, a tu hijo hablara
papel escrito por tu dulce mano,
y frecuente coloquio nos ligara,
vencedor del vastísimo océano!
Pero en vez de ese viaje tan ansiado
y ya vecino a tu anhelar materno,
¡te preparaba la crueldad del hado
el postrer viaje y el adiós eterno!
¡Ah si posible el alma concibiera
ver, madre, alguna vez tu faz querida:
tarde, muy tarde, en mi vejez postrera,
en los últimos días de mi vida!
Si me dijese la esperanza ahora:
«Resta un consuelo a tu dolor profundo;
»tu dulce madre idolatrada mora
»en los confines últimos del mundo:
»crudo el viaje sera, de riesgos lleno,
»en montes, selvas y enemigos mares;
»mas llegarás a su adorado seno,
»después que largos lustros caminares»:
¡Ah! ¡cuán contento partiría entonces,
aunque gastara en viaje tan lejano
triples sandalias de macizo bronce
y al fin llegara moribundo anciano!
Mas ahora ¡ay de mí! la vida entera
pasara vanamente en esperarte,
y en vano el universo recorriera,
¡pues ya no vives en ninguna parte!
Ya no hay en el vastísimo universo
punto que habite mi amorosa mente,
¡y hoy sabe mi dolor cuánto es diverso,
llorarte muerta de llorarte ausente!
Tal vez, mirando tu dolencia impía,
mil deseos formaba en mi locura,
y el patrio suelo abandonar quería
por no ver ni espantosa desventura;
llevando antes, oh madre, de perderte
a otras playas mi planta fugitiva

donde incierto viviera de tu muerte,
y allí pudiera imaginarte viva.
Y aun hoy, y aun hoy, aunque tu cuerpo he visto
inmóvil, frío y sin color y mudo,
a la verdad horrible me resisto,
y de tu muerte y mi desdicha dudo.
¡Ah! ¡cuántas veces en feliz olvido
pienso escuchar tu labio que me nombra,
o el usado rumor de tu vestido
que leve barre la mullida alfombra!
Y si un instante dejo mis umbrales,
imagino al volver que tú me esperas,
y que a mi encuentro cariñosa sales
con semblante palabras placenteras.
Mi pie las gradas del umbral traspasa
y con pisadas presurosas entro:
mas ¡ay! recorro la desierta casa,
y te llamo, y te busco, y no te encuentro
y cesa, entonces la ilusión dichosa,
y mi infortunio y mi tormento crece,
cuando de nuevo la verdad odiosa
a mi razón su desnudez ofrece.
Y no alcanzo a entender de qué manera,
rota tan fuerte e íntima atadura,
¡huyó el cuerpo y la sombra persevera,
cesó tu vida y aún mi vida dura!
La calma universal me maravilla,
y no comprendo en mi dolor profundo
¡cómo viven los otros, y el sol brilla,
y no fenece con mi madre el mundo!
Y mudo, solitario y embebido,
días consumo en tu tenaz recuerdo,
y la extensión de mi infortunio mido,
y en el abismo del dolor me pierdo.
Confusas sobre mí pasan auroras,
Días, tardes y noches que no cuento,
cual si cesase el vuelo de las horas
ante tan hondo y tan tenaz tormento.
Para mí la existencia está cambiada:
en noche eterna se trocó mi día:
¡Ah! ya no espero ni ambiciono nada
de cuanto un tiempo ambicionar solía.
¿Qué me importan honores y grandezas
de los que tú no habrás de ser testigo?
¿Qué me importan el fausto y las riquezas
que ya no puedo dividir contigo?
Si mi afán con tu amor no galardonas,
ya todo para mí lo desencantas:
que, si ansiaba poéticas coronas,
era para ponerlas a tus plantas.
Ya no curo laureles inmortales
ni de la gloria el lisonjero aplauso,
si con él en los labios maternales
una sonrisa de placer no causo.

La vida misma, ¿para qué la quiero,
si no la ha de encantar tu compañía,
y si tu eras el término postrero
y el solo fin de la existencia mía?
¡Ay! ¡qué va a ser de mí sin tu cuidado!
¡Qué porvenir tan enlutado el mío!
¡Sólo divisa el ánimo angustiado
llanto, tristeza, soledad, vacío!
En nada, en nada encontraré consuelo:
eternamente viviré afligido:
a otros alivian en tan justo duelo
los afectos de padre y de marido.
Mas yo ni en dulces hijos ni en hermosa
consorte amante mi consuelo fundo:
que tú eras ara mí madre esposa,
y tú eras todo para mí en el mundo.
Mas ¿qué digo? del hijo abandonado
un consuelo le resta a la amargura:
uno sólo: seguirte, y a tu lado
dormir en la callada sepultura.

1870.

Recuerdo del día de la comunión

¡Oh cuanto triste venturoso día,
que en mi memoria sin cesar contemplo,
cuando en tu estancia convertida en templo,
enfrente de tu lecho de agonía,
alzamos, madre, el ara
donde al eterno Padre el Sacerdote
la víctima inmortal sacrificara!
Présaga, oh madre, de tu fin vecino,
y absuelta ya por la sagrada diestra
dispensadora del perdón divino,
¡cuánto imploraba tu impaciente anhelo
nutrir el alma con el pan del cielo!
¡Con la feliz confortadora vianda
que al humano viajero
un Dios piadoso desde el cielo manda
para que emprenda el viaje postrimero!
Y de rodillas yo a tu cabecera,
las consagradas preces
quisiste que mi labio te leyera:
¡Dulce y triste deber! ¡ah! ¡cuántas veces
los sollozos y el llanto
la comenzada voz interrumpieron!
Mas, pensando en el santo
inefable deber que allí cumplía,
venciendo mi quebranto,
con labio balbuciente proseguía.
Por fin llegó el momento

el ansiado momento venturoso
en que tu labio hambriento
gustara, oh madre, el inmortal sustento
que envidia al hombre el serafín glorioso.
Celestial alegría
bañaba tu semblante,
y claro se veía
que hospedabas a Dios en ese instante:
brillaron tus miradas
cual por luz inmortal iluminadas,
cual si ya viesen la celeste aurora;
¡pareciome sentir súbitamente
derramarse fragancia embriagadora
y oír un son divino, como el canto
de un coro angelical allí presente!
Callaba en tanto yo: tus labios píos
pidieron a los míos
nuevos acentos con que dar al cielo
por tan alta merced gracias ardientes,
¡y de tu alma las alas impacientes
te iban creciendo para el grande vuelo!
¡Ah! ¡por qué con tus hijos no partiste
a la mansión divina,
y solos, oh dichosa peregrina,
nos has dejado en este suelo triste!

Junio de 1870.

Único consuelo

Tan sólo encuentra mi dolor consuelo
en la voz que me dice: «No lo dudes,
»ya la madre que lloras, en el cielo
»recibe el galardón de sus virtudes».
Es la voz de la amiga cariñosa
que conoció el tesoro de nobleza,
de bondad, de indulgencia generosa,
que en tu pecho encerró naturaleza.
Es la voz de la huérfana inocente
que en tus hogares encontró un abrigo,
del anciano sin hijos e indigente,
de la mísera viuda, del mendigo:
del mendigo infeliz que, siempre ufano,
al partir tus umbrales bendecía,
llevando dones de tu rica mano
y acentos dulces de tu boca pía.
Es la voz de la enferma a cuyo labio
dio tu mano la médica bebida,
no reputando a tu nobleza agravio
ser sierva de la gente desvalida.
Voz de otros tantos que humilló la suerte
y en secreto tus dones sustentaban,

dones que sólo descubrió tu muerte
y que tus propios hijos ignoraban.
Todos, vertiendo lágrimas sin duelo
por su pía incansable bienhechora,
todos me dicen, señalando el cielo:
«Allá recibe el galardón ahora».
¡Ah! ¡yo maldigo esa fatal creencia
que al negro cetro de la muerte impía
sujeta el alma, y nuestra amarga ausencia
por una eternidad dilataría!
Mas la promesa de esa fe celeste
que tú enseñaste a mi niñez bendigo,
¡pues me muestra otro mundo después de éste
donde por siempre me uniré contigo!
Sí: ya te miro sobre regio estrado
ocupar el asiento luminoso
que ha tantos años a su noble lado
te guarda amante tu primer esposo.
Y él al mirar por fin a su Manuela
que viene a hacerle eterna compañía,
de la ausencia tan largase consuela
que hasta en el cielo suspirar le hacía.
Y por sus hijos, de ternura lleno,
pregunta a tu cariño largamente;
tú le respondes, en su noble seno
dulce inclinando la amorosa frente.
Y a saludarte acudirán veloces
los que llorabas en la tierra triste;
allí a tu padre ves: allí conoces
a la madre que aquí no conociste.
Y de placer y afecto te estremeces
al (56) abrazar a la adorada hermana
que hizo de madre las piadosas veces
al desamparo de tu edad temprana.
Y a la hija, causa de tan largo lloro,
que halló la muerte al empezar la vida,
encontrarás entre el celeste coro
en serafín ardiente convertida.
Mas tan dichosa unión, tan alta gloria
un sólo pensamiento no destierra,
y aún aviva en tu pecho la memoria
de los hijos que dejas en la tierra.
Y a Dios piadoso, con materno ahínco,
compadeciendo nuestras ansias fieras,
rogarás por la dicha de los cinco
que allá en el cielo recobrar esperas.

Junio de 1870.

Recuerdo

¡Cuantas veces, oh madre, fatigado

del largo afán que el pensamiento abruma,
dejaba al fin la dolorosa pluma
para buscar tu cariñoso lado!
  Y me acogías en tu seno amante,
y en tu sofá tendido, a mi mejilla
era blanda almohada tu rodilla,
como cuando era pequeñuelo infante.
  La luz bebía de tus ojos bellos,
y sentía tu mano dulcemente
acariciar mi enardecida frente
o amorosa jugar con mis cabellos.
  Y de su tacto al refrigerio blando
sentía mi cabeza serenarse,
y la fiebre poética templarse
que estaba mi cerebro devorando.
  Que no hay tierna caricia que no cuadre
entre el materno y el filial cariño,
y aun cubierto de canas, siempre es niño
un hombre en la presencia de su madre.
  ¡Ay! ya no tengo la amorosa falda
donde la frente reclinar ahora,
cuando la larga fiebre abrasadora
de la tenaz inspiración la escalda.
  No hay pies ansiosos que a mi encuentro lleguen
ni ojos amantes a mi vista ledos;
ni cariñosos nacarados dedos
que nunca ya con mis cabellos jueguen.
  Salid, cual amarguísimo océano,
lágrimas mías, de mi pecho lleno:
¡ya no caéis en el materno seno,
ya no os enjuga la materna mano!

Soledad

¡Cuán vasto, cuán callado, cuán desierto
hallan mis pasos el materno hogar!
Cada eco triste que al andar despierto
me parece, de pena sollozar!
  Ya tu acento mi oído no recrea,
oh madre, ni a escucharte volveré,
instando la doméstica tarea,
mover en torno el diligente pie.
  Cual antes, ese pie no ya impaciente,
vendrá a buscarme, ni a esa dulce voz
que llame cariñosa a tu Clemente
ya, como un día, acudiré veloz.
  Ya no podré, como antes, cada día
ir a darte el saludo matinal,
ni estampar en tu frente, madre mía,
el casto beso del amor filial.
  ¡Cuán tristes doblan las marchitas flores
su frente taciturna en tu jardín,

y apagando sus vívidos colores,
llorar parecen, como yo, tu fin!
¡Cuán tristes cantan en angosta reja
las aves cuya voz te deleitó!
lamento flébil su cantar semeja
con que te lloran, cual te lloro yo.
¡Con cuán fervientes preces las leales
siervas por tu alma suplicando están!
De tu cerrada estancia en los umbrales
¡Cuál gime y llama el solitario can!
¡Oh tú, de cuyo duelo soy testigo,
pobre animal, ven a mi lado, ven
como con dulce hermano o fiel amigo,
hoy contigo llorar quiero también.
No pienses que soberbio te desdeño;
te ennoblece a mis ojos tu dolor:
sí, llora, llora por el noble dueño
que algo te dio de su precioso amor.
Ya no, cual antes, con ladrido ufano
saldrás a recibirla en el dintel,
ni al tacto usado de su blanda mano
ledo y altivo erizarás la piel.
¡Ay! en vano la llama tu gemido
para yacer como antes a sus pies:
ya no tienes señora, y afligido
y sólo y triste, como yo, te ves.
Que unas tu llanto a mi gemir consiento,
te doy parte en mi duelo y aflicción,
pues te basta el calor del sentimiento,
si te falta la luz de la razón.

1870.

Viajando por la costa

Áridos cerros que ni el musgo viste,
cumbres que parecéis a la mirada
altas olas de mar petrificada,
¡cuánto me halaga vuestro aspecto triste!
¡Cuánto descansa el ánimo angustiado
en contemplaros, al fulgor sombrío
de un cielo oscuro, nebuloso y frío,
conforme, cual vosotros, a mi estado!
Que en el mar y en la tierra y en el cielo
a un afligido corazón le agrada
encontrar donde quiera retratada
la fiel imagen de su propio duelo.

Consuelo

Enmudece, fatal Filosofía,
que osas demente proclamar que cesa
con el cuerpo en el seno de la huesa
la vida del que vida le infundía.
Mas ven, y temple la congoja mía,
religión santa, tu feliz promesa
que, del sepulcro tras la noche espesa,
la luz nos muestra del eterno día.
Ven a brindarme el único consuelo
que a mi presente desventura cuadre:
alza mi mente y mi esperanza al cielo:
y abriendo a un hijo la inmortal morada,
muéstrale en ella a su perdida madre
en un ángel de luz transfigurada.

Al viernes 22 de abril de 1870

¡Oh doloroso inolvidable día,
más negro que la noche más oscura!
Tú sellaste mi inmensa desventura,
en ti el sol, se eclipsó de mi alegría.
Tus lentas horas, en cadena impía,
insensibles al ay de mi ternura,
¡midieron, como siglos de amargura,
de mi madre adorada la agonía!
Sé pues maldito; y entre todos triste,
nunca del astro con la luz te dores
que ardiente velo a tus hermanos viste:
¡negras nubes y vientos bramadores
te acompañen por siempre, o tú que fuiste
el Viernes para mí de los dolores!

Infinidad de la creación

Huelle la tierra la rastrera planta:
pero tú, generoso pensamiento,
tus alas rapidísimas levanta
a la vaga región del firmamento.
En ese claro piélago anchuroso,
con cien islas le luz resplandeciente,
boga, boga sin tregua ni reposo,
con raudo vuelo, sin cesar creciente.
Surcando con intrépida confianza
el azul elemento como propio,
pasa los astros últimos que alcanza
el ojo de cristal del telescopio.
Ve millares de nuevos resplandores
poblar sin fin la inmensidad serena,
como del campo las espesas flores,
o del desierto a menuda arena.

Mas ten un punto tu inflamado vuelo,
y derrama tus ojos anhelante:
mira detrás la inmensidad del cielo,
la inmensidad del cielo ve delante.
Su fin aspiras a tocar en vano:
aunque siglos tu viaje prosiguieras,
nunca de aquel vastísimo océano
encontraras las últimas riberas.
Vanas fueran tus alas inmortales;
y, sin cesar creciendo su grandeza,
no salieras jamás de los umbrales
de aquella inmensidad que siempre empieza.
Nunca, nunca en tu vuelo sorprendieras
la eterna diestra de crear cansada;
ni llegaras jamás a las fronteras
del silencioso imperio de la Nada.

A mi hermana Grimanesa

En la súbita muerte de su esposo

¡Ah! nunca vienen las desdichas solas:
siempre la pena sucedió a la pena,
como del mar las incesantes olas,
cual los anillos de una gran cadena.
Flecha tras flecha la Desgracia vibra,
lazo ninguno su furor respeta,
y en el sensible corazón no hay fibra
donde no clave su mortal saeta.
Y si con pecho de sufrir rendido,
grita tal vez la víctima: ¿hasta cuándo?
cierra la cruda el contumaz oído,
sus golpes y su saña redoblando.
Y ha dos años, dos años, Grimanesa,
que su implacable encarnizada diestra
en partes mil de traspasar no cesa
el corazón de la familia nuestra.
Y en tanto tiempo la mudable luna
no acabó una vez sola su carrera,
sin que al doliente corazón alguna
nueva desdicha a lacerar viniera.
Y vino la más fiera, y los despojos
guardó de nuestra madre el Camposanto,
y derramaron nuestros tristes ojos
su más amargo doloroso llanto.
Y hoy es la nueva víctima tu esposo
que la Parca feroz escoger quiso:
sin anunciarte el golpe doloroso,
le dispara su flecha de improviso.
Y cae el triste entre tus brazos yerto,
y en vano de su muerte tu amor duda:
¡Ah! tu infortunio, tu infortunio es cierto,

¡pobre hermana, ayer huérfana y hoy viuda!
¡Oh terrible dolor que todavía
hace más fiero la crueldad del hado,
con la vasta invencible lejanía
que nos separa de tu dulce lado!
¡Ah! ¡quién alas prestara al impaciente
insano ardor que nuestro pecho encierra,
para volar, más raudos que la mente,
a las lejanas playas de Inglaterra!
¡Quién pudiera volar a la potente
ciudad soberbia, de la mar señora,
que no contiene entre su inmensa gente
más triste desdichada moradora!
Sí; no hay, hermana, entre los tres millones
que hinchen de Londres el gigante seno,
uno sólo, de tantos corazones,
hoy más que el tuyo de amargura lleno.
¡Ah! ¡si aliviar pudiéramos la pena,
que hace tu tierno corazón pedazos!
Si en torno de tu cuello tina cadena
de amor formaran nuestros fieles brazos!
Si, ya que nada en este trance fuera
capaz de mitigar tu atroz quebranto,
¡el consuelo quedáranos siquiera
de mezclar con tu llanto nuestro llanto!
Mas quiso el hado en su crudeza rara,
con ausencia del mal acrecedora,
que antes al nuestro tu dolor faltara
cual falta al tuyo nuestro llanto ahora.
Deja, deja por fin la tierra extraña:
no más moremos tan lejanos puntos:
del hado temple nuestra unión la saña,
y las desgracias nos encuentren juntos.
Hijos sin madre, esposa sin marido,
más y más nuestros lazos estrechemos,
y del fiero destino embravecido
los futuros asaltos esperemos:
Hasta que, exhaustas del dolor las heces
y abandonando este mortal desierto,
al fin muramos los que tantas veces
en los seres queridos hemos muerto.

A Juana Y***

Ya doce años trascurrieron,
oh Juana, desde aquel día
en que contempló la tarde
nuestra última despedida.
Y desde entonces, morando
en tan apartados climas,
de ti no logro mi oído
la más remota noticia.

En vano, en vano a tu patria
voló mi palabra escrita
que a tus bellísimas manos
sin duda no llegaría:
que un corazón como el tuyo
nunca la amistad olvida,
ni vencen tiempo y distancia
el afecto que nos liga.
Yo sin cesar te recuerdo,
y sin cesar imagina
mi amistad cual es la suerte
que te cabe, fausta o mísera.
¿Vives triste y solitaria
cual te dejó mi partida
y la muerte de tu madre
lloras, Juana, todavía?
¡Ah! ¡cuán comprendo ahora
tu congoja por la mía!
yo también perdí a mi madre:
llora ¡oh Juana! mi desdicha.
Esa madre de quien tanto
te hablé siempre, cara amiga;
esa madre idolatrada,
mi consuelo y mi alegría,
el modelo de las madres,
el respeto de la envidia,
ya es tan sólo ¡oh desventura!
un puñado de ceniza.
Yo la vi rendirse al peso
de su dolencia prolija,
y mis ojos presenciaron
su lentísima agonía.
Por la mano de la muerte
vi cerradas las pupilas,
astros de mi negro cielo,
soles de mi noche fría:
yo vi mudo el dulce labio
cuya fúlgida sonrisa
era el iris que del alma
las tormentas despedía:
¡yo vi inmóviles los brazos
que mi cuello y sien ceñían
con dulcísimas cadenas
de abrazos y de caricias!
¡Ah! ¡jamás sospechar pude
que abriera tan honda herida
en humano débil pecho
del dolor la espada impía!
¡Ni siquiera cuando en Cádiz
yo te vi en la pena misma
a tu madre lamentando,
o modelo de las hijas!
Cierto; al ver el largo llanto
que bañaba tu mejilla

y al oír los hondos ayes
que del alma te salían,
  hasta el alma me llegaban
tu dolor y tus fatigas,
y tremenda reputaba
cual ninguna tu desdicha.
  Pues bien, Juana, ni aún entonces,
más me condolías,
la mitad calcular pude
de esa congoja infinita:
  pasar es fuerza por ella
para poder concebirla:
es el duelo más tremendo
de los duelos de la vida.
  Aún hoy tú a tu madre lloras
que yo a mi madre querida
habré de llorarla siempre
cual la lloré el primer día:
  para dolor tan inmenso
vana es del tiempo la huida,
ni dan los años el bálsamo
que esa llaga cicatriza.
  Un solo consuelo cabe,
y es la promesa bendita
de la esperanza dichosa
que un nuevo mundo nos brinda:
  mundo que junte por siempre
cuanto la tierra partía,
donde halle el hijo a la madre
y halle el amigo a la amiga:
  jardín de flores eternas
y de rosas sin espinas,
sereno mar sin tormentas,
cielo sin nubes sombrías.
  Allí hallarás a tu madre,
allí encontraré a la mía,
de eterna beldad ornadas,
de luz perenne vestidas:
  y ellas en dulces coloquios
y en amante compañía,
cual los hijos en la tierra,
serán en el cielo amigas.
  Allí nos veremos, Juana,
tras ausencia tan prolija:
¿Qué importa que tantos mares
en el mundo nos dividan?
  ¡Ah! ¿Qué importa que nos prendan
a ti Cádiz, a mí Lima,
si una y otra finalmente
son moradas fugitivas,
y si a entrambos nos espera
la ciudad santa y divina,
eterna mansión que ignora
ausencias y despedidas?

1871.

A la familia de Noé

Padres segundos del linaje humano,
únicos libres del común pecado,
y de común castigo, cuando, airado,
cambió el Señor la tierra en océano:
cuando ese mar inmenso tuvo orilla,
y dejasteis al fin el arca santa,
al estampar en tierra vuestra planta,
¿no regasteis en llanto la mejilla,
al mirar que la tierra, ya segura,
que os acoja del naufragio ilesos,
blanqueaba toda con humanos huesos,
de los hombres inmensa sepultura?
Preciso fue de las divinas manos
acatar el castigo, más en tanto
pudisteis lamentar con pío llanto
el fin de vuestros míseros hermanos.

Al recogerme

En triste noche, como yo sombría,
vuelvo con lento paso a la morada
alegre ayer, hoy muda y desolada
desde que no la habitas, madre mía.
¡A nadie le parece ya tardía
mi vuelta, ni conoce mi pisada,
ni con amor sonríe a mi llegada,
ni me pregunta en qué pasé mi día!
Entro: silencio donde quier profundo
hallo; voy a tu estancia, y tu desierto
callado lecho en lágrimas inundo:
¡ningún consuelo en mi dolor advierto,
y al sentirme tan sólo en este mundo,
quisiera, oh madre, como tú, haber muerto!

Antioco

Drama en cinco actos

[Nota (57)]

A mi madre

PERSONAJES

SELEUCO, rey de Siria
ANTIOCO, su hijo
ERASISTRATO, médico
NICANOR
ESTRATONICE
OLIMPIA
Damas, guardias y acompañamiento

La escena pasa en Antioquía

Acto Primero

La llegada

El teatro representa una gran sala del palacio de Seleuco

Escena I

SELEUCO y ERASISTRATO

ERASISTRATO Se acerca la hora dichosa,
gran Señor, de conocer
a la celestial mujer
que escogisteis por esposa:
si con amor tan ardiente
la adoráis sólo por fama,
¿Cómo arderá vuestra llama,
cuando la tengáis presente,
y os miréis dueño y señor
de la beldad más divina
que os miréis, miento imagina
y que codicia el amor?
el retrato es celestial,
y a Venus envidia diera:
pues, si al retrato supera,
¿cuál será el original?
SELEUCO ¡Quién como yo afortunado,
si, cual tu labio lo dice,
es más bella Estratonice
que tan divino traslado!
Aunque es tan bella esa cara
que más belleza no anhelo,

bastándome que el modelo
al retrato se igualara.
ERASISTRATO Suele un pintor, al copiar
una bella criatura,
aumentarle la hermosura
y copiarla sin lunar.
Pero aquí vencido el arte
Dijo a la naturaleza:
«En tan perfecta belleza
es imposible igualarte.»
SELEUCO Basta, amigo: no así añadas
más ardor a la impaciencia
con que anhelo la presencia
de sus gracias adoradas.
Digo en vano al corazón
que el momento está cercano
y a mi ciego anhelo insano
los instantes si los son.
de sus gracias adoradas.
Digo en vano al corazón
que el momento está cercano
y a mi ciego anhelo insano
los instantes siglos son.
De su vida perder creo
los segundos que la aguardo:
¡Quién pudiera al tiempo tardo
dar las alas del deseo!
Por qué, si afán tan prolijo
me cuesta esperarla aquí,
¡por qué yo mismo no fui,
en vez de mandar a mi hijo!
ERASISTRATO Bien pronto aquí la veréis,
y su estupenda hermosura
os pagará con usura
cuantas ansias padecéis.
SELEUCO Mas quizá te maravilla
que, ya cano mi cabello,
doble aún el regio cuello
al que cielo y tierra humilla,
después que tanto tributo
pagué de Amor a las aras,
y de tres esposas caras
vistió mi dolor el luto.
Pero el trono más altivo
donde Amor jamás se sienta
es una tumba opulenta
donde un rey se entierra vivo;
y del amor sin las flores,
la corona más luciente
despedaza nuestra frente,
cual abrojos punzadores.
Mas ¿qué digo? cosa es clara
que no juzgues insensato
el ardor, Erasistrato,

que mi labio te de lara:
Que, aunque, del sabio mayor
merecida fama goces,
por experiencia conoces
tú también lo que es amor;
y en su llama generosa
tan cumplidamente ardiste,
que a una ciudad preferiste
la posesión de tu esposa.
ERASISTRATO Y de ello no me arrepiento,
que por tan cara beldad,
cual desdeñé una ciudad,
desdeñado hubiera ciento.
Con tan alta posesión
nada envidio ni ambiciono,
porque vale más que un trono
ese noble corazón;
y en su amor casto y profundo
donde soy rey absoluto,
hago cuenta que disfruto
todos los tronos del mundo.
Pero de pasos, Señor,
se siente un rumor vecino:
sin duda la reina vino:
alguien entra: es Nicanor.

Escena II

Dichos y NICANOR

SELEUCO ¿Cómo así, Nicanor, solo
a nuestra presencia llegas?
¿Dónde al príncipe dejaste?
¿Dónde ha quedado la reina
NICANOR Vuestra majestad, Señor,
le dé para hablar licencia
al que viene mensajero
de poco felices nuevas.
SELEUCO Habla al punto, que no es más
lo que tú decirme puedas
que lo que es fuerza que el alma
con tan triste anuncio tema.
NICANOR El príncipe vuestro hijo,
a cuyo celo y nobleza
confiasteis el alto cargo
de acompañar a la reina,
en la corte de Demetrio
dio tan señaladas muestras
de ser en todo, oh gran rey,
un trasunto y copia vuestra,
que, al punto prendados todos
de sus soberanas prendas,

hubo en hacerle agasajo
universal competencia.
Mas poco a poco se fue,
sin que la causa se sepa,
advirtiendo en su semblante
una profunda tristeza.
Y este misterioso mal
fue creciendo de manera,
que la tristeza del alma
fue ya del cuerpo dolencia.
Adoleció algunos días
sin que jamás consintiera
que de su estado mandaran
a vuestro oído las nuevas;
y atribuyéndolo todo
al dolor de vuestra ausencia,
aseguró que su alivio
volver a sus lares era.
Púsose en marcha por fin
acompañando a la reina:
y procurando vencerse
con heroica resistencia,
logró mostrar pocos días
más serenidad y fuerzas,
atento sólo al cuidado
de quien cual madre venera.
Mas en vez de ir en aumento
mejora tan halagüeña,
mientras nos íbamos viendo
de nuestra patria más cerca,
era mayor cada aurora
del príncipe la funesta
profunda melancolía,
y más mortales las señas.
Al fin cuando de Antioquía
tocamos casi las puertas,
le acometió el mal usado
con tan tirana violencia,
que, dudosos de su vida,
temimos que ni siquiera
lograra llegar a verse
en vuestra ansiada presencia.
Al fin recobró el sentido
y hasta aquí a venir se apresta
con la reina que en cuidarle
cual hijo vuestro se emplea.
Y yo, Señor, he venido,
pues dile los sepáis es fuerza,
a preparar vuestro pecho
a vista tan lastimera.

SELEUCO ¡Ay! Erasistrato amigo,
¡Quién creyera, quién creyera
que a una tan viva alegría
iba a suceder tal pena!

¡Mi hijo a la muerte cercano
mi Antioco, mi bien! ¡oh fiera
desdicha! ¡oh dolor horrible
adonde ninguno llega!
Solo en ti, oh Erasistrato,
solo en ti mi amor espera:
salva a mi hijo, salva a Antioco,
pues alcanzas tanta ciencia.

ERASISTRATO Tened fe que haré, Señor,
cuanta humana ciencia pueda,
que amo al príncipe vuestro hijo
como a un hijo amar pudiera.

SELEUCO ¡Ah! Volemos a encontrarle,
ni un instante ya se pierda:
vamos pronto, Erasistrato.
¡Hijo mío!

ERASISTRATO Mas él llega.

Escena III

Dichos, ANTIOCO, ESTRATONICE, OLIMPIA y acompañamiento

SELEUCO Ven a los brazos de tu padre amante,
hijo (Aparte ¿Quién hay que tal dolor resista?
a la muerte retrata su semblante)
(A ANTIOCO) ¿Cómo vienes?

ANTIOCO Mejor: sólo tu vista
a volverme la vida era bastante.

SELEUCO Y vos de Siria y de mi amor Señora,
(A ESTRATONICE) Perdonad hoy a la desgracia mía,
si un pecho que os acata y os adora,
al ver vuestra beldad deslumbradora,
así mezcla el dolor con la alegría.
Sólo el pesar de ver en tal estado,
presa de un mal tan bárbaro y violento
a un hijo tan amante como amado,
pudiera haber en mí contrapesado
de vuestra vista el celestial contento.
¡Cuán dichoso seré, si juntamente
logra dos altos bienes mi deseo:
ver la salud de Antioco floreciente
y coronada mi pasión ardiente
con los lazos felices de himeneo!

ESTRATONICE Yo también, gran Señor, con el contento
de ver al que ya es rey de mi albedrío
el más vivo dolor mezclado siento,
al ver la postración y abatimiento
de un hijo ya tan vuestro como mío.
¡Qué cuenta os doy de un hijo tan amado!

SELEUCO ¡Ah! quién pudo temer que así volviera!

ESTRATONICE El estar de vos lejos le ha enfermado,
y así espero, Señor, que a vuestro lado

volverá presto a la salud primera.
SELEUCO Esa esperanza mi dolor mitiga:
pero es tiempo, querido hijo del alma,
que del penoso viaje la fatiga
alivie el sueño con su mano amiga:
ven a gozar su bienhechora calma.
ANTIOCO No, mi padre y señor: ya ni un momento
he de quedarme aquí, y con el permiso
que me concedas, otra vez me ausento.
ESTRATONICE (¡Oh cielos! ¿Cuál será su pensamiento?)
ANTIOCO Al punto partir déjame: es preciso.
SELEUCO ¡Oh dioses! ¡Qué escuché! Llegas apenas
y quieres separarte de mi lado:
¿No es la ausencia la causa de tus penas?
A una muerte segura te condenas
partiendo, hijo del alma, en tal estado.
ANTIOCO Al contrario, Señor: mi fin es cierto,
si partir no me dejas brevemente;
sólo partiendo mi penar divierto:
si me amas, si no quieres verme muerto,
hoy mismo, hoy mismo mi partir consiente.
ESTRATONICE (¡Qué mal mis ansias refrenar consigo!)
SELEUCO Tú, cuya ciencia lo más hondo sabe,
(Ap. a ERASISTRATO) Dime ¿qué es esto Erasistrato, amigo?
ERASISTRATO Si la verdad, oh gran Señor, os digo
(Ap. a SELEUCO) Es cuanto miro misterioso y grave.
SELEUCO De tu mal el exceso riguroso
es quien causa ese ciego desvarío.
ERASISTRATO Estáis necesitado de reposo.
SELEUCO Obedece a tu padre cariñoso:
Ven a tu lecho, ven, pobre hijo mío.
ANTIOCO ¡Ay padre! ¡Tú me matas! ¡Tú en mi daño
te conjuras, mis penas acreciendo!
ESTRATONICE (Mi rostro en llanto, mal mi grado, baño.)
SELEUCO ¡Quién comprende tormento tan extraño!
ESTRATONICE (Yo solamente su dolor comprendo.)

Acto Segundo

ANTIOCO

El teatro representa las habitaciones del príncipe : sobre una mesa habrá frascos y tazas con remedios

Escena I

ANTIOCO

ANTIOCO Al ver tan mustia mi frente
y mi loco frenesí,
no comprenden ¡ay de mí!
que de amor estoy doliente;
y a mis ignorados males
cuya causa está en el alma,
quieren dar alivio y calma
con remedios materiales.
Mas remedios hoy tan vanos
a volverme la salud
sólo adquirieran virtud,
si me los dieran sus manos;
si a la taza que rebosa
con la médica bebida
ella aplicara dolida
sus puros labios de rosa.
Mas ¿qué profiero? ¿así trato
de sofocar mi pasión?
¡Oh cobarde corazón!
¡Hijo desleal e ingrato!
Pero, ¿no es fuerza que quiera
a quien mi madre ha de ser?
quererla en mí es un deber,
mas de distinta manera.
Y su hijo me llama ¡oh nombre
en esos labios odioso!
¡Cuando a otro hombre llama esposo,
y es ¡ay! mi padre ese hombre!
Suele siempre aborrecer,
con alma esquiva y celosa,
de un padre a la nueva esposa
el hijo de otra mujer;
pero es tal la suerte mía,
que tan sólo a mí me arrastra
un amor a mi madrastra
peor que el odio todavía.
¡Oh destino! ¡oh dolor fiero
que a todo dolor supera!
¡Morir sin poder siquiera
decir el mal de que muero!
Tal vez revelarle intento
que ella de mis males es
la causa, y morir después
que le diga mi tormento:
mas, al romper mi secreto,
mis labios audaces sella
la virtud y el honor de ella
y de mi padre el respeto.
¿Qué haré en tan crudo dolor?
¿Qué haré en trance tan fatal?
El callarme me está mal,
y el hablar me está peor.
Mas, si a un padre guardo fe
a quien amo y reverencio,

aunque me mate el silencio,
inocente moriré;
y pues fuerza es que me venza
de mi pasión el rigor,
máteme sólo el dolor,
no el dolor y la vergüenza.

Escena II

ANTIOCO y ERASISTRATO, con un libro en la mano

ANTIOCO se ha quedado abismado en su dolor: ERASISTRATO lo contempla un rato y dice:

ERASISTRATO ¡Siempre apoyada en la palma
la meditabunda frente,
y absorto en un pensamiento
que sin cesar le posee!
Cada vez a mi sospecha
más las señales advierten
que es una pasión del alma
la que el príncipe padece:
pero si es pasión del alma
la que en tal punto le tiene,
¿Cuál puede ser sino amor?
Sin duda sus llamas siente.
Con el más prolijo examen
Sobre él mi cuidado vele,
sin que a la atención se escape
el más pequeño accidente.
Pueda, en alivio del príncipe,
en tal ocasión valerme
que no sólo por estudio,
sino por prueba igualmente,
conozco, Amor, tus efectos
tan violentos y crüeles!
(A ANTIOCO) ¿Cómo, príncipe, os sentís?
ANTIOCO Mi mal, amigo, decrece
por instantes
ERASISTRATO (Él me engaña,
que su semblante le vende,
y claro en su faz se mira
que ni el instante más breve
tendió sus alas el sueño
sobre sus ojos ardientes.)
¿Qué os duele?
ANTIOCO Nada (la vida,
el alma es la que me duele.)
ERASISTRATO (Su voz, su ademán, su aspecto,
Todo, todo le desmiente:
Amor, amor es sin duda

El mal que descubrir teme,
y amor extraño, imposible,
y del que vergüenza tiene.)
(A ANTIOCO) Pues que siempre sólo estáis,
¿No queréis, príncipe, a veces
distraer con la lectura
vuestras tristezas crüeles,
ya que a tan noble ejercicio
fuisteis inclinado siempre?
ANTIOCO ¿Y de qué, oh Erasistrato,
trata el libro que me ofreces?
ERASISTRATO De los extraños efectos
que el amor producir suele.
ANTIOCO ¡El amor!
ERASISTRATO (Se turba, tiembla;
no hay duda.)
ANTIOCO ¿Y decirme puedes
cuales son esos efectos?
ERASISTRATO Muchos son y diferentes.
Mas, cuando un amor extraño
es el amor que nos vence,
son los efectos entonces
mas graves: una perenne
negra profunda tristeza,
a todo halago rebelde;
un obstinado silencio
que a ruego ninguno cede,
un continuo suspirar,
y un alternado y frecuente
palidecer de improviso
y en viva grana encenderse:
enferma el alma, es forzoso
que el cuerpo también enferme;
pierde su grana el semblante
y los miembros se enflaquecen;
huye el sueño que restaura,
los manjares se aborrecen
la vida cansa y hastía
y se desea la muerte.
ANTIOCO ¿Con qué esos son los efectos?
(¡Los mismos que en mí suceden!)
ERASISTRATO Esos son; mas al miraros,
caro príncipe, parece,
por los efectos que explico,
que de amor adolecieseis.
ANTIOCO ¡Quién! ¡Yo! ¡Adolecer de amor!
¡Ah! Jamás, jamás lo pienses.
ERASISTRATO Pues lo negáis, no lo creo.
(No hay verdad más evidente)
ANTIOCO ¿Y los remedios no indica
el sabio libro que lees?
ERASISTRATO También los remedios trata.
ANTIOCO ¿Y cuáles son?
ERASISTRATO Con valiente

labio decir la verdad,
o al dulce objeto que enciende
en nuestro pecho la llama,
o a quien decírselo puede;
procurando que su amor
nuestra pasión recompense,
porque amor se alivia y cura
con amor únicamente.
¿Queréis pues que os deje el libro?

ANTIOCO No quiero que me le dejes,
que de bien diversa causa
los males míos proceden.

ERASISTRATO Príncipe, el rey vuestro padre
con la reina a veros viene.

ANTIOCO ¿La reina dijiste?

ERASISTRATO Sí:
la reina y el rey

ANTIOCO (¡Qué siente
el alma, al oír nombrarla!
Ya la oigo entrar: solamente
el sonido de sus ropas
todo, todo me estremece.)

Escena III

Dichos, SELEUCO y ESTRATONICE

SELEUCO ¡Hijo mío, hijo del alma!
¡Qué de cuidados me debes!
No habrá para mí sosiego
mientras así te contemple.
Solícita de tu estado,
la reina también a verte
viene conmigo, y saber
si tu mal mejora tiene.

ANTIOCO ¿Cómo estaré sino bien,
cuando ambos venís a verme?

ESTRATONICE Ambos vivimos por vos
inquietos constantemente.

SELEUCO Ni sólo a la reina aflige
el mal que te oprime y vence,
sino también a la corte
y al reino entero entristece:
tus amorosos vasallos
de tu dolencia adolecen,
todos están de las nuevas
de tu salud hoy pendientes;
todos elevan por ti
al cielo votos solemnes,
y por tu vida a los dioses
víctimas puras ofrecen.
Pero, ¿cuál, dime, hijo mío,

es de tus males la fuente?
¿Qué pena oculta te mata?
¿Qué ambicionas? ¿qué apeteces?
Si es tan anhelo, aunque grande,
que esté en mí satisfacerle,
sin disfraz dilo a tu padre
porque al punto le contente;
¿Es la mitad de mi reino
Lo que por ventura quieres?
Desde ahora todo es tuyo
cuanto serlo un día debe:
y no digo el áureo cetro
y corona reluciente,
por no vérte en tal estado,
aun la vida diera alegre.
ANTIOCO (¡Y a tal padre ofendo yo
con querer a la que quiere!
Mas, si no querer no puedo,
callar puedo, aunque me cueste
la vida) Padre, de modo
tus palabras me enternecen,
que razones busco en vano
a responder convenientes.
SELEUCO ¿Qué dices a mi cariño?
(A ERASISTRATO)¿Qué a mi esperanza prometes?
ERASISTRATO Deciros, Señor, quería
lo que mi cuidado advierte.
SELEUCO Ven un instante conmigo
donde hablemos libremente.

Escena IV

ANTIOCO y ESTRATONICE

ESTRATONICE (¡Cuánto es tirana mi estrella!)
ANTIOCO (¡Cuánto es mi suerte crüel!)
ESTRATONICE (¡Me dejan sola con él!)
ANTIOCO (¡Sólo me dejan con ella!
¡Qué es lo que pasa por mí!)
ESTRATONICE (Turbada estoy de manera,
que salir de aquí quisiera.)
ANTIOCO (Huir quisiera de aquí.
¿Qué la diré, si aún no tengo
para mirarla osadía?)
ESTRATONICE (Pues él calla todavía,
a hablar por fin me prevengo;
que tiempo es ya que concluya
este silencio imprudente
que expresa tal, claramente
mi turbación y la suya.)
Me es dulce, Señor, pensar
que con las auras natales

vuestros rigorosos males
se han comenzado a templar,
y que, presto al fin exento
de tan tirano martirio,
volveréis al pueblo sirio
la esperanza y el contento.
Mas, entre tanta alegría
que todo un pueblo reciba,
no habrá ninguna tan viva
cual la paterna y la mía.
Al cielo tan alto bien
pedimos siempre los dos.

ANTIOCO ¡Y es verdad, Señora, y vos
por mí os desveláis también!

ESTRATONICE Tal duda, Señor, no es justa:
tan mal, tan mal, me juzgáis?
¡Ya, príncipe, me miráis
como una madrasta injusta!
Si a las madrastras condena
la universal opinión
de que siempre hostiles son
al hijo de madre ajena,
probaros mi trato espera,
amandoos al par del rey,
que en mí tan odiosa ley
tuvo su excepción primera.

ANTIOCO Bien se ve que en vos no más,
del corazón la nobleza
compite con la belleza
que nadie igualó jamás.
Si a otra que vos, oh princesa,
mi padre el rey se enlazara,
confieso que me pesara,
pero con vos no me pesa.
(¡Ay! que ordena mi tormento
y mi deber enemigo
que sea lo que le digo
al revés de lo que siento:
mas temo, si esta ocasión
se prolonga, que fielmente
al fin el labio le cuente
lo que siente el corazón.)

ESTRATONICE ¿Y vos, no imitáis también
a vuestro padre?

ANTIOCO (¡Qué escucho!
¡Cielo santo! ¡ya esto es mucho!)
¡Yo casarme! ¡yo! ¿y con quién?

ESTRATONICE Damas ostenta esta corte
tan nobles, príncipe, y bellas,
que bien pudierais entre ellas
elegir vuestra consorte;
y el himeneo templar
pronto quizá lograría
la negra melancolía

que os consume sin cesar.
ANTIOCO Princesa, dijisteis bien:
el mal que es hoy mi verdugo
se templara, si a ese yugo
se doblegara mi sien.
Mas es de mi hado el rigor
tal, que la sola mujer
que mi amor pudo encender
está vedada a mi amor.
Nunca mis fieros enojos
la dije; y hasta hoy ignora
la llama devoradora
que en mí encendieron sus ojos.
Mas ¡ay! aunque la supiera,
sé que la sabría en vano,
que aliviar no está en su mano
lo que alivio alguno espera;
y aunque tal vez sin testigo
la veo, bien como ahora
os estoy viendo, Señora,
nunca mi pasión la digo.
¿Qué mal a mi mal alcanza?
Pues noche y día me empleo
en un estéril deseo
que no alienta la esperanza.
Y, víctima del deber,
yo muero, y muero callando,
y callo, Señora, cuando
es amor todo mi ser.
Así en tan crudo existir
que es sólo un continuo duelo,
no me queda más consuelo
que el consuelo de morir.
ESTRATONICE (¿Quién escucharle podría
sin lamentar su quebranto,
sin derramar tierno llanto
por su desgracia y la mía?
Que su labio no contó,
las crudas penas que siente,
sin referir igualmente
las penas que siento yo.)
ANTIOCO ¡Qué veo! ¡Gotas piadosas
nublan vuestros ojos claros!
¡Pudo mi dolor costaros
esas lágrimas hermosas!
ESTRATONICE De piedad, príncipe, llena,
al oíros...
ANTIOCO ¡Cuánto, cuánto
ese compasivo llanto
os agradece mi pena!
ESTRATONICE (Si más permanezco aquí,
en mi alma leer podrá.)
Príncipe, adiós.
ANTIOCO Cómo? ¡Ya

me dejáis, Señora, así!
Esperad sólo un momento.
¡Ay!
ESTRATONICE (¡Qué voz tan angustiada!)
¿Qué tenéis, príncipe?
ANTIOCO Nada
Pero sí: no sé qué siento:
Siento que crece mi mal;
mi pecho se despedaza.
ESTRATONICE ¿Queréis que os lleve la taza
ANTIOCO del restaurador cordial?
Sí, dádmela.
ESTRATONICE Veisla aquí:
gran sabio el licor compuso.
ANTIOCO Estoy, princesa, confuso
de veros servirme así.
ESTRATONICE Mal hacéis, si lo extrañáis:
quien hijo ya os considera
ser debe vuestra enfermera.
ANTIOCO (¡Hijo me llama!)
ESTRATONICE ¡Tembláis!
ANTIOCO Tiemblo: el corazón me salta;
cubre mis ojos un velo,
a un tiempo me abraso y hielo,
y hasta el aliento me falta.
ESTRATONICE Tomad, príncipe, y bebed.
ANTIOCO (Oh blanca mano hechicera,
¡quién en ti apagar pudiera
del alma la ardiente sed!)
ESTRATONICE ¿Qué decís? ¿Estáis peor?
¿A Erasistrato queréis?
Voy por él.
ANTIOCO No le llaméis.
No os vayáis: ya estoy mejor.
No os vayáis aún: mirad
que del infeliz Antioco
menguan los males un poco
con vuestra noble piedad.
ESTRATONICE Mucho vuestro mal me apiada:
pero permitid que os diga,
como madre y como amiga,
por vuestro bien desvelada,
que no es bien que así os dejéis
de vuestra pasión rendir,
que sin cesar combatir
con firme pecho debéis;
pues, luchando noche y día
contra ese imposible amor,
saldréis al fin vencedor
en la tremenda porfía.
Ríndase, ya que su suerte
reduce al amor su vida,
la mujer, de amor herida
pero el hombre ha de ser fuerte.

Y más quien nació, cual vos,
Porque a tantos pueblos mande,
de un héroe y de un rey tan grande
que Asia venera cual dios.
Venced pues de amor los males,
y con digna heroicidad
de vuestro padre emulad
las hazañas inmortales.
(¿Qué más he podido hacer
por cumplir con mi decoro?
Huyamos donde mi lloro
pueda en libertad correr.)

Escena V

ANTIOCO

Oid, Señora, aguardad:
¡se va, y muriendo me deja!
Y pareció que mi queja
merecía su piedad.
Mas ¿para qué volvería,
cuando, a callar obligado,
crece mi pena a su lado
y se dobla mi agonía?
Que, desdichado igualmente,
quiere mi fortuna ingrata
que la que ausente me mata
también me mata presente.
Dice que a mi mal prolijo
tan fácilmente no ceda
y que más valor hereda
de heroico monarca el hijo.
No sabe, no sabe cómo
eternamente combato
con este amor insensato
cuyas ansias nunca domo;
¡pues contra su asalto impío
del todo inútiles son
las luces de la razón,
las fuerzas del albedrío!
¿Qué fuerza humana luchó
contra las de Amor celestes?
Ante él son nada las huestes
que mi padre debeló.
¡Oh padre! ¡cuánto me cuestas!
Pues, atento a ti, respeto,
no quebrantan mi secreto
amarguras tan funestas.
Tú Antioco, víctima triste
de la pasión más aciaga,
hoy con usura te paga

la vida que tú le diste.
Ven pues, oh Muerte; tú sola,
de males en tanto asedio,
ser puedes puerto y remedio
de quien por otro se inmola.
Ven, de mi ruego vencida,
antes que mi propia espada,
de esperarte fatigada,
acelere tu venida.

Escena VI

ANTIOCO, SELEUCO y ERASISTRATO

SELEUCO Hijo.
ERASISTRATO Señor.
SELEUCO Qué es esto?
ANTIOCO Morir a manos de las penas mías.
SELEUCO ¡Morir tú! ¿pues mejor no te sentías?
ANTIOCO Deja, oh padre, que acabe
una existencia tan doliente y grave,
una vida insufrible en tantos modos
a mí mismo y a todos.
Si algún amor te debo, yo te pido
que me dejes morir, y no acrecientes
con mi vida el suplicio desmedido
y las ansias furentes
del ser más desdichado que ha nacido.
SELEUCO ¡Que te deje morir, cuando mi vida
está a la tuya unida,
y cuando lo imposible solamente
será lo que por ti mi amor no tiente!
El sabio Erasistrato a mi ternura
tu salud asegura.
ANTIOCO Cuando mi vida a prolongar acierte
su ciencia y tu cuidado,
sabe, oh padre, que sólo habréis logrado
trocar mi vida en dilatada muerte.

Éntrase ANTIOCO y SELEUCO tras él

Escena VII

ERASISTRATO

Cada vez a mi ciencia es más patente
que es amor lo que siente;
y aun a fijarse mi sospecha empieza
en la amada belleza.

¿No vi que se turbaba
cuando le dije que la reina entraba?
Y ahora, cuando sólo le ha dejado,
¿No hallo más grave y más mortal su estado?

Acto Tercero

ERASISTRATO

El proscenio representa en este y los siguientes actos la misma decoración que en el primero

Escena I

ERASISTRATO y SELEUCO

SELEUCO Con que juzgas que es amor
quien sus males ocasiona,
y más y más cada día
tu opinión se corrobora?
ERASISTRATO Imposible es ya la duda:
son de amor sus penas todas.
Sólo saber el objeto
de su pasión resta ahora.
SELEUCO Y ¿cómo saberlo, si él
oculta su pasión loca,
y aun a confesar se niega
que es amor lo que le agovía?
ERASISTRATO Le venderán las señales
por más que su amor esconda,
mostrándonos el semblante
lo que recata la boca.
Por eso es bien que el sarao,
como os dije, se disponga
adonde de vuestra corte
asistan las damas todas.
SELEUCO Ya está dispuesto el sarao:
pronto mil damas hermosas
vendrán, y entre ellas acaso
la beldad que le enamora.
Fue la idea como tuya,
Erasistrato, ingeniosa.
ERASISTRATO Mucho fío de esta prueba.
SELEUCO ¡Dichoso yo, si se logra!
Que no tan sólo de un hijo
a quien adoro y me adora
siente el corazón paterno
la dolencia como propia,
sino que también me abraso
en la beldad seductora
de la reina, y cada día

más me enciende y apasiona:
y el alma con tales ansias
ni un breve instante reposa,
anhelando siempre el día
venturoso de sus bodas.
¡Qué bien me dijiste, amigo,
que, si era bella la copia
que tanto ya me encendía,
era más bella mi esposa!
Y así más ufano vivo
siendo dueño de esa joya,
que si de la tierra entera
me ciñeran la corona.
A tu amistad y a tu ciencia
el aliviarme les toca,
a dos enfermos sanando
que igual pasión acongoja.
¡Y ojalá que, hoy descubierta
de mi hijo la misteriosa
pasión, para ambos mañana
luzca la nupcial antorcha!

Escena II

SELEUCO, ERASISTRATO y ANTIOCO

Van entrando músicos

SELEUCO Caro Antioco, este sarao
ordené que se disponga
por si se templa con él
melancolía tan honda:
ven pues, y un instante al menos
tus pesares desahoga,
de la música escuchando
las vivas alegres notas.
Pronto todas las beldades
vendrán, que mi corte adornan
para que el sarao empiece.
ANTIOCO Y vendrán, ¿oh padre, todas?
SELEUCO Sí, todas, hasta la reina.
ANTIOCO ¿También la reina?
SELEUCO Ella propia.
ERASISTRATO (Siempre es mayor mi sospecha,
pues sólo de ella se informa.)
ANTIOCO Gracias te doy, padre mío,
por las muestras amorosas
que, en alivio de mis males,
tus ternuras eslabonan.
(Hoy quiero por vez postrera
beber la dulce ponzoña

que el alma apura en los ojos
de mi bella matadora.)
SELEUCO Ya van viniendo las damas
(A ERASISTRATO) Alejarme de aquí importa
porque el príncipe a mi vista
no se reprima y componga.
(A ANTIOCO) Hijo, por breves instantes
mi cariño te abandona,
pues a otra parte me llaman
cuidados de mi corona.

Escena III

ANTIOCO, ERASISTRATO, y damas que van entrando

ERASISTRATO (Sobre él mis ojos agoten
su atención indagadora.)

Las damas van llegando de dos en dos: al pasar delante del príncipe, le hacen un saludo

DAMA PRIMERA ¡Qué triste está, qué cambiado!
¡Y cómo, en la faz hermosa,
sucedió pálido lirio
de la salud a las rosas!
DAMA SEGUNDA ¡Quién creyera que es el mismo
cuya beldad portentosa
pudo mirar con envidia
el casto hijo de Latona!
Dicen que un amor secreto
es el que así le devora.
DAMA PRIMERA ¿Y por qué no se declara,
si de amor es su congoja?
DAMA SEGUNDA Temerá quizá desdenes.
DAMA PRIMERA Esa es necedad notoria:
¿Quién con el amor del príncipe
no se juzgara dichosa?
DAMA SEGUNDA Apenas nos ha mirado,
y sin embargo, memoria
no guardo de haberte visto
nunca tan bella y donosa.
DAMA PRIMERA La lisonja te devuelvo,
aunque en ti ya no es lisonja.
ANTIOCO (No ha venido todavía:
me asesina su demora.)
ERASISTRATO (Distraídas sus miradas
han visto a las más hermosas,
y parece que impacientes
aguardan y buscan otra:
¿Quién esa otra ser podría
sino Estratonice sola?
Ya la miro que se acerca

mas observémosle ahora.)

Escena IV

Dichos, ESTRATONICE y OLIMPIA

ESTRATONICE (¡Quién avisarle pudiera!
¡Ay!)
OLIMPIA Disimulad, Señora,
que hay muchos ojos que estén
fijos en vuestra persona.
ESTRATONICE Dices bien: alma, valor.

ANTIOCO se ha demudado todo al ver a la reina: ERASISTRATO no aparta ni un punto los ojos de él. Al pasar la reina, todas las damas se inclinan profundamente

ESTRATONICE Príncipe. (Tiemblo.)
ANTIOCO Señora.
(Al verla, al oír su acento
todo mi ser se transforma.)
DAMA SEGUNDA Bella es sin duda la reina.
DAMA PRIMERA Es bella como una diosa;
mas yo no sé que tristeza
en su semblante se nota.
DAMA SEGUNDA La habrá contagiado el príncipe
de su pasión melancólica.
DAMA PRIMERA No parece que le halagan
mucho las cercanas bodas.
DAMA SEGUNDA Si con el príncipe fueran,
estaría más gustosa.
ESTRATONICE Bien vuestro padre dispuso
esta fiesta, pues no hay cosa
que los pesares alivie
cual la música.
ANTIOCO Señora
ERASISTRATO (¡Cómo la mira!)
ANTIOCO (¡Qué hechizo!
Qué beldad deslumbradora!
¡Y que no haya de ser mía!
¡Oh fortuna rigorosa!)
ERASISTRATO ¿No os halagan y cautivan
tantas damas seductoras
que rara belleza ostentan
e ilustre sangre blasonan?
¿No hay alguna que os parezca
más hechicera entre todas?
ANTIOCO Todas son a la par bellas.
(Solamente ella es hermosa)
ERASISTRATO ¿Y vos no juzgáis también,
(A la reina) Como yo juzgo, Señora,
que amantes lazos templaran

el mal que al príncipe agobia?
ESTRATONICE Lo juzgo así, y ya o oyó
El príncipe de mi boca.
ANTIOCO (¡Oh crüel!)
ESTRATONICE Y oyó también
lo que le, repito ahora,
y es que con pecho valiente
a su mal se sobreponga.
(¡Ah! ¡quién valor le infundiera
porque su amor no conozcan!)
ANTIOCO Lucho, Señora, y confío
(Dominándose) Que alcanzaré la victoria.
ERASISTRATO (Veamos si con tal medio
más su pasión le traiciona.)
(A ESTRATONICE) ¡Ya nuestro príncipe amado
logra notable mejora,
de modo que el nuevo día
verá vuestras altas bodas,
que más dilación no sufre
del rey la pasión furiosa.
ANTIOCO (Fuera de sí)
¡Qué oigo! ¡Oh cielos! ¿Y es posible?
¿Mañana os casáis, Señora?
¡Hablad! ¡yo muero!
ERASISTRATO ¡Qué miro!
(Aplica la mano al pulso y corazón)
Ya su accidente le torna:
vuela el pulso, y los latidos
de su corazón le ahogan.
Ya es la sospecha evidencia,
y es la reina la que adora.

El príncipe cae desmayado: ERASISTRATO y los criados se le llevan

ESTRATONICE ¡Ay de ti, príncipe amado,
y ay de mí!
OLIMPIA Venid, Señora,
adonde sólo a mi vista
vuestro ardiente llanto corra

Vanse

Las damas y músicos se van yendo y quedan sólo las dos damas que hablan.

Escena V

DAMA PRIMERA ¡De qué espantoso secreto
hemos sido sabedoras!
En tan juveniles años
¡cómo ya el amor le postra!
DAMA SEGUNDA También de la reina, dime

¿no advertiste la congoja
y mal reprimido llanto?
DAMA PRIMERA Fueron lágrimas piadosas.
DAMA SEGUNDA ¿La piedad también explica
su salida presurosa?
DAMA PRIMERA Pues ¿qué piensas?
DAMA SEGUNDA Pienso, amiga,
que ha tiempo que ambos se adoran.

Vanse y vuelve ERASISTRATO

Escena VI

ERASISTRATO

Al fin mi ardid le arrancó
al príncipe su secreto,
y sé cuál es el objeto
del amor que le venció:
mas poco en saberlo gano,
y aun pienso que era mejor
ignorar siempre el amor
que he sabido tan en vano.
Si el rey, ha un momento, aquí,
comunicaba conmigo
su pasión, ¿cómo le digo
la verdad que descubrí?
Cómo, si a la reina bella
me dijo que amaba loco,
¿cómo le digo que Antíoco
se muere también por ella?
Si su boda apetecida
me confía, ¿de qué suerte
le tengo de dar la muerte
a quien me pidió la vida?
¿Qué haré en tal trance, qué haré?
Si decirlo cierto escojo,
yo de Seleuco el enojo
el primero arrostraré.
Mas, si la verdad recato,
el príncipe morirá:
¡Ah! cese tal duda ya,
y en ti vuelve, Erasistrato.
¿Cómo en tal caso atender
puedes del rey a las iras?
¿Cómo a tu deber no miras,
cuando cumples tu deber?
Mi conciencia vigilante
me habla así, y su voz oyendo,
cómo pude no comprendo
vacilar un sólo instante.

Si pierdo, hablando, el favor
de un rey airado y violento,
sé que a la verdad contento,
que es el monarca mayor.
al ciego temor se doble
el médico vil que ignora
cuánto su arte salvadora
es entre las artes noble:
¡use silencio o falsía
el siervo del interés
para quien la ciencia no es
sino torpe granjería,
no quien, el propio negocio
desdeñando, como yo,
siempre su arte profesó
como un alto sacerdocio!
Mas, para ver si aprovecho
del príncipe al ansia extrema,
una noble estratagema
me inspira el prudente pecho.
Y quién sabe si quizás...
la acción es sin duda estoica,
pero el rey tiene alma heroica
y es padre suyo además.
Medio tan juicioso y lento
menguará también su ira:
sin duda el cielo me inspire
tan piadoso pensamiento.

Escena VII

ERASISTRATO y SELEUCO

SELEUCO Ya vengo, amigo, impaciente
de saber el resultado
de tu experiencia prudente.
ERASISTRATO Ya el mal está averiguado.
SELEUCO Heme de tu voz pendiente.
ERASISTRATO ¡Ay! que la causa, Señor,
de sus congojas es tal,
que ignorar fuera mejor
cuál es el blanco fatal
de su desdichado amor.
SELEUCO ¿Qué oigo? ¿Es acaso el objeto
de su amorosa locura
un imposible sujeto?
ERASISTRATO Es tal, que a vuestra ternura
quise tenerlo secreto;
reputando conveniente
en el silencio y olvido
sepultar eternamente
lo que después de sabido

ningún remedio consiente.
SELEUCO Si es una humana mujer
a la que el príncipe ama,
¿cuál tan esquiva ha de ser
que se resista a su llama,
o se niegue a mi poder?
Juzgo que no habrá ninguna
que enlace tan eminente
no tenga por gran fortuna
aunque en sumo grado ostente
belleza o ilustre cuna.
ERASISTRATO ¿Quién ha de ser tan insano
que esa verdad evidente
ose negar?
SELEUCO Luego es llano
ERASISTRATO Mas en el caso presente
Todo eso, Señor, es vano;
que no siempre...
SELEUCO Acaba pues:
No más de misterios lleno
al ver mis ansias estés,
ni con tan lento veneno
así la muerte me des.
ERASISTRATO Pues vuestro labio lo ordena,
sabed que no admite cura
de Antioco la amante pena,
pues quiso su desventura
que amase a mujer ajena.
SELEUCO ¡Tan extraño amor le acosa!
ERASISTRATO Por eso a nadie confiesa
jamás su llama amorosa.
SELEUCO Mas di, ¿qué mujer es esa?
ERASISTRATO Es, Señor, mi propia esposa.
SELEUCO ¡Tu esposa, tu esposa! ¡oh hado
funesto! ¡oh signo importuno!
¡Oh príncipe desdichado!
ERASISTRATO Ya veis, Señor, que su estado
no tiene remedio alguno.
SELEUCO No le tiene... uno tuviera,
uno solamente.
ERASISTRATO ¿Cuál?
SELEUCO Bien me entiendes.
ERASISTRATO ¿Y quién fuera
capaz de heroísmo tal?
SELEUCO ¿Dejarás que mi hijo muera?
Si a ti mi cariño fía
lo que amo en el mundo más,
si en su vida está la mía,
pudiendo ¿no aliviarás
mi tormento y su agonía?
ERASISTRATO ¿Qué me proponéis, Señor?
¡Que a la que idolatro pierda,
cediéndola a ajeno amor!
SELEUCO Lo que mereces recuerda

a mi amistad y favor:
ve que eres padre también
de ese hijo a quien desde niño
en la verdad y en el bien
aleccionó tu cariño:
de él y de mí piedad ten.
ERASISTRATO Grande, Señor, es la acción.
SELEUCO No mayor de lo que vales;
tienes de héroe el corazón,
y de tu ciencia rivales
tus altas virtudes son.
ERASISTRATO ¿Habéis el valor medido
del sacrificio exigido
por vuestro ruego tenaz?
¿Vos mismo fuerais capaz
de lo que me habéis pedido?
Y si yo os dijese ahora
que es la reina la que adora,
¿qué os tocaba responder?
SELEUCO ¡Pero eso no puede ser!
(¡Oh sospecha matadora!)
ERASISTRATO Pues es, Señor, la verdad,
y fue lo primero engaño
que fingió mi lealtad
para hacer menor el daño:
mi artificio perdonad.
y el que aconsejarme pudo
un sacrificio tan crudo,
viendo que en su mano está
y a menos costa, no dudo
que él mismo lo cumplirá.
SELEUCO ¡Con qué tu ardid me engañó
hasta aquí! ¡Luego no quiere
Antioco a tu esposa!
ERASISTRATO No.
La reina es quien le prendó,
y por la reina se muere.
SELEUCO ¿Y cómo lo has descubierto?
ERASISTRATO Eso bien claro lo vi.
SELEUCO ¿Lo que me dices es cierto?
ERASISTRATO Cierto, Señor.
SELEUCO Sal de aquí,
que tus palabras me han muerto.
Sal de aquí, pues considero,
si al punto no te retiras,
que habrás de ser el primero
en quien mis súbitas iras
descarguen su ímpetu fiero.
Vete, y a ese hijo malvado
aquí al instante me envía.
ERASISTRATO Pensad, Señor, en su estado.
SELEUCO Todo lo tengo pensado.
ERASISTRATO Ved que quizá no podría,
tan abatido y doliente,

sufrir la fiera batalla
de vuestra saña furente.
SELEUCO Basta: obedéceme y calla.
Al ver que se va ERASISTRATO
Erasistrato, detente.
Por última vez me di
si estás seguro de que arda
por Estratonice?
ERASISTRATO Sí.
SELEUCO Pues anda y dile que aquí
su rey y padre le aguarda.

Erasistrato hace ademán de replicar: el rey le impone silencio y le despide

Escena VIII

SELEUCO

¡Qué supe! ¡mi hijo se atreve
a levantar la esperanza
a quien mi esposa ser debe!
¡Teme mi justa venganza,
hijo desleal y aleve!
¿Cuándo pude imaginar
que, con audacia sin par,
un hijo que amaba tanto
osase el deber más santo
de sus deberes hollar?
¡Yo por mi esposa le envío,
yo mi honra y mi amor le fío,
y a mis confianzas infiel
como a mis respetos, él
codicia un amor que es mío!
Y Yo su mal lamentaba,
y con tormento infinito
sin cesar me desvelaba,
y entonces no sospechaba
que aún su mal era un delito.
Salvado su vida habría
aun a costa de la mía
mi tierna solicitud:
¡Oh inaudita ingratitud!
¡Espantosa alevosía!
Apenas llego a creer
ingratitud tan extraña
y tan torpe proceder:
crece a su vista la saña
que inflama todo mi ser.

Escena IX

SELEUCO y ANTIOCO

ANTIOCO Señor, a tus preceptos obediente,
vengo (mas ¿qué mudanza a mirar llego?
¡Nubes envuelven su ceñuda frente,
sus ojos lanzan centellante fuego!)
SELEUCO Príncipe, yo a llamar os he enviado
ANTIOCO (¡Cuán severa su voz truena en mi oído!
¡Ah! Sin duda, sin duda ha penetrado
mi culpable pasión: yo soy perdido!)
SELEUCO ¿Por qué, con turbación anticipada,
os miro estar temblando de ese modo?
mas, si mi labio aún no os ha dicho nada,
vuestra conciencia os lo habrá dicho todo.
Ella os dirá que vuestro padre sabe
vuestro infame secreto vergonzoso:
nunca temí de vos culpa tan grave;
con razón la ocultabais receloso.
¿Sabéis lo que debisteis haber hecho
antes que dar en vuestro pecho entrada
a tan torpe pasión? El propio pecho
rasgar mil veces con aguda espada.
¿Qué nombre habrá que a la perfidia cuadre
de una acción tan osada y delincuente?
Como rey, como amigo, como padre,
príncipe, me ofendisteis juntamente.
Para enviar por mi esposa yo os elijo,
digno entre todos de tal honra os hallo:
¡y a la esposa del padre aspira el hijo!
¡Y a su reina y señora ama el vasallo!
Mas, si amor o deber no os retenía,
¿No os arredró el justísimo castigo
que a vuestro triple crimen guardaría
vuestro rey, vuestro padre, vuestro amigo?
¿Pues no había en el mundo otras mujeres,
que os atrevisteis a mi real esposa?
Para haceros hollar tantos deberes,
sólo ella era mujer, sólo ella hermosa?
Ella, entre todas, era la vedada
a vuestra osada llama incestuosa,
y ser debió, de vuestro padre amada,
sagrada para vos, como una diosa.
El solo pensamiento era un agravio,
un agravio mortal sólo el deseo;
y quien sabe también si con el labio...?
ANTIOCO Nunca, padre, jamás.
SELEUCO ¡Ah! bien lo creo;
y si creyera que la culpa vuestra
llegara hasta tener atrevimiento
de hacer de amor ante ella alguna muestra
o murmurar de amor un solo acento,
vive Dios que a mis furias homicidas

entonces no bastara el que mis brazos
arrancaros pudieran tantas vidas
como os hiciera mi furor pedazos.

ANTIOCO Echándose a los pies del rey

Ya estoy, Señor, a vuestras plantas puesto,
y aunque bien veis que por instantes muero
de mi existencia el miserable resto
lo rindo y sacrifico a vuestro acero.
Vos me disteis la vida, y el despecho
tenéis vos de quitarla: no vacilo
en ofreceros el desnudo pecho
de vuestra espada vengadora al filo.
Acabad pues, y os dé fácil despojo,
oh padre mío, este vivir funesto
que hoy que merezco vuestro fiero enojo
mas que nunca maldigo y lo detesto.

SELEUCO (Al alma sus acentos me han llegado,
y al escucharle demandar la muerte
y contemplar su doloroso estado,
en compasión mi saña se convierte.
Si sus congojas por instantes crecen,
¿he de abreviarle un fin, ya tan vecino?
Mis entrañas de padre se estremecen:
más que suya, es la culpa del destino.)
Alza, hijo mío, y d tu estancia vuelve;
allí un instante mi llamada espera.
(Veamos si mi pecho se resuelve
a que viva su amor y el mío muera.)

Acto Cuarto

SELEUCO

Escena I

SELEUCO

¡Ah! ¡cuánto el combate dura
que estoy lidiando conmigo!
¡Y aun renunciar no consigo
a su divina hermosura!
Mis esfuerzos, que hasta aquí
son tan vanos e infelices,
dicen cuán hondas raíces
ha echado este amor en mí.
Mas, si amor mi pecho hiere,
¿el de mi hijo no traspasa?
¿Si yo ardo, él no se abrasa?

¿Si yo padezco, él no muere?
Y si, aunque morir se viera,
su amor ocultaba mudo,
¿qué más, qué más hacer pudo
aun la virtud mas severa?
¿Qué, más puedo exigir de él,
si se mostró tan mi amigo,
que por ser leal conmigo,
consigo ha sido crüel?
Si su estrella le arrastró
a amar a la reina bella,
culpa será de su estrella,
pero de su pecho no.
¡Quién sabe si ella ha entendido
del príncipe el amor ya,
y si por ella quizá
es su amor correspondido!
¿Qué mucho que ya le amara,
si aunque yo no me lo diga,
cuanto al príncipe la liga
tanto de mi la separa?
jóvenes y hermosos ellos,
todo a adorarse los mueve;
y de los años la nieve
blanquea ya mis cabellos.
Tiempo ha que entender debí,
abandonando ilusiones,
que la edad de las pasiones
ha pasado para mí.
Mas me dice esta pasión
que en vano apagar anhelo,
que de mis canas hielo
no bajó a mi corazón.
Quizás, hablando con ella,
su pasión se mostrará.
Viene allí: ¡qué hermosa está!
Nunca la miré más bella.

Escena II

SELEUCO, ESTRATONICE y OLIMPIA

ESTRATONICE (Por mi suerte y la del príncipe
inquieta estoy de continuo:
el rey aquí: ¡qué semblante
tan agitado y sombrío!
¿Si será ya sabedor
se todo lo sucedido?
Tiemblo.)
SELEUCO Princesa.
ESTRATONICE Señor.

El rey hace una seña a OLIMPIA
ESTRATONICE Vete, Olimpia.
OLIMPIA Me retiro.

Escena III

SELEUCO y ESTRATONICE

ESTRATONICE Más cuidadoso y suspenso
que nunca, Señor, os miro.
SELEUCO Sí, princesa; y mi cuidado
nace de grave motivo.
ESTRATONICE ¿Podrá merecer mi afecto
que os dignéis, Señor, decirlo?
SELEUCO Antes, Señora, os buscaba,
pues comunicar ansío
con vuestra amistad tan sólo
este tormento prolijo.
ESTRATONICE Decid pues, y ojalá pueda
daros mi amistad alivio.
Es el caso más funesto
que sucederme ha podido:
bien sabéis que a nuestro enlace
el único estorbo ha sido
ver a una ignota dolencia
postrado mi único hijo.
Yo de su salud a un tiempo
y de mi dicha solícito,
averiguaba constante
la causa de su martirio.
Al fin la supe, Señora;
pero mi desgracia quiso
que, si el mal era ya grande,
fuese mayor, conocido
su salud y nuestras bodas
se excluyen, y ya es preciso
o que a su vivir renuncie,
o en vuestras bodas al mío.
ESTRATONICE (¡Ya todo lo sabe!) En vano
por entenderos porfío.
SELEUCO Sabed que vos sois, Señora,
la cansa de sus suspiros.
ESTRATONICE ¡Yo la causa! absorta os oigo.
SELEUCO Pues la verdad os he dicho.
Cuando lo supe, os confieso
que, en saña fiera encendido,
me pareció hasta la muerte
corta pena la su delito.
Mas le vi, le hablé; a mis plantas
cayó doliente y sumiso;
y en piedad troqué la ira
y en tierno halago el castigo.

Mas, si al mirar su congoja
mi enojo se ha suspendido,
un largo y crudo combate
sostengo conmigo mismo.
Soy padre y amante a un tiempo,
y aun no sé si a vos de mi hijo
o a mi hijo de vos Señora,
haga el duro sacrificio.
Y así en tan dudoso trance
a haceros me determino
juez a vos misma: elegid
vos entre el padre y el hijo.

ESTRATONICE (¿Será un ardid para ver
si amor al príncipe abrigo?)
Mal podéis, Señor, hacerme
juez en tan grave litigio,
pues de mí disponer debo
si entre vosotros elijo,
y disponer de mi mano
a mí, Señor, no me es lícito:
desde que trató con vos
mis bodas el padre mío,
ya yo albedrío no tengo,
que en vos está mi albedrío.
Vos sois mi dueño, vos solo
sobre mí tenéis dominio:
vos podéis darme o guardarme
a vuestro placer y arbitrio.
No me pidáis pues que elija,
Decidid, Señor, vos mismo,
que a mí obedecer me toca
lo que hubiereis decidido.

Escena IV

SELEUCO

En vano con tal prudencia
y decoro ha respondido,
que sus palabras desmiente
la turbación que le he visto.
Sin duda el amor del príncipe
ha tiempo que ella ha entendido,
sin duda le ama: ¡es Antioco
de ser amado tan digno!
Todo, todo me persuade
Este crüel sacrificio,
y ya la pasión de amante
cede del padre al cariño.

Escena V

SELEUCO y ERASISTRATO

Viendo a ERASISTRATO que vacila en entrar

SELEUCO Ven sin temor, fiel amigo,
y perdona si, ha un momento,
mi injusto enojo violento
probó su rigor contigo.
De mis acerbas razones
ya pesaroso y corrido,
que las olvides te pido
y a tu monarca perdones.
ERASISTRATO Colmarais mi regocijo,
si cual, conmigo aplacado,
ya vuestro enojo ha cesado,
cesara con vuestro hijo.
Y ojalá, si fuera así
posible salvarle a él,
que vuestra saña crüel
recayera toda en mí.
SELEUCO No te afanes, noble pecho,
amigo leal y firme,
no te afanes en pedirme
lo que está del todo hecho:
vencer mi enojo, al usado
halago y amor volviendo,
es lo menos que pretendo
hacer por mi hijo adorado.
ERASISTRATO ¿Qué hazaña no es natural,
por más que esfuerzos demande,
a esa alma elevada y grande,
verdaderamente real?
Pasajera indignación
otro os hizo parecer,
pero no tardó en vencer
vuestra noble condición.
SELEUCO Como padre y como amante,
harto conmigo he luchado:
mas ya la lucha ha cesado,
y el padre quedó triunfante.
Si de ti exigió mi error
la hazaña dificultosa
de ceder tu propia esposa
al que moría de amor,
¿Cuánto más justo, pues vi
que hacerlo a mí me tocó,
que hiciera lo mismo yo
que antes exigí de ti?
¿Qué menos hacer podía
en este trance, y más viendo
que él es mi hijo, no siendo

mi esposa ella todavía?
Al sacrificio costoso
ya pues decidido estoy,
y sin mas aguardar, hoy
será de la reina esposo.
Es mi hijo, mi sucesor
en quien nueva vida espero,
de mi corona heredero,
y también de mi valor.
Si a ambos la reina prendo,
con ambos cumpliendo así,
debo quitármela a mí
para darla a mi otro yo
y su alta felicidad
mirando como común,
Poseeré a la reina aún
en mi más dulce mitad.
Hazle al instante llamar,
estoy de hablarle impaciente,
ni quiero mas largamente
su ventura dilatar.

ERASISTRATO (que va y vuelve)
Dejad que exprese, Señor,
la admiración entusiasta
que el pecho a sentir no basta
al ver tan alto valor.
El sacrificio era tal,
que aun yo que os lo aconsejaba,
aun yo lo dificultaba
de todo esfuerzo mortal.
¡Cuánto la alta idea gana
que tuve siempre de vos,
pues hoy os iguala a un dios
esta hazaña sobrehumana!
Grandes las victorias son
que de vos cuenta la historia,
«Pero es más grande victoria
vencer la propia pasión.»
Y de Persia el vencedor,
con extremado heroísmo,
hoy, vencedor de sí mismo,
logra su triunfo mayor.
Vedle cuál llega doliente,
y abatido: ¡qué contento
a ese triste abatimiento
va a suceder de repente!
De su dolencia crüel
le va a librar breve rato.

SELEUCO Noble y fiel Erasistrato,
déjame solo con él.

Escena VI

SELEUCO Y ANTIOCO

SELEUCO Hijo amado.
ANTIOCO (¿Qué oigo?) Padre.
Ven, hijo, más no a mis plantas,
ven a mis brazos amantes
que ya anhelosos te aguardan.
No receles, hijo mío,
que de mis iras pasadas
en el corazón paterno
ni una reliquia quedara.
Pasó mi saña del todo,
y si alguna el pecho guarda,
sólo conmigo la tengo
porque la tuve sin causa.
¡Y en tu doloroso estado
te lancé fieras miradas,
y te agravio el labio mío
con iracundas palabras!
¡Ah! perdona, hijo querido,
esas palabras airadas
las primeras que escuchaste
en mis labios.
ANTIOCO No así añadas
más extremos amorosos;
basta ya, padre del alma.
Tus acentos me penetran,
me confunde bondad tanta:
si tus iras me abatieron,
tus piedades me restauran,
y tu perdón me da vida,
si me mató tu amenaza.
Con volverme tu cariño
quedan mis ansias colmadas,
que al que tu perdón merece
esa ventura le basta.
SELEUCO Pues a una nueva ventura
hoy tu corazón prepara
y se abra ese triste pecho
finalmente a la esperanza.
Algo por tu vida y mía
es bien que tu padre haga,
que en volverte mi cariño
claro esta, que no hice nada.
Yo moribundo te miro;
y si al inquirir la causa,
hallo que agonizas presa
de ardiente amorosa llama,
en vez de dejar vencerme
por la sed de la venganza,
debí dar a la alegría
en mi corazón entrada,
al contemplar que la suerte,

en esto menos contraria,
quiso poner en mis manos
el alivio de tus ansias.
Digno de castigo fueras,
si con tu amor no lucharas;
mas si con tu amor violento
eternamente batallas,
si, a mis respetos atento,
miro que aun muriendo callas,
debo premiar tus virtudes
y remediar tu desgracia.

ANTIOCO ¿Qué quieres, padre, decirme?

SELEUCO Que de himeneo a las aras
hoy conducirá tu, diestra
a la beldad que idolatras.

ANTIOCO ¿A quién, Señor?

SELEUCO ¿Lo preguntas?
A la reina: yo la amaba
y mucho, pero tu amor
al fin rindió la balanza.

ANTIOCO (¡Qué escucho! a mi padre debó
cariño y fineza tanta
que por dar a mi amor vida
el suyo sofoca y mata!
¡Y tan crüel sacrificio
de mi padre un hijo aceptara!
No; la tentación es grande,
mas no excede mi constancia,
responder que no me toca,
aunque la vida me vaya,
que su generoso porte
el mío a mí me señala.)
De mi silencio, Señor,
ha sido el asombro causa,
al escuchar de tus labios
que con la reina me casas.

SELEUCO ¿Pues no es de amor tu dolencia?
¿A Estratonice no amas?

ANTIOCO ¿Yo a la reina? te repito
que tus acentos me pasman.

SELEUCO Pues, ¿cómo aquí mis enojos
te turbaron, y a mis plantas
te derribaste confuso,
si a Estratonice no amabas?

ANTIOCO Porque tanto te respeto
y tanto temo tu saña,
que, aun sintiéndome inocente,
me es fuerza, Señor, temblarla.
Si siempre con un cariño
casi materno me tratas,
¿cómo resistir podía
tan repentina mudanza?

SELEUCO Luego tu mal no es de amor,
y Erasistrato se engaña?

ANTIOCO No se ha engañado al decirte
que es amor el que me abrasa,
mas sí en creer que es la reina
el objeto de mi llama,
SELEUCO Pues ¿quién es?
ANTIOCO Es Cleonice,
De Estratonice la hermana.
SELEUCO ¿Y cómo no la dijiste
La pasión que te inspiraba?
ANTIOCO Porque va está prometida
al amor a otro monarca,
y el mirarla de otro dueño
al silencio me obligaba.
SELEUCO Pero, ¿cómo Erasistrato
creyó que a mi esposa amabas?
ANTIOCO El vería que a su vista
más mis ansias se agravaban,
porque a su hermana recuerda
con perfecta semejanza.
SELEUCO Mira que no engañes, hijo,
al que darte vida trata.
ANTIOCO Señor, la verdad te digo:
recuerda que a mi llegada
partir de nuevo quería,
porque su amor me llamaba.
Pues, si es verdad lo que dices
pienso que remedio aún haya.
¡Pero deja que de nuevo
maldiga la injusta rabia
con que te ofendió mi labio
cuando tan sin culpa estabas!
Sólo te culpo en que tanto
decírmelo dilataras.
Mas aún abriga mi pecho
justa dichosa confianza
de que esas tratadas bodas
por mí Demetrio deshaga.
Mucho Demetrio me debe:
a mí su interés le enlaza,
y se alegrará de ver
que mas vínculos nos atan.
Como me dio a Estratonice,
así te dará a su hermana,
ufano si a padre e hijo
ver logra unidas entrambas.
ANTIOCO ¡Ojalá que aun tiempo sea!
Y por que veas que te habla
la verdad el labio mío,
te pido que su tardanza
hoy con la reina celebres
tus bodas tan dilatadas,
y yo a buscar a mi esposa
ledo partiré mañana.
SELEUCO Corro a escribir a Demetrio:

después veré a mi adorada
esposa: ¡ah! ¡cuánto me alegra
ver que no es ella quien amas!
Ven a mis brazos de nuevo;
hijo, me devuelves el alma,
pues, al darte a Estratonice,
el alma misma te daba.

Escena VII

ANTIOCO

¡Ah! ¡que yo mismo me espanto
de lo que acabo de hacer!
¡Apenas llego a creer
que fuera capaz de tanto!
Y, puesto ya en el dintel,
yo propio a entender no acierto,
¡como viendo el cielo abierto,
no he querido entrar en él!
¿Mi padre no me ofreció
a la que mi amor provoca?
Pues ¿cómo la falsa boca
pudo responder que no?
¡Quién desdecirse pudiera
de esa crüel negativa,
que de la dicha me priva
y que mi fin acelera!
Mas, ¿no es tiempo todavía?
A mi padre ir no podré
y decirle: «Te engañé;
»pues me la cedes, es mía.
»Fuerza es que tu hijo reciba
»de tu mano liberal
»la hermosura sin la cual
»es imposible que viva.»
Pero ¿qué digo? ¿qué intento?
¡Mi heroica filial hazaña
así deslustra y empaña
un vil arrepentimiento!
Por ella, cual nunca, debo
estar de mí satisfecho:
no me pese después de hecho
lo que aún haría de nuevo.
Ya del combate la palma
al padre ha ganado el hijo:
yo doy la vida, si él dijo
que en ella me daba el alma.

Acto Quinto

ESTRATONICE

Escena I

ESTRATONICE y OLIMPIA

OLIMPIA Cesad los hondos suspiros,
enjugad el lloro amargo,
que vuestra suerte, Señora,
dichosamente ha cambiado;
el amor que decoroso
ocultó vuestro recato
aun a su objeto, pues era
vuestro deber contrario,
mostrar podéis sin rebozo
como legítimo y santo,
pues en deber lo convierten
los castos nupciales lazos.
Ya vuestro nuevo himeneo
no es de ninguno ignorado,
ni ya más plática se oye
en el alegre palacio:
vengo de oírlo yo propia
de boca de Erasistrato
a quien confiárselo digna
del mismo Seleuco el labio.
Mas a entender no os lo dio,
en lo que me habéis contado,
a vos el rey?
ESTRATONICE Cara amiga,
De creer aún no acabo
Esta dicha; y es posible
que, después de sufrir tanto,
hoy me vea al fin unida
a mi príncipe adorado?
Persuadirme apenas puedo
la felicidad que alcanzo,
cuando brillar no veía
de esperanza un débil rayo.
Y este amante corazón,
tanto tiempo lacerado,
no resiste la alegría
de tan repentino cambio.
¡Y es cierto!
OLIMPIA ¿Admitir podéis
en Erasistrato engaño?
Os digo que oí yo misma
el fiel relato el sabio.

Él al príncipe dejaba
con el rey su padre hablando:
¿Quién duda que ya le dijo
que le cede vuestra mano?
Es vuestra dicha segura.
ESTRATONICE Ven, dulce amiga, a mis brazos;
deja que en tu seno vierta
este placentero llanto.

(Aquí llega ANTIOCO y al oír su nombre, se detiene)
¡Y tú idolatrado Antioco,
las congojas y cuidados
que te he causado, no dudo
que me los perdones, cuando
sepas que a este triste pecho
igual amor inspirando,
las mismas penas me cuestas
que a ti mi amor te ha costado!

Escena II

DICHAS y ANTIOCO

ESTRATONICE ¡Qué miro! ¡el príncipe aquí!
Sin duda escuchó.
ANTIOCO Escuché:
Pero más valiera a fe
que no oyera lo que oí,
señora, pues, si primero
moría desconsolado,
sabiendo que soy amado
ya desesperado muero.
ESTRATONICE Morir, ¡Señor! ¿Pues diciendo
no os ha estado el rey ahora
que consiente...?
ANTIOCO Sí, Señora.
ESTRATONICE Pues entonces no os entiendo.
ANTIOCO Ni yo me entiendo tampoco,
ni sé lo que he dicho u hecho:
¡Ah princesa! yo sospecho
que me estoy volviendo loco.
Mas el tiempo finalmente
huye en que hablaros es dable;
y es fuerza que villa vez hable
y que calle eternamente.
Ya sabéis si os amo; pero
no podéis ni imaginar
cuánto este amor singular
es grande, profundo, fiero.
Pues bien, amándoos así,
mi padre a m os ofreció,
y dije a mi padre no

y a tal dicha resistí.
ESTRATONICE ¿Qué escucho?
ANTIOCO Diréis ¿por qué?
Porque os cedió a su pesar,
y yo que le gano a amar,
a ser noble le gané.
Él os ama y os cedía,
señora, a mi amor ardiente
por remediar solamente
mi tormento y agonía.
Mas yo no pude aceptar
sacrificio tan impío,
y, aunque era mayor el mío,
el suyo debí estorbar.
Le aseguré que no amaba
vuestra beldad hechicera,
y que vuestra hermana era
la que mi amor inspiraba.
Él me escuchó como quien
alivio notable siente,
creyéndome fácilmente
lo que le estaba tan bien;
y el excesivo placer
que al oírme demostró
más y más me persuadió
que cumplía mi deber.
Hoy pues gozará felice
vuestra beldad soberana,
y yo partiré mañana
en busca de Cleonice.
ESTRATONICE ¡Atónita me dejáis!
¡Y tanto valor tuvisteis!
Dos vidas a un tiempo heristeis
y también me asesináis.
Tal vez extrañar pudierais
que os hable así; pero ya
sabido el secreto está,
y aun cuando no lo supierais,
me es fuerza hablar finalmente,
antes que, en tanta aflicción,
comprimido el corazón
dentro del pecho reviente.
Sí, la ciega idolatría
que por mí sentís yo siento,
padezco el mismo tormento,
lucho con igual porfía.
El silencio que os ataba
ataba más mi decoro,
y mi reprimido lloro
aquí se trocaba en lava.
Y así imposible os sería,
vuestras penas al decirme,
una sola referirme
que también no sea mía.

Y hoy que ¡destino crüel!
salgo apenas del abismo
de tantos males, ¡vos mismo
me hundís nuevamente en él!
ANTÍOCO Princesa, por compasión
calle vuestra amante boca,
pues en lo infinito toca
esta desesperación.
Vuestro afecto me asesina
y acrece mi horrible mal:
¡yo soy el blanco fatal
de la cólera divina!
¡Celeste venganza fiera,
saña atroz que te diviertes
en matarme con cien muertes,
mándame al fin la postrera!
Pronto me será forzoso
mi suplicio presenciar
cuando os conduzca al altar
vuestro enamorado esposo;
y el regocijo paterno
en el semblante copiando,
iré en el pecho ocultando
los tormentos del Infierno,
ESTRATONICE Y así partiréis mañana
dejándome en tal dolor,
y no teniéndola amor,
¿os casaréis con mi hermana?
¡Y querrán también los cielos,
tras estar tan congojada,
que, a mis tormentos se añada
el tormento de los celos!
ANTIOCO No temáis que tal partida
pueda efectuarse, Señora,
ni que hasta la nueva aurora
dure siquiera mi vida;
después de prueba tan fuerte
es imposible que viva,
y hoy cerrará compasiva
mis tristes ojos la muerte,
ESTRATONICE Yo a la tumba os seguiré,
ANTIOCO No, vivid, vivid, Señora,
de un esposo que os adora
pagad la amorosa fe:
pues yo mismo a él os cedí,
hacedlo feliz, amadlo,
de mi muerte consoladlo.
ESTRATONICE ¿Y quién me consuela a mí?
Todo lo pierdo, si os pierdo.
ANTIOCO El tiempo consolador
trocará el fiero dolor
en apacible recuerdo.
Pedir, para hacer cumplido
el sacrificio, os debiera

que al fin del todo me diera
vuestra memoria al olvido.
ESTRATONICE ¡Daros al olvido! en vano
me lo pidierais.
ANTIOCO ¡Ah! sí:
Pensad sin rubor en mí,
cual se piensa en un hermano.
Vuestra compasión invoco,
y una lágrima piadosa
verted tal vez en la losa
del desventurado Antioco.
Mas ya de vos me despido,
para no perder aun esta
poca fuerza que le resta
a mi pecho combatido.
¡Adiós, adiós, que mientras más, princesa,
miro vuestra hermosura,
más renunciar me pesa
a la vida, al amor, a la ventura!

Escena III

ESTRATONICE y OLIMPIA

ESTRATONICE ¡Príncipe, oíd!... ¡se aleja
y con el corazón despedazado
muriendo aquí me deja!
¿Quién hubiera pensado
que a tan viva alegría
tan terrible dolor sucedería?
OLIMPIA ¡Qué nuevo cambio el hado os reservaba!
ESTRATONICE Antes al menos, del deber esclava,
cual víctima al suplicio,
marchaba resignada al sacrificio.
Mas, después que abro el pecho a la esperanza
después que esposa ya me considero
de mi adorado Antioco,
tras tanta dicha de repente toco
¡el desengaño más terrible y fiero!
OLIMPIA ¡Cuánto más os valiera
que no abrigaseis la esperanza amada
que os había de hacer más desgraciada,
y no ganarais a tan dulce amante
sólo para perderlo en el instante!
ESTRATONICE ¡Oh ley de la mujer dura y acerba!
¡Siempre del hombre sierva,
nunca manda en su pecho y en su mano,
y es su destino odioso
el que un padre tirano
la entregue al lecho de un odiado esposo!
OLIMPIA Callad, Señora: serenad el rostro,
lágrimas enjugad, cesad suspiros,

y reprimid congojas y pesares;
que pronto vuestro esposo a conduciros
vendrá del himeneo a los altares.
ESTRATONICE ¡Deja que el labio mi tormento diga,
que harto tiempo callé; déjame, amiga,
que al reprimido lloro
suelte por fin la rienda largamente!
Pues este llanto que a los ojos niego
y en silencio devoro,
torna de nuevo a su profunda fuente,
trocado en mar de devorante fuego.
OLIMPIA Por aliviar vuestro crüel quebranto,
diera la vida la que os ama tanto
ESTRATONICE ¡Ah! si de veras me amas, en mi seno
clava puñal agudo,
o dame, amiga, un rápido veneno
que me liberte del odiado nudo.
Si, enamorada de otro,
con el rey me casaba a mi despecho,
hoy que a Antioco enlazada me creía,
ya de Seleuco el lecho
me es más odioso que la tumba fría.
OLIMPIA Mas recordad, Señora, que el monarca
al príncipe os cedía
por libertarle de la fiera parca,
y que solo del príncipe engañado
hoy vuelve al himeneo abandonado.
ESTRATONICE Verdad, amiga, dices:
sólo quejarme puedo del destino:
Sí, todos somos del furor divino
las víctimas sin culpa e infelices.
El cielo, el crudo cielo se recrea
en inspirarnos este amor demente,
para que nunca satisfecho sea
y sin cesar tres almas atormente.
OLIMPIA Recobraos un tanto,
secad, secad el llanto
que nubla ardiente vuestra faz divina
que aquí el rey sus pisadas encamina.

Escena IV

DICHAS y SELEUCO

SELEUCO ¡Con qué placer, dulce esposa,
a vuestra presencia vuelvo
y vuestros encantos miro
sin el temor de perderlos!
Si antes os dije, Señora,
que batallaba suspenso
entre guardaros o daros
a un hijo de amor enfermo,

ya por él desengañado,
a mi destino agradezco
que no se oponga mi dicha
a la del que tanto quiero.
Todo era falso, y él mismo
me desengañó al momento,
diciendo que vuestra hermana
era de su amor el dueño.
Ya pues de escribir acabo
mis cartas al padre vuestro,
la mano de Cleonice
para mi Antioco pidiendo.
Él quiso que hoy sin tardanza
nuestras bodas celebremos,
a fin de partir mañana
en busca de otro himeneo.

ESTRATONICE (A OLIMPIA)
¡Quién hablar pudiera, amiga,
y descubrirle lo cierto!

OLIMPIA Disimulad vuestras ansias
pues ya no tienen remedio.

SELEUCO No me respondéis siquiera
señora: ¿pero qué veo?
Recientes huellas de llanto
en vuestro rostro contemplo.
¿Qué súbito mal, qué causa
nubla así ese rostro bello?
Romped al fin las prisiones
de ese obstinado silencio:
Decid, ¿qué tenéis, Señora?

ESTRATONICE Yo, Señor, yo nada tengo.

SELEUCO Vuestra voz, vuestro semblante
todo, os está desmintiendo.
¿quizá me seguís al ara,
señora, a despecho vuestro?

ESTRATONICE ¿Qué decís? Señor, vos solo
sobre mí tenéis derecho:
del padre que a vos me dio
en vos acato el imperio,
mandad: que tan solamente
me toca a mí obedeceros.

SELEUCO ¡Así sólo a la obediencia
vuestra esclava mano debo,
y como víctima triste,
vais al altar de himeneo!
¡Qué es esto, cielos tiranos!
¡Apenas me considero
de una confusión ya libre,
nueva confusión padezco!
¿Dónde está el príncipe? Importa
que con él hable de nuevo:
Llamadle al punto, que acaso
él aclare este misterio.

Escena V

DICHOS y ERASISTRATO

ERASISTRATO Presa del mal tirano,
que como nunca le asaltó violento,
al príncipe infeliz dejo cercano
a dar, Señor, el postrimer aliento.
SELEUCO ¿Qué dices?
ESTRATONICE (¡Ay de mí! su fin me mata.)
SELEUCO Ha un breve instante que le dejo ufano.
ERASISTRATO Muriendo queda, y es su amor insano
el que la tierna vida le arrebata.
SELEUCO Pues ¿qué amor?
ERASISTRATO El que os dije.
SELEUCO Y por qué, cuando
a la reina yo mismo le brindaba,
¿por qué me respondió que no la amaba,
con otro amor sus penas explicando?
ERASISTRATO Allí, Señor, se muestra
su heroico esfuerzo y su virtud sublime,
pues su pasión reprime
por dar vida a la vuestra.
Él vio que vos la amabais,
que al suyo vuestro amor sacrificabais,
y mostrándose digno de tal padre,
al devolveros la cedida esposa,
os compitió la palma generosa.
SELEUCO ¡Ah! no perdamos tiempo tan precioso,
y vos, Señora, suspended el llanto,
porque a traeros voy a vuestro esposo.

Escena VI

ESTRATONICE y OLIMPIA

OLIMPIA Parece en fin que el hado,
que ya se mostró crudo, ya piadoso,
dar quiere a vuestro duelo dilatado,
tras tantas ansias, el final reposo.
ESTRATONICE ¡Ay! que en la duración de un solo día
tantas mudanzas me previno el cielo,
que con justo recelo
aún en tal dicha el corazón no fía;
y no sé si este cambio lisonjero
será de tantos cambios el postrero.
¿Mas qué digo? Quién sabe
si en este instante, el de su muerte toca
mi príncipe adorado?
¡Oh triste objeto de mi llama loca!

¡Volar pudiera de tu lecho al lado,
y a la vida volverte
con el aliento de mi amante boca
o morir en tus brazos de tu muerte!

OLIMPIA Venir al rey y a Erasistrato miro,
y con ellos al príncipe.

ESTRATONICE Respiro.

Escena VII

DICHAS, SELEUCO, ANTIOCO y ESTRATONICE

SELEUCO Llega a su dulce presencia
con ella casado estás;
y por que no opongas más
una inútil resistencia,
y aun quieras negar tu llama
por guardar a un padre fe,
fuerza es que sepas que sé
que la reina también te ama.
Bien comprenderás ahora
cuán imposible ha de ser
casarme yo con mujer
de quien sé que a otro hombre adora.
Con tus crüeles dolencias,
congojas, silencio y llanto,
harto me probaste cuánto
me amas y me reverencias.
Hoy en la reina mirando
tu vida, dicha y sosiego,
que me la aceptes te ruego,
y si no basta, lo mando.

ANTIOCO Venciste, padre del alma:
pudiste al fin más que yo,
y tu mano me arrancó,
de la victoria la palma.
Acepta el alma rendida
la ventura que le ofreces,
y confieso que dos veces
te debo, oh padre, la vida.

(Cae a los pies del rey)

ESTRATONICE (Arrodillándose también)
A vuestras plantas dejad
que agradezcamos los dos,
como ante el ara de un dios,
tanta magnanimidad.

SELEUCO Alzad, alzad, hijos caros;
venid, que con nudo estrecho
ansían a mi amante pecho
mis brazos encadenaros.

mucho me costó vencer,
no os lo niego, tanto amor;
mas se pierde mi dolor
en un celestial placer.
Al mirar vuestra alegría,
yo también feliz me siento
y me digo: este contento,
esta dicha es obra mía.
Y para hacer más patente
el cariño con que os miro,
hoy la corona de Tiro
ciño a vuestra noble frente.

ANTIOCO ¡Padre!

ESTRATONICE ¡Señor!

ANTIOCO ¿Quién pagar
podrá?

SELEUCO No se hable más de esto:
vamos hijos, vamos presto,
pues os espera el altar.

(A ERASISTRATO) Y a mi buen Erasistrato,
cuya ciencia y lealtad
me descubrió la verdad,
¿Qué le dará un pecho grato?

ERASISTRATO Por mérito tan pequeño,
otra merced no pretendo
que la de seguir sirviendo
a tan generoso dueño.

1869.

Apéndice

Discurso pronunciado en el entierro de D. José Gálvez

Señores:

Todas las causas justas y santas necesitan para su triunfo de una víctima: la nuestra, que no podía ser más justa ni más santa, necesitaba también de una gran víctima; y el ciudadano D. José Gálvez estaba destinado a serlo. No podía en efecto la celestial justicia haber escogido otra más noble, otra más insigne. ¿Quién podrá enumerar sus virtudes y merecimientos? Varón digno, no temo asegurarlo, de los mejores tiempos de Grecia y Roma, reunía la justicia de Arístides, la inflexibilidad de alma de Catón y Bruto al valor de Milciades y Leonidas, y a la constancia y perseverancia de los héroes en quienes más hayan resplandecido tan raras y admirables virtudes. Agregad un clarísimo entendimiento, un recto y sólido juicio y el don de la elocuencia y persuasión. Agregad aún todas las virtudes del hombre privado; habiendo sido, en todo el rigor de la letra y no con la falsedad o exageración con que de tantos se dice, fiel

amigo, excelente esposo y padre inmejorable, como es notorio y como no podrán negarlo ni sus mismos enemigos.

Porque no le faltaron enemigos y aun calumniadores: muchos, como el Ateniense de la Historia, estaban cansados de oír llamar justo a este Arístides peruano. Una virtud como la de Gálvez y unos merecimientos como los suyos no podían carecer de odio y envidia. Hay más: aquella espartana austeridad, aquella inflexibilidad catoniana, era natural que en nuestros muelles tiempos fuesen tenidas por inhumanidad y dureza, como así mismo había de confundirse por los malévolos y aun por los indiferentes con el encono y la venganza aquella hambre y sed de justicia que le poseía.

No es nuestro ánimo, ni el tiempo ni el lugar lo consienten, narrar la vida de este varón singular desde su nacimiento en Cajamarca, ciudad entre todas la más propia para infundir al que en ella nace odio profundo contra la crueldad española, (como que fue teatro de la más horrible maldad que ejecutaron los españoles en América) hasta su gloriosa muerte en el puerto del Callao, peleando en defensa de su patria contra la feroz armada de esa misma inicua nación. Sólo diremos que, considerando la vida entera de Gálvez, la influencia que ejerció en la juventud liberal de nuestro tiempo, de la que era el jefe, y los eminentes servicios que hizo a su patria, parece que tal hombre no debía haber muerto jamás; pero, pues ni los más grandes están exentos de la ley común, pues era fuerza que Gálvez muriese; ¿qué otra muerte podéis vosotros designarme para coronar tal vida, que la de morir en defensa de su patria y peleando como un simple soldado el que era Ministro de la Guerra?

Él mismo no hubiera elegido otra muerte. ¡Muerte digo! ¡Vano modo de hablar! vida, vida inmortal debí decir. Este desfigurado cadáver donde apenas te reconocerían los ojos de tu esposa, no eres tú, José Gálvez: ya, ya miro a lo que verdaderamente te constituía, ya miro a tu glorioso espíritu recibir el premio debido a tus virtudes en la morada de los héroes, de los justos y de los mártires, que merecías habitar por héroe, por justo y por mártir. Y no sólo alcanzas la celeste inmortalidad; alcanzas también la inmortalidad terrena, pues, mientras haya Perú y Peruanos, vivirá tu nombre, objeto de la gratitud más tierna, del amor más ardiente y de la veneración más profunda. Deshágase y consúmase en buen hora tu cuerpo, que tu alma allá en los cielos y tu recuerdo aquí en la tierra te hacen doblemente inmortal. No bañe pues la Patria en lágrimas tu sepulcro: el verdadero modo de honrar tu memoria es imitar tus virtudes y el heroico ejemplo que nos has dado, que hoy más que nunca necesita la patria de hijos que te imiten.

Y tú, amante esposa, a quien los estrechos lazos con la ilustre víctima tienen ausente de esta solemne ceremonia, no tan ciegamente te abandones a la desesperación y al llanto; sosténgante en tan dolorosa prueba las virtudes que te hicieron merecedora de que tal hombre te escogiese por compañera: consuélate con pensar que no hay ninguna mujer peruana cuya gloria pueda compararse con la tuya; tú verás pronto con un legítimo orgullo coronar la cúspide del monumento consagrado a las víctimas de Mayo la estatua de tu esposo, a cuyas plantas bullirá sin cesar todo un pueblo idólatra de su memoria: y siempre que dejes el santo recogimiento de tus hogares, los peruanos te señalarán con el dedo al extranjero y le dirán: «Esa enlutada matrona es la viuda de D. José Gálvez, muerto heroicamente el 2 de Mayo en defensa de su patria». Y vosotros, oh tiernos hijos suyos, pensad desde temprano en los deberes que os impone tan gloriosa ascendencia, procurando ser herederos de sus virtudes, como lo sois de su apellido.

1866.

A Italia

¡Yo te saludo, Italia, región del Destino, patria de la Gloria, antiquísima tierra siempre joven, fecunda engendradora de inmortales, madre de sabios y filósofos, de poetas y artistas, de guerreros y héroes, de mártires y santos! ¡Tú que, sola, has dado más grandes hombres que, juntas, todas las demás naciones de la tierra!

¡Yo te saludo, patria de Cicerón y de Plinio, de Livio y Tácito, de Lucrecio y Virgilio, de Cincinato y Fabricio, de Régulo y Escipión, de Catón y César!

¡Yo te saludo patria del Alighieri y del Petrarca, de Miguel Ángel y Rafael, de Palestrina y Rossini, de Guicciardini y Machiavelo, de Galileo y Vico, de Colón y Buonaparte!

Yo te amé y admiré desde la infancia; desde que, abriendo los ojos de la mente a la luz de la enseñanza y la verdad, comencé a estudiar la historia de Roma, señora del mundo: creció mi afecto, cuando aprendí tus dos idiomas y estudié tus dos literaturas, latina y toscana, que, con la griega, son y serán la fuente de toda belleza, de toda sublimidad; llegando a su colmo mi amor, cuando hollé tus riberas y tu suelo feliz que el sol acaricia con sus más blandos rayos, que la Naturaleza y el Arte hermosearon a porfía y que los recuerdos de la historia han consagrado; cuando visité tus ciudades, rivales en hermosura y grandeza: ¡Nápoles la risueña y dulce, como la llamó Virgilio, cuyas cenizas reposan en su seno, Florencia la artística y elegante, Génova la soberbia y magnífica, Roma la eterna; cuando me paseé con reverente planta por tus majestuosas y venerables ruinas donde me parecía conversar melancólicamente con las sombras de tus héroes!

¿Quién no anhela con ardor conocerte? ¿Quién no te visita con amor y veneración? ¿Quién no te extraña y suspira después por ti con dolor? ¡A cuántos viajeros has hecho olvidar sus patrias y los más dulces lazos de familia y amistad! ¡A cuántos que sólo fueron a tu suelo por días, encadenaste con tu belleza largos años, hasta que al fin murieron en tu seno! ¡Ah! yo nunca te recuerdo, ni oigo siquiera pronunciar o veo escrito tu magnífico nombre sin sentir una profunda pena, semejante a la pena de la ausencia, cual si tú fueras mi segunda patria.

Tú eres en efecto, ¡oh Italia! para todos los hombres, cualquiera que sea su nación y raza, una como segunda patria, y puedes con verdad ser llamada la patria común de las inteligencias humanas. En todas las naciones que se precian de civilizadas, los entendimientos de los niños despiertan con las obras clásicas de Grecia y más aún con las de Roma, en todos los colegios del mundo las almas comienzan a educarse latinamente, esto es, italianamente: y cada nación estudia primero tu historia que su propia historia, conoce primero a tus héroes que a sus propios héroes.

Y esta vida, esta inmortalidad del pensamiento jamás te ha faltado, ¡oh Italia! cualquiera que fuese por otra parte tu condición política; aun esclava de otras gentes que te a sujetaron por las armas, reinaste sobre ellas por la doctrina y el pensamiento. ¡Destinada estás, oh misteriosa tierra, a renovarte eternamente, y a renacer, verdadero Fénix, de tus propias cenizas! Tuvieron las demás naciones una sola época, más o menos larga, de esplendor y poderío, pero sólo una vez fueron grandes y prepotentes, y, si cayeron, cayeron para siempre Cartago, Egipto, los imperios de Asia y aun la misma Grecia, veneranda madre tuya.

Solo tú, oh tierra fatal, como exenta de la ley común de las naciones, has tenido varias épocas de grandeza y preponderancia, cayendo siempre para tornarte a levantar. Si la vez primera fuiste señora del mundo por las armas, lo fuiste la segunda por la Religión que te eligió por asiento, y por las ciencias y artes bellas de que fuiste maestra a los pueblos de Europa; pero ahora que te levantas por la vez tercera, reinarás con la mente y la espada a la par:

Col senno e colla spada,

como dice Dante. ¡Qué espectáculo vas a ofrecer al mundo! Aunque es tan grande y tan glorioso tu pasado, mayor y más glorioso será tu porvenir, de manera que lo que a cualquiera otra nación sería imposible, sólo para ti será hacedero; que tú sola puedes excederte a ti misma.

Volverás a sostener en tus robustas manos la balanza de los destinos de Europa; y ¡cuánto podrás también influir en la futura suerte de América!

América, esta gran patria nuestra, está llena de tus recuerdos, porque tú, oh Italia, llenas el espacio, como llenas los tiempos, y donde quiera que vaya el pie o la mente del hombre, allí te encuentra. ¿De dónde era sino hijo tuyo el hombre inmenso, superior a toda alabanza, cuyo genio, como no cabiendo en la prisión del continente antiguo, descubrió este nuevo continente que habitamos? Colón es el lazo eterno que contigo nos une; siendo muy de notarse que, si la suerte fue injusta con Colón, al quitar a esta parte del mundo el nombre de Colombia que le pertenecía, no lo fue contigo pues, llamándola América, le dio el nombre de otro hijo tuyo, del florentino Américo Vespucci, para que ese solo nombre bastase a despertar tu recuerdo.

¡Y cuánto tus memorias, oh Roma libre, no influyeron en la gran alma y altos intentos del joven Bolívar, futuro libertador de un mundo! ¡Cuántas veces se paseaba silencioso y pensativo por tus ruinas y melancólicas campiñas! ¡Cuántas horas y días se le huían en tu vasto Coliseo, abismado en profundas meditaciones! ¡Cuánto se inflamaba con los ejemplos de tu historia! Y allí donde viste por dos veces afianzarse los sacrosantos derechos del pueblo, en ese Monte Sacro de inmortal memoria, allí fue donde un día, después de un sublime coloquio con su ayo Rodríguez, poniendo sus manos en las de éste, pronunció el solemne juramento, que pronto vio realizado el mundo de libertar a América del yugo español!

Y el héroe de estos tiempos y digno de los antiguos, el gran Garibaldi, no es también americano en cierto modo? ¿No quiso esgrimir su vencedora espada y derramar su generosa sangre por una República de América? ¿No fue americana su primera esposa, aquella animosa Anita, tan digna compañera suya? También Lima conoce al héroe, vio su noble figura y mereció el honor de hospedarle algún tiempo en su seno.

Jamás hemos dejado, oh Italia, los hijos de esta República de simpatizar con tu causa que es la nuestra porque es la causa de la Justicia y de la Libertad; siempre te hemos amado y admirado, y tú también nos has dado frecuentes muestras de simpatía y amor. En nuestra presente lucha con España, la más feroz y bárbara entre tus bárbaras y feroces opresoras, y por quien hasta el Austria es excedida, un hijo tuyo que ha vestido el uniforme de oficial peruano, levantó en tu parlamento su elocuente y agradecida voz en favor nuestro; y han sido tus hijos; los intrépidos Bomberos Italianos los que más nos ayudaron entre los que antes se llamaban extranjeros, y han dejado de serlo el Dos de Mayo.

Por eso ahora lamentamos como nuestros tus reveses, y acompañamos a nuestros hermanos en sus patrióticas y santas lágrimas. Espera sin embargo y consuélate: que bien ha visto el mundo que, si te ha faltado fortuna, te ha sobrado valor; y sobrándote también justicia, tarde o temprano vencerás.

Sí, vencerás, a despecho de cuantos, sobre no perdonarte tu grandeza pasada, temieron tu grandeza venidera y se empeñaron en mantenerte sierva, entendiendo que para ti no había medio entre las cadenas y el trono, y que de esclava pasarías a reina.

1866.

Al 9 de diciembre

¡No con acentos de regocijo te saluda mi voz, solemne día que recuerdas a mi patria y a América la mayor de sus victorias!

Triste y conforme al duelo presente de mi patria habrá de ser el saludo que te envíe: y tú también, al ver con qué furor están desgarrando su seno sus propios hijos, vístete de luto y de dolor.

Bello y alegre habías de lucir siempre d nuestros ojos, como cuando, en los campos inmortales de Ayacucho, las miradas de Sucre vencedor te saludaron cual aurora de una nueva edad. Sí, tú nos prometiste ser padre fecundo de largos días de ventura, de paz y de progreso; y el universo entero contempló nuestras repúblicas nacientes con esperanza y con amor.

Mas ¡ay! ¡qué suerte tan diversa de tu promesa y su esperanza nos ha cabido! ¡Cuánto hemos desengañado a las gentes! Ser debimos su admiración, somos su lástima. Y adonde quiera que llega nuestro nombre, allí se escucha decir que no éramos merecedores de la libertad, y que nuestra condición debió ser siempre la de colonos, como aquellos infelices faltos de juicio y a quienes, a pesar de la edad, una infancia perpetua condena a una perpetua tutela.

¡Oh sublime independencia! no seré yo, no seré yo ciertamente quien se atreva a blasfemar tu nombre santo, ni a poner jamás en duda tus infinitos o incomparables beneficios. Si pueblos insensatos los desaprovechan y estragan, tuya no es la culpa. Tú eres y serás siempre el primero de los bienes. ¿Qué mente tan ciega no alcanza tus divinos resplandores? ¿Qué pecho tan servil, qué labio tan

abyecto te negarán su gratitud y sus bendiciones?

Pero también, qué corazón no abominará, qué lengua no maldecirá el horrendo mal, el monstruoso vicio que basta para hacer inútil tan alto bien?

Apenas la tierra nos saludó libres, cuando la espada victoriosa enrojecida aún con sangre española se empapó en nuestra propia sangre. ¡Cuántos, para mayor baldón y desventura, cuántos de los que nos conquistaron patria o independencia se valieron del acero con que levantaran el edificio para mïnarlo y destruirlo! Y en casi nueve lustros de vida propia e independiente que contamos, ¿qué espectáculo hemos ofrecido al mundo en vez de las hazañas y virtudes que de nosotros esperaba? ¡Envidias, venganzas, sed insaciable de mando; desenfrenada codicia; las leyes pisoteadas; dilapidada la hacienda pública; paralizados el comercio y la industria; un puñado de vulgarísimos caudillos arrastrando a la muerte a las ilusas muchedumbres; constante desasosiego y universal inseguridad; guerras injustas por ambos lados, y tras batallas sangrientas, triunfos más vergonzosos y lamentables que las mismas derrotas; la autoridad suprema escalada a cada instante por salvajes motines de cuartel; llamados ¡oh vergüenza! los ejércitos extranjeros a nuestro territorio por los que no veían otro medio de recobrar o conservar el poder que se les escapaba; y manchada en fin la banda bicolor tanto como los mantos imperiales, y la silla presidencial no menos que los tronos de los reyes!

España en tanto, nuestra eterna enemiga, se alegraba al escuchar nuestras discordias, y atisbaba ansiosa la ocasión propicia para recuperar su perdido imperio y uncirnos de nuevo a su coyunda. Y alentada por tantos desórdenes, y juzgándonos exhaustos de fuerzas, recursos, vino al fin y con traición micua invadió nuestras islas y holló nuestra bandera.

El Perú entonces sintió profundamente tan cobarde insulto: olvidando sus disensiones y recordando su antigua grandeza, fue otra vez grande; y vencedor de España, hizo que el 2 de Mayo fuera el glorioso e inmortal hermano del 9 de Diciembre.

Tornó el mundo civilizado a esperar en nosotros, formando por el triunfo del Callao los mismos felicísimos presagios que había formado por la victoria de Ayacucho.

Mas ¡ay! ¡cuán pronto habíamos de desmentir los segundos, como desmentimos los primeros! ¿De qué nos ha valido la nueva y espléndida victoria? ¿Quién pudo creer que tan pronto íbamos a vengar en nosotros mismos la derrota y afrenta de España? Volvía a lucir tan glorioso aniversario, y ya se maquinaba y preparaba por todas partes la guerra civil: luce hoy el 9 de Diciembre, y encuentra ya envuelta en ella a la República entera. Tan impía guerra después de tan glorioso triunfo bien bastara a quitar las ilusiones al más obstinado optimismo, y a confirmar en su desesperanza a los que piensan que este desdichado país está condenado a perpetuas discordias en lo político, como en lo físico a continuos terremotos.

Y ¡cómo se presenta esta revolución! ¡Horribles y espantosos asesinatos nos la hacen mirar armada más que de la espada del puñal! ¡Cuántas ilustres víctimas han sido ya inmoladas, cuántas se siguen y seguirán inmolando cada día!

Ya por todas partes con denuedo digno de mejor causa, se derrama por manos peruanas la sangre peruana: ejércitos peruanos sitian a ciudades peruanas: ¡y hermanas, hijas, esposas y madres, lloran unas, temen otras, la muerte de sus hijos, esposos hermanos y padres!

¡Y puede la demencia humana ser causa, de tan horribles males, de tan atroces dolores! Pueden los hombres aumentar así la suma de sus miserias, como si el común destino no les hubiera impuesto bastantes!

Yo he sido testigo del dolor desesperado de una madre que acaba de perder el más amado de sus hijos en el sitio que contra el ejército Constitucional sostiene el funesto valor de Arequipa. No tiene el lenguaje humano palabras que digan lo que decían aquellos profundos sollozos, aquellos agudos alaridos, aquellos ojos enrojecidos por un llanto de fuego, aquellas facciones demudadas en tan breve tiempo, aquellas manos que se contorcían; aquellos gestos, gritos y ademanes que formaban como un nuevo idioma del dolor cien veces más elocuente que el de la palabra; aquel negarse finalmente a todo consuelo. Vox in Rama audita est, ploratus e ululatus multus: Rachel plorans filios suos; et noluit consolari, quia non sunt. Una voz ha sido oída en Rama, y gran llanto alarido; es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada porque ya no son. ¡Ah! ¿cuál de los trastornadores del orden público, cuál de los atizadores de las llamas civiles, no renunciaría a sus criminales intentos en presencia de tamaño dolor?

Y sin embargo, ¡cuánto más desgraciada que esta madre, cuánto más desgraciada que todas las madres peruanas es otra madre de la que nadie se duele! ¡Oh matrona del Sol, oh patria mía, Oh madre desventuradísima que te ves reducida a envidiar el dolor de tus hijas! Tú sola sientes el dolor de todas; cada hijo que ellas pierden, también le pierdes tú, y al dolor de perderlos se añade el mucho más horrible todavía de verlos perecer a manos unos de otros. Tu suerte, oh patria, como la de la antigua Jocasta, ha sido dar la vida a hijos impíos que se aborrezcan y destrocen. Si un tiempo, mísera y encadenada esclava, te atormentaba la tiranía de tus injustos señores, aun más te atormenta ahora ver que tu propia prole es la que causa tus

desdichas. Nadie se cuida de tus dolores, nadie escucha tus querellas, nadie enjuga tus venerandas lágrimas.

«Paz, paz,» gritas a tus hijos los fratricidas; pero los impíos, lejos de dar oído a tus voces, se vuelven todos contra ti y te insultan y vilipendian, hiriendo, cual no lo hicieran tus más encarnizados enemigos, el seno que los concibió.

¿De qué te sirven, en tan fiera pesadumbre, tu belleza, tu opulencia y los innumerables presentes que le plugo a Dios hacerte? La hermosura y magnificencia de la morada que habitas, palacio de América, Edén del universo; el esplendor tropical del firmamento, que te cubre, donde duplica su brillo el astro amante cuyo nombre mereciste, y cuyas noches alumbran todas las lámparas celestiales, como la iluminación de una fiesta inmensa; las portentosas riquezas que, como erarios naturales, guardan tus montañas; tanta pompa y sonrisa de la naturaleza que te circunda: todo, todo te parece una amarga ironía del destino. Tú anhelaras que fuera tu mansión desnudísimo desierto, y que te cobijara, un cielo nebuloso y oscuro, donde el sol brillara, apenas cual cirio funerario, y donde un huracán gemidor lamentara eternamente tu incomparable desventura y tus dolores inconsolables.

1867.

A Agustín Zubiaga

muerto de la fiebre amarilla en mayo de 1868

Hace pocos días que algunos de los amigos que formamos como una familia unida por los más lazos del corazón, nos lisonjeábamos con el pensamiento de que ninguno de cuántos la componen había sido víctima de la tremenda plaga que hoy diezma a Lima.

Pero decretado estaba que perdiéramos uno de los más amados, y tú has sido ése, Agustín; tú en quien competían la nobleza del corazón y la altura de la inteligencia; tú a quien nadie podía ver sin sentirsete inclinado, ¡tan retratada estaba en tu simpático rostro la bondad y dulzura de tu alma! Tú a quien nadie podía tratar sin estimarte y quererte!

El dolor general que parecía gastado con tantas muertes se ha avivado para ti. ¡Tenías tantas esperanzas! ¡Dabas tantas! ¡Recién llegado de un largo viaje emprendido para completar tu educación científica y literaria, mueres en vísperas de recoger el laurel debido a tus afanes para colocarlo a los pies de la patria!

¡Oh patria una y mil veces desgraciada! No sé qué estrella enemiga hace perecer en flor a tus mejores hijos y eternizarse a los perversos. Muere el sabio y honrado Pacheco, muere Agustín Zubiaga; mueren, lejos de su patria y familia, tantos industriosos y útiles extranjeros, y viven... ¡cien y cien que no debieran haber nacido!

Adiós, Agustín; ya no te volveremos a ver en este mundo: ya no oiremos tu dulce voz desenvolver hermosos conceptos o expresar nobles y patrióticos sentimientos: -ya, cuando apuremos la copa de la amistad, tú no estarás entre nosotros: cuando el campo nos reúna, cuando celebremos el natalicio o algún fausto suceso de alguno de nosotros, ya no te veremos a nuestro lado: ya no nos acompañarás, cuando sintamos juntos el entusiasmo sublime que infunde la lectura de los grandes poetas, o las profundas y misteriosas emociones que producen la música y el canto; la música y el canto que son ¡ay! como las voces de otros tiempos y de otros mundos y que tanto recuerdan a los ausentes y a los muertos. Ya una memoria de dolor se mezclará a todas nuestras reuniones: de hoy más habrá en ellas un

asiento vacío, el primero que ha hecho desocupar la muerte. Mas no temas, oh incomparable amigo, que otro ninguno ocupe jamás ese asiento, como ninguno ocupará el lugar que tuviste y tienes en nuestro corazón.

Y tu madre, tu respetable y excelente madre, que te amaba tanto, a quien tanto amabas; ¡tu madre de quien eras el único consuelo, la sola esperanza! No hace aún un año que, al abrazarte tras tan larga ausencia, se consideraba la más feliz de las mujeres; ¡y hoy que su Agustín no existe, envidia los vientres que nunca concibieron y los pechos que jamás amamantaron! ¡Pobre madre! el dolor la desesperaría, si no fuera tan cristiana.

¡Sí: sólo la religión de Cristo puede librar de la desesperación en tales pérdidas! venga, venga a consolarnos esa sublime maestra: venga a decirnos que la muerte no es una extinción, sino una tras formación, no el fin del viaje sino una partida a otro viaje más largo; que la tumba es la puerta de otro mundo y que los muertos son los viajeros de la eternidad.

«Adiós, Agustín; hasta tu vuelta» te dijimos en la escalera de la nave que te llevaba a Europa. «Adiós, Agustín; hasta nuestra ida» te decimos ahora al borde de tu sepulcro.